Fernando Aliaga Rojas.

La entrega sin retorno

Madre Bernarda Morin

1832 1929

La Providencia en Chile

Santiago, 2002

Presentación

La entrega sin retorno nos sumerge en la vida de Madre Bernarda Morin que involucra al mismo tiempo, don en plenitud, gratuidad en la ofrenda, oblación sin medida, con un sólo móvil en su entrega: respuesta de amor al llamado de Dios, que en el ocaso de su vida la lleva a decir «puedo afirmar que mi vida ha sido feliz».

Esta publicación recoge todo el sacrificio de una vida permitiendo que la Congregación de la Providencia en Chile pueda descubrir la huella de Dios a través del tiempo. A los diez años de la fundación de la Congregación en Montreal y con el inesperado fallecimiento de su fundadora, Madre Emilia Gamelin, la Comunidad es llamada a responder a un gran desafío, salir de su cuna e ir a las tierras lejanas de Oregón, pero los acontecimientos cambian el rumbo de ese envío.

La joven profesa Bernarda, no tiene ni 20 años pero forma parte del grupo de las primeras cinco misioneras y el camino de la ofrenda de sí misma está abierto. Ante la pregunta «¿le gustaría a usted Sor Bernarda ir a Chile?» responde, «no quiero ir más allá de lo que me pide la obediencia». ¿No es acaso una manifestación profética en la huella de Dios? El viaje fue un verdadero vía-crucis y Dios Providente en sus inescrutables designios permitió que esta fundación prevista para Oregón no pudiera efectuarse.

«Irás a una tierra lejana», las palabras se cumplían el 17 de junio del 1853, el barco Elena anclaba en Valparaíso, Chile, era el término de la más heroica odisea. Emociones contenidas en una tierra completamente extraña, «pedir la limosna de la hospitalidad». ¿Tendría algún día el goce de abrazar de nuevo a sus Hermanas y referirles sus penas?

Bernarda sigue la huella de Dios, su vida es el continuo testimonio de un crecimiento en la fe y en el abandono a la voluntad de Dios, llevándola progresivamente a la madurez de serena paz, manifestada en una completa disponibilidad de entrega generosa de su vida, sin ansiar recompensa. Brilla así en su vida, la grandeza de ánimo con que sabe vivir situaciones tanto dolorosas como de discernimiento, tiene la libertad de espíritu para descubrir la mano de Dios en todos los acontecimientos.

Bernarda hunde su mirada en la del Padre Providente para contemplar con Él a los niños huérfanos tal como Él los ve. Entusiasma el servicio al pobre y se suscitan generosas vocaciones autóctonas, se inicia la consolidación de la Comunidad.

El libro nos muestra a Bernarda como la mujer fiel al Carisma y a la Misión Providencia de la Congregación. Ella asume la cultura en los momentos históricos del país, logra identificarse con sus valores, se enraíza en sus costumbres, alegrías y dolores. Busca maneras para ser fiel a la primacía del Carisma y a la identidad Providencia, tal cómo las recibió de los Fundadores. Ella sigue ligada en el afecto y la obediencia a quienes siempre consideró sus legítimas autoridades. No fue fácil, hubo muchos holocaustos de amor para permanecer en la huella de Dios.

Las Constituciones de la Comunidad eran su gran preocupación, columna vertebral que constituían para ella signo de fidelidad a los orígenes de los fundadores en Montreal, pero había motivaciones humanas en algunas autoridades religiosas que comprometían la confianza y la amistad.

Podemos avalar este punto a través de su correspondencia, el 18 de abril de 1889 escribe a Madre Marie Godefroy, Superiora General: «solicito ejemplares de la primera edición de las reglas>>.

La huella de Dios se había iniciado en Montreal y esa misma huella se encontraba en Chile, Madre Bernarda nunca la cortó o la desvió. Constatamos que en 1874 se despide de Madre Caron, Superiora General, diciendo, «en unión del lazo de la más dulce fraternidad, la última de sus hijas». El 3 de junio de 1892 responde a Hermana Cecilia, Asistenta General «he leído su carta derramando lágrimas de ternura con los recuerdos tan dulces de la cuna de mi vida religiosa que me es infinitamente querida».

Ella tampoco reprocha a las Hermanas que desean regresar a Montreal, «es tan natural querer morir donde una ha comenzado a vivir». Sin embargo, ella nunca volvió a Canadá, «germinó en tierra chilena y fue como el árbol frondoso de la parábola». En 1880 la Comunidad de la Providencia en Chile es declarada autónoma.

Después de años de separación, el 1 de junio de 1970 se realiza la fusión de las comunidades de Montreal y de Chile, se hace realidad el sueño de Madre Bernarda que del fondo de su corazón había escrito en 1889, «tengo confianza en que los acontecimientos son dispuestos por la Divina Providencia para un día reunirnos en una sola familia». Habían pasado 127 años desde que la joven profesa Bernarda Morin arribara a Valparaíso, la semilla sembrada ha dado el fruto de la entrega sin retorno.

La Congregación de la Providencia confía que usted al leer este libro encontrará también la huella de Dios en su vida para tener el goce profundo que se da solamente a aquellos que *se entregan sin retorno*.

Hermana Gloria Keylor, SP
Superiora general
23 de setiembre de 2002

PROLOGO

El estudio sobre el testimonio y la acción misionera de Madre Bernarda, más allá de los datos biográficos, plantea para el investigador una serie de temáticas de gran importancia para la Historia de la Iglesia en Chile.

Por lo mismo, el significado de un estudio sobre Madre Bernarda es un desafío, que no sólo se relaciona con la investigación de los datos de su vida personal y de su acción, especialmente como fundadora de una Congregación religiosa, sino por cuanto ella se constituye en protagonista de una serie de problemáticas eclesiásticas de la época, nos obliga a incursionar en temas tales como:

--- El conflicto que se genera en el ordenamiento canónico de las diócesis chilenas, por la presencia de nuevas Congregaciones Apostólicas femeninas, entre las cuales están las Hermanas de la Providencia, que a diferencia de las Ordenes establecidas anteriormente, las cuales eran conventuales de clausura, ahora se dedican al apostolado social.

--- Por otra parte, Madre Bernarda, si bien es canadiense de origen, se integra plenamente como figura notable del «Catolicismo social», aportando una excelente respuesta pastoral al problema de los niños abandonados. Sin embargo, al mismo tiempo, cuestiona radicalmente la actitud apatronada con la cual los bienhechores «católicos conservadores» quieren reducir a las Hermanas de la Providencia a ser simples empleadas de sus proyectos sociales.

--- La acción social en favor de los Huérfanos, se debe contextualizar en un modelo de Iglesia del Patronato, donde la relación Iglesia y Estado estaba caracterizada por una fuerte tensión, respecto a las dependencias mutuas. Dicho contexto histórico es el que enmarca y valoriza los logros de Madre Bernarda. Especialmente nos hace valorar su excelente capacidad para relacionarse con las autoridades y para involucrar en su acción solidaria a la sociedad en general.

A la luz de este planteamiento, la investigación sobre el significado histórico de la presencia y acción de Madre Bernarda en la Historia de la Iglesia en Chile, me significó la realización de una etapa previa, donde había que realizar una serie de estudios, los cuales me permitieron responder al desafío anteriormente enunciado. Dichos estudios están expresados en las publicaciones: «La Iglesia en Chile, Contexto histórico»; «La Historia de la Congregación, Hermanas de la providencia en Chile»; «Aporte Pastoral de la mujer en el siglo XIX»; «La Pastoral social de los Huérfanos en el siglo XIX»

Enfrentando a la investigación biográfica propiamente tal, he tenido la oportunidad de conocer los lugares donde Madre Bernarda transcurrió sus

primeros años, como así mismo, trabajar en los Archivos Históricos de la Administración General de la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Canadá y en el Archivo de la Cancillería del Arzobispado de Montreal. Dicho trabajo de investigación de cartas y documentos fue complementado con los Archivos de la Arquidiócesis de Santiago y de la Casa Provincial de la Congregación en Chile.

A las numerosas cartas escritas por Madre Bernarda había que unir sus escritos manuscritos o Memorias. El análisis de estos escritos manuscritos exigió un trabajo de equipo y de una sistematización acorde con los momentos histórico-cronológicos en que ellos fueron escritos, Es la parte más densa que se debió enfrentar y la que significó mayor dedicación en esta investigación.

Emerge claro que al asumir como Superiora se entregó de lleno a fortalecer el espíritu religioso entre las Hermanas. Su principal esfuerzo y dedicación se orientó a favorecer una espiritualidad que uniera el cultivo de una intensa vida interior con la entrega plena y alegre al servicio de los pobres. Irradiaba una profunda confianza en Dios, la que proyectaba en la jerarquía de la Iglesia, especialmente en la persona del Santo Padre.

La complementación bibliográfica, la consulta a los artículos de prensa y revistas me permitieron tener la satisfacción de haber realizado un trabajo en que pienso he revisado todo el material existente en bibliotecas y archivos.

Mas allá de los escritos, he tenido oportunidad de realizar diversas entrevistas a personas que conocieron a Madre Bernarda. Especialmente a partir de esas opiniones he comprendido que la figura histórica de Madre Bernarda estaba caracterizada por la bondad y la firmeza de carácter. En vida, ella se constituye en un referente en que muchas personas percibieron un llamado que Dios les hacía. Su entrega total y sin retorno, sin retorno a la patria y sin espera de compensaciones humanas, la constituyeron en una enviada, en una misionera que nos vino a testimoniar la solidaridad en plenitud.

El Autor .

ARCHIVOS

--- Archivo del Presbiterio de la Parroquia de San Enrique de Lauzon – Quebec Canadá

--- Archivo Histórico de la Administración General de la Congregación de las Hermanas
de la Providencia – Montreal – Canadá

--- Archivo de la Cancillería. Arzobispado Montreal – Canadá. A.C.A.M..

--- Archivo. C.N.D., Congregación Nuestra Señora, Montreal – Canadá.

--- Archivo Provincial. y Museo Casa Provincial . Santiago – Chile.

--- Archivo Seminario Pontificio. Arquidiócesis Santiago , Chile .

Fernando Aliaga Rojas.

La entrega sin retorno

Madre Bernarda Morin
1832 1929

La Providencia en Chile

Santiago, 2002

I.- San Enrique de Lauzon

I.- San Enrique de Lauzon

La Madre Bernarda Morin es una de las grandes misioneras que han enriquecido la historia de la Iglesia en Chile. Intentar escribir su biografía nos obliga a viajar a Canadá y allá recorrer su tierra natal, sus antepasados y las circunstancias que rodearon su niñez y juventud.

Este recorrido comienza en su pueblo natal: San Enrique de Lauzon. Allí nació Venerance Morin Rouleau el 29 de diciembre de 1832, quien al hacer su profesión religiosa asumirá el nombre de Bernarda.

San Enrique de Lauzon, es un pequeño poblado, ubicado a 20 kilómetros de la ciudad de Quebec, esto es, en la región francesa de Canadá. Guarda en su historia lo típico de esa región rural de Quebec y Montreal, no hay que olvidar la energía y el coraje de los primeros colonos venidos de Francia que enfrentaron el rigor del clima con la esperanza de construirse una nueva vida.

San Enrique está ubicado en la región llamada: Señoría de Lauzon, cuya ciudad más importante llegó a ser el puerto de Lévis, que se ubica, en la rivera sur del río San Lorenzo frente a Quebec. Entre las dos riberas del río los intercambios comerciales fueron siempre muy importantes. El camino que atravesaba San Enrique partía de Lévis y luego continuaba hacia los poblados del interior, uno de los cuales era Santa María de Beauce, al que nos referiremos más adelante. En el siglo diecinueve, al puerto de Lévis llegaban los barcos que transportaban pasajeros y productos desde y hacia las otras ciudades canadienses, pues entonces el río San Lorenzo era la gran vía de comunicación del país.

La región o Señoría de Lauzon remonta sus orígenes, hacia el año 1636, en que consta, en los archivos, la concesión de esas tierras, por parte del Gobernador de la Nueva Francia, como representante del Rey de Francia, a Don Juan de Lauzon y a Don Simón Lemaitre[1]. A partir, de ese momento se comienza a conceder lotes a los colonos venidos de Europa en barcos que atravesaron el Atlántico y se internaban por las aguas del río San Lorenzo.

[1] Léon Roy « Les premiers colons de la Rive sud de Saint-Laurent-de-Berthier (en bas) à Saint-Nicolas », 1636-1738, pág. 49.

La entrega sin retorno

Con el correr del tiempo, los nuevos inmigrantes fueron ocupando las tierras al interior de la ciudad de Lévis.
En el año 1731, un grupo de colonos, atraídos por los terrenos que se extendían junto a la ribera del río Etchemin, establecieron allí un pequeño asentamiento humano, al que denominaron San Enrique. Los tres primeros jóvenes pioneros murieron en un accidente[2], pero los siguientes se fueron instalando en sus respectivos lotes, los cuales de acuerdo a la política de poblamiento tenían todos una extensión similar. Junto con construir sus casas de madera, entre los años 1737 y 1747, lograron darse una organización local y mejorar los servicios públicos.

El servicio religioso para estos habitantes de San Enrique fue proporcionado, en un primer momento, desde la Parroquia de Pointe Lévis, fundada en 1685, distantes quince kilómetros. A partir de 1739, el sacerdote José Luis Mercerau, realiza este servicio. Por catorce años atendió pastoralmente a los habitantes de San Enrique, ejerciendo un gran apostolado. Gracias a su impulso surgió a orillas del Etchemin una pujante comunidad cristiana. La Parroquia de San Enrique reconoce en el Padre Mercerau a su primer misionero y fundador.

Las primeras celebraciones de la Santa Misa fueron realizadas en las casas de los propios colonos.

Eran familias que se caracterizaban por su catolicismo militante y la práctica religiosa de los sacramentos. Por lo mismo, en forma apremiante, hicieron presente a la autoridad eclesiástica la necesidad que tenían de tener atención religiosa permanente. Al fin obtuvieron, que el 16 de abril de 1750 Monseñor de Pontbriand, sexto obispo de Quebec, designara al Abate Merceau, como Vicario de Lauzon y Párroco de la Villa Santa Genoveva en la Costa de San Enrique.[3]

Una vez que el Abate Merceau se puso al frente del servicio religioso, del pequeño poblado de San Enrique, todos esos campesinos emprendieron la tarea de construir su propio templo parroquial. Con gran esfuerzo y trabajo constante lograron construir una Capilla, que estuvo concluida en 1750 y en donde tuvieron lugar las ceremonias religiosas que consagraron a Dios los principales momentos de sus vidas, hasta el año 1782.

---

[2] J. Edmond Roy. «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen 2, página 218.
[3] J. Armand Lemay y Robert Mercier. « Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon», página 28.

I.- San Enrique de Lauzon

Hacia fines del siglo XVIII, la Capilla se hizo ya pequeña y, en consecuencia, se vio la necesidad de construir un nuevo templo, que, además cumpliera el requisito de estar más al centro del poblado de San Enrique. En el año 1780 se decretó el traslado de la Iglesia a los nuevos terrenos. El plano contempló la construcción del nuevo cementerio, a un costado del templo.

Entre los años 1782 y 1783, se realiza la construcción de esta nueva iglesia parroquial[4] Precisamente, en este templo será bautizada, el 30 de diciembre de 1832, Venerance Morin Rouleau.

En la historia de la Parroquia de San Enrique de Lauzon, uno de los estudios arqueológicos mejor logrados, es el que se refiere a las ruinas que hoy quedan de este templo, ya que posteriormente, en 1879, se construirá la actual iglesia gótica[5]que ayer como hoy, constituye el orgullo de este pueblo. Una de sus características artísticas es la de exhibir en su interior una colección de siete pinturas, obras de arte francesas, traídas a Quebec por el Abate Desjardins, sacerdote francés que emigró desde Francia a Canadá durante la revolución de 1793. [6]

Entre estas pinturas, originarias de conventos confiscados por la Revolución Francesa, encontramos la obra de Simón Vouet, «San Francisco de Paula resucita al hijo de su hermana». El autor pintó, dicha obra de arte para el Convento de los Frailes Mínimos de la Plaza Real de París, en 1640. Los Mínimos fueron suprimidos por el gobierno francés, en 1790. El Abate Desjardins obtuvo esta pintura, al igual que una serie de otras, en 1803, y la trasladó a Quebec, donde a su vez fue adquirida por el Párroco de San Enrique de Lauzon..[7]

Todas las familias franco canadienses, de estos pequeños poblados, establecidos en torno a Quebec, eran amantes de la tradición y se caracterizaban por ser católicos fervorosos y de intensa práctica religiosa. Su adhesión a la religión era algo institucional, ya que todas habían emigrado de Francia por efecto de las guerras y de la persecución religiosa. Habían llegado a Canadá en procura de un espacio donde trabajar y poder practicar libremente su fe.

---

[4] J. Armand Lemay y Robert Mercier . « Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon» página 52.

[5] J. Armand Lemay y Robert Mercier « Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurir de Lauzon» página 128.

[6] J. Edmond Roy « Histoire de la Seineurie de Lauzon» volumen 2, página 206.

[7] J. Armand y Robert Mercier «Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon» página 146 y siguientes.

La entrega sin retorno

Al igual que en los otros pueblos, en San Enrique, el templo parroquial era el centro de toda la vida social, ya que, tanto la recepción de los sacramentos, como la preparación a ellos hacía girar, en torno a él, todo el quehacer de mayor relevancia de la vida de esos pobladores. La celebración dominical y las grandes fiestas litúrgicas constituían los acontecimientos sociales de mayor realce.

Nos interesa, de una manera especial, como introducción a la biografía de Venerance Morin, realizar un estudio que nos ubique dentro de la situación reinante, no solo en el pueblo de San Enrique, sino en la región de Canadá francés, en los inicios del siglo XIX, precisamente para reconstruir el entorno en el que ella nace y crece.

La característica propia de esta región la constituye, a lo largo de su historia, la llegada de los inmigrantes. Pobres seres humanos, después de un viaje en las peores condiciones, llegaban semi muertos a los puertos de Canadá. Todos ellos venían escapando de las crisis económicas, persecuciones religiosas y, posteriormente, de las pestes que asolaban a Europa.

En los grupos de inmigrantes franceses que desde 1731, se van estableciendo en los alrededores de San Enrique aparecen personas con apellido Morin. En la región de Lauzon aparece censado en 1673, Carlos Morin [8]En la ciudad de Levis encontramos a Santiago Morin, en 1723, emigrado proveniente de Normandía (Francia),[9]Luego, en 1759, se encuentran ya instalados, en San Enrique, los hermanos Santiago y German Morin,[10] En el listado de 1762, aparece Francisco Morin,[11] Lo cierto es que entre los primeros colonos ya aparecen los Morin que son provenientes de las localidades de San Miguel y de Beaumont.

El pueblo de San Enrique es descrito, en 1765, como una pequeña aldea de 66 casas, donde habitaban 317 personas [12] Con el correr del tiempo el pueblo fue creciendo y, desde luego, una de las construcciones importantes que vino a satisfacer una necesidad muy sentida fue la construcción del molino, obra realizada, en 1747, por el señor Charest [13]

---

[8] J. Edmond Roy «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen 1, página 363.
[9] J. Edmond Roy idem volumen 2 página 37.
[10] idem idem idem página 219.
[11] J. Armand Lemay y Robert Mercier « Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon» pág. 35.
[12] J, Edmond Roy «Histoide de la Seigneurie de Lauzon» volumen 2 , página 378.
[13] J. Armand Lemay y Robert Mercier «Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon» pág.30.

I.- San Enrique de Lauzon.

Respecto al período que nos interesa estudiar, encontramos que, en 1834, el Cura Párroco de San Enrique, entrega un informe en que dice que sus feligreses son 380. Agrega que son todos muy pobres, ya que la mitad acostumbra alimentarse sólo de pan y están contentos cuando pueden agregar papas a su alimentación. Indica que hay 50 familias a cargo de la Parroquia, pero que ésta no tiene, muchas veces, con qué ayudarles.[14]

Es precisamente en estos años (1830-34) que la situación en toda la región de la Baja Canadá francesa llega a gravarse de tal modo que la miseria se torna una realidad impactante y generalizada. Al analizar todos los factores que inciden en esta crisis múltiple podemos sintetizarla a partir de tres causales o motivos principales:

a) El sistema económico colonial impuesto por los ingleses.

La historia de esa región sufría todas las vicisitudes que se provocaron, después de la anexión que Inglaterra hizo de todas esas colonias francesas, como consecuencia del Tratado de París 1763. A decir verdad, Francia estaba más preocupada de la crisis socioeconómica interna que de defender sus colonias en Norteamérica.

En un primer momento se había establecido un Régimen Provisorio (1760-1764) que fue la antesala de la ocupación militar y la imposición del Régimen Colonial inglés (1764-1791)

Con posterioridad a la Independencia de los Estados Unidos se establece en todo el Canadá el Régimen Parlamentario (1791-1848), que dividió en dos provincias autónomas todo el territorio: la Alta Canadá, británica y la Baja Canadá, francesa. Las normas de comercio centralizado, impuesto para todo el Imperio Inglés, crean una situación desfavorable, ya que todos los productos manufacturados vienen de la metrópoli y los precios para las materias primas y los frutos del campo no son favorables.

La cesantía y la dependencia política llevaron a la rebelión de los años 1837-1838. Todo fue aplastado por los ejércitos ingleses que en 1841 impusieron el dominio de la Corona inglesa por la fuerza. [15]

---

[14] J. Edmond Roy «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen 5, página 358.

[15] Cfr. Ouellet, Fernand «Éléments d'histoire du Bas Canada», 1972.

La entrega sin retorno

Dentro de una situación de dominio por parte de los ingleses, la libertad de la iglesia católica se vio amenazada ya que se intentó, de todas maneras, someterla al Estado. Uno de los exponentes de la defensa de la autonomía eclesial, frente al estado fue el obispo de Quebec, Monseñor Plessis, (1806-1825). La realidad mundial;, convulsionada por las revoluciones europeas, incide en la conquista de un régimen de libertad de los católicos frente a los anglicanos, lo cual queda consagrado en el Acta de Unión (1840). Esta nueva política respecto a la religión se inspira en el modelo de los Estados Unidos y se evidencia al ser elevada la diócesis de Quebec (1844) a sede Metropolitana.

En San Enrique,(1831) la casi totalidad de la población eran católicos, sólo cuatro familias eran protestantes[16]. Esta realidad hace que la vida sacramental se constituya en algo social y el templo sea el centro de la vida de la aldea.

b.- La masiva llegada de inmigrantes.

Canadá, especialmente, en el siglo XIX, va a experimentar indirectamente, los efectos de las guerras, de las crisis económicas y grandes carestías de alimentos que padece Europa, con la llegada masiva de inmigrantes.

En los registros de la Aduana del puerto de Quebec ha ido quedando constancia del nombre y número de los integrantes de las diversas oleadas migratorias. Eran cargamentos humanos, que viajaban en camarotes miserables, en condiciones espantosas. Obligados a respirar en el fondo de esas naves un aire corrompido, venían mal vestidos, mal alimentados. Desembarcaban en un estado que daba compasión. Luego quedaban tirados a lo largo del muelle por varios días, siendo atendidos por algún alma caritativa que tuviese compasión de ellos. Muchos al poner pie en tierra y por venir contagiados por una de las tantas enfermedades, estaban obligados a recorrer el camino hacia el hospital. Pero no al hospital de la ciudad, sino al Hospital especial para los inmigrantes que había sido construido en el barrio de San Juan de Quebec. [17]

---

[16] État statistique de la Paroise Saint-Henri de Lauzon Comté de Dorchester» por el Padre J. Lacasse. N° 4, 1831. En el archivo del Presbiterio de la Parroquia.

[17] J. Edmond Roy « Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen 5, página 343.

1.- San Enrique de Lauzon

Específicamente, existen referencias a la pobreza y miseria que manifestaban los inmigrantes de Irlanda.

En San Enrique, si bien el número de inmigrantes no es numeroso, sin embargo, se hace sentir, en la comunidad, por cuanto son personas que viven de limosnas y como tales aparecen en los Informes estadísticos de la Parroquia.[18]

c) Las grandes pestes que se declaran en Quebec y Montreal

Conjuntamente con la afluencia de inmigrantes europeos, llaga a las costas de Canadá la peste del cólera. En 1831, desembarcan en el puerto de Quebec un total de 50.000 inmigrantes, en circunstancias que toda la ciudad de Quebec tenía una población de 20.000 habitantes. Junto con el problema de dar alimento a esta marea humana, se propaga la peste del cólera. Surge el pánico en toda la población. Las autoridades además de establecer oficinas sanitarias, implantan el sistema de cuarentena para los barcos de pasajeros.[19]

El 8 de junio de 1832, se le aplica la cuarentena al navío Carrick, procedente de Irlanda. De los 192 pasajeros que transportaba, sólo descienden 133, los cuales de inmediato, contagian a toda la ciudad con la peste del cólera. En seis días mueren 261 personas. Se crea un clima de consternación y espanto. Se cierran las tiendas y los bancos, se paralizan las obras en construcción. Nadie sabe qué remedio se debe aplicar. Ante esa impotencia se aplican normas que hoy aparecen ridículas: Para purificar el aire, la Oficina de salud hace disparar un cañón, otros queman resina en las calles o se esparce una solución de cloruro de cal. Se adopta la medida de deshacerse de los cadáveres lo más pronto posible. En quince días la epidemia cobra 3.000 víctimas en la Baja Canadá, entre las cuales 900 en Quebec y 1.000 en Montreal. Al fin de ese año, el Diario «La Minerva» calculaba en 12.000 los muertos en la Baja Canadá. [20]

Esta es la realidad que impera en la Baja Canadá francesa, cuyo centro, la ciudad de Quebec, al mismo tiempo que se constituye como sede del gobierno y del poderío inglés, pasa a ser un centro internacional. Los pueblos, como San Enrique situados en los alrededores de Quebec, van experimentando todas las consecuencias y vaivenes que provocan estos cambios históricos.

---

[18] «État statistique de la Paroisse Saint-Henri de Lauzon» por el Padre J. Lacasse, 1831, Nº 4.

[19] Denise Robillard « Emilie Tavernier-Gamelin» página 104.

[20] Idem Idem página 105 y siguientes.

La entrega sin retorno

Vida y cultura de una Parroquia canadiense francesa.

Las características culturales que tipifican la región, de Baja Canadá han sido analizadas por J. Edmond Roy [21]y otros historiadores, teniendo como base diversos documentos de la época.

Desde luego, uno de los aspectos específicos que caracterizó a todos los primeros cultivadores del agro canadiense fue el conocer en forma rudimentaria las labores del campo y apenas saber leer y escribir….

Entre los años 1810 y 1830 se afirma que en todas las Parroquias de la Señoría de Lauzon se podía encontrar la verdadera vida patriarcal manifestada en una gran hospitalidad y una sencillez de vida encantadora.[22]

La vida de estas familias estaba marcada por un trabajo rudo y constante y con estilo muy frugal, sin ambiciones y lujos. El secreto de esos campesinos era vivir contento con lo poco.

Los pobladores de Lauzon habitaban en casas sólidas, construidas con fuertes vigas de madera, entrabadas al estilo normando. Provistas de grandes ventanas, que se abrían en los meses de verano para que entrara el sol y el aire fresco, quedaban firmemente cerradas en los meses de invierno para protegerse del frío y las tempestades de viento y nieve.

A un costado de la casa habitación se erguía el granero y el establo, generalmente cubiertos de paja y rastrojos.

Por lo general, los poblados estaban constituidos por un conjunto de cabañas de madera blanqueadas a la cal y edificadas al borde del camino. En la plaza o en algún lugar importante del pueblo se encontraba una gran cruz, a cuyo costado se erguía una imagen de la Virgen. Ante estos símbolos, los transeúntes al pasar expresaban su fe con gestos de reverencia e incluso, más de alguno, se detenía a rezar.

Los habitantes de la región de Lauzon se mostraban muy apasionados por la caza y la pesca. Una de las grandes entretenciones era poner lazos en el campo para cazar liebres. Lo mismo el cazar tórtolas al vuelo y pescar con diversos instrumentos en el río. Los trofeos obtenidos eran compartidos en la mesa familiar con los vecinos.

---

[21] J. Edmond Roy « Histoire de la Segneurie de Lauzon» volumen 4, pp. 156, ss.
[22] Michel Chevalier «Lettres sur l'Amérique du Nord» 1835, volumen 2, pp, 74I.

I.- San Enrique de Lauzon

Una de las características que los viajeros de la época destacan, como propia de los canadienses, era el consumo del tabaco, que parecía ser una de las cosas necesarias para su vida. Son descritos como eternos fumadores.

Dentro del aislamiento propio de cada poblado, era requisito fundamental que el jefe de hogar conociera los oficios de: panadero, carpintero, mueblista, herrero, y zapatero. Para realizar estas tareas estaban provistos de herramientas y de los materiales necesarios, los cuales guardaban ordenadamente en el taller del hogar. Debido a lo difícil que era el conseguir los repuestos de debía estar provisto de antemano de todo lo que necesitaba para reparar los instrumentos utilizados tanto en el trabajo agrícola, como en la reparación de los muebles y artefactos del hogar.

En su modo de vestir, los jóvenes y los hombres usaban una gruesa capa de tela gris, cerrada por un cinturón, lo cual se completaba con el uso del gorro normando, cuyo color variaba según cada zona: en Quebec lo usaban de color rojo, en Montreal de color azul y en Trois Riviere: blanco. [23]

Las aldeanas canadienses vestían en forma simple. Por lo general usaban un corsé azul o escarlata, sin mangas y debajo un vestido de color diferente. El sombrero de paja que usaban les daba un aspecto típico. Las joyas que portaban eran escasas. Aparte de un adorno de oro en el pelo y una sortija de plata, no llevaban nada más. Como expresión de su espíritu religioso, todas llevaban colgando de su cuello un crucifijo de plata. [24]

Ellos mismos fabricaban sus zapatos, por cuya razón guardaban y procesaban el cuero de los animales que consumían para luego utilizarlo en un tipo de calzado un tanto tosco.

Los niños no comían en la mesa familiar, sino después de haber hecho su Primera Comunión. Ellos ocupaban una mesa más pequeña, apropiada para ellos. Por lo general, en cada familia canadiense los niños eran numerosos, esto es, 12 a 15 como término medio. El bautismo de un niño era antes que nada el pretexto para reunirse los parientes y amigos. El compadrazgo era una institución muy de moda.

---

[23] Ferland «Histoire du Canada» tomo II, página 47.

[24] J. Edmond Roy, «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» tomo IV , página 172.

La entrega sin retorno

En las fiestas y reuniones se acostumbraba a cantar las hermosas canciones tradicionales, alternando los coros entre los hombres y las mujeres. Igual tradición se tenía respecto a las danzas, acompañadas por violines y marcando el ritmo con los talones.

El espíritu cristiano estaba presente en todos los actos de esos agricultores, así al hacer el testamento en vida para repartir sus bienes, a menudo se encuentra esta fórmula:

> «Como cristiano, católico, apostólico y romano, yo encomiendo mi alma a Dios Padre Todopoderoso, le suplico por los méritos de la pasión y de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, por intercesión de la gloriosa Virgen María, de mi santo patrono y la de todos los otros santos que….»

Luego dejaba expresa su voluntad en lo referente al destino de sus bienes, pero bajo la condición que antes fuera pagada toda deuda y reparado todo error que hubiere podido cometer en vida. Así mismo, dejaba establecido que se separara el dinero necesario para costear los oficios religiosos, los que se realizarían con motivo de su sepultura y posteriormente con motivo del aniversario de su muerte.[25]

Los niños, apenas pasaban de la infancia a la adolescencia, todos debían trabajar. Solamente, en el invierno, algunos jóvenes eran enviados a la escuela para que perfeccionaran su instrucción. Cuando los jóvenes crecían ya no podían seguir comiendo en la mesa paterna y, como algo normal, se iban de la casa de sus padres en busca de trabajo, sea con algún conocido o como aventureros en procura de un pedazo de tierra.

La medicina era algo desconocido entre esos campesinos, los cuales enfrentaban las enfermedades con remedios naturales. Había personas a las cuales se les reconocía la cualidad de ser «curanderos»

La tarea que realizaban las mujeres era bastante pesada en esta época. Ellas debían vestir a sus hijos, tener preparadas las comidas del día, lavar la ropa, ir a buscar el agua, ordeñar las vacas, hacer la mantequilla, cuidar el corral. La mayoría de las casas tenía un pequeño huerto que ella sembraba y cultivaba. Durante el invierno el trabajo se realizaba dentro del hogar: hilando la lana, tejiendo, confeccionando vestidos y, en fin sumergidas en centenares de trabajos domésticos.

---

[25] J. Edmond Roy, «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen IV página 176.

I.- San Enrique de Lauzon

El viajero y escritor Weld critica a los canadienses por cuanto dice que son indolentes e imponen a su mujer una vida demasiado laboriosa, haciéndola realizar los trabajos más duros de la granja. «Las aldeanas son por lo general muy hermosas durante su juventud, pero al igual que las mujeres indígenas pierden prematuramente su belleza por la misma razón: exceso de trabajo.»[26]

La presencia de la Iglesia, en este medio, adquiría gran importancia, en primer lugar porque cada parroquia era la única organización existente. Desde luego, los archivos que se conservan en las parroquias constituyen una gran fuente de información, no sólo respecto de la frecuencia de los sacramentos, sino además, de otros datos, por ejemplo: se puede deducir la gran cantidad de personas que no sabían escribir y ni siquiera firmar.

Los habitantes de la región de Lauzon, como en general todos los canadienses, habían heredado la religión de sus padres y por lo mismo mantenían una gran cantidad de supersticiones. La creencia en fantasmas, duendes, almas en pena estaban presente en sus creencias religiosas. Por lo demás, la narración de hechos milagrosos y el otorgar a determinadas personas el poder de realizar curaciones es parte de su religiosidad. Entre las creencias supersticiosas estaba la de atribuir a los objetos hechos de plata, una virtud sobrenatural, esto es, tener un don especial. [27]

El templo parroquial, se constituía en todos estos poblados, en el centro de la comunidad. Por lo mismo, el campanario llega a ser el signo y orgullo para los habitantes de una determinada parroquia. Los feligreses realizaban todo tipo de sacrificios con tal de dotar a su templo de un campanario que se viera desde la distancia. Las campanas del templo parroquial señalaban las horas de trabajo, de descanso y de la oración. Indicaban si había un incendio y en caso de tormenta sonaban como conjuro contra ella. [28]

Las celebraciones litúrgicas se constituían en un espacio social publico para dar a conocer las ordenanzas civiles y eclesiásticas. Por mucho tiempo, los curas daban lectura, durante los actos de culto, a las disposiciones de los gobernadores, intendentes y los avisos de los tribunales.

---

[26] Weld «Voyage au Canada». 1798, tomo II- página 160.
J. Edmond Roy, «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» tomo IV, página 180.

[27] Idem idem idem idem 201.

[28] Idem idem idem idem 230 y ss.

La entrega sin retorno

Por lo general, tanto en el período del dominio francés, como con los ingleses, se juzgaba que un decreto u ordenanza se le había dado suficiente publicación por el hecho de haberla expuesto en las puertas de las iglesias, por ser éste el lugar más frecuentado por el pueblo.

El cura párroco era la expresión de la ley y el que daba a conocer a sus parroquianos las actas de la autoridad superior. Ayudaba, también, a la administración de la justicia, ya que el púlpito llegaba a ser una verdadera tribuna para publicar los decretos judiciales. Por su parte, el obispo tenía autoridad para hacer las declaraciones de advertencia canónica y de excomunión contra de los herejes. En algunos casos la excomunión se declaraba, incluso, contra los que teniendo conocimiento de los culpables de un asesinato no lo hubieren dado a conocer.

En definitiva, el cura párroco, además de ser pastor espiritual, era: protector, abogado, y líder de todos los parroquianos. Su posición social era excepcional y su supremacía incontestable. Para las familias era causa de orgullo el que un hijo entrara a estudiar en el Seminario. Por lo general, la vida privada de los curas párrocos era ejemplar. Inspiraban respeto por su virtud, incluso para los ingleses anglicanos.

Los sacerdotes vivían del pago del diezmo que hacían los feligreses. Por su parte, entregaban una serie de servicios. Como por ejemplo: instruir gratuitamente a los muchachos de la parroquia que manifestaban disposiciones para los estudios. Por supuesto, que en los días de fiestas y cada domingo enseñaban el catecismo a los que se preparaban para la primera comunión.

Los feligreses, además de la obligación del pago del diezmo, se hacían cargo de las reparaciones del templo, del presbiterio (oficinas parroquiales) y de dar una vivienda conveniente al párroco.

Los registros y archivos de la iglesia estaban tan bien organizados que de hecho eran los que regían la vida social y pública en toda la región. Gracias a esa documentación se ha podido realizar toda clase de investigaciones, como, también, ha servido para la regularización de títulos de propiedades de toda suerte.

El Seminario de Quebec era el centro de estudios donde se formaban los jóvenes eclesiásticos, que luego iban a servir a las parroquias y a las misiones. Sin embargo, el mayor número de sacerdotes provenía desde Francia, escapando de la persecución religiosa ejercida en esa nación por los gobiernos anticlericales.

I.- San Enrique de Lauzon

El clero canadiense se enriqueció con estos sacerdotes que por lo común eran muy cultos y con un gran testimonio de vida espiritual. Su apostolado robusteció vida religiosa pública de las ciudades y pueblos canadienses.

Las procesiones solemnes se realizaban públicamente y con gran participación de los pobladores. Eran numerosas y respondían a diversos motivos: contra la helada, para obtener la lluvia, para conjurar las pestes, para detener las plagas de saltamontes y gusanos. Las rogativas y el llevar el Santísimo a los enfermos se hacía en forma solemne por la vía pública.[29]

La difícil situación, confrontaciones que se fue dando entre católicos y protestantes, a raíz de los diversos hechos políticos de la historia del Canadá, se manifestaban en diversas costumbres, así, por ejemplo, los católicos tenían sus cementerios distintos de los protestantes.

La visita pastoral del Obispo a una parroquia constituía un gran acontecimiento para esa sociedad, caracterizada por un fuerte sentimiento religioso.[30] La recepción del Obispo era solemne. Junto con realizar ceremonias religiosas con gran solemnidad, de impartir el sacramento de la confirmación, realizaba una inspección detallada de todos los bienes y registros de la Parroquia. Como también de la observancia de las normas de disciplina canónica. Incluso se daba la oportunidad para que cualquier persona pudiera acudir a informar al Señor Obispo de lo que juzgara conveniente.

Una de las preocupaciones centrales del señor Obispo era visitar y ver el estado en que se encontraban las obras de caridad que sostenía la parroquia, ya que en todas las diócesis existía una línea pastoral de mucha solidaridad con los pobres.

Es preciso adelantar, desde ya, una característica que distinguía a la iglesia católica en el Canadá y es el florecimiento de una serie de instituciones y congregaciones, cuyo carisma estaba definido por su opción hacia los pobres y enfermos, tales como, la Congregación de las Hermanas Grises. Frente a una realidad de hambre, miseria y grandes pestes la fuerza del catolicismo se expresó en promover una serie de iniciativas de solidaridad con los pobres y enfermos. En este clima surgieron muchas vocaciones religiosas, dos de las cuales nos interesa analizar más adelante: Madre Emilie Tavernier Gamelin y Madre Bernarda Morin.

---

[29] J.Edmond Roy «Histoire de la Seigneurie de Lauzon» volumen IV, página 244.
[30] Idem Idem Idem página 25.

La entrega sin retorno

La fidelidad con la cual los habitantes de la baja Canadá se mantuvieron unidos a la religión y a sus Pastores fue admirable. Aún bajo el dominio de los protestantes ingleses, los feligreses católicos de esta región mantuvieron su adhesión inquebrantable a su Iglesia.

Esta es, en breve síntesis, una visión de conjunto de la realidad existente en Canadá en los años en que nace y crece nuestra biografiada: Venerance Morin.

La familia de Venerance Morin.

Precisamente, una de las familias que integraban el pequeño poblado de San Enrique de Lauzon, era la del matrimonio compuesto por Don Santiago Morin y la Señora María Francisca Rouleau. Habían contraído matrimonio el 27 de julio de 1824 y, a lo largo de su vida matrimonial, Dios los bendijo con 14 hijos, doce mujeres y dos hombres.

En orden cronológico, de acuerdo con el Registro de bautizos de la Parroquia de San Enrique, [31]los hijos del matrimonio Morin Rouleau fueron:

María nacida el 17 de junio de 1825
Santiago nacido el 10 de marzo de 1827
Enriqueta nacida el 21 de septiembre de 1828
Matilde-Melania nacida el 22 de febrero de 1830
Olimpia nacida el 4 de mayo de 1831
Venerance nacida el 30 de diciembre de 1832
María Delfina nacida el 29 de diciembre de 1834
Melania nacida el 31 de agosto de 1836
Santiago nacido el 7 de noviembre de 1838
Adelina nacida el 12 de junio de 1840
Anónimo (*) nacido el 22 de mayo de 1841 (*) Hijo que murió al nacer.
Regina--Adelina nacida el 2 de noviembre de 1842
María-Georgina nacida el 27 de agosto de 1844
María-Adela nacida el 14 de junio de 1846

Importa señalar que si bien estas fechas corresponden al día del bautizo, este, por lo general, se celebraba al día siguiente del nacimiento.

[31] Registros, en Archivos Presbiterio Parroquia San Enrique.

San Enrique de Lauzon

La propiedad de los Morin Rouleau estaba ubicada, precisamente a la orilla del río Etchemin, de modo que la vida diaria de la familia se desenvolvía integrando, como parte de la rutina familiar, el ruido de las límpidas aguas del río, donde a menudo iban a pasear. Llegada la primavera era hermoso ver cómo se deshacían los grandes puentes de hielo que el invierno había dejado sobre la corriente del río. Para hacer accesible la bajada hasta el lecho del río, los antepasados de la familia habían construido escalinatas. Don Santiago había plantado, en varias terrazas, logradas a fuerza de trabajo, una gran variedad de árboles frutales.

De acuerdo al Informe del estado de las estadísticas de la Parroquia de San Enrique de Lauzon, Conde de Dorchester, escrita por el Párroco P. José Lacasse, en 1831, la familia Morin Rouleau era dueña del Lote 68.

Don Santiago aparece con el oficio de cultivador y propietario de este lote. Dentro de la escala social del pueblo, el cultivador se distingue del jornalero, ya que este último vive del trabajo que realiza para otros, pero no tiene animales, ni cosecha sembrado.

La propiedad de los Morin Rouleau tenía una superficie total de 222 acres, esto es, alrededor de 90 hectáreas, de las cuales el área cultivada correspondía a 58 acres, más o menos 23,50 hectáreas. En estas tierras se producía, entre otros productos, trigo, arvejas, avena, papas y pasto. En el resto de la propiedad, no apta para el cultivo, había espacio para mantener: 16 reses, 3 caballos, 18 ovejas y 12 cerdos.[32]

A esa fecha en que se realiza este censo,(1831) en su hogar habitaban 10 personas. Se podría afirmar que era una familia de «agricultores tipo», dentro de esa sociedad, vale decir, unían el esfuerzo del trabajo constante con un estilo de alimentación y de vida sobrio pero digno.

En este hogar, nace Sor Bernarda, el 29 de diciembre, recibiendo en su bautizo el nombre de Venerance. El Acta de Bautismo es del 30 de diciembre de 1832,[33]y esta firmada por el P. José Lacasse, que fue Párroco de San Enrique de Lauzon, desde 1817 al 1847.

---

[32] «État statistique de la Paroisse Saint-Henri de Lauzon. Comté de Dorchester» por el P. José Lacasse, 1831.

[33] Archivo del Presbiterio de la Parroquia de San Enrique, Registro del 1830 – 34, B. 207, 1832.

II.- El amanecer

II.- El amanecer

Al iniciar sus memorias, Madre Bernarda escribe:

"Nací la séptima de 14 hijos que tuvieron mis padres, 12 mujeres y dos hombres".

"Vi la luz del día el 29 de Diciembre 1832, fui bautizada el día siguiente 30 del mismo mes y me pusieron el nombre de Venerance". [(34)]

A decir verdad, de acuerdo al libro de bautizos de la Parroquia de San Enrique ella era la sexta entre 14 hermanos. Su bautismo está registrado como corresponde en el libro parroquial, de la siguiente manera:

"El treinta de diciembre de mil ochocientos treinta y dos, yo, cura de esta parroquia, que suscribe, he bautizado a Venerance, nacida ayer del legítimo matrimonio de Santiago Morin, agricultor, y de María Rouleau de esta parroquia. Fue padrino Pedro Rouleau, firmante y madrina Luisa Morin, quien no firma. Pedro Rouleau José Lacasse, Pbro."[35]

Era el amanecer de la vida de una mujer, cuyos caminos serán los de la Providencia. Ella tuvo, en el cariño que le brindaron sus padres, la primera experiencia de un Dios bondadoso que la amaba, En ese ambiente hogareño, donde reinaba una verdadera espiritualidad cristiana, sintió en la unión plena de amor y comprensión de sus padres, el impulso vital de una seguridad personal, fundado en la fe y en saberse amada. Los valores que reinaban en su familia, fueron criterios que se consolidarían en ella, a lo largo de su vida en actitudes de vida. Sintió, en el afecto de sus padres, la bondad de Dios, en sus caricias imaginó el rostro de Dios. Su hogar fue el primer templo, donde pudo encontrarse con el Dios que la amaba y que tenía reservada para ella, una misión en favor de los niños sin hogar.

Venerance Morin creció dentro de un entorno natural, donde, además de los árboles frutales, el bosque y una naturaleza pródiga, existía la poesía de las aguas claras del río Etchemin. Dentro de este medio ambiente, su vivencia de armonía con Dios y con la naturaleza, irá creciendo con una sensibilidad estética y humana de gran calidad. Allí desarrolla, desde pequeña, su vena artística, poética y mística. Así, por ejemplo, ella percibirá al río, como un personaje de su vida. Inspirada por la dimensión poética de su sensibilidad artística, escribirá al momento de seguir su vocación religiosa: "El ruido de las límpidas corrientes del Etchemin me decían: ¿A qué huyes de los encantos que tantas veces te he proporcionado… [36]

---

[34] Morin, «Memorias», I, p. 4.
[35] Copia autorizada legalmente, p. 290. En Archivo Provincial Santiago
[36]Morin «Memorias», I, p. 67.

La entrega sin retorno

Venerance, que más tarde, en la vida religiosa, tomará el nombre de Bernarda, nos ha dejado dos obras escritas por ella que son de gran importancia para conocer sus sentimientos y sus recuerdos: las "Memorias Intimas" de su vida y la "Historia de la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Chile". Estos dos legados fueron escritos en Chile. El primero lo escribió siguiendo el consejo del Confesor Pbro. Don Raimundo Villalón. La segunda a petición de los muchos, sacerdotes y obispos, que habían sido testigos de su vía crucis en Chile. Ambas son reflejo de su espiritualidad, pero también son base para escribir su historia personal.

En realidad el Pbro. Don Raimundo Villalón ha hecho un inmenso favor a la Iglesia, al indicar a su penitente dejara por escrito sus recuerdos y reflexiones. La fuente principal para referirnos a su niñez es ciertamente esta serie de Manuscritos reservados, en la que Madre Bernarda nos expone sus recuerdos y de los cuales podemos entresacar muchas reflexiones y alcances de la gran riqueza espiritual que la caracterizó.

Por su parte, el P. Francisco Donoso en su obra[37] sobre la vida de la Madre Bernarda, no sólo trabajó estos documentos sino, también tuvo oportunidad de conversarlos con la Madre Bernarda.

En los recuerdos sobre su infancia, que nos ha dejado en sus manuscritos, existe, por una parte, una actitud de gran humildad, respecto a la evaluación que hace de si misma y, por otra parte, va exponiendo el itinerario de su proceso vocacional. El conjunto de sus recuerdos constituye un gran reconocimiento a la divina Providencia, cuya presencia ella describe cómo se ha ido manifestando a lo largo de su vida.

En el primer recuerdo que nos expone en sus "Memorias", nos da a conocer la pedagogía empleada por su madre en su educación. La escena es muy simple, pero contiene elementos pedagógicos de gran importancia que influirán en su vida. Con pinceladas muy precisas describe este primer recuerdo:

"La primera cosa que recuerdo da testimonio del cuidado esmerado con que mis padres procuraban desde muy temprano inculcarnos los principios de una cristiana educación".

"Dormía todavía en una cuna y tenía la costumbre de no dormirme jamás sin que un criado viejo de nombre[38] Jourdain me viniese a cantar y mecer la cuna. Un día, mi mamá me acostó, me hizo rezar y me arregló muy bien en mi cuna, como lo hacía siempre por su propia mano, después se sentó al lado de la cuna a darme conversación y entre otras cosas me dijo, que si yo quería agradar a la augusta Virgen María y ser querida de ella, no había de permitir más que Jourdain entrase a mecer la cuna, (este

[37] Donoso, Francisco. « Bernarda Morin. Su vida y su personalidad, 1832 – 1929.
[38] Morin «Memorias» I, p. 4 y 5.

II.- El amanecer

Jourdain podía tener unos 70 años, lo había criado mi abuelo) Que las niñas no debían dejar entrar a hombre alguno en sus piezas, ni hacerse cargar en sus brazos, ni permitir por nada las tocasen o hicieran cariño, ya que si quería dar gusto a la Virgen y a ella había de acostumbrarme a dormir sin que Jourdain me meciera la cuna".

"Algún sacrificio me costó, estaba muy bien avenida en la cuna, pero al fin, dije a mi mamá que si era así, me hiciera el favor de cambiar la cuna por una cama muy grande que le señalé, de lo cual convino ella muy gustosa. Me abrazó por segunda vez y me dejó que durmiera sola".[39]

El análisis simple de este hecho nos hace descubrir actitudes testimoniales de parte de su madre, que quedaron grabadas en la memoria de Venerance y que le significaron una orientación clave en su vida:

+Desde luego destaca el **acompañamiento** que realiza su madre hacia ella, el cual está impregnado de afecto. No se trata de algo puntual, sino de una presencia materna que junto con saber lo que cada uno de sus hijos está haciendo, les hace sentir una presencia enriquecedora en la vida del hogar. Este acompañamiento materno no limita la libertad, sino que al contrario de lo que engendra el abandono, la hace encontrar un marco ético-moral que le permite sentirse responsable y segura.

+En segundo lugar se da un **diálogo directo de la madre hacia la hija**, por medio del cual, la Sra. María Francisca, da a conocer a Venerance las razones de una orden que significa un sacrificio para la pequeña. Ciertamente, el viejo Jourdain, que tenía 70 años y que desde pequeño había estado al servicio del abuelo, era hombre de confianza. Que se sentía integrado a esa familia. Pero, precisamente, porque nada se le podía achacar, la madre aprovecha la ocasión para señalar a Venerance que, si quiere agradar a la Virgen y ser querida por ella, no debe dejar que ningún hombre entre en su pieza, ni la tome en sus brazos, ni le haga cariño. La motivación es por amor a la madre del cielo, la Virgen y, también, por darle gusto a ella, su madre terrena. No porque Jourdain sea hombre de malas intenciones. La renuncia que se le pide está en la dimensión pedagógica de la prevención y fuertemente motivada por una razón de cariño hacia la Virgen María y hacia su madre, que estaba ahí junto a ella.

+**Finalmente,** la conversación afectuosa entre madre e hija se da en una relación de dos personas adultas, ya que lo central no se limita a una prohibición sino más bien a **orientar a la pequeña hacia un proyecto de vida como mujer**, donde ella debe asumir la responsabilidad de ser la principal gestora. El cambio de la cuna por una cama sella un pacto entre madre e hija, lo que es ratificado por un gesto de afecto: el abrazo de la madre. Este modelo educativo, ciertamente, incentivó en Venerance un proceso educativo integral.

---

[39] Morin,« Memorias» I, pág. 5.

La entrega sin retorno

La educación dada por su madre constituyó en su vida, algo que ella valoró mucho y que siempre reconoció como un hito de gran importancia. En los recuerdos que ella guardó en su memoria y que luego expone en sus manuscritos, aflora toda la sabiduría que su madre demuestra en su formación, como, así mismo, el gran potencial humano existente en Venerance. Mientras esta pequeña niña desarrolla toda su personalidad de líder, la madre crea un clima de armonía en su entorno, pero, al mismo tiempo, interviene en forma suave y firme para corregir los pequeños caprichos, aristas sobrantes de las grandes cualidades que en ella se iban desarrollando.

Según los informes de la época el nivel intelectual de los habitantes de Lauzon era escaso. Ello era debido al aislamiento en que se encontraban los pueblos de esa zona, como también por el estilo de trabajo agrícola, ya que cada familia se sumergía en las labores que exigía la atención de su granja. Esta exigencia de permanente mano de obra y lo exiguo de los recursos con que contaban, había marcado a esos habitantes con un cierto atraso en lo que se refiere al arte, la ciencia, la literatura y la instrucción en general. Estadísticamente se podía afirmar que sólo el diez por ciento había logrado en su infancia aprender a leer, a escribir y a sumar.[40] Por lo mismo, a la luz de estos datos se advierte que en el hogar de Venerance, la sabiduría de su madre crea un clima de comprensión. La falta de instrucción era suplida por la vivencia de valores morales cristianos, los cuales son internalizados en un ambiente de cariño y comprensión.

La forma en que Venerance explícita las tres lecciones más sobresalientes de su infancia, que a continuación presentaremos, nos revela el reconocimiento que ella sentía hacia la sabia y prudente intervención realizada por su madre en su formación. Los acontecimientos que le han merecido el reproche materno, en definitiva, se transforman en verdaderas lecciones formativas.

Por otra parte, estas narraciones están relacionadas con grandes luchas interiores que Venerance asumió a lo largo de su vida, para lograr el dominio de su carácter. Ella con toda humildad describe sus imperfecciones en forma muy crítica para consigo misma. Desde pequeña se sabía necesaria y poseía en forma intuitiva un gran dominio de las situaciones. Se distinguía porque, a pesar de ser muy pequeña, ya sabía leer, además por su gran capacidad para aprender trozos de memoria. Informa que no quería juntarse con ninguna niña de su edad "para conservar la fama de juiciosa" y gustaba de estar bien vestida. Reconoce que era muy sensible a las reprensiones, que le gustaba andar bien vestida y sosegada en la Iglesia para llamar la atención y ser distinguida.[41]

El abuelo paterno conocía muy bien su mal genio y gustaba de molestarla. A este respecto escribe:

---

[40] J. Edmond Roy. « Histoire de la Seigneurie de Lauzon » volumen IV, página 194.
[41] Morin,«Memorias» p. 8.

II.- El amanecer

"Parecía no tener otra diversión más de su gusto que hacerme rabiar". "La cólera ha sido una de las pasiones que más me ha dado que hacer".[42]

Con este reconocimiento nos da a conocer el volcán que bullía en su interior y, al mismo tiempo, el esfuerzo permanente que debió realizar para lograr el dominio de si misma.

Precisamente, la modelación de su orgullo es el objetivo a que apunta su madre, la Sra. María Francisca Rouleau, quien se lo plantea como parte de un proceso de crecimiento personal.

En la exposición de estas lecciones-recuerdo, Venerance manifiesta ser plenamente consciente del profundo significado que tuvieron en su vida las correcciones de su mamá.

1.- Lección de superación del orgullo.

En el escenario del hogar se enfrentan dos voluntades muy decididas: la madre y la pequeña Venerance. La madre es firme en sus decisiones y no cede. No habla mucho. Dice lo justo y preciso. Es incisiva y penetrante, lo que produce un fuerte impacto en Venerance.

"El orgullo me hubiera llevado a males muy grandes de no haber tenido tan buena madre. Tenía como seis años de edad cuando principié a dar muy malas muestras de este vicio. Me estaban haciendo un vestidito de un género de los que usan ordinariamente los pobres. Grande fue mi pena cuando supe que era para mí. Para estorbar lo concluyesen procuré quemar un paño, pero el daño no fue tan grande que se inutilizase el género, sin desalentarme traté a escondidas de hacer con las tijeras unos tajos en el género buscando de todas maneras como librarme de poner tal vestido".

"En vano lloré, me enojé. Mi mamá se mantuvo firme en ordenar me acabasen y pusiesen el vestido. El primer día que me lo pusieron llegó de visita el único hermano que tenía mi mamá, a más era mi Padrino, siempre me traía algún regalo y me quería mucho. La vergüenza y la rabia dieron un terrible asalto[43] contra el amor natural que tenía a mi tío, al interés de los dulces como a la curiosidad de ver cuanto pasaba. También creí que mi mamá sentiría si no iba como de costumbre a abrazar a mi tío".

"Estas[44] reflexiones, la vergüenza y el sentimiento me decidieron a esconderme por todo el tiempo de la visita de mi tío. En la subida del río que pasan a unos seis o siete varas de los balcones de Casa, mis padres conservaban una colección de todos los árboles frutales del país. Había muchos escalones sombreados, donde había gran facilidad para mi

[42] Morin,«Memorias» p 8
[43] Morin, «Memorias» Original : « contra » : borrado. I, p. 8 y 9.
[44] Morin, «Memorias» Original : « Todas » : borrado. I, p. 9.

intento. Me refugié, pues en uno de estos lugares más retirados. Creyendo que luego me echarían de [45] menos y me buscarían.

"El sueño me salió al revés, pues no se ocuparon de mi por nada. A mi se me pasó la rabia, me vino[46] hambre. El buen olor de la comida me convidaba, pero nadie venía en busca mía. (Sin duda, sabían donde estaba. Como estaba tan sentida no habrían podido encubrir mi secreto a todos). De vez en cuando salía a ver si estaba el coche de mi tío.[47] En cuanto se marchó mi tío, me entré yo en la casa".

"Mi mamá me preguntó ¿Dónde y por qué me había ido?"

"Todavía sentida le contesté, pero medio enternecida: Creí darle vergüenza, mamá, presentándome delante de mi tío con este vestido, por eso me fui a esconder y no he comido en todo el día".

"Mi mamá me contestó: bien, Venerance, puedes irte a esconder otra vez. No sólo tengo vergüenza, pero pena de tener una hijita tan orgullosa. Temo que Dios la castigue. Me dijo estas pocas palabras con tanta seriedad que me hirieron profundamente. Ni me mandó dar de comer, ni me habló más, ni me nombró por nada, ni yo tuve cara de acercarme a ella como lo hacía siempre que tenía buenas cuentas que darle".

"Con disimulo me entré a la cocina donde me dieron de comer. La pena me quitó el gusto de la comida y muy luego busqué en mi cama el remedio de un día de tanta amargura".[48]

La escuela de formación del carácter se realiza entre dos personas, madre e hija, ambas de una voluntad muy decidida. No hay gritos, ni descalificaciones, ambas se respetan. La pequeña Venerance impresiona por cuanto demuestra una inteligencia superior a sus años, con un dominio total, toma en cuenta los actores y acontecimientos que están en juego. Además, utiliza resortes estratégicos muy bien calculados. Así, las dos razones que invoca, al término de esa jornada en que ha querido imponer su voluntad, es: por una parte, que ha tenido que esconderse por querer evitar a su madre la vergüenza de tener vestida a su hija con ropa de tan mala calidad. Por otra parte, hace ver que ésta le ha costado quedar sin comer todo el día.

La réplica de la madre es contundente: en forma tajante le notifica que puede seguir escondiéndose, ya que por su actitud orgullosa realmente merece no hacerse presente. Lo que más impacto a Venerance es escuchar a su madre decirle que además de vergüenza,

---

[45] Morin, «Memorias»Original : sin « de ». I p. 10.
[46] Morin, «Memorias» Original : con art. « la ».
[47] Morin, «Memorias» Original : « pero » tachado.
[48] Morin, «Memorias» I, p. 8 . 11.

siente pena de tener una hija tan orgullosa. Esta reprensión es acompañada luego de un gran silencio.

La trasparencia de la narración es encantadora. El escrito trasunta una sinceridad y humildad extraordinaria. El resultado de la toma de conciencia de su defecto es acotado en sus escritos, hasta el punto de explicativo en la frase: "El orgullo me hubiera llevado a males muy grandes a no haber tenido tan buena madre".

2.- Lección de relaciones humanas, superando la descalificación de los demás.

El recuerdo cariñoso de la madre evoca una segunda lección orientada a corregir su modo impositivo de tratar a los demás y, sobre todo, induce en ella una actitud de respeto y trato digno hacia las empleadas y personal de servicio. La narración, como todos sus escritos, es de una gran espontaneidad:

"Poco tiempo después me pasó otra… no menos memorable. Estaba sentada en el suelo, donde me entretenía con mis juguetes. Una lavandera lavaba el entablado de la pieza donde me hallaba. Ella principió a darme conversación y de allí pasó a decir que me había visto hacer tal o cual cosa, que no recuerdo ahora. Yo le contesté: no es cierto".

"Mi mamá me oyó de la pieza vecina donde estaba y me preguntó ¿Qué dices?. Muda me quedé sin contestar palabra. Cómo, me dijo, una palabra tan fea en los labios de una niña. No es cierto. No sabes que esta palabra no se dice a nadie, ni a sus inferiores, ni a sus iguales, ni a los niños chicos se les debe decir una palabra tan grosera, besa el suelo".

"Recio el golpe fue para mi orgullo. No me hallaba en disposición de obedecer en cosa tan humillante. Rebosando de rabia echaba una mirada sobre la mujer y me decía interiormente a mi misma, será posible que para el amor de esta infeliz lavandera tenga que besar el suelo. Otra mirada echaba a mi mamá y me decía: ¿por qué querrá tanto mi mamá esa miserable mujer que me hace besar el suelo por guardarle consideraciones. En vano deliberaba, tuve que cumplir mi penitencia".

"Quedé tan avergonzada que me fui a esconder una gran parte del día y me costó tanto vencer el odio que concebí contra esa pobre mujer, que a pesar de hacerme violencia conservé algún recuerdo de él harto tiempo después de mi Primera Comunión. Sólo después de la segunda Comunión quedé libre de mi falta de caridad".

"Jamás mis padres toleraban menospreciásemos a nadie".[49]

[49]Morin, «Memorias» I, p. 11.

La entrega sin retorno

Todo lo que en este hecho ha narrado, lo retoma de inmediato para remarcar la intencionalidad central que le guía.

No se trata de un hecho aislado, no es un capricho de su madre de querer humillarla ante una sirviente, sino de un estilo de educación fundado en el respeto a la persona del otro. Es evidente que la reacción de cualquiera que lea esta narración sería la de considerar que de ninguna manera el decir a una criada "no es cierto", constituye algo grave y, por lo mismo, es muy explicable que Venerance haya reaccionado, considerando exagerado el castigo. Sin embargo, Venerance en su interior lo procesa como una lección, que se integra dentro del clima de respeto existente en su hogar y que ella debía manifestar hacia toda persona, fuere quien fuere. Es por ello que como conclusión recuerda el siguiente criterio, que aplicaban sus padres:

"Una vez que el niño era[50] capaz de calzarse, amarrar sus zapatos solos, no sufrían que un criado le prestase estos servicios. El hacerse servir, nos decían, envilece al hombre, lo hace dependiente de los mismos criados. No tener necesidad de nadie, servir y ser útil al prójimo, sí, esto es verdadera grandeza".[51]

3.- Lección de solidaridad hacia los pobres:

Venerance vive una infancia alegre compartiendo con sus amigos del vecindario y gozando el entorno de una naturaleza pródiga. Su relación con el medio ambiente le permite crecer en armonía de relaciones con la naturaleza y sus semejantes. Su memoria refuerza esta dimensión con esta narración:

"Otro día nos llevaron unos 12 a 15 niños a tomar una fruta silvestre sobre las tierras de un hombre pobre, pues esta fruta que se da sin cultivo se toman como por derecho de ocupación sin que los ordinarios dueños se opongan a ello. Pero como este hombre era tan pobre su mujer y sus hijos recogían esa fruta para venderla y tanto más abundante era, menos trabajo les costaba a ellos recogerla. Ibamos con personas de respeto para nuestro gobierno, pero sólo lo eran de nombre, nos dejaban hacer lo que queríamos.

El pobre hombre nos vino a decir que no permitía se tomase esa fruta sobre sus tierras, que pasando una acequia que nos señaló podríamos tomar sobre las posesiones de sus vecinos que no lo tenía a mal".

"¿Qué hicimos?"

---

[50] Morin, «Memorias» : « estaba ».
[51]Morin , « Memorias I, página 12.

II.- El amanecer

"Lo hicimos viajar mas de 10 veces. Pasábamos la acequia y le llamábamos que nos viniera a echar y cuando venía cerca volvíamos a repasar la acequia y con mil insultos le decíamos: aquí no nos podrá hacer nada".

"Volvimos bien cansados de las carreras que habíamos tomado y yo conté todo lo ocurrido a mi Mamá y le dije que yo no había hablado ni dicho nada al hombre. Pero que había dicho a otros niños: Desagradecidos son estas gentes, mi mamá viste siempre sus niños para la Primera Comunión y a nosotros no nos dejan siquiera recoger esa fruta miserable que Dios da para todo el mundo".

"Mi mamá era muy compasiva. Se enterneció hasta derramar lágrimas y me dijo: Hijita, muy mal lenguaje tienes. Más vale no prestar jamás servicio al prójimo que echarle en cara con su pobreza lo que se hace con él. Temo que mañana tú seas pobre y que te traten a ti de la misma manera. No sé lo que Dios te reserva, por lo mismo, siento en el alma tengas ahora tan poca delicadeza. Ellos son los verdaderos dueños de su fruta desde que no permiten que otros la tomen. La necesitarán sin duda para dar de comer a sus hijos que tendrán hambre. Dime, Venerance ¿su suerte no será bastante triste sin que ustedes la hagan más humillante, más dolorosa su pobreza?

"Me consideré un momento como la hija de esta pobre mujer y tuve vergüenza y pena de mi conducta. Lloré y desde entonces, tuve gran compasión con los pobres".

"Mi mamá me agregó: el Domingo cuando pase esta mujer para ir a misa, tú le irás a ofrecer un vestidito y pañuelo tuyo, que me indicó, por saber que tenía cariño a esta ropa y no vuelvas a afligir a nadie de esta manera. Así lo hice con mucho gusto, sin embargo, confieso que alguna repugnancia costó a mi orgullo pensar que las niñas de esta mujer iban a vestir mi misma ropa. Tanto era ya la perversidad de mi tierno corazón".[52]

La madre de Venerance logra que su pequeña hija reflexione sobre el respeto que debe tener a todo lo que pertenece a otra persona sea pobre o no. La induce a reconocer el derecho que tiene esta familia pobre para imponer sus normas y a no ser violentados en su propiedad, en fin a que se les reconozca el derecho, como ciudadanos a disponer de lo que les pertenece.

Por otra parte, la Sra. María Francisca obtiene que Venerance visualice la pobreza desde la dimensión de la solidaridad, esto es, poniéndose en el lugar del necesitado. Lo cual queda en evidencia fue interiorizado por Venerance, ya que, afirma en sus manuscritos, en un determinado momento llegó a considerarse como la hija de la pobre mujer de la que se habían mofado. Aquí la lección tiene toda una profundidad muy grande, ya que la

[52] Morin, « Memorias» I, p. 12 - 14

mamá de Venerance logra un impacto profundo que se proyectará en la formación de su hija.

La enseñanza que queda grabada en la pequeña Venerance es la fuerza y la convicción con que su madre le recalcó la necesidad de cultivar la nobleza de corazón en el dar por amor, esto es, no se puede echar en cara ante el beneficiario lo que uno ha hecho por él. Para la pequeña Venerance queda claro que la solidaridad es una actitud de vida, donde el principal beneficiario es quien da, ya que superando el egoísmo, dando de lo propio es el único modo que un ser humano puede crecer como persona.

En esta lección, se percibe, en el trasfondo, un valorar la persona del necesitado. La dignidad de la persona humana, específicamente en el pobre, como proyección de la fe cristiana, es lo que Venerance comprende y proyectará a lo largo de su vida. Sin lugar a dudas, la incidencia que tuvo el proceso educativo que su madre implementó en su hogar, marcaron la personalidad y el desarrollo integral de Venerance.

Es importante destacar el contexto histórico canadiense, en que Venerance transcurre su infancia, por cuanto, precisamente, entre los años 1837-41 se produjeron las rebeliones de los patriotas canadienses en contra de los ingleses. Esto se tradujo específicamente en una pugna entre los 120.000 franceses católicos, habitantes de Canadá Inferior, respecto a los 10.000 británicos protestantes habitantes de Canadá Superior, por una parte, y los representantes de la autoridad colonial y los comerciantes que se favorecían por otra parte.

Dicho movimiento revolucionario tenía como objetivo último aumentar la autonomía política y conseguir la instauración de un régimen republicano. En 1837, coincidiendo con una grave crisis económica, la política de Londres se endurece provocando la reacción armada de los patriotas canadienses. Los enfrentamientos militares dejaron como saldo, una serie de ciudadanos muertos y una gran cantidad de exiliados en los Estados Unidos, después que fueron derrotados los líderes de la rebelión William Lyon Mackensie y Luis José Papineau. El 2 de Diciembre de 1837 las tropas inglesas saquearon la aldea de Saint Denis y en el período inmediato arrasaron la resistencia patriota en Quebec, Montreal, Sorel y finalmente, en Saint Eustache. Ello dio posibilidad a los militares ingleses para proceder a allanar todas las casas de la región y a requisar las armas de los particulares.[53]

En las cárceles repletas de prisioneros el trato era horrible. En Montreal, surgen, en medio de esta situación de falta completa de los derechos humanos respecto a los prisioneros, dos apóstoles de la caridad cristiana. Ellas fueron Emilia Tavernier-Gamelin

[53] « Gran Larousse Universal », IV, pp. 2239-40.
« Enciclopedia Hispánica », III, p. 297 – Impreso en Kentukly, USA, 1993.

II.- El amanecer

y Margarita Barsolou-Gauvin. Especialmente, la viuda Sra. Emilia que desde años había consagrado su vida al servicio de los pobres, emerge como "el ángel de los presos políticos".[54]

Tanto el obispo de Quebec Mons. Pedro-Flavio Turgeaon, como Mons. Juan Santiago Lartigue buscaron mitigar las horribles consecuencias producidas en dichos enfrentamientos. En busca de este objetivo e inspirado en el pensamiento político del Papa Gregorio XVI, Mons. Lartigue había ido mucho más lejos y, el 24 de Octubre de 1837, había publicado una Carta pastoral en la que recordaba los deberes de los católicos frente a la autoridad legítima. Junto con prevenir contra los horrores de una guerra civil, el obispo rechazaba el derecho a la revolución, lo cual le suscitó un fuerte movimiento en contra.

El 12 de Mayo de 1838, John George Lambton, Conde de Durham, desembarca en Quebec, imponiendo el dominio inglés en forma absoluta, de tal modo que el 23 de Julio de 1840, Londres puede sancionar el Acta de Unificación de las dos Canadá. Ello dará inicio a una nueva etapa de autonomía económica y política. Sólo a partir de 1844 los exiliados fueron indultados y pudieron regresar a su patria.[55]

A diferencia de las grandes ciudades, tales como: Quebec y Montreal, donde la resistencia en contra del dominio de Inglaterra alteró profundamente la vida cotidiana, en San Enrique, en cambio, pareció que todo continuaba con la tranquilidad y monotonía propia de esa región, poblada de pequeños pueblos de campesinos, que acataban las decisiones venidas de los centros de poder.

Por lo mismo, Venerance no hace referencia a estos disturbios revolucionarios independentistas, sino que se refiere simplemente a los acontecimientos propios de una infancia que transcurre serena junto a las aguas del río Etchemin. Ella se refiere a dos recuerdos que están vinculados con la recepción de los sacramentos de la Penitencia y Primera Comunión y que nos revelan el ambiente religioso que se vivía en su hogar y en su pueblo.

Al referirse a la primera vez que se acercó al sacramento de la Penitencia lo destaca como uno de los recuerdos importantes. Aclara que en entonces tenía cinco años y algunos meses.

Entre las costumbres del catolicismo, de ese entonces, existía la práctica de señalar a los niños que ya tenían uso de la razón, días especiales en los cuales debían presentarse a confesarse. De hecho esta calendarización servía para que los niños se acercaran al

---

[54] Robillard Denise, « Émilie Tavernier-Gamelin », 126.
[55] En « Enciclopedia Hispánica », III. 297. Impreso en Kentukly, USA, 1993.

sacerdote, el cual junto con hacerles una pequeña reflexión piadosa les obsequiaba dulces, lo cual hacía que estos encuentros fueran muy atractivos.

En sus recuerdos ella escribe:

"Yo me preparé muchos días antes. No me desprendía del lado de mi mamá para que me examinara y me hiciera repetir la fórmula o método de confesión para no turbarme después con el susto".

"Cuando llegó el día estaba tan asustada que no pude almorzar, ni tomar alimento alguno, bien que no me había de confesar hasta la tarde. Habiendo advertido que en los días que mi mamá o mis hermanas mayores se confesaban ocupaban mucho tiempo en la Iglesia. Pedí licencia a mi mamá para ir yo también".

"Como la Iglesia estaba[56] tan cerca de casa, no esperé me llevasen, sino que sola fui, sin advertir que yo era demasiado pequeña para abrir la puerta. Cuando llegué vi que no podía entrar, sola y afligida ya trataba de volverme a casa. Felizmente el Sr. Cura que se estaba paseando en el balcón de su casa me vio y bajó inmediatamente a preguntarme lo que quería".[57]

"Le dije que venía a prepararme para la confesión de la tarde y que le agradecería mucho me hiciera el favor de abrirme la puerta que era muy pesada. El se rió, tuvo la bondad de abrirme la puerta y se entró conmigo. Yo me hinqué algunos pasos delante de él y seguro que estaría temblando de susto. Al poco rato el buen Sr. Cura se acercó a mi y me dijo: Por qué no te confiesas ahora hijita? Ven yo te confesaré".

"Pronta estoy, le dije, Señor".

"El me llevó pues al confesionario, se revistió de una sobrepelliz, me acomodó a mí unos pisitos encima unos de otros para que alcanzase la reja y yo principié mi confesión con mucha serenidad".[58]

El relato continúa con esa sencillez y espontaneidad que aflora siempre cuando uno recuerda una experiencia hermosa de la niñez.

Entre los consejos dados por el Confesor, ella destaca los siguientes:

- No dejar nunca la oración de la mañana y de la tarde.

---

[56] Morin, «Memorias»Original : « era ». I p. 6
[57] Morin, «Memorias»Original : « querría ». I p.6 y 7
[58] Morin, «Memorias» -, I, p. 6-7

II.- El amanecer

- Acordarme que Dios y la Virgen Stsma me ven en cada momento y en todas partes.

- Que Dios es muy bueno y ama mucho a las niñas que obedecen en todo a sus padres.

Su primera confesión le significó para ella un momento de mucha alegría. De regreso a casa fue contando a todos, con gran gozo y espontaneidad, que ya se había confesado. Escribe: "Fue mucho el contento que experimenté, entonces, no andaba sino que saltaba al salir del confesionario como que me hallaba descargada de un enorme peso".[59]

La experiencia de la primera comunión le significó otro tanto de alegría. Ella declara que tenía muchos defectos, pero que a pesar de ellos "deseaba ardientemente hacer mi primera Comunión a la edad de ocho años".[60]

En la descripción de cómo ella logró su objetivo refleja, como cualidad ya presente en ella desde la niñez, esa voluntad decidida y constante en todo lo que se proponía. Todos los días insiste ante su madre para que la presentase al Sr. Cura como aspirante a la recepción de la Primera Comunión. La Sra. María Francisca al ver a su hija tan interesada aprovechó para hacer del período preparatorio una verdadera escuela de formación cristiana. Le impone varias condiciones que Venerance aceptó con gusto.

"Las condiciones que me puso mi Mamá fueron:

- "Que rezase diariamente el Santo Rosario pidiendo a la Santísima Virgen preparase mi corazón para que fuese grata morada de su divino Hijo".

- "Que todos los días hiciese actos de deseos de recibir en mi pecho el Divino Jesús sacramentado".

- "Que moderase mi genio".

- "Que fuese dócil y obediente".[61]

Venerance vive un período muy intenso de pre-adolecencia, tenía nueve años y medio. Junto con su desarrollo biológico se da una fuerte afirmación de su personalidad. Entre las lecciones de religión recuerda la que le enseñó a integrar los oficios de Semana Santa con su vida cotidiana. Por otra parte le encanta participar en los solemnes oficios de la Iglesia.

---

[59] Morin , « Memorias», I, p. 8.
[60] Morin, « Memorias » –I, p. 14.
[61] Morin, « Memorias» –, I, p. 15.

La entrega sin retorno

En la descripción que hace de su Primera Comunión encontramos explicativas las costumbres religiosas que caracterizaban a esa devota sociedad canadiense. Un mes antes su madre le aconsejó que suspendiera sus acostumbradas entretenciones para consagrar todo ese tiempo a prepararse y tener las disposiciones requeridas. En los últimos tres días participo en un Retiro, en el que hizo su confesión General.

"Por fin, el día 10 de Agosto 1842, fue el día mil veces feliz en que recibí por primera vez el Pan de los Angeles, el vino que engendra vírgenes y el germen de la inmortalidad, si cae en una tierra bien preparada. En la víspera, pasé la noche muy desvelada. Por la mañana muy temprano me levanté a orar, aguardando en silencio se levantasen mis padres. Levantados que fueron me entré a su pieza, me hinqué a sus pies y les pedí, con su bendición, tuviesen la bondad de perdonarme y olvidar las faltas que había cometido contra ellos, asegurándoles con mis lágrimas, de mi profundo arrepentimiento. Me levantaron ellos conmovidos de ternura. Uno y otro me abrazó con paternal afecto. Mi mamá me puso un vestido blanco y los dos me condujeron a la Iglesia".[62]

Luego se explaya en narrar la preparación inmediata que el sacerdote celebrante les hizo a esos 200 niños que hacían su Primera Comunión rodeados por sus padres y amigos. En todo el acto de recepción de la Eucaristía es posible percibir que se crea un clima donde se pone mucho énfasis en suscitar los afectos de ternura hacia Dios.

Esta dimensión afectiva constituye, luego de recibir la hostia, el momento de acción de gracias y por lo mismo deja espacio a las lágrimas: "dulces lágrimas de gozo de amor". En esta atmósfera, Venerance definirá la Primera Comunión como: "¡Oh día de la Primera Comunión! ¡Día de los recuerdos! ¡Día verdaderamente dichoso tú eres las primicias del amor puro de la alegría del alma y del contento perfecto, tras lo cual suspira constantemente el corazón del hombre…"[63]

Al concluir la ceremonia el sacerdote: "dirigió algunas advertencias a los padres de los niños y a las demás personas que habían presenciado este acto y nos despidió obsequiándonos a cada uno un santito".[64]

En ambos momentos, tanto en la confesión como en la Primera Comunión, se da un interesante proceso que favorece la afirmación de la personalidad de Venerance, lo cual importa destacar. La práctica de la religión tal como ella la vive no es algo que la aplasta, ni le es impuesta por la estructura social, sino que la asume e integra en las aspiraciones que tiene como adolescente, esto es, lograr metas que le den significado a su vida, que le aporten claridad dentro de cierta confusión propia de la edad. En todo momento ella se adelanta a sus padres. Ella se siente protagonista: solicita, insiste que le obtengan el

---

[62]Morin, « Memorias » –, I, p. 16 – 17.
[63] Ibid.
[64] Ibid.

II.- El amanecer

participar en la preparación y recepción del sacramento. Por lo mismo, se puede definir su participación en los sacramentos de la penitencia y de la Primera Comunión como una opción de libertad, que es propicia a desarrollar una reflexión personal de discernimiento sobre los valores éticos que orientarán su vida.

El impacto que produce en Venerance la celebración de la Primera Comunión la lleva a buscar un género de vida con el cual pudiera agradar a Dios. Para ello toma en cuenta la lectura de la vida de los santos que en forma permanente se hacían en su hogar. Considerando que como mujer no podía ir a misiones para obtener el martirio y siendo de su agrado la vida solitaria pensaba el retirarse en algunos de los bosques cercanos. Se sometía a pruebas pasando buenos ratos orando o meditando, escondida entre las ramas de los árboles que crecían en los escalones junto al río Etchemin. Sin embargo, manifiesta, este estilo de vida debía suspenderlo por la necesidad de comer y porque luego los rigores del invierno le robaban la dulce soledad.

En esta búsqueda de llevar una vida de retiro y oración, la pequeña Venerance comenzó a idear modos cómo castigar su cuerpo con cilicios e instrumentos de mortificación. Incluso quería pedir a sus padres un cuartito oscuro que había debajo de la escalera principal para vivir allí sola sin comunicación. Las dificultades que encuentra revelan su trasfondo de trasparencia infantil, así, no se apropia del pedazo de tela de alambre, elegida por ella como apta para hacerse un cilicio casero porque no podía hacerlo sin licencia. Pero, donde realmente refleja una simpatía fuera de serie es cuando confiesa que lo más que temía era que la hicieran desesperar, porque entonces no podría resistir de enojarse y, entonces, todos se reirían de su santidad. Por esto, opta vivir como todos, pero haciendo bien todos los pequeños ejercicios de piedad.

Se encontraba en medio de todas estas cavilaciones, cuando sus padres le informan que habían ido a visitar a las Religiosas de la Congregación de Nuestra Señora, que dirigían la Escuela de Santa María de Beauce, donde se habían educado varios de su familia, incluso dos de sus hermanas, y que habían acordado enviarla como pensionista a ese internado.

Venerance aceptó con gusto, por lo demás era costumbre en ese entonces que niños y niñas se separaran, por un tiempo de sus padres, para ir a una Escuela-internado, donde completaban su educación.

Su padre la acompañó personalmente al internado que tenían las religiosas de Nuestra Señora, en el Convento de Santa María de la Beauce, el cual estaba ubicado a seis leguas de distancia de su hogar. Desde el primer momento, ella se encontró a gusto en este establecimiento educacional. Se sintió acogida por las religiosas, lo que suscitó en ella un sentimiento de reciprocidad, que se tradujo en una actitud de respeto, docilidad y afecto, como si fuera una hija de ellas. Allí, realizó sus estudios por el período correspondientes a dos años escolares: 1843-44 y 1844-45.

La entrega sin retorno

La Escuela de Santa María de Beauce, respondía a un plan pastoral estructurado por la jerarquía católica, donde el influjo de la Congregación de los Padres Sulpicianos fue bastante notable y cuyo objetivo era que cada Parroquia tuviese adjunto al templo, un establecimiento educativo, ya que se estimaba que la educación de la juventud era uno de los más importantes logros pastorales. El Superior de la Congregación de San Sulpicio reclamaba para sí el título de Gran Vicario de la Diócesis de Quebec, privilegio que le había otorgado el Obispo Mons. François de Montmorency Laval.

Debido a que, en esta zona de Lauzon, había falta de sacerdotes, una consecuencia inmediata para la Capilla de Santa María de Beauce era la ausencia de párroco residente y ello repercutía en el deficiente nivel que caracterizaba a dicha Escuela. Para solucionar dicha deficiencia, a partir del año 1823, se logró que la Superiora General de la Congregación de Nuestra Señora de Montreal, Madre María Victoria Beaudry, se hiciera cargo y enviara, desde Montreal, las dos primeras misioneras educadoras. La Casa, donde funcionaba la Escuela, se transformó en un Convento, que la gente del lugar comenzó a llamar: "el hermoso castillo de la Beauce". En esta nueva etapa, las actividades escolares se iniciaron en Septiembre de ese año, con la asistencia de 6 alumnas internas o pensionistas y 42 alumnas externas.[65]

En los informes históricos, que se conservan del Colegio Santa María de Beauce, durante el período en que estuvo a cargo de las Hermanas de Nuestra Señora, se deja constancia que los 30 primeros años fueron muy difíciles. Es de advertir que la estadía de Venerance, en dicho establecimiento, fue precisamente durante esta etapa de grandes dificultades.

La situación en que viven las Hermanas, un tanto aisladas y faltas de lo necesario origina, en 1842, un intercambio de cartas entre Mons. Ignacio Bourget, Obispo de Montreal con Mons. José Signay, Arzobispo de Quebec. Mons. Bourget acababa de realizar la Visita canónica a la Comunidad y al constatar el abandono y la precariedad en que viven las religiosas, llega a la conclusión que es mejor retirarlas de dicho establecimiento. Al conocer este proyecto Mons. José Signay se opone y conjuntamente con su Obispo coadjutor Mons. Pierre-Flavien Turgeon prometen mejorar la condición de las Hermanas.[66]

Por otra parte, Sor San Pedro de Alcántara, que llegará como superiora del Convento el 7 de Octubre de 1844, describe en el Diario de la Casa una serie de lamentaciones respecto a las condiciones miserables en que se desenvuelve la vida de ese establecimiento educacional que atiende a: "seis pensionistas de las cuales tres son normales y las otras tres son locas o algo parecido… No existen sino un pequeño número de externas, porque

[65] En « Le Guide », 15 Junio 1944, Archivo CND, Montreal.
[66] Provost Honorius, « Le Couvent de Sainte-Marie de Beauce », p. 19.

II.- El amanecer

llegado el tiempo del trabajo, ellas se retiran hasta la primavera siguiente. A fuerza de ruegos hemos logrado que sus padres nos la envíen todo el año”.[67]

Sor San Pedro agrega que todavía falta tener, por parte de la población de esa zona, una disposición favorable en todo lo que se relaciona y concierne con la educación, ya que los padres prefieren que las niñas llegadas a la adolescencia trabajen en las tareas propias de una granja.

La superiora informa que las mismas alumnas debían cocinar y prepararse la comida, por cuanto apenas pagaban 2 chelines y algunos denarios. La alimentación era deplorable y daba compasión, ya que estas pobres niñas vivían dependientes de las papas, que constituían la alimentación de todos los días. El pan se reducía a una rebanada de avena mal hecha y mal cocida. La sopa consistía en algunos trozos de carne que se hervían en una gran olla con agua. Lo más lamentable era que esas niñas, en esas condiciones estaban expuestas a robar.[68]

En el libro de Ingresos y Gastos del Colegio de Santa María de Beauce, consta en el período del 20 de Junio de 1843 al 20 de Junio de 1844, el pago por pensión de Venerance, realizado por el Sr. Santiago Morin, fue en cuotas de 72 y 42 chelines. Luego, en el período del 23 de Junio de 1844 al 23 de Junio de 1845 hay constancia sólo dos cuotas de 3 y 3 chelines.

Los días fueron pasando y Venerance demostró ser muy aplicada, al mismo tiempo que se entregaba con mucho fervor a las prácticas de piedad y ejercicios religiosos que allí se realizaban. Se intensifica en ella un proceso de crecimiento espiritual, en el que se intensifica no sólo su relación con Dios, sino además, realiza una opción radical de amar, servir y glorificar a Dios, encontrando en ello satisfacción y goce.

En esta época redescubre su relación con sus padres, ya que de lo instintivo pasó a una dimensión de amor más noble, esto es, reconocer lo que ellos significaban para su vida por sus cualidades y su testimonio de vida.

Contiguo al Internado de las religiosas había una Escuela gratuita, una de las actividades pastorales que allí se realizaba era preparar unas cincuenta niñas pobres para la Primera Comunión. Venerance consiguió que las religiosas la integraran como animadora. Ella se siente realizada por cuanto puede enseñarles a conocer y amar a Dios. A pesar de ser una adolescente, sin embargo, su personalidad y la convicción con la cual exponía le permiten dominar de tal manera que varias veces las religiosas la dejaron a cargo de todas esas niñas.

---

[67] Provost Honorius, « Le Couvent de Sainte-Marie de Beauce », p. 20.
[68] Provost Honorius, « Le Couvent de Sainte-Marie de Beauce », p. 21.

La entrega sin retorno

A pesar de encontrarse tan realizada en ese establecimiento, no obstante su delicada salud no la acompañó y Venerance es víctima de una grave enfermedad, hasta el extremo que los médicos juzgaron que su vida estaba en eminente peligro, por cuanto los medicamentos no le hacían efecto. Ante la noticia de una próxima muerte, Venerance busca consuelo en el sacramento de la Penitencia y luego deposita toda su confianza en el Dios bueno. Incluso llega a pensar que una vida más larga pudiese ser ocasión de ofender a Dios y por lo mismo, con gran alegría acepta la muerte. Ella misma lo reconoce que eso significó una gran fuerza que ayudó a su organismo: "Sin duda fue parte para suscitar una reacción favorable en mi salud".[69]

Una vez salida del peligro, los médicos aconsejaron que debía volver a su casa, ya que en esa Casa de Estudios el régimen era muy austero. Antes de emprender el regreso a casa tuvo la delicadeza de despedirse de sus maestras. Su conducta no había pasado desapercibida para estas religiosas:

"Una de ellas que siempre me había manifestado un cariño muy especial me aguardaba al pie de la escalera del segundo piso. Me abrazó con tal ternura que sus ardientes lágrimas cubrieron mi rostro y convirtieron mis ojos en dos fuentes inagotables. La buena religiosa me repetía mil abrazos y entre sollozos me decía: Hijita, cuanto siento te salgas… Acuérdate de lo que te voy a decir: Estoy segura de que Dios te llama al estado religioso y no sé por qué temo tanto que te pierdas en el mundo. No sabes tú Venerance, lo que es el mundo".

"No le respondía yo de otra manera que por mis lágrimas, a la verdad no me sentía inclinada[70] a ser religiosa. Esta buena Madre me iba hacer algunas recomendaciones cuando advirtió que sería mejor decir estas cosas a mi papá. Se encaminó al salón donde él me aguardaba y tuvieron los dos una larga conferencia de la cual salió consolada. Me abrazó por última vez ofreciéndome pasar a verme a casa todas las veces que le sería posible y contestarme todas las cartas que le escribiera".[71]

La estadía en el Convento de Santa María de la Beauce, le significa el primer despertar de su vocación. Además de las prácticas religiosas en las que ella participa con mucho gusto, es preciso destacar algunos elementos que ella, en forma indirecta, percibe favorablemente, esto es, le impactan interiormente. Desde luego, los gratos momentos vividos en ese establecimiento religioso los expresa con una serie de exclamaciones de alabanza.

---

[69] Morin,« Memorias», I, p. 24.
[70] Morin, «Memorias»Original : « inclinación ». I, p. 26.
[71] Ibid.

II.- El amanecer

Lo primero que encuentra es un clima comunitario de acogida, lo que le hace experimentar la vida religiosa como una vivencia de relación de convivencia muy positiva. La integración afectiva que experimenta con esas religiosas le permite visualizar y experimentar la vida religiosa como una isla de paz y tranquilidad, atmósfera que brota de la oración y de la entrega a Dios.

En lo segundo, su estadía con las religiosas no se limita a una relación amplia e impersonalizada, sino que su amistad con Sor Francisco de Sales, le ofrece el cariño puro y afectuoso de alguien que la quiere en el Señor. Ella siente la preocupación de esta religiosa por todo lo que hace. Esta relación interpersonal de maestra a discípula le ofrece una dimensión humanizada de la vida religiosa. Su percepción de niña adolescente es la de vivir un clima de hogar.

En su estadía en el Internado, finalmente, junto con el testimonio personalizado de acogida bondadosa por parte de las religiosas, se siente involucrada y partícipe del apostolado que realizan las Religiosas de Nuestra Señora. En el hecho de haber sido tomada en cuenta para hacer catecismo a las niñas pobres de la Escuela contigua, que se preparaban a hacer la Primera Comunión, es posible detectar una experiencia pastoral que la entusiasmó con una vida religiosa consagrada al apostolado.

El recuerdo que Venerance guardó de ese Colegio Internado es de un cariño extraordinario. Lo llama mansión de la inocencia, lugar de encantos. Pide a Dios bendiga a esas excelentes religiosas y confiesa que muchas veces con la imaginación volvió a ese recinto.

Muchos años más tarde, 8 de Mayo de 1925, casi al final de sus días, Madre Bernarda escribirá, desde Santiago de Chile, una carta a la Superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de Montreal, la cual es un testimonio del cariño que a lo largo de toda su vida guardó por este su Colegio de la infancia. Con letra ya temblorosa por los años, escribe:

“Una de sus antiguas alumnas le escribe desde muy lejos con el fin de saludarla y ofrecerle un homenaje muy afectuoso de gratitud”.

“Vuestra pequeña hija se llama Venerance Morin. Durante los años de 1843 y 44 yo transcurrí 16 meses en el pensionado de Santa María de Beauce de la diócesis de Quebec. Mis buenas maestras fueron mi tía Sor Francisco de Sales y mi tía Sor Rafael. La Superiora de la Congregación era la Madre María Magdalena. Conservo de todo el Instituto un dulce recuerdo… Ahora me encuentro a los 93 años y antes de partir para la eternidad quiero agradecer la buena semilla de fe y de piedad que vuestra santa comunidad depositó en mi alma. Mi vida ha sido muy agitada. El buen Dios no me ha economizado los sacrificios, pero en cambio su gracia ha sostenido mi fe y mi confianza

La entrega sin retorno

en su Divina Providencia, unidos a un amor constante de mi santa vocación religiosa. Así, yo puedo afirmar que mi vida ha sido feliz. Mi buena madre, acepte mis expresiones de gratitud. Así como yo he guardado afectuosamente vuestro recuerdo yo lo importaré conmigo al cielo, donde espero llegar pronto. Orad por mi. Vuestra anciana y afectuosa alumna.[72]

En sus memorias especifica el tipo de espiritualidad que desarrolló en este pensionado, caracterizado por una gran devoción a la Santísima Virgen María y al Angel de la Guarda, a quienes se encomendaba en sus dificultades y confusiones. Sus oraciones de la mañana y de la noche le daban ocasión para realizar una oración que era un diálogo con Dios, un acto de confianza en María y en el Angel Custodio.[73]

En cuanto a la insistente referencia que hace Venerance de su querida educadora Sor San Francisco de Sales, es posible verificar plenamente los datos biográficos de esta religiosa, ya que están registrados en el libro de defunciones de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora. Su nombre verdadero era Emerenciana Olivier y había iniciado su apostolado, como religiosa misionera, en 1827, a la edad de 22 años, en Basse-ville de Quebec. Luego, ejerce su apostolado en el Lago de las dos montañas, en Beauce, en los Cedros y en el Pointe-aux-Trembles de Quebec. En el documento se le define así: "Esta querida Hermana se ha distinguido por su gran amor hacia las alumnas pobres. Encargada de enseñarles las oraciones y el catecismo, ella se ha desempeñado en esta tarea con un celo digno de todo elogio".[74]

Ciertamente, Venerance simpatizó con la Hermana Sor Francisco de Sales por sentirse identificada con su espíritu emprendedor y trabajador. Lo mismo dígase respecto a su carácter, el cual es descrito de la siguiente manera: "Ella tenía un carácter muy vivo y a menudo se dejaba llevar por pequeñas impaciencias, lo cual no duraba mucho y su virtud dominaba sobre su carácter difícil y ella procuraba reparar su falta. Su humildad la predisponía a recibir bien las advertencias y, en muchas ocasiones, ella nos ha edificado mucho".[75]

En los otros datos que aparecen, relativos a la vida de Sor Francisco de Sales es posible detectar una actitud de confianza en si misma y de carácter fuerte. Esto se evidencia en las difíciles situaciones que debió enfrentar, en 1837, estando en Base-Ville, en medio de los disturbios entre patriotas canadienses y el ejército inglés. Tanto para confesarse, como para recibir la comunión, las religiosas debían caminar hasta la parte alta de la ciudad. Ella, junto con Sor Santa Brígida, eran las únicas de la comunidad que tenían

---

[72] Archivo Providencial Santiago.Carta del 8 de Mayo de 1925.
[73] Morin,« Memorias», I, p. 27.
[74] En Archives C.N.D., Montreal, p. 109-113.
[75] Ibid, p. 112 Libro de defunciones de las Hnas. De Notre Dame.

II.- El amanecer

valor de caminar, temprano cada mañana, hasta la Iglesia y enfrentar los soldados que controlaban los diversos accesos de la ciudad.

En el momento en que Venerance debe dejar el Pensionado y regresar a su hogar contaba con once años y medio. Era el inicio del mes de Agosto de 1844. Al estar entre los suyos se sintió acogida con cariño, feliz al lado de su madre. Tenía tres hermanitos menores, de los cuales una había nacido en su ausencia. Su hermana mayor, María, se había casado y ella con gusto se sintió el centro de atenciones por parte de su cuñado.

Aprovechó para visitar a parientes y amigos. Los paseos y las atenciones le ayudaron a mejorar la salud. En estos meses se desarrolló y creció notablemente. Sus abuelos la consideraron ya una mujer grande y más que eso se mostraban solícitos a concederle lo que ella les solicitaba.

Este recibimiento, tan acogedor por parte de los suyos la impactó muy fuertemente, lo que denota que en ese momento pasaba por un momento de máxima sensibilidad. Percibe a su familia como una instancia donde existe una excelente relación interpersonal, basada en la amistad. Ciertamente, esta experiencia que tiene Venerance, de sentirse acogida entre los suyos, la marca positivamente y la hace crecer en su afectividad.

En definitiva, en esta primera etapa de su vida, pudo desarrollar una piedad en plenitud, esto es, una amistad con Dios, que se integraba en la amistad con sus padres, hermanos y parientes. Su sensibilidad de adolescente se siente impactada positivamente, ante esta situación de armonía. Todo lo cual la hace crecer en madurez afectiva, en el mundo de sus sentimientos.

==========

III.- El llamado del Señor

III.- El llamado del Señor

A los pocos meses de su regreso al hogar y habiendo superado su delicado estado de salud, Venerance se inserta de lleno en la vida social de esa región de Lauzon y comienza a participar en forma permanente en los diversos actos y reuniones de salón, especialmente las así llamadas "Soireés de familias" y los festines danzantes, con los cuales los habitantes de esos pueblos franco-canadienses celebraban sus acontecimientos relevantes o cultivaban sus relaciones de amistad.

A decir verdad, la iniciativa de insertarse en ese mundo social no había partido de ella, sino de su hermana Enriqueta, la cual tenía, en ese entonces, 16 años de edad y gustaba de participar en fiestas y encuentros sociales, como se estilaba entre la juventud de esa región. Sin lugar a dudas debe haber sido una joven atractiva:

"Llamaba la atención de todo el mundo por sus gracias naturales y muchas otras prendas de las que tanto se estiman en el mundo".[76]

Enriqueta, acostumbraba salir acompañada, pues así lo imponía la tradición social. Anteriormente, lo había hecho con su hermana María, sin embargo, después que ésta había contraído matrimonio, le solicita este favor a Venerance. No obstante que entre ellas había cuatro años de diferencia y existieran, entre ellas, otras dos hermanas: Matilde-Melania y Olimpia, Enriqueta prefiere como compañera de sus paseos a Venerance, a causa de cierta afinidad entre ambas y por la personalidad tan definida que Venerance demostraba.

A los doce años de edad, Venerance comienza, entonces, a recibir lecciones de su hermana, que ella define: respecto a "los usos y estilos del mundo". Enriqueta a menudo se confidencia con ella contándole sus pensamientos más secretos. Por otra parte, la hace participar, dentro de un grupo de jóvenes y señoritas, hijos de familias conocidas. En ese medio la introduce: "en todas las diversiones del mundo".

A lo largo de un período, que se extiende entre los años 1844 y 1852, esto es, de los 12 a los 18 años, Venerance tiene la oportunidad de vivir intensamente su juventud. En un ambiente que más bien invitaba a sumergirse en preocupaciones, propias de una joven sensible a las demostraciones de afecto y preocupada de negocios, que aseguran un matrimonio feliz, ella, sin embargo, sufre una crisis interior, entre ese mundo que va descubriendo y su inclinación a seguir la vocación religiosa. Es un proceso de crecimiento en su opción vocacional, que ella nos informa en sus "Memorias" con toda transparencia.

Al poco tiempo de acompañar a Enriqueta en su ritmo de participación en la vida social, es capaz de manifestarle su opinión crítica respecto al comportamiento, que tiene su hermana, según ella, marcado por la vanidad, ya que trataba de agradar a todos los

[76] Morin, « Memorias», o.c., II, p. 1.

La entrega sin retorno

jóvenes que la pretendían. Si bien, Venerance reconoce que todo se realiza dentro de las normas de respeto que infunde su propia hermana, sin embargo es contraria a que los mantenga ilusionados sobre un posible matrimonio. Incluso llega a reprenderla: "No te podrás casar con cincuenta, sino con uno solo, ya que ellos no saben[77] que tú te ríes de ellos, despídeles claramente"[78], a lo que su hermana respondía amablemente, abrazándola y riendo.

De gran interés es la descripción que hace respecto a la lucha que se origina en su interior. Ella es consciente en reconocer que a menudo cae en una cierta contradicción personal, por cuanto por un lado admite que se ha dejado llevar por los atractivos del mundo y, por otra, percibe claramente que todo lo que el mundo le ofrece son engaños veleidosos y superficiales.

"…principié a sentir en mí, desde entonces, una terrible lucha. Mi propia conciencia me advertía mis descaminos. La gracia de Dios reclamaba derechos adquiridos sobre mi corazón por una serie de favores espirituales. Por otra parte, el mundo me decía que me amaba, convidándome con sus atractivos, ostentaba a mi vista cuanto puede halagar la vanidad de una mujer, y yo incauta, me echaba en sus lazos pagada de sus mentidos favores… débil no podía resistir a sus impresiones, o mejor diré, poseída de la locura que domina a tantas jóvenes insensatas como yo, me dejé llevar de su espíritu".[79]

"Pasé cerca de un año entero completamente entregada al mundo, bien que los remordimientos de mi conciencia me asaltasen no pocas veces, fuertemente".[80]

Una de las reflexiones profundas que hace en medio de esa alegría juvenil, de las danzas y de las reuniones sociales es discernir que el arte del mundo es un puro engaño:

"muchos alaban con la lengua acciones que desprecian altamente con su corazón"

y, por otra parte, constata la fugacidad de la belleza exterior:

"Consideraba que la enfermedad, los años, marchitan la lozanía de la juventud. Veía que el ropaje cambia, a veces completamente las personas. Gastado el buen ropaje, me decía, tú te quedarás con la bestia".[81]

Es de gran interés asomarse y analizar las diversas reflexiones que ella escribe, en sus Memorias. Este escrito será redactado más tarde, a partir de 1866, sin embargo, esos

---

[77]Morin,«Memorias », en original: conocen. « II.
[78] Morin,« Memorias », II, 3.
[79] Morin,« Memorias », II, 4.
[80] Morin,« Memorias», II, 6.
[81] Morin,« Memorias », II, 5.

III.- El llamado del Señor

recuerdos, ciertamente expresan las vivencias que habían quedado marcadas en su mente y manifiestan los grandes motivos que, en ese entonces, conflictuaron en una gran crisis interior su juventud y dieron fundamento para que ella optara, en forma consciente, por el seguimiento de su vocación religiosa.

Uno de estos momentos de su vida a que hace referencia, en su memoria histórica, es la Cuaresma de 1846. Describe la lucha interna que ha surgido en su vida de joven y las acciones que emprende para lograr tener un mejor discernimiento. Desde luego, realiza un prolijo examen de conciencia que le da como conclusión:

"hallé un gran vacío en mi corazón, pues la profanidad y la vanidad lo habían ocupado sin llenarlo… lloré mi locura y pensé desde luego que el medio de asegurar mejor mi salvación sería el abrazar el estado religioso".[82]

Movida por esta inquietud acude al Confesor para manifestarle sus deseos. El sacerdote, desde luego, aprobó dicha opción, por cuanto constataba que en su estilo de vida se cumplían las señales y características de un llamado divino, pero le advirtió que debía esperar, debido a que le faltaba edad par ser aceptada en el noviciado de cualquiera Congregación, a la que quisiera postular.

Continuando en esta búsqueda, Venerance escribe una carta a la Hermana Sor María de San Francisco de Sales, su maestra amiga del Colegio de Nuestra Señora de la Beauce, exponiéndole sus inquietudes vocacionales. La religiosa le responde de inmediato y junto con felicitarla por estar sumergida en ese discernimiento, interpretó la consulta en términos que Venerance quería entrar en su Congregación y, por eso, le advirtió que necesitaba prepararse, tres o cuatro años en un colegio, antes de ser aceptada como postulante.

Con estas orientaciones, Venerance aprovecha de dialogar, incluso con Enriqueta, su hermana y compañera de fiestas. Le manifiesta directamente lo disgustada que estaba en medio de ese estilo de vida y que, en cambio, deseaba consagrarse a Dios ingresando al estado religioso. La respuesta de su hermana fue espontánea y trasparente: la felicita y la anima: le insiste que si era feliz de sentir este atractivo por la vocación religiosa no desoyese la invitación del Señor. Ya que, si ella misma descubriera un ligero indicio de que Dios la llamaba al estado religioso, rompería de inmediato todos los lazos que tenía en el mundo.

Venerance se detiene, entonces, en realizar internamente un análisis crítico en que sopesa los aspectos más bien negativos que caracterizan la vida religiosa. Enumera todas las renuncias y privaciones que supone dicho estado. La descripción está hecha tan al vivo y es tan precisa que, ciertamente, fue afinada al momento de escribirla en sus Memorias, a

[82] Morin, « Memorias », II, 7.

la luz de vivencias religiosas ya experimentadas. En su visión de las dificultades que son inherentes a la vida de convento, aflora, desde luego, el miedo que supone el renunciar a los afectos y a no poder nunca hacer la propia voluntad. Pero, especialmente, ella resalta lo terrible que significa para una religiosa el ser sometida a la humillación y por humildad no poder hacer valer la verdad.

"los superiores te reprenderán ásperamente, tus hermanas en la religión se quejarán de ti aún sin motivo, y tú, no te podrás justificar, ni decir palabra en tu favor…

Llega a exclamar: ¿será posible que se me obligue a pasar por loca?"[83]

Luego concluye: " Me entró una aprehensión, una repugnancia tan grande por la vida religiosa que jamás hubiera querido hablar, ni oír, ni pensar un momento en ella".[84]

Es tan pesimista el cuadro de los trabajos y sufrimientos de la vida religiosa que se le ha presentado en su imaginación, que ella llega a pensar que todo eso ha llegado a saberlo por arte diabólico. A modo de conclusión, agrega:

"La verdad es, que desde entonces, tuve una idea tan completa de las penas que se encuentran en la religión que hasta ahora no he sufrido cosa alguna que no hubiese previsto y dado muchas vueltas en esta primera edad".[85]

Por otra parte, al analizar sus "Memorias" como una relectura que ella hace de su vida, se advierte que realiza un excelente ejercicio de búsqueda de identidad, de reasumir el cómo se fue tejiendo su experiencia de Dios y su opción por la vida religiosa.

Realiza una revisión en profundidad, respecto a los orígenes de su vida afectiva. Constata que su corazón, vale decir, toda su dimensión afectiva enfrenta, en esta época, un fuerte proceso de crecimiento, que ella percibe como un ensanche de su capacidad de amar, lo cual expresa en estos términos:

"Este pobre corazón mal dirigido se enamoró de la vanidad".[86]

En este proceso de crecimiento humano, de desarrollo de su capacidad de amar, intenta ahogar con las diversiones mundanas una voz interior, que siente y que aún en medio de estas mismas diversiones la percibe que se hace presente:

---

[83] Morin,« Memorias », II, 9-10.
[84]Morin, « Memorias », II, 11.
[85] Morin, « Memorias », II, 12.
[86] Morin, « Memorias », ibid.

III.- El llamado del Señor

"…pero, en medio de estas mismas diversiones, el dulcísimo Jesús no se desdeñaba de presentarse a mi alma bajo la forma de un Amante que solicita ser correspondido, descubriendo a mi corazón tanta amabilidad, que sobrecogida de respeto no podía menos de exclamar vencida: Vuestra soy Señor y Dios mío. Vos sois cien veces más amable que todas las criaturas juntas…"[87]

Ese mismo año de 1846, en el mes de Noviembre, se casó su hermana Enriqueta. Este acontecimiento le significaba que quedaba libre de participar en la vida social intensa que llevaba su hermana. Pero, constata una realidad que ella describe así: "hubiera podido vivir con más recogimiento si no hubiese amado tanto las cadenas que me aprisionaban".[88]

Además, confiesa que sentía el fuerte atractivo del matrimonio:

"Veía a mis dos hermanas contentas y felices en el estado del matrimonio, mi corazón necesitaba amar y por su pesantez y sensualidad, no descubría otro campo más vasto que el que se le abre a la mujer casada que ama cristianamente a su esposo e hijos… A más, halagaba sobre manera mi vanidad ser Señora y Dueña de una casa".[89]

En medio de esta lucha interna, que vivía al ritmo de su participación en reuniones sociales, no deja de realizar una intensa práctica de solidaridad hacia los pobres y los necesitados:

"… asistía con frecuencia a los pobres moribundos, los preparaba a la recepción de los últimos sacramentos, les llevaba, yo misma, la comida y de muy buena voluntad hubiera dado por ellos lo que tenía de más precioso, si no hubiera sabido que mis padres daban a cuantos les pedían. Jamás he visto despedir a un pobre de casa sin darle limosna".[90]

Con sencillez se refiere a su despertar afectivo sexual y nos informa que a partir de los 11 años, su práctica religiosa la llevó a estar atenta y a rechazar las tentaciones, que ella define: "de la concupiscencia" y que describe como cruelísimas guerras del demonio. Sin embargo, confiesa, que ha tenido la fortuna de tener buenos guías espirituales, tanto en los confesores que la guiaron, como en las buenas lecturas con que fortaleció su espíritu. Entre ellas nombra los escritos de San Francisco de Sales y "La Imitación de Cristo".

Finalmente, hace referencia a las prácticas religiosas que realizaba a los pies de una Cruz, que había en su casa, en el salón principal y que, con orgullo señala que estaba enriquecida con numerosas indulgencias. Además de transcurrir individualmente algunos

---

[87] Morin, « Memorias », ibis.
[88] Morin, « Memorias », II, 14.
[89] Morin,« Memorias », ibis.
[90] Morin,« Memorias », II, 15.

momentos a sus pies, cuando se reunían con su madre, para realizar los trabajos domésticos, ella, en forma ingeniosa, buscaba estar en el lugar más cercano a la cruz.

Declara su devoción a la Virgen, Madre de Dios, del Angel de la Guarda la que cultivaba en forma permanente. A ellos acudía, a menudo, con amor y confianza. Uno de los lugares de preferencia para realizar su plegaria fue siempre el jardín y las márgenes del río Etchemin, en dicho lugar, unía la poesía del paisaje con su sensibilidad religiosa-artística. Su plegaria, transformaba en un templo ese espacio de la naturaleza.

Entre los diversos acontecimientos de esa época, hace especial referencia a la Visita Pastoral que realiza el Obispo de Quebec, a la Parroquia de San Enrique, el 21 de junio de 1847.[91]

Importa destacar que, en 1844, la Diócesis de Quebec había sido elevada al rango de Sede Metropolitana. Las Visitas Pastorales eran grandes acontecimientos para esos pueblos de intensa vida religiosa y que tenían como centro las actividades de la Iglesia. Tal como Venerance lo informa, las Visitas Pastorales se realizaban cada cinco años. Se anunciaban con la debida anticipación, a fin de dejar el tiempo necesario para que todos los que quisieran se pudieran preparar para recibir el sacramento de la Confirmación.

La connotación pública que adquiere todo lo relacionado con la preparación al sacramento de la Confirmación, hace ver la fuerte influencia político-religiosa que tenía la Iglesia, en esa región. Se anuncia, con pregón público, que todos los que han hecho la primera Comunión, a partir de la última visita pastoral, deben acercarse al templo y seguir regularmente las instrucciones de catecismo, que se hacían en preparación a la recepción de la Confirmación. El haber asistido a las sesiones de preparación constituía un hecho social, que se controlaba con un certificado que daba el Cura Párroco y sin el cual, nadie era admitido el día de la celebración a dicho sacramento.

Venerance es objeto de una excepción, pues dicho Certificado le es concedido por anticipado, el primer día en que se daba inicio al período de preparación. Ciertamente, ello era prueba del aprecio que el Sr. Párroco le tenía por su asidua participación y, en cierto modo, era un reconocimiento a la preparación obtenida en el Colegio de las Hermanas, lo que le hacía sobresalir entre sus compañeras.

Una de las referencias a que hace alusión, Venerance, y que marcan su vida de adolescente es la exigencia planteada por su Confesor en orden a no querer absolverla en Confesión, mientras no se comprometiera, bajo promesa solemne, dejar el baile para siempre. Ella manifiesta, a este respecto, su carácter fuerte. Cada ocho o quince días se presenta ante el confesor, pero para hacerle presente que no se hallaba con ánimo para

[91] Lemay J.A. y Mercier R. « Esquisse de Saint-Henri de la Seigneurie de Lauzon », p. 101.

III.- El llamado del Señor

obligarse con esa promesa. Entretanto, debía quedar sin comulgar, lo que le dolía en el alma. Estaba de acuerdo en prometer no ir a bailes públicos, también, de no bailar polcas, vals y otras danzas, en las cuales se tiene una actitud poco decente, pero, en cuanto a no bailar en las Soireés de familia, no veía ningún inconveniente. Al contrario sostenía que en una fiesta, el baile ayudaba a evitar las conversaciones inútiles, en que se acostumbra a faltar a la caridad. Además, siendo ella hija de familia, sus padres podían solicitarle que bailara, como se estilaba en las reuniones familiares, lo mismo dígase respecto a su marido, si más tarde se casaba.

Se advierte en sus reacciones la entrada de lleno a su proceso de crecimiento integral, lo que la lleva a afirmar su ansia de libertad y como consecuencia a asumir actitudes bastante definidas en contra de los que querían coartar su independencia o querían inmiscuirse en su mundo personal. Especialmente, en este aspecto declara su rechazo en contra de aquellos sacerdotes y miembros del clero que estaban en permanente vigilancia y se preocupaban en forma continua de la compostura de las niñas, de sus conversaciones y de sus ocupaciones. Hace ver, desde su visión de niña, la reacción de rechazo que le provoca el clima de control social que ejercían los sacerdotes, fruto de la formación implantada por los Sulpicianos en la región franco-canadiense.

Al final aceptó realizar dicha promesa movida y presionada por el deseo de comulgar. Es en este momento en que ella hace valer el derecho de su conciencia frente a imposiciones clericales, de las cuales abiertamente se manifiesta contraria e incluso afirma que en sus conversaciones las impugnaba, que a veces había ridiculizado al clero. Siente que la razón está de su lado, pues sus fundamentos se basan en una gran pasión por la libertad y en el ardor de su juventud.

"confieso que tomé una especie de odio a todos los sacerdotes, aún de los mismos que tenían amistad en la familia, a pesar de que ellos se mostrasen deseosos de complacerme y agradarme… yo huía de su trato y compañía".[92]

La recepción del sacramento de la Confirmación le significó, un gran cambio, que la lleva a arrepentirse de éstas que ella llama "faltas" y como consecuencia inicia una vida de recepción del sacramento de la comunión más frecuente. Ello, a su vez, se traduce en tener una unión permanente con el Señor y ofrecerle sus actos y sentimientos:

"a sufrir con gozo el calor, el frío y el sin número de mortificaciones que cada día se hallan esparcidas sobre los pasos de los mortales…"[93]

Uno de los ejercicios de piedad que le atraía era la práctica del "Vía Crucis", que con gusto realizaba, recorriendo cada una de las estaciones, ya que ellas le suministraban

[92] Morin, «Memorias»II, 19.
[93] Morin, «Memorias» II, 21.

materia de meditación para los diversos momentos del día. Estrechamente vinculado a esta práctica de piedad es el recuerdo que ella guarda de un sueño que la marcó fuertemente:

"Durmiendo, vi conducido al Calvario Nuestro Señor Jesucristo, conforme nos pintan los Sagrados Evangelistas este paso de la pasión; con las algazaras de un numeroso y bárbaro acompañamiento. Ninguna otra cosa que el Divino Jesús[94] me llamó la atención, quien levantándose con gran dificultad de la segunda caída, con un semblante majestuoso, el rostro cubierto de la sangre que salía de las espinas de la cruel corona que ceñía en sus sienes adorables, descolorido, temblando, desfallecido bajo el enorme peso de la cruz, con una expresión de hermosura y divinidad que ningún pintor sabrá reproducir, alzó sus amorosos y piadosísimos ojos al cielo y con voz dulce y respetuosa dijo: Padre eterno, si es tu voluntad acepta[95] aquí el sacrificio de mi vida. Una voz cuyos acentos eran como un trueno respondió "Cumplida está la redención del genero humano, más la dureza e ingratitud del corazón del hombre no está vencida" y como mostrándome agregó: "ésta no creerá a tu amor si tu no mueres en el Calvario". Desperté fuera de mí, al sonido de tan tremenda voz, con el pelo erizado, temblando y cubierta de un sudor glacial, salté de la cama y me postré en el suelo".[96]

La impresión que este sueño le causa es de mucho impacto, por eso, agrega: "Pasé lo restante de la noche en oración, pidiéndole al Señor con copiosas lágrimas me tuviese de su mano y no permitiese fuese tan desleal e infiel hasta volver las espaldas a tan buen Señor".[97]

Su vida continuará entre la oración y las diversiones propias de toda joven. Sin embargo, como fruto del impacto sufrido es la práctica de algunas mortificaciones, que ella se impone. Pero, siempre trata que sus amistades no descubran que siente atracción por la vida religiosa. En su confesor no tiene confianza, por cuanto sabe que éste quiere de antemano que sea religiosa y ella teme que sin examinar lo suficiente su vocación, la haga entrar en una Congregación.

Durante seis meses, transcurre en un tenor de vida en que une la práctica de la religión con la participación en las soireés y festines danzantes, que la atraían enormemente. En esto anteponía su parecer al del confesor e incluso dice que le ocultaba sus tentaciones. Todo esto lo achaca a su gran orgullo. Se daba cuenta de esta contradicción, pero, en forma magistral apunta: "La razón humana tiene más poder sobre mí que la gracia divina…"[98]

---

[94] Morin, «Memorias»».
[95] Morin, «Memorias ».Original : acepte.
[96] Morin, « Memorias », II, 22.
[97] Morin, « Memorias », II, 23.
[98] Morin, « Memorias», II, 25.

III.- El llamado del Señor

Con motivo de celebrarse el matrimonio de una de sus primas tuvo que acompañar a sus padres. La fiesta duró tres días. Ciertamente, esta celebración manifiesta el buen nivel socio económico a que han llegado sus parientes, ya que en ella todo fue brillante. Venerance queda encandilada con esta fiesta a todo lujo. Al mismo tiempo, hace amistad con una joven de costumbres algo livianas, la cual sirvió de puente para ponerla en contacto con uno de sus hermanos que la pretendía. A Venerance no le agradó para nada el joven, hasta el extremo que después no quiso ver ni siquiera a su hermana. Su franqueza era absoluta, no andaba con medias tintas.

Luego, acontece un período de tiempo en que ella se lamenta de haber perdido, los siete dones del Espíritu Santo, ya que por cuatro meses no se acordó de acercarse a los sacramentos.
Nos refiere que su propia madre le llamó la atención.

Estando en este estado de ánimo, tiene la oportunidad de ir a pasar una temporada a la casa de una de sus hermanas casadas. El cuñado aprovecha de su presencia para organizar, con sus amigos, algunas Soireés. En una de ellas, Venerance cuenta lo siguiente:

"me conoció un joven amigo suyo muy íntimo, el cual desde luego manifestó sus miras sobre mí, descubriendo su pasión. El joven era cumplido, de familia muy conocida, me llevaba algunos años de edad y como las riquezas son, en el mundo, parte de la hermosura, éste lo reunía todo".[99]

Ante la propuesta del joven, Venerance afirma que sin vacilar un momento le respondió que ella era aún demasiado joven para pensar en casarse, ya que quería gozar un tiempo de libertad. Sin embargo, dicha proposición causó un fuerte impacto en su corazón, más que todas las anteriores. La figura de este joven, que era militar, vale decir, oficial de la Guardia Nacional, se grabó fuertemente en su imaginación.

Frente a la respuesta de Venerance, el joven le mandó a decir que estaba dispuesto a esperar el tiempo que quisiera con tal que no desechase del todo su petición.

En la crisis que ahora se sumerge Venerance aparecen los dos amores en conflicto. En la relectura de su vida, que ella presenta en sus memorias, el amor humano es la tentación, en cambio, el amor a Jesús es tipificado como fidelidad. Lo cierto es que ella, a menudo, se sorprende a si misma sumergida y aletargada en el amor profano, ya que no podía olvidar al apuesto oficial que la amaba. Por otra parte, confiesa que:

---

[99] Morin,« Memorias », II, 27.

La entrega sin retorno

"repentinamente veía, con los ojos del alma, a este Divino Jesús bajo la forma de un joven tan hermoso, tan modesto, tan amable que sus castísimas miradas arrebataban mi corazón suspendiendo todo amor profano."[100]

Hace la recomposición de las recriminaciones que Jesús le hacía en su interior. Redacta, en frases, las interpelaciones que esa voz interior le sugiere y hace una contraposición entre el amor al criador y a la criatura; entre el amor de Dios y la infidelidad humana. Todo queda reafirmado en el reclamo que Jesús le hace en orden a que la quiere consagrada solamente a Él: "No quiero compartir tu corazón con ninguna otra criatura".[101]

Luego, se explaya en las respuestas que ella daba al Señor, lo cual hace con un fuerte reclamo diciéndole que no lo puede amar exclusivamente a El, con ese corazón de carne que, por lo demás, Dios mismo se lo ha dado. Por otro lado, acude a la plegaria, pero para pedir al Señor que le cambiase la vocación y se contentase con que viviera bien en el estado matrimonial. En medio de esta lucha, junto con hacer oración, se dedica a la mortificación y a la práctica de la caridad.

La Cofradía de las Señoras de la Beneficencia de San Enrique, organización a la que pertenecía su madre, al verla tan dedicada al servicio de los pobres, la incorporaron como socia y más tarde la eligieron como secretaria.

Uno de los conflictos en los que ella trata de ser mediadora se suscitó en ese entonces en su familia. Ella lo narra con bastantes detalles. Refiere que por unos "asuntos políticos" se provocó un fuerte disgusto entre su papá y un tío. La esposa de éste, viendo que su marido era parte en este conflicto, se tomó la libertad de proferir una serie de imputaciones en contra de toda la familia, pero, especialmente, en contra de Venerance. Ella percibió perfectamente "la mala voluntad" de su tía, pero disimuló, la perdonó, en fin ofreció esta humillación al Señor. Las dos familias quedaron distanciadas y con las relaciones rotas.

Habían pasado algunos meses, la desunión entre las dos casas continuaba, pero la tía cayó enferma y no tenía quien la asistiera. Apenas conoce esta situación, Venerance, que estaba en camino para ir a pasar unos días a la casa de una de sus hermanas casadas, se le ocurrió que era mucho mejor emplear esos días en servir a su tía. Tenía muy presente el consejo del Evangelio que dice: "Haced el bien a los que os persiguen". Contrariando el temor que sus padres se disgustasen, hizo prevalecer la ley de la caridad.

---

[100]Morin, « Memorias», II, 29.
[101] Morin, « Memorias», ibid.

III.- El llamado del Señor

Al no poder consultar a sus padres se fue directamente a la casa de la tía, la cual al verla no pudo disimular su turbación. Al saber que sólo iba para servirla se enterneció. Sintió que Venerance le había quebrado todo su esquema y que, incluso, superando el odio y el orgullo, enfrentaba el conflicto con gran espontaneidad y cariño. El tío que era un excelente caballero, de rara bondad, quedó atónito al ver que Venerance asumía los oficios de una criada, que, por lo demás, ellos no podían tener por el genio algo difícil que tenía la tía.

Venerance se hizo cargo de la atención no sólo de la enferma, sino de cinco niños pequeños a los que había que dar de comer, lavar, vestir y hacer dormir. Todo lo cual era difícil y buena parte de la noche pasaba sin dormir. No estaba acostumbrada a trabajar y menos hacerse cargo de una casa, pero, a pesar del cansancio, salió adelante. Todos los sacrificios y humillaciones los ofrecía al Señor y, en esta actitud, fue capaz de enfrentar incluso al hijo mayor de esa familia que, un día, le repitió con desprecio, todo lo que su madre había dicho de ella. Venerance fue capaz, por amor a Cristo, no sólo de servir alegremente, sino, además, de amar, incluso a los que no le manifestaban afecto.

Cuando su padre se enteró que no estaba en la casa de su hermana, sino en casa de esa familia, que tan mal se había comportado con ellos, montó en cólera y mandó al viejo criado Jourdain con orden que la trajera de inmediato a casa. Jourdain llegó a casa de la tía a la hora de la puesta del sol y, en secreto, comunicó a Venerance todo el enojo de sus padres. Ella demostrando un gran dominio de la situación y mucha agilidad mental fue capaz de despedirse de sus tíos y retornar a su casa, sin que nadie se percatara de la difícil situación creada.

Había calculado, con mucha astucia que llegando tarde, de noche, sus padres estarían durmiendo, ella estaría dispensada de ir a saludarlos y sólo al día siguiente, antes de ir a Misa, pues era día domingo, sería el encuentro con ellos solos. Tal como lo calculó, lo realizó. Al día siguiente, fue a saludarlos.

El diálogo es de una gran belleza y da a conocer de parte de Venerance una actitud de mucha consecuencia con el Evangelio, pero, el mismo tiempo, una espontaneidad fantástica y una gran viveza de ingenio:

"Mi Papá me dijo, no sin algún sentimiento, que extrañaba mucho hubiese hecho una cosa tan degradante, comprometiendo el honor de toda la familia, haciéndome la sirviente de una tía, cuya conducta había sido tan ofensiva, tanto con ellos que conmigo, [102] que esto no lo había de ignorar yo. Que yo les había dado un muy mal rato tanto a él como a mi madre cuando habían sabido que me hallaba yo allí, sin saber ellos cómo".

[102] Morin, « Memorias », II, p. 29.

La entrega sin retorno

"Les contesté que sentía en el alma haberlos disgustado, pero que lo había hecho únicamente movida de estas palabras del Santo Evangelio: "Amad a vuestros enemigos. Haced el bien a los que os aborrecen". Que no me parecía haber envilecido la familia obrando en esto conforme a las máximas del cristianismo".

"Medio enternecido replicó mi Papá: Somos cristianos como tú. Si tales eran tus sentimientos, por qué no avisarnos antes, tu tía no hubiese carecido de ningún cuidado, le hubiéramos mandado en tu lugar una mujer experimentada y tú no hubieras pasado por la vergüenza de meterte en (la necesidad) atender necesidades de mujeres casadas".

"Sobre esto, agregó mi mamá: no saber esta niña que es torpe,[103] que es inútil, que no sabe hacer nada, ni caldo siquiera. ¿Será para que la desacrediten más?

"A esto solté la risa con muy buenas ganas y contesté: Pierda cuidado, mamá mía, lo he hecho muy bien. Mi tía ha quedado contentísima conmigo. Ella se lo sabrá decir, porque en cuanto esté mejor les vendrá a hacer una visita. Les prevengo también, que ella ha creído que Uds. me han mandado a cuidarla. Así pueden contar por hechas las paces. Sobre esto[104] me despedí de ellos y los dejé riendo y a mi parecer satisfechos".[105]

Este hecho de vida de Venerance se nos ofrece como un referente, una magnífica lección de lo que significa en la pedagogía "Resolución no violenta de los conflictos", el romper los esquemas del adversario, del que nos ha ofendido. En realidad, Venerance pone la otra mejilla a quien la ha golpeado: Va a servir de sirvienta a quien, precisamente, ha afirmado que es una niña "pinturita", que no sabe hacer nada. Ella, por el contrario, le demuestra que tiene carácter firme para enfrentar los conflictos y une al testimonio de vida, la mística del perdón y la espiritualidad del Buen Samaritano.

En el transcurrir de los días, el proceso evolutivo hacia la madurez de la vocación religiosa de Venerance, se desarrolla en medio de una intensa crisis que ella sufre, entre el amor humano hacia el joven oficial que la pretende y, por otra, el llamado, que incluso llega a expresarse en una voz interna, manifestación tangible que señala su inclinación al estado religioso. Este deseo es estructurado por Venerance en mensajes, en voces del Señor.

Con motivo de la fiesta de bodas, que se ofrece al celebrar el matrimonio de su prima Judith, Venerance, una vez más, acompaña a sus padres. Entre otras cosas nos informa de la suntuosidad y del lujo que allí se exhibió, en una fiesta que contemplaba 100 invitados para la mesa, además de otras tantas personas que sólo podían participar en el baile. Todos, especialmente las damas rivalizan en ostentar vestidos lujosos. Ella por su

---

[103] Morin, « Memorias », II, p. 29.
[104] Morin, « Memorias », II, p. 29
[105] Morin, « Memorias », II, 39-40

III.- El llamado del Señor

parte no quiere ser menos y hace los preparativos para rivalizar con las demás damas, teniendo en mente que en dicha fiesta se iba a encontrar con "el joven que tanto ocupaba mi pobre imaginación".

Allí sucede algo que ella narra en forma muy sencilla, pero que ciertamente revela un estado de profunda tensión interna:

"Me colocaron en la mesa frente a la novia, que era prima hermana mía. Al sentarme a la mesa de repente vi – no sé si con los ojos del cuerpo o solamente con los del alma, pero vi claramente a Nuestro Señor Jesucristo bajo la forma de un joven hermosísimo, el cual penetró mi alma con una sola mirada y me dijo a manera de reproche: Tú aquí en un lugar en que me puedes ofender. Después descubriéndome una amabilidad que ningún mortal sabría expresar, me agregó con una expresión de doloroso sentimiento: No seré yo más amable que esta vil criatura… hasta cuándo preferirás la criatura al Criador".[106]

Ella afirma, en sus Memorias, que ha visto y ha escuchado "algo" y en la relectura, que hace de su vida, ratifica que tal situación le provocó tal impresión que su rostro se cubrió de una palidez extraordinaria, hasta el extremo que ello fue motivo de una manifiesta preocupación para todos los que en ese momento estaban en su alrededor. Ella añade que desvió rápidamente la conversación haciéndole ver a su prima el hecho que al casarse perdía la libertad, diciéndole: ¡Ojalá no sea este el último día de tu felicidad!, Lo que provocó la reacción de los asistentes, los que se empeñaron en darle una mejor idea del matrimonio.

En el momento de los brindis, propio de los banquetes de gala de la época, el joven que la pretendía le ofreció un romántico saludo, que ella dice no le significó nada e incluso lo califica de "pestilencial veneno". Luego agrega que por temor a que alguien descubriera su intención de hacerse monja, esa noche, se presentó al baile.

Mes y medio después, el joven pretendiente le envía un recado en que le comunica que durante el invierno pensaba concluir la construcción de su casa y, por lo mismo, le pedía aceptara contraer matrimonio con él a la entrada de la primavera. Venerance, advierte que dicha casa quedaba ubicada en el mejor punto de vista de la ciudad de Levis, desde donde se dominaba la vista de la ciudad de Quebec y el río San Lorenzo con las numerosas embarcaciones que lo surcaban. La casa era amplia y tenía preciosos jardines y arboledas.

Ciertamente, lo que ese joven le ofrecía era una propuesta de vida matrimonial excelente y fuera de lo común, por lo mismo, a menudo le volvía a la imaginación las hermosas vistas que tenía la casa, la prestancia del joven que la amaba, más aún se imaginaba como

[106] Morin, « Memorias », II, 41.

madre, rodeada de hermosos hijos, paseando y jugando en los hermosos jardines. Tan vivas deben haber sido estas imaginaciones que ella no dudaba en designarlas tentaciones del demonio.

Venerance sufre una fuerte lucha interior, entre la serie de posibilidades que le ofrecía la vida en sociedad y que hacía mucha impresión en su corazón y, por otra parte, una opción vocacional que se centraba en el seguimiento de Jesús, a quien incluso escuchaba que le decía: "Para mí te hice, para mí te cree. No quiero compartir tu corazón con ninguna criatura". Todo lo cual le configura un cuadro estresante del que deja constancia en estos términos: "Pasaba los días y las noches en una perpetua angustia".[107]

Al prolongarse esta situación, varias noches, le fue produciendo un fuerte cansancio que se traducía en una gran sensibilidad y explosiones de llanto. Es lo que nos narra en estos términos:

"Una mañana del mes de Octubre amanecí bien cansada de pasar tan malas noches. Después de almuerzo fui como de costumbre a estar con mi mamá en la pieza en que nos reuníamos siempre para coser. Yo me senté al pie de la cruz, a cuya sombra mi alma hallaba siempre algún alivio. De repente me acometió un asalto de los más terribles, tras lo cual sentí una avenida[108] de copioso llanto, disimulando mi turbación me levanté de mi lugar, queriendo ir a andar par distraerme".[109]

Continúa informando que, debido a que estaba lloviendo no pudo salir al jardín, sino que debió quedar dentro de la casa. Atravesó dos grandes salones y al final terminó en una pequeña pieza que servía de tocador. Allí se encontró con un crucifijo, el cual con voz clara le dijo: "Ya no me resistirás más, desde hoy serás mi esposa y no amarás ninguna cosa fuera de mí". Al escuchar lo cual cayó de rodillas dando curso libre a las lágrimas. "Fuera de mí me adelanté a abrazarlo, exclamé imprimiendo en él amorosos ósculos: No sólo consiento de corazón Señor y dueño mío en ser tu esposa, sino que quiero y elijo desposarme con los sufrimientos de tu pasión, abrazándome para siempre con las humillaciones y penas de tu cruz santísima".[110]

Pasado este instante de explosión emotivo-sentimental, entra en un momento de mucha calma y tranquilidad, que jamás había sentido. De repente descubre que percibe la visión conjunta de su problemática: por un lado toma conciencia de la resistencia y porfía que había demostrado ante la gracia y, por otra, con lágrimas dulces reconocía la persistencia con que Dios la había estado llamando, por lo que ahora, en respuesta le asegura su constancia y fidelidad.

---

[107] Morin, « Memorias », 44.
[108] Morin, « Memorias ».
[109] Morin, « Memorias », II, 45.
[110] Morin, « Memorias», II, 45-46.

III.- El llamado del Señor

Estando en este momento de satisfacción y comprensión, aprovecha para encomendarse a la Virgen María, al Angel de la guarda y a todos los santos. Al mirar en su derredor repara en la presencia de un libro que allí estaba y que era "Las Confesiones" de San Agustín. Lo abre, precisamente en el capítulo: "Combate de la Castidad y de la concupiscencia" con cuya lectura se sintió confortada por cuanto no era la primera que debía enfrentar este tipo de combate.

Luego regresa a la sala donde estaba su madre, con la paz y la alegría en su corazón. En los días siguientes traslada secretamente el crucifijo y el libro a su pieza, ya que a ambos los reconocía como instrumentos de su conversión. Temprano se retiraba a su pieza donde pasaba la noche en oración, lo cual también lo prolongó por cuatro noches consecutivas. En ellas mantenía diálogos con el Señor, a quien al final manifestó su voluntad decidida:

"le dije mirando amorosamente el crucifijo: yo no tendré tranquilidad ni reposo mientras no esté colgada contigo en la Cruz. Manifiéstame tu divina voluntad, ya que yo haré lo que tú quieras".[111]

La decisión estaba tomada, luego de una intensa lucha interior, Venerance había decidido seguir a Cristo, consagrándole su vida en el estado religioso, era el mes de Octubre de 1849.

Más allá de los recuerdos personales que Venerance nos ha relatado es importante visualizar el contexto histórico canadiense, en este período (1844-52). Desde luego es preciso constatar el surgimiento de una serie de organizaciones e iniciativas de caridad que la Iglesia católica implementa, como respuesta a las grandes necesidades sociales surgidas por las inmigraciones, la crisis agrícola y las epidemias. De acuerdo a la política inglesa no se debía implantar un ministerio público para ir en ayuda de los pobres, ya que ello era una tarea que debía cumplir la caridad particular de la población. [112] Por otra parte, en esta época en que se producen enfrentamientos de parte de la población franco canadiense en contra del dominio inglés por lograr su libertad cívico y político, son numerosas las mujeres que como complemento a esa lucha se consagran a implementar diversas obras sociales de beneficencia pública.

En nuestro relato, este es el momento para referirnos a otra mujer que, por claros destinos del Dios de la historia, será la que, en estos mismos años, va construyendo una propuesta apostólica, que luego cristalizará en un Instituto religioso, donde Venerance sentirá plenamente realizada su inquietud de servir al Señor en la opción por los pobres y necesitados.

---

[111]Morin, « Memorias », II, 48.
[112] Juicio del Gobernador de Montreal (15-IV-1848), en Denise Robillard, o.c., 237.

La entrega sin retorno

Los caminos de la Providencia surgen en dos ciudades distintas, pero el ideal que las convoca será el mismo. Mientras Venerance Morin vive su juventud, en San Enrique, cerca de Quebec, participando en las labores de su casa, las que complementaba en las diversiones y reuniones sociales, en que su belleza y simpatía deslumbraba a todos; en Montreal, una joven viuda, Emilia Tavernier de Gamelin, despliega todo su talento, su riqueza y grandes capacidades en crear instancias de servicio solidario hacia las ancianas y en beneficio de los pobres, en general.

Emilia Tavernier de Gamelin[113] es una de las mujeres fuertes, a las que se refiere el texto bíblico, cuya entrega total a Dios se construye en las dificultades y en el dolor. Ella fue un apóstol de la caridad que supo transformar su dolor y tristeza en mensaje de entrega positiva a los que están carentes incluso de esperanza. Emilia se encontró un día, como Job, sumergida en la prueba total, todos los seres que ella amaba y constituían su hogar le habían sido arrebatados por la muerte. En ese momento, en que cualquier persona hubiera optado por la desesperación o la evasión, ella inicia su nueva misión, la que Dios le tenía reservada.

Había contraído matrimonio, en 1823, con un comerciante, Juan Bautista Gamelin, quien, además de ser trabajador y buen administrador, ejercía, con gran entrega personal, la caridad hacia los pobres de los barrios pobres de Montréal. Emilia Gamelin se sumó, de inmediato a este apostolado de la acción solidaria. Ambos esposo consagraron gran parte de sus bienes y de sus preocupaciones diarias al servicio de los enfermos y miserables. No obstante, Emilia Gamelin debe enfrentar la prueba del justo. A los pocos meses de nacer, mueren sus hijos: Juan Bautista Pedro (+ 15- VIII- 1824) y Juan Bautista Antonio (+ 24 – IX – 1825). Apenas han transcurrido cuatro años de casados y muere su esposo Juan Bautista Gamelin (1 – X- 1827). Queda viuda, a los 27 años, con un pequeño hijo, que también muere, el año siguiente (+ 28 – VII – 1828).

Emilia Gamelin se enfrenta a la más terrible de las soledades. Casi como una ironía de la vida, sólo queda acompañándola, Dodais, un niño deficiente mental que su marido había acogido en su casa. Es, entonces, en este momento de muerte y tristeza cuando ella iniciará el amanecer de su nueva vida: dedicarse por entero a los pobres y desposeídos. No le faltaba oportunidad para contraer nuevamente matrimonio, pero su dolor de madre y esposa es un crisol de fuego, en donde siente el llamado de Dios. Descubre el sufrimiento de los demás y se entrega por entero a la caridad. Emilia Gamelin ha renacido y su nuevo destino, su misión es hacer del dolor una entrega de servicio, una donación por amor de aquel que en la cruz nos señaló el valor del dolor en la construcción del reino de Dios.

---

[113] Robillard Denise. « Emilie Tavernier Gamelin », p. 93 ss.

III.- El llamado del Señor

Los caminos de la Providencia se irán entretejiendo con una serie de circunstancias históricas, a través de las cuales Dios exige a la joven Emilia Gamelin, dedicarse, cada vez más a fondo, al servicio de los marginados. Al final de este proceso, construído con muchas fidelidades silenciosas y heroicas hechas a Cristo, en los pobres, Emilia Gamelin se constituye en el instrumento elegido por Dios para fundar una importante Congregación.

Brevemente queremos referirnos a este trayecto. A los pocos días de la muerte de su esposo (27-X-1827) la Sra. Emilia Gamelin inicia su trayectoria en favor de los necesitados, inscribiéndose en la "Confraternidad de Bien Público", asociación de beneficencia que procuraba trabajo a las mujeres sin recursos. Luego su sensibilidad social la lleva a inscribirse en la recién fundada "Sociedad de Damas de la Caridad". Emilia o simplemente, la Sra. Gamelin, en conjunto con otras damas, establecen una Casa de Beneficencia, donde ofrecen a los menesterosos "sopa, ropa y otros objetos". La lectura de la realidad que estas mujeres hacen surge del visitar la realidad terrible de Montréal, donde, además, de la pobreza tradicional, se ha agregado la crisis agrícola, la inmigración y las epidemias. La mayoría de ellas son esposas y parientes de los civiles que están luchando por la libertad civil y política del país.

Especialmente, la Sra. Gamelin es la líder que se prodiga en visitar y apoyar a los presos políticos, de tal manera que es socialmente reconocida como "El Angel de los presos políticos" o, también, la "servidora de los pobres".

En sus visitas a los lugares, donde se hacinaban los pobres, vislumbra la urgencia de dar un paso trascendental: acepta hospedar a algunas mujeres en su domicilio. Con la ayuda de hermana Sainte-Madeleine, religiosa de la Congregación de Notre-Dame, transforma su residencia de la calle San Antonio, en un centro de acogida.

Una vez iniciado el proceso de atención a los que son víctimas de esa situación de emergencia irá surgiendo una exigencia tras otra. Lo primero es que la casa se hace pequeña y es necesario buscar una más grande. El Párroco de Notre Dame, P. Claude Fay, autoriza, a la Sra. Gamelin, y su grupo a ocupar la planta baja de una casa, ubicada en el barrio de San Lorenzo y que pertenecía a la Iglesia. A las dificultades económicas se suman las críticas, pero la trasparencia de su entrega sacrificada y la constancia de su acción caritativa obtienen la confianza pública y un conjunto de colaboradoras, donde no escasean sus propios parientes. Todo esto le permiten ampliarse y arrendar una propiedad en la calle Saint Phillipe.

Precisamente, el año siguiente, se declara en Montréal la epidemia del cólera de 1832, que junto con asolar la ciudad, fue un desafío para la acción social de las "Damas de la Caridad" y la infatigable tarea asumida por la Sra. Gamelin, la cual con gran fe en la

La entrega sin retorno

Providencia divina y, a su vez, con un gran cariño y solidaridad hacia los necesitados se constituyó en un apóstol de la caridad.

El testimonio dado por la Sra. Gamelin en estos años, en que la peste diezmó la población de Montreal, suscita un reconocimiento general, por eso el Sr. Olivier Berthelet (1836) no tiene inconveniente en regalar a Emilia, la Casa Amarilla, donde ahora se instala el nuevo Refugio para los necesitados.

Esta acción social, implementada por la Sra. Gamelin y las Damas de la Caridad, como una serie de otras expresiones, llevadas a cabo por laicos y religiosas, tenía como respaldo la pastoral de la caridad que animaba el Obispo de Montreal, Mons. Juan Santiago Lartigue, quien , precisamente, ese año, de 1836, fue nombrado primer Obispo de la nueva diócesis Montréal. A este gran apóstol de la caridad, se unirá su Obispo auxiliar, Mons. Ignacio Bourget. Ambos prelados serán grandes pastores, comprometidos con la acción social cristiana.

El 19 de abril de 1840, muere Mons. Lartigue, que en sus últimos años sintió el peso del aislamiento por su posición en contra de la lucha separatista de los patriotas canadienses. Sin embargo, es preciso reconocer que ante el problema de la pobreza y ante el drama social agudo, en general, su acción pastoral había echado las raíces de un gran proyecto social-católico que, continuará su sucesor Mons. Ignacio Bourget. Mons. Lartigue, desde 1821, había estimulado a diversas asociaciones laicas de beneficencia, aplicando una pastoral comprometida en favor de los pobres y necesitados.

La realidad de la Iglesia, en el Canadá francés, por lo tanto, al ser nombrado Obispo de Montréal, Mons. Bourget, era floreciente y contaba con la presencia de varias Congregaciones de religiosas que se dedicaban al servicio de los pobres, a las obras de caridad cristiana, entre las que sobresalían las Hermanas Grises.

Entre las organizaciones de mujeres laicas es preciso detenerse en la “Asociación de Damas de la Caridad”, a las que Mons. Bourget dio un gran impulso. El alma apostólica que, con su entrega total, su constancia había ido consolidando el crecimiento de este Instituto laical, era Emilia Gamelin. El Sr. Obispo visita a menudo la Casa Amarilla, constituida en el “Hogar de la Providencia”.

Mons. Bourget tenía como plan traer de Francia a las Hermanas de la Caridad, las que estarían al frente de esta iniciativa. Aprovechando su viaje a Roma, con motivo de cumplir con la “Visita ad limina” (1841), intenta llevar a cabo este objetivo y, a tal fin, viaja a París. Regresa a su diócesis con la promesa de la pronta venida de estas religiosas. Por otra parte, encuentra que la Sra. Gamelin, con su grupo de “servidoras de los pobres” se han consolidado e incluso han obtenido la personalidad jurídica civil del Hogar de la Providencia.

III.- El llamado del Señor

Esta obra de la Sra. Gamelin, está al centro de las preocupaciones del Sr. Obispo Mons. Bourget. A petición de las ancianas enfermas, el Sr. Obispo comienza a celebrar misa en forma regular, en dicho Hogar de la Providencia. Su preocupación de pastor se centra en las doce damas que trabajan en dicha obra de caridad. Luego de un período de formación, el 8 de Noviembre de 1841, lo constituye en el "Asilo de Damas de la Providencia para mujeres ancianas e inválidas" y le otorga rango de organización eclesiástica, bajo la jurisdicción del Obispo. Las damas, así llamadas "las locas de la señora Gamelin", bajo la dirección espiritual del Sr. Obispo, se constituyen en un milagro de caridad y de la presencia de Dios entre los necesitados.

Posteriormente, se le informa, al Sr. Obispo, que las Hijas de la Caridad, que debían venir de Francia, les resulta imposible viajar a Montreal, por tener prioridad en otros continentes. Frente a este contratiempo, Mons. Bourget toma una decisión radical: fundar una Congregación religiosa diocesana, bajo el nombre de Hermanas de la Caridad, pero que el pueblo con cariño llama, desde sus inicios: "Hermanas de la Providencia".

De inmediato el Obispo Bourget, apoyado por las Damas de la Caridad, organiza, en marzo de 1843, el Noviciado. En un primer momento la Sra. Gamelin está excluida, pero, luego de un período de discernimiento y de oración se llega a aceptarla como novicia, lo cual es una decisión que ratifican tanto los eclesiásticos responsables de la vida religiosa en el obispado de Montreal, como por parte de la Sra. Gamelin, quien en una opción muy pensada, decide servir al Señor en los pobres, pero ahora en la vida religiosa.

El 24 de Marzo de 1844, la prensa destaca un hecho histórico que tiene eco en todo el Canadá: en Montréal se realiza la profesión de siete novicias, ceremonia que se constituye en primera piedra de la fundación de una nueva Congregación diocesana, esta vez, de origen canadiense. El Diario "Le Canadien" de Quebec, informa sobre este acontecimiento histórico. Desde Montreal, la noticia llega al pueblito de San Enrique, donde es acogida por Venerance Morin.

Cinco años más tarde, al enfrentar, Venerance, el momento de elegir qué Congregación respondía a su ideal, aflora esta noticia, que ella había seguido con interés en su evolución posterior. En sus apuntes, ella hace referencia a las congregaciones que existían en el Canadá de esa época: La Congregación de Nuestra Señora, donde ella se había educado; las Religiosas de Jesús y María, las del Sagrado Corazón. Entre las que se dedicaban al apostolado social las más conocidas era las Hermanas Grises y luego, las Hermanas del Buen Pastor y las de la Misericordia. Más adelante su padre se referirá a las Religiosas Agustinas, que atendían el Hospital de Quebec.

La entrega sin retorno

En su proceso de selección respecto qué comunidad religiosa le atrae, expresa, luego, su temor de entrar en alguna, cuya exigencia fuera un alto nivel de estudios, por miedo a dejarse llevar "por su demasiada inclinación a la vanidad y amor al mundo". [114] Rechaza, también, el ser educadora de niñas, hijas de familias acomodadas, por cuanto considera que nada le serviría haber dejado el mundo, si luego se mantenía dentro del círculo de las personas adineradas. Estando en esta búsqueda, recuerda la noticia, que hacía cinco años, le había impactado.

"Deteniéndome en esto, me acordé de la Institución de las Hermanas de la Providencia, cuya memoria conservaba desde su fundación por haber leído en los periódicos la ceremonia de los votos de las primeras fundadoras".

"Verdad es que las noticias que había obtenido después, de tan piadosa Institución, no halagaban mucho la naturaleza. El mundo decía que esta comunidad se componía de mujeres ignorantes, cuyos modales y trato eran igualmente ordinarios; que vivían en extrema pobreza, careciendo no pocas veces de las cosas más necesarias a la vida; que se alimentaban de los restos de las mesas de las demás comunidades y aún de hoteles; que andaban por las calles con unos hábitos viejos, desteñidos o quemados de sol; que pedían constantemente limosnas para los pobres, pero que nada podían pedir para si mismas; que su principal ocupación era asistir a los moribundos, exhortarlos a bien morir, curar las enfermedades más horrorosas, recoger al huérfano".[115]

En su opción por seguir a Jesucristo y a Jesucristo crucificado, el comentario negativo que la sociedad de ese entonces hace respecto a la pobreza y al sacrificio de las Hermanas de la Providencia, se transforma en un testimonio que desafía y atrae a Venerance. Más aún, el mismo camino recorrido por estas religiosas es el que describe como su propio proyecto de vida consagrada:

"Vivir pobre, humilde y despreciado, ésta es la vida que ha escogido para sí Nuestro divino Salvador. Las humillaciones de la mendicidad, el hábito viejo, las comidas pobres y las demás consecuencias de la pobreza me ayudarán a conseguir la humildad. La continua vista de la muerte, los gemidos del pobre enfermo, las lamentaciones de la viuda, las lágrimas del tierno niño que no tiene madre, en una palabra, el grito de todas las miserias humanas, que perpetuamente allí se oye, servirá de contrapeso a mi ligereza natural y detendrá el curso de las ilusiones de esta vida. Considerando despacio estas cosas, siempre los ojos fijos en el Señor, me pareció más conforme a la cruz y a las humillaciones de Nuestro Señor, la vida de las Hermanas de la Providencia. Sin vacilar un momento me determiné a abrazarla como lo he realizado después con gran contento y satisfacción de mi alma.[116]

---

[114]Morin, « Memorias », II, 49.
[115]Morin, « Memorias », II, 50.
[116]Morin, « Memorias », II, 51.

III.- El llamado del Señor

La decisión de entrar en la vida religiosa, que había tomado Venerance, fue cumpliendo las últimas etapas de un camino que la llevaría a encontrarse con Sor Emilia Gamelin, Superiora de las Hermanas de la Providencia. Sólo a la luz de la acción de la providencia divina es posible pensar en el encuentro de estas dos almas, cuyo amor a los necesitados sería fundido en un mismo crisol.

Venerance desde ese instante tan decisivo para su vocación religiosa, acontecido ante el crucifijo de la pequeña salita, contigua al salón de su casa, realiza el paso siguiente, esto es, manifestar todo lo sucedido al confesor. El P. Cloutier era un sacerdote nuevo, en esa parroquia, no conocía a Venerance y, por lo mismo, le pidió tener una entrevista con ella en su oficina parroquial. Venerance no quiere que nadie se percate de esta audiencia, por lo mismo, días después, simulando ir al templo pasó a verlo a la casa parroquial, pero no lo encontró y ella no se creyó obligada a repetir la visita.

Al volver a confesarse, el sacerdote le repite la invitación, la cual se realiza el domingo siguiente, después de las vísperas. Venerance se asegura que toda la gente que ha participado en el oficio religioso se haya retirado. Al preguntarle el nombre, el sacerdote expresa su admiración de no conocerla, ya que tenía amistad con su padre y conocía el resto de la familia. Al saber que deseaba ser religiosa de la Providencia, le manifestó su alegría, pues tenía dos hermanas en dicho instituto. Junto con aprobar su elección, ratificó su solicitud de entrada al noviciado y se mostró interesado que pudiera viajar el próximo miércoles, ya que luego se aproximaba la temporada de los hielos y la navegación en todos los ríos se suspendía. Al saber que los padres de Venerance no estaban informados se ofreció para comunicarles tal decisión.

Venerance se sorprende de esta aceptación tan rápida, por parte del párroco y antes que él lo comunique a sus padres, busca el momento oportuno para hacerlo personalmente, ya que sentía como un deber de hija el tenerles confianza:

"Por la tarde los hallé a los dos reunidos y solos en su cuarto, la ocasión no podía ser más favorable. Le manifesté pues, que deseaba consagrarme a Dios en la vida religiosa, que mi confesor aprobaba mi vocación, pero, antes de dar paso alguno pedía, para hacerlo, su permiso y bendición. Los dos se enternecieron profundamente. Agregué sonriéndome: ya que Uds. han dado dos de sus hijas a los hombres muy justo será que den la tercera a Nuestro Señor, que se la pide por esposa".[117]

Sus padres quisieron saber los motivos y fines que la llevaban a esta decisión tan importante en su vida. Lo cual dio motivo para un diálogo que fue complementado, al día siguiente, con la visita que hizo el Pbro. Cloutier, con quien sus padres pudieron conversar largamente. Al final de dicha conversación, el confesor le comunicó a

[117] Morin, « Memorias », II, 54.

La entrega sin retorno

Venerance que sus padres estaban de acuerdo con su elección vocacional, pero que le hacían dos peticiones:

- La primera, que transcurriera ese invierno en casa, debido a que su salud era delicada y además, debido a los duros trabajos que realizaban las religiosas de la Providencia. Además, en Montreal, no tenían ningún pariente.

- La segunda, que entrara como religiosa a la Congregación de las Agustinas, que atendían el Hospital de Quebec, ya que así la podían visitar a menudo. A ello se agregaba que la comunidad de la Providencia estaba recién fundada y era muy pobre.

Venerance se sintió en un primer momento muy perpleja, pero después aceptó postergar el viaje a Montreal para la próxima primavera, ciertamente por un deber de amor filial, pero mantuvo firme su decisión de ingresar como religiosa en las Hermanas de la Providencia.

Durante esos meses de espera, desde mediados de Noviembre de 1849 hasta Mayo de 1850, Venerance mantuvo un contacto permanente con su director espiritual. Había solicitado a sus padres que no contaran a nadie su decisión de entrar en el convento, lo que ellos cumplieron con fidelidad. La mayoría del tiempo lo transcurrió en su pieza: "No había mayor gusto para mí que estar sola y encerrada en mi pieza".[118]

Pasado, finalmente, el invierno, se realizaron todos los preparativos para realizar el viaje. La víspera, antes de tal evento, está narrada con gran emotividad. Venerance se despide de su hermana María y de algunas de las señoras de la Sociedad de la Caridad, asociación de la cual ella era secretaria. En medio de la congoja que le produce el tener que alejarse de su hogar, ya que sin lugar a dudas, debe haber sido muy querendona con todos, abraza a su hermana menor, Georgina, de tres años, y desahoga sus sentimientos. Anochece y hasta muy avanzada la noche las dos conversan de lo triste que es la despedida, finalmente la pequeña se quedó dormida.

El 10 de Mayo era la despedida. Venerance se levanta temprano y luego de escuchar Misa, recorre todos los lugares que le son queridos. Se siente rodeada de su madre y de sus hermanos, todos lloran la partida:
"A cualquier parte donde tendía la vista encontraba objetos que con la elocuencia del dolor me decían ¿por qué nos dejas? ¡Adiós, Venerance es para siempre! El ruido de las límpidas corrientes del Etchemin me decían: ¿A qué huyes de los encantos que tantas veces te he proporcionado? Testigo fui de tus dulces ensueños…"[119]

---

[118] Morin, « Memorias », II, 62.
[119] Morin, « Memorias », II, 67.

III.- El llamado del Señor

El viaje a Montreal le parece un suplicio. La primera parte la realiza en carruaje y en cada salto del coche siente como si le procurasen nuevas heridas. Su padre que la acompaña aprovecha nuevamente para manifestarle su propuesta, esto es, que entrara en el Monasterio de las Agustinas, en Quebec. Le ofrece, no sólo pagar su dote, sino, además, cancelar dos dotes más, en favor de niñas conocidas por Venerance y que no tenían recursos económicos. Venerance le agradece y le manifiesta el gran atractivo que siente por las Hermanas de la Providencia y para hacerlo entender le dice que para una niña no le es indiferente casarse con este o aquel joven, sino con el que ha elegido por esposo. La conclusión fue una sola: "!A mi me parece que Dios me llama a la Providencia!"[120]

A las cuatro de la tarde, de ese mismo día 10 de Mayo, tomó el vapor de Quebec a Montréal. Llegados, al día siguiente fueron directo a la Casa de la Providencia, donde tiene su primer encuentro con Madre Emilia Gamelin. Existe algo en común entre ambas. Venerance le puede decir de inmediato: "Las conocía por sus obras y ahora que os estoy viendo me gusta mucho vuestro traje".[121] La Madre Emilia Gamelin la acoge, acompañada por la Asistente Sor Vicente de Paul y por la Maestra de Novicias, Sor Filomena.

En esa primera relación con la Comunidad se suceden tres momentos orientados a evaluarla. En primer lugar, Madre Emilia le pasa un libro antiguo ciertamente para probar si sabe leer. Luego de leer algunos renglones, Venerance, se lo devuelve diciéndole que realmente es una buena prueba para las postulantes por lo difícil que era esa vieja escritura, ya que más bien había que descifrarla.

A su vez, en forma elegante, la Maestra de Novicias le pide que escriba algo, con la secreta intención de saber, no sólo si sabe escribir, sino también si es capaz de redactar sus sentimientos. Los dos textos que escribe sirven para probar su vocación y conmueven a su padre. Dando muestra de tener una excelente redacción escribe:

"El placer de seguir a Jesús y María, pobres y sufriendo [122] ha triunfado del placer de gozar más tiempo de las caricias de mis amados padres que tanto me quieren".[123]

Luego, la Maestra de Novicias le solicita que escriba un mensaje para la Madre Emilia:

"Mi reverenda Madre: la humildad, la pobreza y la caridad son las virtudes que vengo a buscar en esta santa casa".[124]

---

[120] Morin, « Memorias », II, 70.
[121]Morin, « Memorias, II, 71.
[122] Morin, « Memorias ».
[123]Morin, « Memorias», II.,72.
[124]Morin, « Memorias », II, 72.

La entrega sin retorno

Madre Emilia intuye la capacidad intelectual y la decisión de carácter que tiene la postulante y por eso le dice:

"Ya, señorita, que Ud. Es tan resuelta ¿qué diría si yo le dijera[125], hoy mismo va Ud. A tomar el santo hábito y profesar".[126]

La respuesta, además de reflejar serenidad y confianza en si misma, hace ver la inteligencia y perspicacia por parte de Venerance:

"En este caso mi reverenda Madre, contestaría: me iré para mi casa, porque en una comunidad donde no hubiese Noviciado, donde se admiten las personas indiferentemente y a primera vista, sin conocerlas bien ni probarlas antes, no podría haber la paz, la concordia, ni los otros bienes espirituales que vengo a buscar, así es que estoy preparada y deseo que Uds., me conozcan y prueben para asegurarse si soy o no para la vida religiosa".[127]

El segundo momento de evaluación al que la someten es el encuentro con las demás religiosas de la Comunidad. Según la usanza de la época, todas quieren probarla y, por lo mismo, en lugar de acogerla cariñosamente, le manifiestan sus apreciaciones negativas. Ella en forma muy segura y con gran dominio de la situación responde a cada una en forma muy ingeniosa y astuta. Eso sí, que le impacta ese trato tan poco amable y tan agresivo, que luego al quedar sola, se dice a si misma: "!Qué mujeres tan groseras!".[128] En este contacto con las Hermanas sufre una gran decepción, un choque que la deja mal.

A las dos de la tarde se reúne el Consejo de la Comunidad para deliberar sobre su admisión. Al término de la reunión, Madre Emilia, para cerciorarse de su voluntad firme de ingresar al convento, le hace la broma de decirle que su admisión ha sido aplazada por seis meses.

En ese momento Venerance está sufriendo una terrible lucha interior, por una parte ha sufrido un terrible impacto al tomar contacto con la comunidad religiosa, lo cual la ha choqueado por completo. Por otra parte, se le produce una crisis entre el deseo de regresar a su casa y la voz de Cristo que la invita a seguirle. El resultado es que prorrumpe en llanto.

---

[125] Morin, « Memorias ». En el original: decía.
[126] Morin, « Memorias ». En el original: decía.
[127] Morin, « Memorias s », II, 73.
[128] Morin, « Memorias I », II, 73.

III.- El llamado del Señor

La Madre Emilia la abraza y le dice: “No hay tal, la Comunidad la ha admitido”.[129] Pero, su padre percibe en ese llanto, un sufrimiento y, entonces, se opone y no quiere dejarla en ese lugar. Venerance lo tranquiliza y le insiste que quiere quedarse y someterse a la prueba del noviciado. Eso sí lo consuela diciéndole que esté tranquilo, que sólo tomará la decisión definitiva después de haberlo pensado muy bien.

Su padre se resiste aún en dejarla en ese ambiente y al día siguiente regresa al monasterio para cerciorarse si Venerance quiere regresar con él. En sus Memorias, Venerance dedica una explícita referencia a ese momento:

“por fin se volvió sólo a casa, pero tan impresionado que se enfermó él y toda la familia, hasta el extremo de que mi mamá y dos hermanas fueron sacramentadas y murió la menorcita de mis hermanas. En cuanto a mí entré al Noviciado el mismo día, 11 de Mayo de 1850. ¡Dios sea para siempre bendito!”[130]

==========

[129]Morin, « Memorias », II, 76.
[130]Morin, « Memorias », II, 7.

IV.- Peregrina de Dios

IV.- Peregrina de Dios

La realidad, que bajo diversos aspectos enfrentaba Montreal, al momento en que Venerance llega desde San Enrique (Quebec), confirma plenamente las reticencias que habían manifestado sus padres al darle permiso para seguir su vocación religiosa. Desde luego, la ciudad padecía aún las terribles consecuencias que había provocado la peste del tifus, que la había desolado en el 1847. A ello se agrega que, siendo Montreal, en estos años, capital del Gobierno de Canadá, concentra las movilizaciones y disturbios sociales que surgen, en Abril de 1849. Ello era consecuencia de la depresión económica que toda la región padecía y en reacción al acceso de cobro de impuestos. Finalmente, completado este cuadro catastrófico, estalla en la ciudad, la epidemia del cólera (1849). [131]

En medio de esta realidad caótica, las Hermanas de la Providencia fueron requeridas para atender a los numerosos enfermos, tanto en los hospitales, como a través de las tradicionales visitas domiciliarias. Vuelven a ejercitar la práctica de la caridad pública, al estilo cómo lo realizaban, en un primer momento, cuando cumplían dicho apostolado como seglares organizadas en la Cofradía de Damas de la Caridad. Si bien es cierto, ahora se habían institucionalizado como Congregación diocesana, no obstante, espontáneamente, vuelven a la misma práctica de la caridad pública con todo tipo de enfermos, apostolado que las había legitimado ante la sociedad de Montreal. Este estilo heroico, las obligaba a atender solidariamente a los enfermos, día y noche, en los hospitales y en sus domicilios, por encima del reglamento canónico que ahora las regía.

Al darse la voz de alarma de la aparición del cólera, se debió establecer en la ciudad una Oficina Central de Salud, la cual organizó, a su vez, Comités de Barrios, para que se constituyeran como instancias locales que impusieran las normas de higiene y de salud pública. De inmediato, la propia Madre Emilia tomó parte activa en todo lo que significa la organización general y, además, envió dos religiosas para que prestasen atención a los enfermos recogidos en el Hospital Municipal San Camilo, que era uno de los centros improvisados por la autoridad, y por lo tanto, carecía de personal. Con el correr del tiempo, otras Hermanas de la Providencia se incorporaron al trabajo del cuidado de los contagiados por la terrible peste.

A este respecto escribirá más tarde Sor Bernarda:

¿Cuántas veces estas buenas Madres, no solamente sacrificaron su salud, sino también expusieron su vida al servicio de los enfermos atacados del cólera, de la fiebre tifoidea y otras enfermedades contagiosas? Este es el rico tesoro de santos ejemplos, de virtudes y buenas obras que nos legaron esas santas y abnegadas Madres; este es el camino que nos trazaron, y no tenemos otros”.[132]

---

[131] Richer Irène. « Un cœur qui bat » Itinéraire Spirituel de Mère Gamelin., 16 ss.
[132] Morin ,« Historia »I, XIX.

La entrega sin retorno

El Obispo de Montreal, Mons. Bourget estaba plenamente de acuerdo en que las Hermanas suspendieran el ritmo y las prácticas propias de la vida religiosa y lo único que impuso fue que el grupo de las Hermanas que atendía a los enfermos se organizara con un horario de vida especial, separado del núcleo central.

El testimonio de Madre Emilia y las Hermanas de la Providencia impacta a toda la ciudad, más aún, cuando a causa de este apostolado, siete religiosas contraen la peste del cólera, en Montreal y otras dos en le pueblo de Laprairie.

El trabajo realizado en beneficio de los enfermos y menesterosos era sin límites y, además, falto de medios y conocimientos. Este estilo de trabajo, ciertamente, no podía ser compatible con un estilo de vida religiosa, sujeto a un horario de vida comunitaria, como lo establecían "Las Reglas" de las Hermanas la Caridad de París, que eran, precisamente las normas que las Hermanas de la Providencia habían adoptado (1845). Es preciso recordar que el "Libro de Costumbres", que les había entregado Mons. Bourget era una adaptación, realizada sobre la base del texto del "Libro de Costumbres de las Religiosas Hospitalarias del Hotel de Dieu de Montreal". Dicho documento había sido escrito en el año 1688, esto es, en otra época y con otra mentalidad. A lo anteriormente señalado, es preciso añadir que incluso las novicias cumplían turnos de atención en el Hospicio y se les enviaba a atender enfermos. He aquí una primera fuente de la crisis que se va a engendrar, al interior de la Congregación.

Otra fuente que origina un clima tenso es el exceso de trabajo que deben asumir las Hermanas en su atención a los apestados, ya que ello va a ir gestando un agotamiento que en determinados momentos se traduce en choques que afectan las relaciones interpersonales de la vida comunitaria.

Las Hermanas de la Providencia en la práctica, son consideradas por las autoridades eclesiásticas como una organización diocesana que debía responder a las necesidades de la caridad social que enfrentaba la Iglesia local. Ni el Obispo, Mons. Bourget, ni la Madre Emilia ponen reparo para aceptar nuevas obras. Es preciso advertir que en estas nuevas fundaciones no sólo hay falta de recursos y deficiente alimentación, sino que, incluso el personal religioso que se envía para hacerse cargo no tiene la preparación adecuada. La Congregación cuenta en el año 1850 con: 43 profesas, 15 novicias y 10 postulantes, las cuales estaban repartidas, además de la Casa Central, en cuatro nuevas fundaciones, y la prestación de servicios en varias escuelas y hospitales.[133]

Al rápido crecimiento de la Congregación se unía la falta de experiencia, tanto en el estilo de vida religiosa, como en la organización jerárquica, lo cual va a crear, en algunas hermanas, la sensación de un vacío de autoridad. La mayoría de las religiosas eran

[133] Robillard Denise, o.c., 281.

IV.- Peregrina de Dios

jóvenes venidas del campo y faltas de preparación. La multiplicación de tareas y actividades hace que se suscite un clima de descontento y murmuraciones, ya que achacan a la Madre Emilia que priorice las respuestas al apostolado de la caridad, por encima de la estricta observancia a la Regla. Algunas la critican por no ser dura en la corrección a las faltas contra la observancia de las Reglas, otras, por el contrario se muestran descontentas por su dureza en la manera precisa de dirigir y organizar la vida cotidiana de la comunidad.

En los apuntes de Sor Bernarda se da este juicio: "Pocos conocimientos tenía su Rcia acerca del régimen y gobierno de una comunidad, como se complacía en reconocerlo días antes de morir. Hablando en la recreación con varias Hermanas nos decía con sinceridad y sencillez que la distinguían: "Sólo ahora vengo a comprender algo de los deberes de una superiora".[134]

Un grupo de Hermanas, a cuyo frente está la Hermana Vincent, Maestra de Novicias, constituyen al Sr. Obispo, en tribunal de quejas y comienzan a hacerle llegar en forma continua cartas, notas y mensajes. En dichos escritos plantean una opción de exigencia utópica, respecto al cumplimiento radical de las Reglas. A partir del principio que la santidad de la vida religiosa se logra con la estricta observancia de las Reglas, se oponen a armonizar el propio texto de sus Reglas, ajeno al estilo de apostolado que ellas realizaban, con las circunstancias concretas que debían encarar, incluso en cumplimiento de la obediencia de órdenes dadas por el propio Sr. Obispo. En esta obsesión por la observancia de las Reglas de San Vicente de Paul, estiman que su cumplimiento debía estar por encima de la relación de convivencia humana a construir en la comunidad.

Madre Emilia, por el contrario, era espontánea, entiende que su Congregación es de vida activa, esto es, las religiosas deben ser antes que nada: "Servidoras de los pobres". Su espiritualidad proyecta el amor a Dios en cuidar a los pobres y enfermos, visitar los domicilios de los apestados, de los moribundos. Ella, además, vibra con las religiosas jóvenes, canta, tararea canciones que son coreadas por las hermanas y eso también es mirado mal. Ella busca crear un ambiente de acogida, de amabilidad. Su sensibilidad es propia de una madre que llora e implora a su propio Consejo en favor de algunas postulantes que no son aceptadas al noviciado, de acuerdo a la letra de las Reglas. Madre Emilia es exponente de una espiritualidad de la simplicidad, de la confianza en la Providencia y del amor sin límites hacia los pobres.

"Su fe, su confianza, su abandono en la divina Providencia no tenían límites. Todo lo esperó de Dios y Dios por su medio hizo grandes cosas".[135]

---

[134] Morin, «Historia»I, XVIII.
[135] Morin «Historia»., I, XXIII.

La entrega sin retorno

En medio de esta crisis, la delación permanente ante el Sr. Obispo, de todo lo que sucede en la comunidad, se constituye en un cáncer, que rompe las relaciones humanas y reduce la santidad a la existencia brutal de la observancia a la letra de la Regla. El Sr. Obispo, Mons., Bourget recopila todas estas quejas provenientes de un clima de "rumores quejumbrosos"[136] y escribe a Madre Emilia, una histórica carta de dura reprensión.[137]

La falta absoluta de matices y causales, la generalización de acusaciones particulares y puntuales contenidas en la misiva de Mons. Bourget, no detienen a Madre Emilia, quien acoge con humildad todo lo que le reprende el Sr. Obispo. No se defiende, guarda silencio y promete enmendarse. De rodillas ante el cuadro de Nuestra Señora de los Siete Dolores, le suplica a la Madre del Señor le dé fuerzas para superarse, para corregirse. Gesto heroico que constituye en sí la semilla fecunda de donde crecerá la nueva Congregación de las Hermanas de la Providencia, por cuanto en esa actitud de unión plena con Dios, de inserción y entrega obediente a la Iglesia, se evidencia que todo en ella era obra del Señor.

La situación de denuncia permanente ante la autoridad eclesiástica se complica y se desgasta. El Sr. Obispo percibe que existe una manifestación de obsesión en querer someter todo al estricto cumplimiento de la Regla. En Marzo de 1850, realiza su Visita pastoral y les predica el Retiro Espiritual. Junto con evaluar los siete años de historia recorridos por la comunidad, las invita a celebrar un Jubileo. En un ambiente de reconciliación se logra recuperar un poco el clima de paz. La vivencia del Jubileo las lleva a realizar un encuentro en el Señor. Las informantes del Sr. Obispo se sienten descontentas de sí mismas, porque junto con ver todo desde una perspectiva negativa, se sienten derrotadas por la fuerza de la virtud, de la unión con Dios que se trasluce en la conducta de Madre Emilia. El 9 de Abril, el Consejo de la Casa elegía como nueva Maestra de Novicias a la Hermana Philomena y como Asistente General a la Hna. Vincent.

Este es el ambiente que reina en la Comunidad y es el que percibe Venerance Morin, el primer día de su llegada. Es evidente que le choca la forma cómo la reciben, cómo la someten a prueba con ese rigor del desprecio, propio de la espiritualidad que los Sulpicianos habían implantado en las comunidades religiosas. Detrás de esa forma despectiva, con que la reciben las Hermanas, existe la práctica ascética de lograr la renuncia total de sí misma, buscar el olvido y alejar de sí toda alegría, todo placer.

Practicar la mortificación hasta la muerte de la propia voluntad. Es la exigencia de la sumisión total, con el desprecio de sí misma, que aflora en las Hermanas de la Providencia, como fruto de la formación y de la espiritualidad que infunden los

---

[136] Morin, «Historia»., 244
[137] Carta del 13 de Octubre 1847, Robillard, o.c., 245.

IV.- Peregrina de Dios

sacerdotes de ese entonces, a pesar del testimonio tan diverso que les trasmite la fundadora.

Lo primero que Venerance nos da a conocer, en sus Memorias, es el choque que ella personalmente sufre, debido a su carácter independiente y su fuerte personalidad, frente al estilo de vida que encuentra en esa Casa Religiosa, que a la vez era un Asilo, que atendía ancianas enfermas, huérfanas, pensionistas, sacerdotes ancianos e impedidos y, finalmente, enfermos mentales. Es tal la incongruencia entre lo que ella había soñado y el trato humano que allí encuentra, que el deseo de regresar a su hogar será la tentación que le asaltará continuamente.

En forma explícita, la joven Venerance deja constancia que ha hecho su entrada al Noviciado, el día 11 de Mayo de 1850, a las 20 hrs.[138] Indicando con ello que esa fecha había marcado un hito muy importante en su vida. Al lograr esa meta sentía que concluía todo el período transcurrido desde el momento en que, en la pequeña habitación de su Casa había prometido a Cristo Crucificado consagrarse por entero a Él. Por eso, aquella noche, durmió plácidamente, sea por el cansancio del viaje, sea porque había logrado ya su gran propósito de estar en la Casa del Señor.

Al día siguiente, inicia una nueva etapa en su vida, por lo mismo, al despertar y percatarse que está en el convento, realiza un ritual que marca este momento de su vida:

"Me ofrecí de todo corazón a Nuestro Señor para cumplir con la más exacta fidelidad los deberes de la vida religiosa y, desde entonces, me hice la regla de ponerme siempre en movimiento al primer toque de la campana".[139]

Después de participar con toda la comunidad en la Santa Misa, le esperaba "el corte de pelo", que constituía el momento inicial de su Noviciado. A lo que ella no opuso ninguna resistencia, pero, es interesante que, a diferencia del día anterior, en que se había molestado por sentirse rechazada, ahora, frente a las expresiones de conmiseración y muestras de cariño, que suscita de parte de las otras novicias, por el corte de su lindo pelo, ella reacciona con una indignación interior, por cuanto se siente tratada como una niña chica.

En general, frente al modo de ser de sus compañeras, ella confiesa que tuvo, en esos primeros momentos una actitud un tanto de autosuficiencia y de desprecio hacia esas maneras sencillas, candorosas, humildes y sin artificio que manifestaban. Considera todo lo que ellas hacen como expresión de infantilismo y con un cierto aire de superioridad cataloga de insignificantes y ridículas las cosas en que se entretienen.

---

[138] En «index des normes des Sœurs de la Providence par ordre numérique » Bernard No. 60. 11-V-1850. En Arch. Montreal.

[139] Morin,« Memorias», III, p. 78.

La entrega sin retorno

El mismo juicio le merece el sacerdote, Superior de la Casa, hasta cuya oficina la conducen para que examine su vocación. El sacerdote, que ciertamente estaba al tanto que el Consejo ya la había aceptado, le formula preguntas más bien sencillas, que Venerance cataloga de "extrañas" y piensa que dicho sacerdote es uno de los tantos enfermos mentales, que se aloja en el Hospicio que las Hermanas atienden. No obstante las preguntas que transcribe son más bien simples: ¿si sabía lavar los pisos?, ¿Si podía subir hasta el último piso de la casa? Al salir de dicha entrevista su estupor es mayor, ya que al encontrarse con una Hermana, ésta le exalta la gran sabiduría del sacerdote con quien acaba de hablar y que, por lo demás, es el Padre Superior de la comunidad. Esto la lleva a plantearse, al igual que San Pablo, si todo eso era locura o simplicidad de los que son seguidores de Jesucristo crucificado.

Lo que causa en ella gran admiración es, sin lugar a dudas, el recogimiento y el fervor angélico que existía en toda las integrantes de esa Comunidad. Por lo que llega a la conclusión que la alegría existente en ellas era fruto de los sacrificios que hacían por Jesucristo. En consecuencia percibe que Ella en cambio estaba poseída por el orgullo lo que no la dejaba ni llorar, ni reír.

La Comunidad de la Providencia era famosa, en toda la ciudad de Montreal por su pobreza. Venerance define ese estilo de vida como algo que más bien aparecía como mezquindad y falta de gusto. Pero, reconoce que ese juicio era producto de un rechazo general que la dominaba. Extrañaba su libertad. Envidiaba la libertad de los muchachos que andaban vagando por las calles de la ciudad y la de los pájaros que vuelan donde quieren. A ello se unía el recuerdo de sus padres y hermanos, todo lo cual, la hacía estar en una "situación desesperante".[140]

A los pocos días de su entrada al Noviciado, esto es, el 16 de Mayo, Madre Emilia emprende viaje a los Estados Unidos para visitar las obras sociales existentes en ese país, especialmente las dedicadas al cuidado de los enfermos mentales. Su inquietud por responder a las diversas exigencias que le plantean las dementes y las sorda mudas no la dejan descansar. La Caridad de Cristo la urge en cada uno de los necesitados. En realidad, Venerance tiene pocas oportunidades para contactarse con la Madre Superiora.

Venerance vive su crisis interna y por eso necesita conversar con alguien. Al principio se confidenció con la Maestra de Novicias, Hna. Philomene, a la cual le manifestó el gran temor que la invadía de no poder acostumbrarse a tanto sufrimiento y sacrificio en la vida religiosa, ya que ante dicho miedo surgía el tierno recuerdo de sus padres y hermanos, por lo que veía como única solución el retorno a su hogar. La respuesta de la Maestra fue, en forma invariable, que se trataba de tentaciones que debía rechazar. No contenta se dirige al confesor, al cual manifiesta sus luchas internas. El sacerdote la satisface mejor,

---

[140] Morin, «Memorias» III, p. 80.

por cuanto junto con escucharla, le fue sugiriendo consideraciones que se orientaban a cultivar una relación directa con Jesucristo, al único que debía buscar agradar.

Sea por amor a Dios, sea porque estaba acostumbrada a una educación exigente, pronto se entregó a la práctica de la vida religiosa, lo que nos narra en estos términos:

"Me entregué con mucho empeño a todas las practicas y usos de la vida religiosa. No hubiera querido por todo el mundo faltar a la más ligera observancia. No sólo procuraba ser útil, sino también agradable con todas. Pero, estos sufrimientos morales junto con el cambio de temperamento influyeron notablemente sobre mi salud. Me puse tan débil, que no podía subir las escalas sin descansar antes de llegar a los alto".[141]

Estando sumergida en este combate interior, acontece la visita de su Confesor, el P. Cloutier, quien desde San Enrique de Lauzon vino a saber cómo se encontraba su joven penitente. La escena que se sucede manifiesta una serie de sentimientos encontrados. En un primer momento, mientras está en presencia de las Hermanas, Venerance mantiene la serenidad, pero, luego, apenas la dejan a solas con su confesor, rompe en sollozos y dando rienda libre a su sentimiento, le manifiesta que quiere regresar donde sus padres. El sacerdote hizo acopio de su experiencia y sabiduría. Primero antes que anda trató de tranquilizarla. Luego, le advierte que tras esos sentimientos naturales se escondía una tentación manifiesta y grave. Enseguida apela a algo que ciertamente tiene un gran efecto sicológico en el ánimo de Venerance, ya que le informa que previamente había estado conversando con la Madre Emilia, la cual le había manifestado estar muy contenta con ella. Finalmente, llega a una conclusión práctica: le solicita que le prometa, bajo compromiso formal, que sólo en el caso que la Comunidad la despidiera volvería donde sus padres, pero de otra manera que continuaría, ya que todas estaban muy contentas con su conducta y su comportamiento.

Sin lugar a dudas, el recuerdo de esta visita y los consejos dados por el P. Clutier le impactaron positivamente. Junto con ayudarle sicológicamente, ya que pudo desahogarse, el encuentro le trajo serenidad de espíritu. Al mismo tiempo, saborea la alegría íntima de saber que la Madre Superiora la tiene en cuenta, que está contenta con ella y ello le significa un estimulo de confianza y autoestima.

En los días siguientes, continúa la crisis suscitada por la ausencia total de gusto al realizar las prácticas comunitarias de la vida religiosa de esa comunidad, las cuales le aparecían totalmente contrarias a sus inclinaciones. Con esa franqueza y astucia tan propia de ella, confiesa que lo único que esperaba era el momento de la meditación "para descansar y dormir un poco".

---

[141] Morin , «Memorias», III, p. 81.

La entrega sin retorno

Recuerda, además, que la intención de regresar a su casa era tan persistente que incluso tenía programado el plan cómo lo iba a realizar. Cada mañana, lo primero que se decía a sí misma era la consabida frase: "Mañana a estas horas estaré muy cerca de casa"[142]- En su mente tenía planificada la estrategia de tal modo que las Superioras no tuvieran tiempo para reaccionar, ni para detenerla. Les iba a informar de su partida en la tarde, a eso de las 16:30, inmediatamente tomaría el vapor. Nos informa que durante toda la jornada estaba dominada por este propósito. Hacía la meditación, escuchaba la Santa Misa, realiza todos los trabajos que le correspondía teniendo en mente su plan, pero, llegada la hora, entre las 15:30 y las 16, le sobrevenía algo así como una iluminación celestial que le recordaba el momento aquel en que había manifestado a Nuestro Señor, su voluntad tanto de hacerse religiosa, como el elegir a las Hermanas de la Providencia. Ello era suficiente para que cambiara de planes. Otras veces, le parecía que era la Santísima Virgen, quien le pedía se quedara un día más. Es decir, a esa hora desaparecían las ganas de irse e incluso surgía, toda una actitud distinta con deseos de sufrir y hacer los mayores sacrificios por Dios.

Toda esta lucha, ella la tiene enmarcada en un tiempo muy preciso que va desde el 11 de Mayo hasta el 19 de Julio, ya que con motivo de la fiesta de San Vicente de Paul, cansada de sus vacilaciones e incertidumbres quiso tomar una decisión irrevocable. Ciertamente cabe dentro del proceso de discernimiento espiritual que estaba viviendo en el Noviciado y que ella lo vive como un proceso personal. A tal fin, nos dice que se instruyó previamente en las Reglas de las elecciones de San Ignacio de Loyola y en la tarde de ese día, de rodillas ante el Santísimo Sacramento, puso en práctica las reglas de elecciones respecto a su vocación:

"Pedí con todo el ardor de que mi alma es capaz el auxilio divino de que tanto necesitaba para llegar a ser una buena religiosa y tomé la firme resolución de no volver jamás sobre el asunto".[143]

Sucedió un período de paz y alegría, con grandes satisfacciones espirituales, que la hacen comunicarse con Dios, a través de afectos personales. Esta tranquilidad y serenidad de espíritu, reforzada por las comunicaciones con Dios la lleva a tener dos actitudes complementarias. La primera es un olvido del mundo, de su espíritu y de su vanidad. A contraparte se suscita en ella un aprecio hacia sus superiores y hermanas. Esto es, surge en ella un nuevo modo de mirar la vida religiosa, ahora desde la perspectiva de la simplicidad y de la humildad.

En medio de este nacer a la vida religiosa, que no significaba que a veces sufriera arideces en la oración, comienza a caminar viviendo la experiencia de la consagración religiosa. El 21 de Noviembre participa en la ceremonia de Toma de Hábito.[144] A partir

---

[142] Morin,«Memorias» III, p. 82.
[143] Morin, «Memorias» III, p. 83.

IV.- Peregrina de Dios

de este momento Venerance Morin Rouleau, próxima a cumplir 18 años de edad, toma el nombre de Bernarda y con ese nombre se inscribe en la Congregación de las Hermanas de la Providencia.

En una autodefinición de sí misma y de su modo de ser, ella nos informa que, a partir de la experiencia adquirida en su vida en el mundo y del roce social con las personas de la sociedad había aprendido a conocer y tratar con mucho tacto a las personas. Valoraba enormemente la prudencia, ya que en el ejercicio de ella había aprendido a calcular sus acciones y la de los demás que alternaban con ella. Por lo demás, a esta actitud básica, unía cierta timidez o reserva lo que le ayudaba a tener una gran serenidad, que conservaba aún en las ocasiones más difíciles. Este modo de ser suyo había impactado a las Hermanas desde un inicio.

Ciertamente, como nos lo dicen los informes, la mayoría de las religiosas de la Providencia pertenecían a familias de estratos muy humildes y muchas al ingresar al convento no habían pagado la dote. Dentro de este ambiente, el modo de comportarse de Sor Bernarda suscita respeto, por lo que aún siendo novicia, nos dice ella, se evitó ser sometida a muchas humillaciones, que eran frecuentes como parte de la formación en el Noviciado.

Entre las diversas tareas que le fueron dando, en el transcurso del Noviciado, sin lugar a dudas para probar su vocación y hacerla crecer en su madurez humana, hay varios oficios que le designan, coherentes con la práctica del apostolado propio de la Congregación, la cual, desde sus orígenes, se orientaba hacia la vida religiosa activa, por cuanto el carisma de Madre Emilia se definía específicamente en ser servidoras de los pobres. A este respecto, ella nos narra algunos de estos hechos.

No habían transcurrido ni siquiera tres semanas que la novicia Bernarda estaba en la Comunidad, cuando la Maestra de Novicias le encargó acompañar de noche a dos Hermanas enfermas, que necesitaban tomar remedios en el horario nocturno. Desde un comienzo las religiosas manifestaron sentirse a gusto con los servicios que les prestaba Sor Bernarda, sin embargo, dentro de su estilo propio, mantuvo ante ellas cierta reserva prudente, en parte por ser simplemente novicia.

Una de esas tardes, sucedió que en la enfermería quedaron, sin ser ocupados, unos baños ya preparados. En ese entonces, la preparación de un baño de tina con agua temperada exigía todo un operativo, por lo que era un lujo el poder tener acceso a ellos. Una de las Hermanas, que estaba bajo el cuidado de Sor Bernarda, manifestó a la enfermera-jefa su deseo de darse un baño, la cual se lo negó. Apenas se retiró la enfermera y sus acompañantes, las dos enfermas, de mutuo acuerdo, sondearon a Sor Bernarda

---

[144] En « Chroniques de L'asile de la Providence, Maison Mère. Montréal. 21-XI-1850. Sin nombrarla. p. 119-120.

preguntándole si se escandalizaba que tomaran el baño de noche, agregándole que ella no tenía obligación de informar y, por lo tanto, no dijera nada. Sor Bernarda les respondió diciendo que ellas sabían mucho mejor lo que debían hacer en dicha circunstancia. Su argumento central fue que ellas no eran niñas chicas y, por lo mismo, debían saber lo que era correcto. Lo que si le despertó sospechas fue la risa irónica con que acompañaron la invitación para que se fuera a dormir, ya que no necesitaban sus servicios. En el interior de Sor Bernarda surgió un sentimiento de rechazo a ser cómplice.

A la mañana siguiente, muy temprano, fueron a la enfermería a avisar que había un carruaje pronto para llevar, a la Casa de campo, que la Congregación tenía en las afueras de la ciudad, precisamente a una de las monjas referidas. Hacía mucho frío y la religiosa acababa de tomar una gran cantidad de mercurio, lo que dio motivo a Sor Bernarda para ir donde la Maestra y plantearle la situación informándole de todo. De inmediato la Maestra, Sor Filomena, de acuerdo con la Madre Emilia, suspendió el viaje y no sólo reprendió a las dos religiosas, sino que ambas en penitencia debieron pedir perdón a Sor Bernarda, estando presente todas las Novicias.

Importa destacar el sentido de trasparencia que manifestará siempre Sor Bernarda, en su relación y comunicación con los superiores. En todo lo que acontece, dentro del convento, ella estima que, como parte de la espiritualidad de la vida religiosa, se debe incentivar un estilo de relación fundado en la franqueza y la sinceridad, clima que debe reinar como algo vital al interior de la comunidad religiosa.

Habían transcurrido seis meses de Noviciado y Sor Bernarda es enviada a colaborar en la Escuela de Saint-Jacques, plantel que estaba a cargo de una Hermana, cuyo carácter era muy difícil. Dicho establecimiento, donde acudían a estudiar 300 niñas pobres, funcionaba en un edificio de tres pisos, construido en tiempos de Mons. Lartigue, junto al palacio Arzobispal. La labor educacional de este centro se había suspendido durante los recientes disturbios políticos y por efecto de las nuevas leyes civiles, que afectaron a toda la educación de esa región del Canadá. En 1847, Mons. Bourget había iniciado una gran campaña en favor de restablecer la educación católica y solicitó a Madre Gamelin y a su Consejo se hicieran cargo de esta Escuela. En un inicio el personal estaba compuesto por dos novicias y dos postulantes. Se instalaron los cursos para las niñas en el primer piso y para los niños en el segundo, dejando el tercero para las instalaciones tipográfica del Obispado.[145]

Ahora, en 1850, la situación de dicha Escuela se resentía, como consecuencia de los numerosos cambios de profesoras que se habían efectuado en el plantel. Las Novicias pasaban por turno a realizar una práctica pedagógica haciéndose cargo de alguno de los cursos de esta Escuela. A Sor Bernarda le toca hacerse cargo de uno bastante

[145] Robillard, o.c., p. 238.

desordenado. Pero, lo más desesperante para ella fue encontrarse con la hermana, que estaba a cargo de la Escuela y que no tenía la más mínima noción de pedagogía. Sin darle ninguna indicación previa, se puso de pie frente a la tribuna donde Sor Bernarda estaba enseñando y sistemáticamente le fue corrigiendo en forma autoritaria y descalificatoria lo que ella decía. Las alumnas captaron de inmediato, la contradicción un tanto ridícula que se iba produciendo entre ambas religiosas y en consecuencia aprovecharon para hacer desorden. La "Oficiala", como denomina Sor Bernarda a la responsable de la Escuela, en lugar de darse cuenta de su falta de criterio, continuó no sólo corrigiéndola sino, incluso, culpándola del mal comportamiento de las alumnas.

Fue tal la indignación que se suscitó en el interior de Sor Bernarda, sea por la falta de criterio pedagógico, como por la falta de respeto hacia ella, como integrante de la comunidad religiosa, que si no hubiera sido invierno habría dejado todo plantado y habría retornado a Quebec.

Para colmo la "Oficiala", en un gesto que realmente refleja su ineptitud y torpeza, al concluir la clase, se le acercó para preguntarle qué le parecía su nuevo oficio. Ante esta contradicción, que no tenía nombre, Sor Bernarda se siente impotente y suelta el llanto. Al retornar al noviciado continuaba llorando, lo que confirmó a las otras novicias de lo absurdo y difícil que era trabajar con esa Hermana. Si hasta la más capacitada volvía en esas condiciones, significaba que el trato de la Oficiala no sólo era torpe, sino que su práctica de enseñar corrigiendo dejaba deshecha y herida a todas. Las compañeras se preocuparon de consolarla, no obstante ella quedó con el ánimo por los suelos, con ganas de irse a su casa y sin motivación para cumplir con las prácticas de piedad.

El confesor percibió el drama que se había suscitado y al acercarse Sor Bernarda para hacer su confesión, le preguntó cómo le iba en la oración. Sor Bernarda le responde que no se aplicaba mucho a la oración, porque estaba resuelta a volver a su hogar, ya que era imposible tener fuerza y voluntad para llevar una vida con tanta contradicción, como era el tener que amoldarse todos los días a nuevos caracteres. Que no le parecía que Dios le pidiera una vida con tantos sacrificios. El sacerdote, entonces, le exigió que le contara lo que había sucedido y ella le narró la experiencia que había tenido con la Hermana a cargo de la Escuela.

La novicia Bernarda se sintió confortada al constatar la reacción de indignación que sus palabras habían suscitado en el Confesor, el cual comprendió que por torpeza y por ineptitud de una religiosa se estaba a punto de perder una valiosa vocación: "Si lo vuelve a hacer, agregó en tono de amenaza, me lo avisa", [146] Esta actitud a su favor tuvo por efecto el provocarle un cambio de ánimo. Fue tal el alivio que experimentó que incluso, le vino un "ataque de risa", de puro contenta que se sintió. Luego, al examinarse a si misma y reflexionar sobre su brusco cambio de actitud descubre que el orgullo y la cólera

[146] Morin, «Memorias» III, p. 89.

eran los dos resortes que la movían a tener actitudes tan decididas, por lo que promete corregirse.

Continúa trabajando como maestra en la Escuela Saint Jacques y reconoce que sabía hacerse respetar y defender sus puntos de vista. Mantiene una actitud de cierta distancia ante todo lo que le ordena la Hermana encargada de su práctica pedagógica. Por lo mismo, reconoce que: "El espíritu humano me dirigía todavía en muchas cosas".[147] En el difícil ambiente que reinaba en esa comunidad, la Novicia Bernarda entiende que el amor a Dios va unido a la verdad. Por ello, ante una nueva reprensión que le hace la Hermana, le parece impropio que, además, le prohiba informar de ello a la Madre Emilia y a la Maestra de Novicias. Ante esta prohibición se las ingenia y prepara hábilmente un plan, esto es, solicitar, en el Capítulo de culpas de la Comunidad, penitencia pública por haber dado ocasión de disgusto a la Hermana Oficiala. El supuesto sobre el que ella se basaba era que, ciertamente, la Madre Emilia le iba a preguntar qué había sucedido.

En sus "Memorias" consigna algo muy importante y es el siguiente juicio: "Calculando que Nuestra Madre – que según me parecía me quería bastante…"[148] Esto es, si bien en ningún momento refiere que ha tenido algún encuentro personal con la Madre Emilia, sin embargo, ha percibido claramente la existencia entre ambas de una empatía mutua. Siente efectivamente que la Madre la quiere, la aprecia, que hay un aura que las une. Esta certeza de contar con el afecto de la Madre no sólo le da seguridad dentro de la comunidad, sino que incluso es un factor que confirma su opción por el carisma de la Congregación de la Providencia.

Al realizarse el Capítulo de culpas de la Comunidad, todo sucedió como lo había calculado Sor Bernarda. La conclusión fue doble: Sor Bernarda aprendió a qué atenerse en tales ocasiones y la Hermana Oficiala, creyendo que Sor Bernarda lo había hecho por humildad, no le pudo decir nada, pero se dio cuenta con quien tenía que vérselas.

Este modo de actuar, que ella, con toda sinceridad, incluso, llega a catalogar como "hipocresía o un simple acto de prudencia humana"[149], trajo como consecuencia que:

"Las Hermanas de la Comunidad poco intentaron probarme, antes conocía que me respetaban, con lo cual quedó privada durante el primer año de Noviciado, de los más saludables ejercicios los de la humillación y del desprecio. Reconociendo yo después, la necesidad, la excelencia, el mérito de la humildad verdadera, hice todos los sacrificios para mejorarme en esta parte, estudiando sus caracteres y su espíritu y procurando su práctica"[150]

---

[147] Morin, «Memorias» III, p. 90.
[148] Morin, «Memorias». ibid
[149] Morin «Memorias», III, p. 91.
[150] Morin, «Memorias» ibid.

IV.- Peregrina de Dios

Luego de esos primeros meses de Noviciado, Sor Bernarda logra encontrar su lugar propio en esa comunidad. Por lo mismo, hace referencia a los consuelos espirituales que iba experimentando, especialmente, comienza a saborear el gusto de compartir el mismo techo con Nuestro Señor Jesucristo, presente en el Santísimo Sacramento, a quien visita todas las veces que puede. Delante del tabernáculo ella se ofrece como fiel y amante esposa. Esta relación profunda con el Señor sacramentado la lleva a considerar como nada todo lo que hay en este mundo. Todo se le comienza a hacer más fácil: la obediencia, el rendir cuenta de conciencia y su relación con los superiores.

Con santo orgullo destaca, después de siete u ocho meses, su triunfo con su curso de alumnas de la Escuela de Saint Jacques, por cuanto fueron cambiando de conducta de tal manera que pasaron a ser ejemplo de los otros cursos. El trato y el acompañamiento lleno de amabilidad, que les había prodigado Sor Bernarda, habían producido un cambio radical. Con un recuerdo saturado de cariño, las recordará, más tarde, por su gran piedad, por ese fervor que a ella misma le había edificado.

Entre las costumbres que tienen las Hermanas de la Providencia existe la de renovar los votos religiosos el Viernes de la Semana de Pasión, día en que se celebra la Virgen de los Dolores. En marzo de 1851, Sor Bernarda presencia por primera vez esta ceremonia. Al ver a las religiosas avanzar con un cirio en la mano y cantando los salmos, junto con una gran alegría de sentirlas realmente como verdaderas hermanas en religión, experimenta como una premonición, ya que le pareció que el Señor le decía: "Tú no gozarás mucho tiempo de la vista y de la compañía de estas queridas hermanas. Tú irás a una tierra muy lejana donde me has de servir, haciéndote toda para todos, hasta renunciar enteramente a todo lo que no es de Dios. Aún más, no profesarás en esta casa y se cambiará este hábito que te gusta tanto".[151]

Dicha experiencia de saber de antemano lo que le iba a suceder, le provocó susto, por lo que fue a contar todo a la Maestra de Novicias. Ella la miró con una sonrisa y simplemente le dijo "serán imaginaciones". Ello fue suficiente para quedar tranquila. Ante la posibilidad que Dios le exigiera grandes sacrificios ella se ofrece con generosidad.

En Mayo de ese mismo año, el Obispo de Montreal, Mons. Bourget, les predica a todas las Novicias los Ejercicios, al estilo de San Ignacio de Loyola, por un período de 40 días. Cada jornada estaba orientada por las dos pláticas que les hacía el Sr. Obispo, el cual estaba muy interesado en que cada una desarrollara un proceso de formación serio y profundo. Intencionalmente, quiso que durante este tiempo no dejaran de atender a sus ocupaciones, para que en medio de ellas procurasen hallar el secreto de unir la vida contemplativa con la activa. Sor Bernarda alterna sus estados de ánimo: un fervor de

[151] Morin, «Memorias», III, p. 92.

La entrega sin retorno

espíritu con el cual comienza los Ejercicios, para luego experimentar aridez, sequedad y desolación espiritual. Debido a lo cual aumenta sus prácticas de mortificación y el tiempo destinado a la oración. Abrazada al crucifijo, que había traído desde su casa y que en un primer momento le había sido quitado, transcurría las noches en oración, lo que le dio valor y voluntad para sufrir, humillarse y ser humillada. Ciertamente, todo ello era parte del proceso de crecimiento espiritual, del que los Ejercicios fueron parte.

Contrariando las normas canónicas que prohiben que una novicia salga a trabajar a alguna casa de la Congregación, antes de la profesión, Sor Bernarda será enviada como profesora a la Escuela de William Henry, hoy, Sorel.

El párroco de San Pedro de Sorel, hacía varios años que quería dotar a su parroquia con un establecimiento educacional y de hospitalización. Después de solicitar que se hicieran cargo de esa iniciativa las Hermanas Grises de Montreal, había logrado que el Consejo de las Hermanas de la Providencia, por recomendación de Mons. Bourget, aceptara, con la condición de que dicho establecimiento educacional fuera sólo una Escuela elemental.

En Mayo de 1850, la Madre Emilia viajó con las tres Hermanas designadas para fundar esta obra. Apenas llegadas, a esa ciudad-puerto, tan importante en esa época, la presión de las familias que querían confiarles a sus hijas hizo que tuvieran que iniciar las clases aún sin contar con el edificio terminado. Al producirse la ausencia de las profesoras seglares, que habían contratado, hubo que pensar en alguien que la sustituyera. Ante esta emergencia, las superioras pensaron en Sor Bernarda para que por tres o cuatro semanas supliera a dicha profesora.

Ella anota: "Acepté mi misión con gusto, pues era la voluntad de mis superiores y tomé posición de mi destino a la gran sorpresa y disgusto de las Hermanas de esta casa que difícilmente se podían conformar con tener por compañera una novicia."[152]

Al ver que concita un cierto rechazo, en el hecho de ser una simple novicia, se plantea como principio de acción el actuar dentro de la lógica de la reciprocidad, esto es, ella, acepta la obligación de amarlas por amor de Dios, pero, a su vez, les plantea a las Hermanas la misma obligación hacia ella. Sor Bernarda camina adelante, está atenta para servir, es fecunda en iniciativas, no se queda esperando. Al mismo tiempo, usaba todas "las industrias de la humildad cristiana". Para hacerles más agradable su presencia, fue asumiendo los trabajos más pesados y humillantes. Cuidaba de estar pronta para proveer cualquier necesidad, de no introducirse en sus conversaciones y si iniciaban la conversación sobre un asunto serio, no le faltaba pretexto para retirarse.

---

[152] Morin , «Memorias»III, p. 96.

IV.- Peregrina de Dios

Como integrante de la Comunidad su trabajo específico era: dar clases en un curso integrado por 80 niñas externas. Además, debía atender y cuidar cinco ancianas enfermas y tres alienadas. Servía en el comedor y debía estar disponible para ser reemplazante en cualquier emergencia.

Había transcurrido un poco más de un mes, que Sor Bernarda cumplía su oficio en la Escuela y Hospicio de Sorel, cuando llegó una triste noticia: la Madre Emilia Gamelin había muerto repentinamente, contagiada por la peste del cólera. Era el 23 de Septiembre de 1851. La gran apóstol de la caridad había sucumbido en medio de la epidemia que asolaba a Montreal. La comunidad de las Hermanas de la Providencia recibieron la noticia con pena. La serenidad con que había acogido la muerte y su plena confianza en Dios les había causado un gran impacto. La ciudad entera de Montreal, con su Obispo a la cabeza, las acompañó en las honras fúnebres y rindió un merecido homenaje a quien todos admiraban por su testimonio de solidaridad con los pobres.

En el corto plazo, las Hermanas fueron reconociendo el mérito y significado que su testimonio había tenido para la Congregación entera. La ausencia de Madre Emilia sirvió para que fuera mayormente valorado su carisma y su espiritualidad. Sor Bernarda no participó de las honras fúnebres y sólo debió contentarse con las referencias que a través de la prensa y del testimonio de otras religiosas pudo tener del gran homenaje que el catolicismo canadiense rindió a esta mujer extraordinaria: “Angel de los presos políticos” y “Servidora de los pobres”.

La muerte de Madre Emilia sucedió en los momentos que se preparaba el Capítulo General de la Congregación, por lo que se debió postergar hasta el 28 de Octubre. Realizadas las elecciones resultó elegida como nueva Superiora General, la Madre Emilia Carón. Como consecuencia de la tensa situación que se había vivido al interior de la Comunidad, se provocaron varios cambios entre las integrantes del Consejo Superior.

En medio de todos estos acontecimientos, Sor Bernarda permanece en Sorel, cumpliendo sus deberes y oficios. Nadie se acuerda que debe regresar al Noviciado. Ella percibe sensiblemente este abandono: “Me dejaron así como una cosa perdida”.[153] Ante esta situación y muchas veces temiendo que no sería aceptada a la profesión, ella se estimula a si misma e intensifica su vida de piedad, especialmente practicando las visitas al Santísimo Sacramento y cumpliendo con rigurosidad sus exámenes de conciencia.

Entre otras dificultades que debió enfrentar Sor Bernarda, fue la del intenso frío invernal, ya que la Superiora de esa comunidad de Sorel, no reparó en que ella tenía sólo la ropa de verano. Fue pasando el invierno, el frío taladraba su cuerpo, además, cada mañana debía abrir el camino que las conducía a la Iglesia removiendo tres cuadras de nieve. Ella lo soportó todo en silencio.

---

[153] Morin , «Memorias»III, p. 97.

La entrega sin retorno

Luego ella describe los otros trabajos que debió realizar. Un día la Superiora la hizo blanquear con cal dos piezas: reconoce que era torpe para este tipo de trabajos. Al final, quedó toda manchada y con sus brazos quemados por la cal, de tal modo que en la noche le llegaban a salir los pedazos de piel. La conclusión fue que la superiora se admiró que siendo del campo fuese tan torpe para estos trabajos. Lo cual denota que en su mayoría las religiosas que venían del campo estaban habituadas a realizar trabajos rudos.

Entre las mujeres ancianas, a las que Sor Bernarda debía atender, había dos, cuya enfermedad las había dejado cubiertas de llagas muy asquerosas, de las que emanaba materia en corrupción y muy fétida. La primera vez que tuvo que curarlas se le revolvió completamente el estómago. En los días siguientes la repulsión se mantuvo, ya que lo debía hacer en ayunas. Ella tomó la costumbre de limpiarles la bacinica, como una penitencia que realizaba antes de ir a comulgar. Esta práctica la mantuvo por todo un año que estuvo en esta Escuela-Asilo de Sorel.

Entre las prácticas de piedad que había intensificado, en medio de su situación de destierro, estaba la oración durante la noche y las prácticas de mortificación exterior. Todo lo cual ya le había sido prohibido por la Maestra de Novicias, en una de sus cartas. Luego, al realizar la Visita canónica, otro tanto hizo el Superior de esa comunidad. No obstante todo ello, Sor Bernarda, siente la necesidad de comunicarse con Cristo en medio de la noche y, por ello, se dirige al confesor y sin informarle de las prohibiciones anteriores obtiene de él la venia. A este respecto, escribe:

"Esto lo vine a conocer mucho más tarde, que había hecho mal en esto".[154]

Los días transcurrían y Sor Bernarda al ver el olvido en que la tenían, como desterrada en la casa de Sorel, comenzó a sospechar que nunca la admitirían a la profesión, que si bien le dejaban llevar el hábito era sólo en recompensa de los servicios que entonces prestaba a la casa, pero que podía esperar que de un día a otro ser despedida. Esto le procuraba una gran pena, la que se agravó mucho más al saber que sus compañeras de Noviciado iban a profesar. A pesar que trató de superar el llanto, su pena se transparentó de tal modo que la Superiora de Sorel y las Hermanas de esa comunidad escribieron al Sr. Obispo de Montreal rogándole interviniera para que Sor Bernarda regresara al Noviciado y pudiera profesar.

Las Señoras de la Caridad de Sorel, sin embargo fueron más allá. Ellas eran las que proveían a la Escuela – Asilo de lo necesario y estaban al tanto de todas las actividades que realizaban las religiosas. Sabían del gran afecto y cariño que entre las niñas y sus apoderados se había granjeado la joven novicia Sor Bernarda y, por lo mismo, directamente le solicitan al Sr. Obispo le permita profesar en esa ciudad, por cuanto la ceremonia de la consagración, al servicio de los pobres, sería un poderoso incentivo en el

[154] Morin , «Memorias»II, 99.

ejercicio de la caridad. El Cura Párroco, P. Limoges, que era el confesor de las religiosas, luego de haberse asegurado del voto favorable de la Madre Superiora General y de las integrantes de su Consejo, viajó en persona a llevar esta petición al Obispo de Montreal.

Mons. Bourget, en respuesta a las peticiones que le formulan, se muestra inflexible en que será, únicamente él quien solucionará todo, según estime conveniente. Ciertamente, como le era característico, pone de manifiesto su personalidad dominante. Consciente de su responsabilidad, quiere controlar todo lo que se refiere a las religiosas, de las cuales es obispo diocesano y fundador, por lo mismo, es tajante en manifestar que es él quien directamente se entiende con la Novicia, a quien muy bien conocía como excelente profesora, ya que había sido maestra en la Escuela de niños pobres, que estaba junto al edificio episcopal.

Ante las reiteradas súplicas del Cura Párroco, que a su vez era el Confesor de Sor Bernarda, en que llega a manifestarle las tribulaciones y sacrificios soportados por la joven religiosa, el Obispo es tajante: "Desde ahora puede Ud. mirarse como descargado de la responsabilidad de su dirección. Yo la tomo para mí. Yo mismo le escribiré que me comunique su alma".[155]

Respecto a la solicitud enviada por las Señoras de Sorel, les responde alabando, en primer lugar su caridad y celo, le promete conceder que Sor Bernarda pueda hacer la profesión en la Parroquia de Sorel, pero, cuando él vea conveniente.

Sor Bernarda recibe, al día siguiente, una carta del Sr. Obispo en que la invita a tener con él las más íntimas relaciones por carta. Ella, con la más filial sencillez, mantuvo una correspondencia de dirección espiritual, con el que era su superior y fundador de la Congregación.

El 2 de Abril de 1852, [156] se produce un hecho providencial de gran transcendencia para toda la Congregación de las Hermanas de la Providencia. El Obispo de la Diócesis de Nesqually (Oregón, USA), Mons. Maglioro Blanchet, solicita formalmente al Sr. Obispo de Montreal y a la Superiora Madre Emilia Carón, funden una Casa de la Providencia en su diócesis. Luego habla directamente ante el Consejo Superior de la Congregación y no obstante lo difícil que se presentaba el enviar una misión de religiosas al oeste de los Estados Unidos, logra tener la plena aprobación de las Hermanas Consejeras, quienes el 26 de Abril aprueban la fundación de una Casa de la Providencia en la diócesis de Mons.

---

[155] Morin , «Memorias», II, 101.

[156] Morin, «Memorias» Sor Bernarda afirma que los trámites para obtener dicha fundación las había iniciado el Obispo Blanchet desde mediados de Abril de 1851. o.c., II, 102.

La entrega sin retorno

Blanchet.[157] A decir verdad, al interior de la Comunidad central se produce un gran entusiasmo y el ideal misionero es asumido por todas las Hermanas.

La Madre Emilia Carón, Superiora General, envía, entonces, una carta circular "invitando a cada una de las Hermanas a dar a conocer sus disposiciones acerca de esta fundación. Si sentían atractivo o no para ir en ella."[158]

Sor Bernarda, al recibir dicha carta-circular, nos dice que fue a la Capilla a hacer oración y que después de un rato escuchó una voz interior que le dijo:

"Nada te exijo, pero la medida de tu generosidad será la medida de tu amor". Se sintió profundamente motivada por un vivo sentimiento de ofrecimiento, de sacrificio y de entrega de si misma. Su decisión misionera queda sellada con estas palabras: "tuya soy, Señor, haz de mí lo que quieras. Si te place que vaya al fin del mundo aquí me tienes, pronta estoy. No temeré nada si tú me envías. Ojalá tuviese en esto ocasión de probarte mi amor."[159]

Sor Bernarda tiene una gran capacidad de vivenciar sus dudas y sus anhelos. Ello indica una vida interior muy intensa, donde es capaz de escuchar sus sentimientos internos. En este momento, como en otros de sus memorias, refiere el haber escuchado voces que expresan la intensidad de la experiencia espiritual que está viviendo en su interior. Esta vez el demonio la amenaza con hacerle una guerra que no le dé ni tranquilidad ni reposo. Le asalta el temor de sucumbir a la tentación y siente el cansancio de una larga lucha. Siente, sin embargo, una confianza sin límites en la bondad y misericordia de Dios y, consecuentemente, se entrega en plenitud a los designios de la divina Providencia.

"Luego, después, escribí a nuestra Madre Superiora diciéndole, que si me juzgaba idónea para la Misión de que se trataba, yo me ofrecía con la mejor voluntad."[160]

El 10 de Mayo de 1852, el Consejo de la Comunidad, tomando en consideración la nómina de voluntarias, designaron a las 6 misioneras que integrarían la expedición a Oregón, ellas eran: Sor Victoria Larocque, una de las siete fundadoras de la Congregación; Sor Amable Dorion, superiora de la Casa de Sorel, Sor María del Sagrado Corazón Berard y las novicias: Sor Dionisia-Benjamina Worwoth y Sor Bernarda Morin.

Al día siguiente, Sor Bernarda recibe, en Sorel, una carta del Sr. Obispo de Montreal en la que le comunicaba su elección y nombramiento como misionera en la expedición, que pronto saldría con destino a Oregón. Ante esta noticia tuvo sentimientos encontrados:

---

[157] Donoso Francisco, Bernarda Morin, I, 115.
[158] Morin, «Memorias», II, 102.
[159] Morin, «Memorias»
[160] Morin , «Memorias»II, 148.

IV.- Peregrina de Dios

lloró, acudió a la oración y, por sobre todo, puso su confianza en Dios, pidiéndole la gracia de poder cumplir con toda perfección la obra a la que, aunque indigna, la había querido asociar. Ratifica su deseo de amar a Dios y de hacerlo amar y servir.

De inmediato escribe una carta a sus padres con el objetivo de hacerlos aceptar la separación de ellos y para ello les comunicaba el gusto que experimentaba al ofrecer su vida como misionera al servicio y gloria del buen Dios. Concluía diciéndoles que apenas supiera la fecha de partida se los comunicaría para tener el consuelo de darles el último abrazo.

El impacto que causó la carta de Sor Bernarda al llegar a su familia fue enorme. Aquella noche, sus padres, no pudieron dormir imaginando los peligros a que estaría expuesta y los trabajos a los que debería someterse. De tal magnitud deber haber sido su congoja, que comenzaron a cavilar y a juntar elementos de juicio, tales como: que era menor de edad, que todavía no había hecho su profesión religiosa, por lo cual sin tener que prohibirle que siguiera su vocación en la Congregación de las Hermanas de la Providencia, podían negarle el permiso e impedir que se marchara de misionera a Oregón. Varios sacerdotes, a los que expusieron el caso les dieron la razón e incluso los docentes de la Facultad de Teología de Quebec, les respondieron que lo podían hacer, sin gravar por ello su conciencia.

En realidad, en medio de esa sociedad, se provocó una cierta reacción en contra de la expedición misionera, que las Hermanas de la Providencia preparaban para enviar a Oregón. Las razones que se esgrimían eran varias: La más fuerte era la gran necesidad de religiosas que existía en diversas ciudades y pueblos del Canadá, por lo cual resultaba un contrasentido el que un grupo de misioneras saliera hacia otro país. La otra razón en contra, se fundaba que el contingente estaba integrado por mujeres, las cuales irían a la región del oeste de los Estados Unidos, zona de aventureros y hombres de mal vivir. Finalmente, resultaba de todo punto de vista imprudente enviar en la expedición a dos jovencitas que recién habían concluido su noviciado, ya que el trabajo pastoral que les esperaba era rudo y difícil, apropiado para misioneros experimentados.

A los pocos días, del envío de la carta de Sor Bernarda a sus padres, desembarcó en el Puerto de Sorel, su madre acompañada de una tía. El barco había fondeado a las 2 a.m. y luego de hacer una espera, fue a golpear, a las 4:30 AM, en la Escuela-Asilo de la Providencia. Desde su cama, Sor Bernarda escuchó la voz de su madre. Rápidamente se vistió y bajó a recibirla, mientras rogaba a Dios le diera fortaleza, porque se sentía muy electrizada. Después de los saludos afectuosos, propios del encuentro de madre e hija, pasaron a escuchar la Santa Misa.

La entrega sin retorno

Luego de haberse servido algo de comer y de saber que la superiora había dispensado de sus tareas a Sor Bernarda, a fin de que dispusiera de todo el tiempo para atender a sus visitas, buscaron un lugar para dialogar a solas. Sor Bernarda pregunta a su mamá qué le había parecido su nominación para la Misión de Oregón. La Sra. María, su madre, le señala que precisamente de ese tema es el que quiere hablar, ya que su planteamiento ha sido asumido en conjunto con su padre, Don. Santiago. En pocas palabras le comunica que le rehusan el permiso para profesar, ya que no tiene la edad suficiente para decidir por si sola y mucho menos le concederán el permiso para ir a Oregón.

La reacción de Sor Bernarda fue romper en un torrente de lágrimas y abrazarla. Entre sollozos la interpela por qué ha querido imponerle una cruz tan pesada, aumentando, así, la aflicción de no haber profesado con sus compañeras.

La Sra. María, al saber esta noticia, se siente ofendida y declara estar aún más sentida por el hecho que la hayan despreciado, lo que le proporciona otra razón para llevarla de regreso a casa.

Sor Bernarda busca, entonces, argumentos para calmarla diciéndole que las otras religiosas lo han hecho en invierno, época en que los caminos, entre Sorel y Montreal, eran difíciles. Además, ni ella ni su Padre habrían podido asistir. Ahora en verano era el momento, también para que reconsideraran la resolución que habían tomado.

Su madre la interrumpe: "No necesitamos de tus sermones. Lo hemos consultado y pensado muy despacio."[161]

Sor Bernarda se retira un poco de ella y guarda silencio. En esa atmósfera llena de tensión, la Sra. María comienza a enternecerse. Es el momento en que Sor Bernarda expone su argumento:

"No se acuerda mamá, le dije, que cuando le pedí permiso[162] para ser religiosa, le pedí que cediera a Nuestro Señor todos los derechos que sobre mí tenían, que ya que habían dado dos de sus hijas a los hombres, muy justo era dar una a Nuestro Señor que se la pedía – que en esto Dios le hacía un honor".

"Así pienso todavía, respondió".

"Ahora bien si mi cuñado, el Sr. Lemieuse, quisiera ir a Europa y llevar su mujer con él, qué haría Ud.? ¿Qué tendría que hacer sino conformarse. ¿Por qué, entonces, hacer con Nuestro Señor, lo que no haría con un hombre".

---

[161] Morin «Memorias», II, 108.
[162] En original falta : permiso.

IV.- Peregrina de Dios

Después de un momento de lágrimas de uno y otra parte, Sor Bernarda, escribe: "me dijo mi mamá: comprenda hija que sólo es para tu bien".[163]

La Sra. María se planteaba varias alternativas, esto es, qué haría si en lejanía no era feliz en su estado; tendrá superiores desconocidos; deberá afrontar peligros en los viajes y muchas otras cosas. A lo que Sor Bernarda le replica con un argumento de fe en la divina Providencia que es radical:

"Mamá – le dije- el que obra por obediencia no teme ninguna de estas cosas. Sabe que Dios hace milagros en favor de los que esperan sólo en él. Si no fuera por la voluntad de Dios o si Dios no estuviera en todas partes les hallaría razón, pero como Uds., me lo han enseñado Dios está en todas partes".

A la insinuación de su madre que sólo una vez que se haya ido la expedición a Oregón, le darán licencia para profesar, Bernarda replica:

"Si lo hacen así entiendan desde ahora que me harán desgraciada por toda mi vida. Siempre quedaré con el pesar de no haber podido seguir una vocación divina a la cual bien puede estar[164] unida mi salvación por la ternura mal dirigida de mis padres, hasta me sería vergonzoso."[165]

La tía, que al principio estaba plenamente de acuerdo con las razones de la Sra. María, al calor del diálogo se convierte y se pone a favor de Sor Bernarda.

Luego de un largo tiempo, la madre de Sor Bernarda concluye: ya que tú eres tan firme – vaya con la bendición de Dios y de tus padres. Nosotros no queremos sino tu bien y tu contento."[166]

El momento ciertamente es de una gran densidad de cariño y de fe, Madre e hija están atentas a la voz de Dios, sea para cumplir el deber de madre, sea para seguir el llamado de Dios. Al concluir el discernimiento, que ciertamente les costó lágrimas se dirigen a Dios:

"Dimos juntas gracias al Señor, pero confieso que esta ha sido una de las ocasiones en que mi corazón ha sufrido."[167]

---

[163] Morin, «Memorias» ibid.
[164]Morin, «Memorias» Original : ser.
[165] Morin «Memorias»II, 109.
[166] Morin, «Memorias» ibid
[167] Morin, «Memorias» II, 110.

La entrega sin retorno

La preparación de su profesión religiosa le exigió viajar a Montreal, donde aprovechó para entrevistarse con el Sr. Obispo y de cuyos encuentros salió muy consolada.

Incluso el Sr. Obispo le dio permiso para emitir el voto de: hacer en todo lo más perfecto. En preparación directa ya a la Profesión realizó los Ejercicios Espirituales, esto es, diez días de acuerdo al método de San Ignacio, los cuales fueron guiados por el Pbro. Alejo Federico _Truteau. En este período, surgen nuevamente las perplejidades de conciencia, las dudas y las vacilaciones, lo que le significa ratificar su abandono en las manos de Dios y pedirle directamente a Él realice la obra de su perfección espiritual, para lo cual hace una entrega total de su cuerpo y de su alma.

El día 22 de Agosto es, finalmente, la fecha en que realiza su Profesión religiosa, en la capilla de la Parroquia de Sorel, rodeada de las alumnas y feligreses.

Con breves palabras ella condensa todo lo que le significó llegar a ser aceptada en la Congregación, las dudas y los temores que tantas veces la angustian pensando que no querían admitirla y que en cualquier momento la despedirían, ahora se transforman en felicidad, ya que ve realizado su sueño, por eso escribe:

"El día de mi profesión fue un día de paz y de alegría muy grande para mi. El cielo se despejó y Nuestro Señor me hizo sentir la dulzura de su amistad.[168]

La novicia, Bernarda Morin, ha realizado su profesión en la Congregación de las Hermanas de la Providencia, pero su opción no es para quedarse en Canadá, sino para ser misionera, ya que su característica de siempre ha sido buscar a Dios, ser peregrina de Dios.

==========

[168] Ibid. Chroniques de la Providence St.Pierre Sorel – 1850 – 1858, pp. 8-9

V.- Hacia una misión desconocida

La entrega sin retorno

El período de preparación que tuvieron las cinco Hermanas misioneras se extendió hasta el 18 de Agosto de 1852. Este lapso de tiempo, junto con los preparativos relacionados con la adquisición de maletas y equipaje, sirvió para escoger a los nuevos integrantes de la expedición. Desde luego, el Sr. Obispo, Mons. Bourget, Obispo de Montreal, había prometido a Mons. Blanchet, obispo de Nesqualy (Oregón) designar un capellán que acompañara a las Hermanas. Luego de reflexionar eligió como sacerdote de confianza al Pbro. Gedeón Huberdault. A efecto de proceder de consenso con el Consejo General de las Hermanas de la Providencia, se convocó a una reunión formal donde presentó su candidato, que de inmediato fue aceptado, ya que el Pbro. Huberdault anteriormente se había desempeñado, por el espacio de un año y medio, como confesor de la comunidad y se había hecho acreedor de una gran estima.

Completando la selección de los integrantes de la expedición misionera, se aceptó, en calidad de servidores de la nueva Comunidad, a Juan Campagnat, conocido por todos por ser uno de los empleados que atendía la casa episcopal de Mons. Bourget y la joven Eloísa Trudeau, quien se ofreció a integrar la expedición misionera con la esperanza de poder llegar algún día a ser religiosa.

El Sr. Obispo, Mons. Bourget debió viajar un día antes que fuera la despedida de las misioneras, ya que debía participar en el Concilio Provincial de los Obispos del Canadá, el cual se celebraba en Quebec. Preocupado de dar las últimas orientaciones a las Hermanas misioneras, las acompañó celebrando especialmente para ellas la Santa Misa y estando con ellas en diversos momentos de oración.

Sor Bernarda manifiesta una gran confianza con el Sr. Obispo, al que cariñosamente da el apelativo de "Fundador". Se refiere a su última confesión con él y se lamenta por cuanto, al alejarse, se acabarán los días felices en que ella podía darle a conocer los secretos de su corazón. Por otra parte, añade:

"Confieso que la separación del señor Obispo de Montreal me costó más que todas, porque yo le tenía tanta confianza que pensar y decirle una cosa era lo mismo para mí y tenía una gran facilidad para cumplir todo lo que su señoría me encargaba".[169]

Con cariño anota los últimos consejos que Mons. Bourget dio a las misioneras al despedirse:

1. - Nuestro primer equipaje debía ser una confianza ilimitada en la Divina Providencia y en la Stma. Virgen de los Dolores, por cuanto esa misión respondía a los designios de Dios.

[169] Morin, «Memorias», III, 112.

V.- Hacia una misión desconocida

2. - Nos recomendó la unión y la caridad fraterna entre las Hermanas.
3. - Que todos los días, a la hora de la postración (tres de la tarde) debíamos unirnos en oración al Sr. Obispo, que se encontraría con nosotras sobre el calvario, para asociar así todos nuestros trabajos y sacrificios a la pasión y muerte del Señor.[170]

Como un dato anecdótico, Sor Bernarda refiere que en ese mismo día, domingo 17 de Octubre, se encontraba en medio de un grupo de religiosas mirando el mapa para ubicar no solo el trayecto que iban a realizar, sino también la ciudad de Olimpia, adonde se iban a establecer. "Antes de abandonar el mapa, miró el Vicario General, Pbro.[171] Truteau con atención todo el continente de América y, como para distraernos, dijo: "Aquí está Chile: ¿no quiere Ud. Sor Bernarda ir a Chile?. No, Señor, contesté; no deseo ir más lejos de lo que me pide la obediencia". Luego agrega: "Muy distante estaba entonces de pensar que Chile sería el campo de mis labores y a la vez mi segunda patria".[172]

La ceremonia de despedida se realizó de acuerdo al reglamento, que a este respecto, había redactado el Sr. Obispo, Mons. Bourget, esto es: estando reunidas todas las Hermanas en la sala de la Comunidad y luego de recitar la oración Stabat Mater, cada una de las misioneras leyó el texto por lo cual se comprometía, bajo juramento, a amar siempre esa Comunidad como su madre y a observar fielmente las santas reglas. Luego, cada cual pidió perdón a la comunidad por los malos ejemplos que había dado. A continuación todas las presentes besaron los pies a cada una de las misioneras, diciendo: "Que hermosos son los pies de las que van a llevar la paz y todos los bienes espirituales a las naciones sentadas en las sombras de la muerte". Finalmente, todas de pie recitaron el Magnificat.

Toda esta ceremonia se realizó dentro de un clima muy emotivo y la mayoría lloró "hasta agotar nuestras fuerzas"[173]. Antes de ir a acostarse, las misioneras rodearon, llenas de emoción y cariño, a la Madre Superiora Sor Emilia Carón. Una última vez recitaron algunas oraciones en el Coro de la Capilla, que tantos recuerdos les traía y, finalmente, se fueron a descansar.

A las dos de la madrugada se levantaron y se vistieron con los trajes de seglares que les tenían preparados para el viaje. Sor Bernarda vistió un traje verde oscuro con negro, además, sombrero, velo y guantes. Se dieron aún tiempo para participar en la celebración de dos santas misas y recibir la sagrada comunión. Luego de tomar un poco de alimento, con mucha emoción subieron a los carruajes que las condujeron a la estación del tren, desde donde emprendieron el viaje hasta Nueva York.

---

[170]Morin, « Historia.» 1, 10

[171] En « Historia» y en las « Memorias », Sor Bernarda Morin da a los sacerdotes el título de « señor », en esta Biografía se ha cambiado por el de : Pbro.

[172] Morin, «Historia»., 1, 13

[173] Morin, «Historia 1, 15

La entrega sin retorno

Varios amigos de la comunidad, las acompañaron hasta el límite entre Canadá y los EE.UU. La Madre Superiora, Sor Teresa de Jesús Tetu y el Vicario General Don Alejo Federico Truteau continuaron el viaje con ellas hasta Nueva York.

Llegadas a la ciudad de Nueva York, se instalaron en un Hotel, donde tuvieron la alegría de recibir como visitas al Sr. Arzobispo, a una delegación de los padres jesuitas y el desterrado Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Mons. Manuel José Mosquera.

El miércoles 20, después de almorzar subieron al vapor "Estrella del Oeste". A la hora de la despedida, el Vicario Mons. Truteau les dio la bendición y la Madre Emilia Carón, acompañada de Sor Teresa de Jesús las abrazó con cariño maternal. El estampido de un cañón anunció la partida del vapor, eran las 15 horas del 20 de Octubre de 1852. Las Hermanas hicieron una breve oración y la nueva Superiora, Hna. Larocque, las animó con una frase que decía mucho: "Ahora ¡valor!.

Los cuatro primeros días de navegación fueron para las misioneras de horribles mareos por lo que debieron quedar en sus camarotes. Al acercarse al Ecuador, debido al calor, tuvieron que subir a cubierta.

Sor Bernarda destaca el fuerte liderazgo que en todo momento desempeñaba el Pbro. Huberdault, ante la Comunidad de misioneras y la preocupación permanente que tenía para cuidarlas y solucionarles los problemas.

El 29 de Agosto llegaron a la desembocadura del Río San Juan y allí debieron abordar unas pequeñas lanchas, movidas a vapor, que las llevaron hasta la altura del lago Nicaragua. Esa parte del viaje fue sumamente incómoda por lo pequeño de las embarcaciones y porque los pasajeros iban apiñados. A eso se agregaba la dificultad de la travesía y la falta de comida y agua. La Compañía San Juan, dueña de esos pequeños vapores, se encargaba del transporte de los pasajeros, pero en todo ese trayecto no ofrecía absolutamente nada de alimento.

Dejando atrás el río San Juan, con su vegetación tropical y sus cocodrilos, las Hermanas misioneras, junto con el resto de los pasajeros, debieron caminar un trecho hasta llegar al Lago Nicaragua, donde los esperaba vapores más cómodos. El 1º de Noviembre llegaron a Bahía Virgen, donde pudieron comer algo que consiguieron en un restaurante al aire libre. Desde allí había que continuar el viaje a lomo de mula.

La descripción tanto del desembarco, como de las condiciones de la ruta por la que debían transitar, indica lo primitivo que era viajar por esa vía: sendas sumamente

V.- Hacia una misión desconocida

estrechas y al borde de precipicios de una profundidad incalculable. Las mulas, sobre las cuales iban montadas las Hermanas, debían avanzar por pantanos en los que resultaba difícil la marcha. Uno de los animales se hundió sin poder salir. Se buscó solucionar el problema y uno de los criados debió continuar a pie. Varias veces las religiosas cayeron de sus mulas al barro, en medio de una noche donde era imposible ver hacia dónde los llevaba la ruta.

Después de una serie de dificultades, llegaron a una cabaña que ya estaba ocupada por pasajeros que también recorrían esa ruta. Debieron continuar caminando, hasta llegar a otra cabaña, donde, finalmente, encontraron acogida. Allí se les ofreció seis hamacas, café puro, coñac y queso. Luego de hacer oración y agotadas de cansancio, fueron a dormir en medio de los pasajeros, que también pasaban allí la noche: hombres tendidos en el suelo, recostados sobre las vigas, todos semi desnudos. Una de las Hermanas quedó de centinela para cuidar a las demás. El alojamiento, si bien muy primitivo, era sumamente caro, ya que en esa zona todo estaba tasado en oro.

Apenas aclaró el día, continuaron el viaje, en las mismas condiciones que el día anterior. A eso de las diez de la mañana, del día 2 de Noviembre, llegaron, finalmente al Puerto de Pineda, pequeño poblado a orillas del Pacífico. Al menos, allí encontraron algo para comer: pan, carne y sal. En esa pequeña caleta debían conectarse con el vapor que las llevaría a San Francisco de California. Luego de buscar donde albergarse, consiguieron en un hotel un cuartito en que podían estar a solas, pero dicho cuarto no tenía puertas, por lo que el P. Huberdault y los criados debieron instalarse a la entrada. El Hotel estaba repleto de gente. Como dato manifiesta las condiciones de peligros existentes, refiere que un señor les pidió, por favor, aceptaran que su señora y sus hijos durmieran en la pequeña pieza con ellas, mientras él, revolver en mano quedó en la puerta. Hacía un calor insoportable, la mayoría de los pasajeros estaban ebrios y todo inspiraba temor. De tanto en tanto, dentro de ese clima tropical, caían algunos chubascos que momentáneamente refrescaban el aire.

Ya de día, recibieron la visita del Gobernador de ese pequeño Puerto, que las atendió como distinguidas “americanas”, ignorando que eran religiosas. Ellas, a su vez, le devolvieron esa atención, yendo a saludarlo a su casa. Un detalle las delató, ya que al ver en el salón de la casa una imagen de San José, se emocionaron hasta el punto de llenárseles los ojos de lágrimas, ante la sorpresa de los dueños de casa debieron dar explicación.

Estando en este puerto de Pineda se percataron de la pérdida de dos de sus maletas. Ante lo cual debieron presentar un reclamo ante uno de los representantes de la Compañía de Vapores San Juan, el cual se comprometió a buscarlas y devolvérselas, cosa que sucedió tiempo después cuando la Comunidad había regresado de Oregón a San Francisco.

La entrega sin retorno

El 3 de Noviembre tomaron el vapor “Pacífico” con el que viajaron hacia San francisco de California. El Sr. Gobernador de Pineda, de cuya gentileza habían ya gozado, les puso a su disposición una lancha para que abordaran el vapor. Sin embargo, la dificultad se produjo al querer sortear la distancia entre las oficinas del puerto y la lancha, ya que al momento de embarcar se produjo una lluvia torrencial, por lo que las Hermanas fueron llevadas hasta la lancha sobre los hombros desnudos de obreros portuarios.

Una vez a bordo se encontraron con la cruda realidad: el barco estaba repleto de pasajeros. La casi totalidad de los que viajaban era gente ordinaria y bulliciosa. A ello había que agregar otra calamidad: el buque estaba plagado de cucarachas. Con la Carta de recomendación que les había dado el Capitán del vapor “Estrella del Oeste”, lograron que se les asignara dos pequeños camarotes y, así, realizaron la travesía de ese tramo en mejores condiciones. Luego de navegar 14 días por una ruta caracterizada por el calor intenso, que dominaba en esa zona, lograron llegar a San Francisco de California, el 17 de Noviembre, a las once de la noche, por lo que todos los pasajeros tuvieron que pernoctar a bordo.

La parte más difícil y peligrosa del viaje había pasado. Por una parte, admira la serie de dificultades a las que debieron enfrentarse y que ella después narraron en sus crónicas, pero sorprende mucho más el que no existiera previamente ninguna toma de contactos para programar el viaje y lo que es peor, no existió ninguna preparación de tipo sicóloga, ni médica, ni de ninguna especie. Además, no se previó ninguna medicina, para enfrentar las múltiples enfermedades palúdicas, fiebres convulsivas intermitentes que se contraen por la picadura de los mosquitos de esa región. Pasado el peligro y el pánico, las Hermanas tuvieron ocasión de conversar, en San Francisco, con las Religiosas de la Caridad y por ellas se enteraron del costo que habían tenido que pagar, esto es, la muerte de una de las hermanas y, el contagio de varias otras con fiebres, cuyos ataques se prolongaban en el tiempo.

A la mañana siguiente el Pbro. Huberdault, en su calidad de capellán, se dirigió a saludar al Sr. Arzobispo, Mons. José Sadoc Alemany, quien lo acogió de inmediato en su casa y dispuso que las Misioneras fueran albergadas en la Casa de las Hermanas de la Caridad. Dichas religiosa hacía sólo un mes y medio que habían llegado a San Francisco y si bien vivían en medio de una gran pobreza, no presentaron obstáculo para acogerlas y compartir con ellas, todo lo que tenían. Las misioneras de la Providencia debieron dormir en el suelo, pero, sin embargo, en la residencia de esa Comunidad religiosa se sintieron confortadas al poder disponer de una capilla, donde hacer oración y participar de la Santa Eucaristía. Así mismo, desde esta ciudad, pudieron dirigir su primera carta, a Montreal, a la Madre Superiora.

V.- Hacia una misión desconocida

El Sr. Arzobispo, Mons. Alemany, de inmediato fue en persona a visitar a las Hermanas y junto con consolarlas de todas las peripecias sufridas, les advirtió que era mejor que se quedaran en la arquidiócesis de San Francisco, por cuanto en la región de Oregón se había producido un gran despoblamiento, como consecuencia de la gran emigración de sus habitantes hacia la zona de California, en búsqueda de oro. Las Misioneras le agradecieron su preocupación por su suerte y le hicieron ver que debían cumplir con la misión que se les había encomendado.

El 19 de Noviembre continuaron el viaje, ahora en un vapor cómodo y bien servido. Superada la dificultad que se presenta a la entrada del río Columbia, lo remontaron hasta la ciudad de Portland. Allí fondearon, en las primeras horas del 1º de Diciembre. De inmediato tomaron el vapor "Aguila", más chico, con el que remontaron el río, hasta llegar, ese mismo día, a la ciudad de Oregón-City.

Fueron acogidas por el Sr. Arzobispo Mons. Francisco Norberto Blanchet, quien se manifestó extrañado que hubieran viajado dos días más al norte del lugar donde iban destinadas. El Arzobispo vivía pobremente, tenía como estipendio apenas lo que le enviaba la Asociación de Propagación de la Fe, de Lyon.

Las Misioneras de la Providencia fueron acogidas por las religiosas de Nuestra Señora de Namur. Allí encontraron piezas cómodas, con buenas camas y, además, estufas, ya que era invierno. Para poder alimentarse estas religiosas habían tenido que dedicarse a cultivar la tierra, a la crianza de animales y al trabajo de la huerta. Habían sufrido en carne propia el despoblamiento que sufría la ciudad de Oregón y habían tenido que cambiar lugar de residencia por tres veces consecutivas.

En realidad, la ciudad de Oregón estaba deshabitada, en toda la diócesis quedaba sólo un sacerdote, que residía en la ciudad de Portland. Junto con la gran emigración producto de la fiebre del oro de California, los sacerdotes habían tenido que buscar diócesis donde poder subsistir.

En la Diócesis de Nesqualy, donde debían ir las Misioneras, se había producido una verdadera tragedia, por cuanto muchos misioneros al quedar sin feligreses y al querer emigrar hacia otros lugares se habían encontrado con la negativa del Sr. Obispo, lo que había suscitado una terrible crisis en las relaciones entre esos sacerdotes y el Sr. Obispo.[174] En ese momento, en toda la diócesis quedaba sólo el Obispo, Mons. Maglioro Blanchet y su Vicario General, Mons. Brouillet.

---

[174] Vicuña Mackenna, Benjamín. « La Odisea de la Elena en 1853 ». El Mercurio de Valparaíso, 25–X–1882.

La entrega sin retorno

El Vicario de la diócesis, Mons. Brouillet vino a visitarlas y a informarles que el Sr. Obispo no se encontraba, pues estaba de viaje por México. Por lo demás, les confirmó las tristes noticias referentes a la situación e incluso les informó que no tenían aún casa donde instalarse. El Obispo había dado la orden que se les edificase una casa, pero no había enviado dinero, además, el lugar indicado para la construcción era un sitio que había quedado en medio de un desierto, sin población. Finalmente, era tan grave la situación en la ciudad de Nesqualy, que el Sr. Obispo y el Vicario no vivían dentro de la diócesis, sino en el Fuerte Inglés de Vancouver.

Ante esta situación el Pbro. Huberdault y Mons. Brouillet escriben a Mons. Bourget, señalándole todos los contratiempos y la triste realidad que enfrentan. A su vez, la Comunidad apeló con fe a la oración. En esos días, se produjeron fuertes temporales y lluvias torrenciales que provocaron grandes inundaciones en la zona de Oregón. La Comunidad de la Providencia sentía, a diario, ser una carga para las religiosas de Nuestra Señora, en cuya Casa se albergaban. Por lo demás, estas religiosas también habían decidido emigrar a California y estaban prontas a partir.

En los primeros días de enero regresó el Sr. Obispo de Nesqualy, Mons. Maglioro Blanchet. De inmediato una representación de la Comunidad de Misioneras fue a dialogar con el Obispo, el cual junto con reconocer el pésimo diagnóstico de la situación, no sólo estaba de acuerdo que le era imposible sostenerlas, sino que incluso aceptó que volvieran a California, mientras la situación mejoraba.

Sor Bernarda anota lo siguiente: "Sea por olvido, sea porque no se creyó necesario, no pidieron al Illmo. Señor Obispo de Nesqualy diera por escrito su consentimiento para que volviéramos a California, y esto fue después motivo de prueba muy dura para nosotras".[175]

La Comunidad de Misioneras de la Providencia, sin esperar las indicaciones que pudieran enviarles desde Montreal, deciden dejar Oregón, después de dos meses de estadía, y viajar a California. A pesar de todos los sufrimientos y peligros padecidos para llegar al destino señalado por la obediencia, las Hermanas y su capellán deciden que la única solución era buscar refugio en la Arquidiócesis de San Francisco.

El 1º de Febrero de 1853 emprenden el regreso a California y el 6 de Febrero llegan al puerto de San Francisco. Allí, solicitaron nuevamente poder alojarse en Casa de las Hermanas de la Caridad, las cuales, no teniendo otro espacio les asignaron una pequeña pieza en el entretecho de la casa.

---

[175]Morin, « Historia» o. c., 1, 37.

V.- Hacia una misión desconocida

Sin embargo, contrariamente a lo que pensaban, el hecho que la comunidad no se hubiera quedado e instalado en su lugar de destino, despertó sospechas en el Sr. Arzobispo Mons. Alemany. Cuando el Pbro. Huberdault se presentó ante él, para solicitarle lo autorizara para ejercer el ministerio sacerdotal, se mostró muy reservado y le manifestó que no podía autorizarlo hasta tanto no presentara la carta por la que el Obispo de Nesqualy autorizaba su salida de esa diócesis. Igualmente, no nombraría confesor para las Hermanas de la Providencia hasta obtener informe sobre lo acontecido en Oregón.

El cuestionamiento planteado por el Sr. Arzobispo hirió íntimamente a las Hermanas y al Pbro. Huberdault. Súbitamente se despertaron ante una realidad que las sacude por cuanto su decisión no aparece avalada ni por el Obispo de Nesqualy, ni por sus superiores de Montreal.

Sor Bernarda escribe: "El vernos de esta manera castigadas, como desertoras, fue para nosotras un dolor muy grande. Con esto principió un género de sufrimientos muy superior a los experimentados hasta entonces. Sufrir por cumplir la voluntad de Dios expresada por nuestros Superiores, tenía cierto encanto que nos daba valor; pero sufrir como culpables, envolvía un desconsuelo profundo…"[176]

Por otra parte, al prolongarse la estadía en la Casa de las Hermanas de la Caridad se hacía difícil ante la pobreza que reinaba en esa Casa religiosa, por lo que las Hermanas se sentían ser un peso al consumir el escaso alimento de que disponían. Por lo demás, la pieza era sumamente calurosa, infectada de pulgas y carecían de camas. La ciudad entera era un peligro, ya que era un centro donde convergían hombres a los que sólo los movía la búsqueda del oro y de los placeres. Los cincuenta días que permanecieron en San Francisco se hicieron eternos.

Al interior mismo de la Comunidad misionera se iba haciendo evidente el liderazgo que ejercía el Pbro. Huberdault. Sor Bernarda percibe perfectamente este dominio que el sacerdote ejerce sobre la Madre Superiora:

"Nuestra Madre al contrario era una mujer en extremo tímida, débil, algo susceptible y muy demasiado sensible. Una mirada, una palabra inconsiderada, cualquiera cosita nuestra la afligía. Por otra parte, el Pbro. Huberlautl apenas nos dejaba respirar y nosotras sin mucha abnegación, sin virtud – de manera que se veían reunidos en sólo seis personas los elementos poderoso de la discordia. Casi no pasaba día sin que hubiese alguna cosa mal entendida - unido esto a las incomodidades de estar en casas ajenas, de mendigar nuestro pan[177], que algunas veces nos venía escaso".

---

[176]Morin, « Historia »., o.c;1, 39.
[177] Morin, «Memorias» III, 113, o.c; en original : tachado : « de carecer durante ».

La entrega sin retorno

En los últimos cuarenta días que pasamos en San Francisco de California, creo que ninguna de nosotras pudo tomar, durante este tiempo, el suficiente alimento para no sufrir. El sentimiento de las dificultades que ocasionaron nuestra vuelta de Oregón, la incertidumbre si los Superiores aprobarían o no lo hecho, todo esto, componía el alimento de amarguras que nos sustentaba. Casi ociosas, era de desesperarse algunas veces".[178]

El sacerdote Francisco Rock se constituyó en el buen samaritano, en esos momentos críticos, llevó a su casa al Pbro. Huberdault, que estaba cuestionado por el Sr. Arzobispo y le ofreció toda la ayuda que estuviera a su alcance.

A su vez, el Sr. Arzobispo, considerando la situación y la necesidad espiritual de las Hermanas Misioneras, les envió como confesor al Pbro. Antonio Langlois, el cual luego de someterlas a un pequeño examen, no solamente las confesó, sino, incluso, las consoló.

Entretanto, el Sr. Arzobispo, con fecha 9 de Febrero, escribió una carta al Obispo de Nesqually, en la cual le informa de la actitud que ha debido asumir frente al grupo misionero, ya que no traían ninguna carta autorizada, que diera razón o explicara el cambio en su intencionalidad misionera. [179] La respuesta del Sr. Obispo de Nesqualy, Mons. Blanchet, del 16 de Febrero, junto con explicar lo sucedido, aclara un punto, respecto al rol de jefe absoluto que jugaba el Pbro. Huberdault, dentro de la comunidad de las Hermanas.

Escribe el Obispo:

"La conducta que ha tenido el Sr. Huberdault al venir ante mi con la Superiora y otra Hermana, para decirme con toda sencillez en su presencia que ellas no podían quedarse en mi diócesis, me ha hecho creer que él habría recibido tal vez de Montreal algunas instrucciones secretas que lo dejaban enteramente independiente. Por eso es que yo no he creído deber escribir a Montreal."

"Las Hermanas no habrían estado aquí en un gran campo de acción, pero, a lo menos habrían hecho mucho bien, aunque disienta el Pbro. Huberdault, y yo siento que no les hayan aconsejado hacer por lo menos un ensayo".

Luego concluye dando el consentimiento para que el Sr. Arzobispo las emplee donde le parezca bien: "Yo le permito emplearlas donde bien le parezca, en las obras de su Instituto y el Instituto mismo".[180]

---

[178] Morin, «Memorias» III, 112., o.c.
[179]« Les Sœurs de la Providence au Chili », 83.
[180] «Les Sœurs de la Providence au Chili »o..c., 84.

V.- Hacia una misión desconocida

El 25 de Febrero, el Sr. Arzobispo fue a visitar a la comunidad de las Misioneras y, al mismo tiempo, que les trae las buenas noticias recibidas, Mons. Alemany, les adelanta de inmediato una propuesta: debido a las dificultades que significaba el establecimiento de una nueva Congregación en su Arquidiócesis, les aconseja que se unan a las Hermanas de la Caridad y formen un sólo Instituto religioso. Ante la firme negativa de las Hermanas de la Providencia, el Sr. Arzobispo se sintió contrariado, pero luego les ofreció ir a establecerse en la ciudad de Sacramento, dónde deberían dedicarse a la educación.

Se produjo un intervalo de mucha ansiedad e incertidumbre: "Unas densas tinieblas cubrían nuestra senda y no nos era dado comprender lo que la Divina Providencia quería de nosotras, ni lo que convenía hacer".[181] En medio de este suspenso lograron, finalmente, recuperar las dos maletas perdidas, donde iban los hábitos religiosos y el libro de las Santas Reglas. Por mientras los hábitos de religiosas hubo que mantenerlos dentro de las maletas, a la espera de definir dónde ir.

En medio de esta situación Sor Bernarda escribe:

"A esto que yo alcanzaba a comprender, creo que se unían muchas otras circunstancias aún de mayor peso, que yo ignoraba, las que indujeron a los Superiores a tomar la resolución de volver al Canadá, resolución que fue saludada con mucha alegría"[182]

La decisión de regresar a Canadá se enfrentó de inmediato a una serie de dificultades concretas. El vapor que se esperaba para viajar por el istmo de Panamá llegó contagiado con la fiebre amarilla. Todos los pasajeros llegaron enfermos y muchos habían muerto a bordo.

Con verdadera angustia, las Misioneras debieron prolongar su estadía entre las Hermanas de la Caridad. Tuvieron una experiencia de lo que significan las humillaciones propias de la mendicidad. Las personas que ayudaban a las Hermanas de la Caridad, en esa casa destinada para niñas pobres, hacen ver que la presencia de esas extranjeras, junto con provocarles muchos gatos, retarda el ingreso de las alumnas internas. La situación se hacía insostenible, había que buscar un medio de transporte para regresar pronto.

Ante esta emergencia, los dos sacerdotes Pbro. Huberdault y Pbro. Rock se encargaron de estar al tanto de todo lo referente al movimiento de barcos. Es así como conocieron a Don Domingo Espinosa Gándara, quien con otros jóvenes chilenos estaban en San Francisco. Así mismo, tuvieron noticia de un pequeño buque chileno, a vela, por nombre "Elena", que pronto saldría con rumbo hacia Valparaíso. Pertenecía al comerciante chileno Don Francisco Alvarez y su capitán, que era ciudadano francés, estaba recomendado por el Cónsul de Francia, en San Francisco.

---

[181] Morin, «Historia» 1, 40.
[182] Morin, «Historia» 1, 42. o.c.

La entrega sin retorno

El Pbro. Rock, que conocía Valparaíso, les aconsejó y animó a que viajaran en el "Elena", pues estando en ese puerto de Chile les sería muy fácil tomar un buen barco que navegara hacia Canadá, doblando el Cabo de Hornos. Realizar el viaje de retorno por el extremo austral del continente presentaba una gran ventaja, esto es, se librarían de volver a recorrer la terrible ruta por la que habían venido y, además, quedaban al seguro de contagiarse con el cólera o alguna de las fiebres tropicales. Parecía que esa era la voluntad de Dios y, después de hacer mucha oración, optaron por esa ruta e iniciaron los preparativos.

El viaje de las Misioneras de la Providencia, desde San Francisco a Valparaíso, en un barco chileno coincidía con la época en que la exportación de trigo y harina había llegado a ser uno de los productos que la agricultura chilena podía ofrecer, dentro del mercado del Pacífico, a las fuertes demandas que estaba haciendo el creciente aumento de población en California. A partir de 1848, se incrementó notablemente la navegación entre ambos puertos, ya que la exportación de trigo era un negocio seguro para los agricultores chilenos, cuya cúspide quedaría marcada en 1850 con 277,000 qqm de trigo y 221,000 qqm de harina. La intensidad de este tráfico comercial mantenía su pleno vigor en 1853, lo que permitía que continuamente viajaran buques entre San Francisco y Valparaíso. Este último puerto se había convertido en uno de los grandes centros comerciales del Pacífico y Chile había desarrollado una flota mercantil que alcanzaba a 218 buque de carga.[183]

El Pbro. Francisco Rock, se constituyó en el hombre que la Divina Providencia puso en ese momento preciso para aconsejar el seguir una ruta que prácticamente las alejaba hacia el sur, pero que en definitiva marcaba el verdadero rumbo hacia la Misión desconocida que la Providencia les tenía señalada. El Pbro. Rock era un misionero que, después de haber trabajado varios años en la Arquidiócesis de San Francisco, había obtenido licencia del Sr. Arzobispo para ir a otra diócesis a prestar su colaboración. En consecuencia, había renunciado a su cargo de director del Colegio Católico, que existía en la Misión de Dolores.

Precisamente, había coincidido su decisión con la llegada de la Expedición de las Misioneras de la Providencia y casualmente había tomado contacto con el Pbro. Huberdault. Después de un tiempo de prestarles ayuda y buscar solucionarles la situación en la que se encontraban había decidido integrarse a la expedición y viajar con las Hermanas en el trayecto hacia Valparaíso. Por lo demás, con gran generosidad se encargó de comprarles camas y todo lo necesario para el viaje.

---

[183] Villalobos Sergio y otros. « Historia de Chile. Silva V. Fernando. « La Organización Nacional », III, 489.

V.- Hacia una misión desconocida

La partida del "Elena" estaba fijada para el sábado 26 de marzo, pero se produjo un atraso en la salida del barco, que angustió mucho a las Misioneras por no saber qué sucedía y, por otra parte, dicho retardo congestionaba terriblemente las actividades de la Casa de las Hermanas de la Caridad, que esperaban se fueran las Misioneras de la Providencia para instalar en ese lugar a sus educandas pensionistas.

Finalmente, el Domingo de Pascua, esto es, el 27 de marzo de 1853, luego de participar en el Santo Sacrificio de la Misa y recibir la Eucaristía, las misioneras de la Providencia se despidieron con gratitud y cariño de las Hermanas de la Caridad, que tan generosamente las habían acogido durante su doble paso y estadía por San Francisco.

Embarcadas ya en el barco "Elena" se les asignó un pequeño camarote. Allí debieron esperar dos días, que hubiera viento favorable antes de hacerse a la vela. Se les aconsejó no subir a cubierta, porque era prudente que no se supiese que había mujeres a bordo. Incluso se les puso un guardia hasta que la nave saliera del puerto.

El barco chileno en que viajaban, correspondía a un pequeño velero de ciento ochenta toneladas, ya gastado por los sucesivos viajes y que transportaba un cargamento de azúcar a Valparaíso. Para ubicarnos mejor en qué escenario se van a desenvolver los hechos que sucederán a lo largo de la travesía, he aquí una descripción:

"Sobre el puente superior, se había levantado una cámara provisoria para el segundo comandante. A algunos pies del palo de mesana, una abertura con vidrio, cubierta con una rejilla y llamada capot (capucha) dejaba penetrar la luz del segundo puente. Cuatro cajas portátiles servían de asientos. Cerca del palo de trinquete, una escalera conducía al puente inferior, dividido para esta ocasión, como sigue:

"A la derecha tres piezas: comedor, camarote del Pbro. Rock y camarote de las Hermanas. A la izquierda, tres piezas: oficina del capitán, cámara del capitán y camarote del Pbro. Huberdault". Estos camarotes estaban cerrados por persianas que tenían la doble propiedad de interceptar la luz y favorecer las indiscreciones".

"La popa del barco, dejada libre, estaba simplemente rodeada de una baranda. Este era el sitio donde se juntaban los marineros en tiempo de descanso o de recreo. El camarote de las Hermanas recibía la luz desde este lado por la ventanilla enrejada y sin vidrio. Cerca de esta abertura, se había improvisado un altar al aire libre para la celebración de los santos misterios".

"El amoblado del camarote de las religiosas y de Eloisa se componía de camas superpuestas en dos filas. Se las había provisto de un jergón, de una almohada y de un

cobertor de lana para cada Hermana. Un solo lavatorio había podido hallar sitio en esta celda. Las camas servían de asiento".[184]

Después de la espera, que se hizo muy larga, finalmente, tuvieron viento favorable y se hicieron a la vela. El viaje, entre San Francisco y Valparaíso, que se les había informado duraba treinta y cinco días, en esta ocasión, en cambio, se alargó a ochenta y tres largos días.

En los primeros días de navegación tuvieron la alegría de poder celebrar la Santa Misa y frecuentar el sacramento de la Confesión. Pero, a partir del octavo día se percataron que el Capitán se sentía contrariado por estas expresiones de fe y de diversas formas se los hacía saber, sea dando orden de lavar la cubierta a la hora en que se estaba celebrando la Eucaristía, sea con su presencia física hacía ver su oposición a que las religiosas se confesaran con el Pbro. Huberdault. Durante la travesía se produjo una situación de confrontación entre el Capitán del barco y el Pbro. Huberdault, que marcaría una gran tensión, que se proyectaría al grupo de las Misioneras.

El capitán del "Elena" era reconocido por ser un marino francés culto, poseedor de mucho ingenio en el hablar y galantería en el trato con los tripulantes, especialmente con las damas. Estando en alta mar comenzó a hacer sentir el peso de su autoridad como Capitán del barco y para ello utilizó una doble estrategia: Por una parte multiplicó las atenciones con las religiosas y cuidó que en presencia de ellas nadie pronunciara palabras que las pudieran mortificar. Pero, por otra parte, en forma continua les hacia saber el deber suyo de cuidarlas y además, les hacía hincapié en las leyes que rigen a bordo de un buque, por lo que enfatizaba que, como Capitán, tenía poder absoluto sobre la vida de todos los pasajeros y tripulantes. En fin, en su discurso llegaba a plantear consecuencias tales como: a bordo ningún hombre casado era dueño de su mujer y que él no permitía que ninguna mujer llorase a bordo de su nave.

Ante este desborde de egolatría autoritaria, acompañada de gestos de galantería, las Hermanas acudieron a la estrategia de responder a sus galanterías mostrándose faltas de trato social, más bien rústicas y tan torpes que no entendían sus atenciones.

Sor Bernarda agrega un detalle de fina percepción sicológica, muy importante:

"El Capitán según parece nos quiso tratar con alguna atención, como ordinariamente se tratan las señoras. El Señor Huberdault se asustó en gran manera porque creyó que Sor Benjamina y yo sobre todo, nos hallábamos en gran peligro, tomó algunas medidas que ofendieron gravemente al Capitán y si el Señor Huberdault conservó la vida fue por un favor especial de la Santísima Virgen".

---

[184] « Les Sœurs de la Providence au Chili », 128.

V.- Hacia una misión desconocida

"Un día – al principio del viaje - el Capitán había mandado decir al Pbro. Huberdault que le prohibía[185] confesarnos y este creyó no deber diferir a esta orden, sino que quiso confesar. Iba yo a principiar cuando bajó el Capitán furioso y tomó su pistola o revolver y le dijo que querría conversar con él que nos hiciera subir sobre cubierta. Sor Benjamina y yo, las demás no estaban allí. Me dirigí y le pedí que conservara la vida de nuestro Padre. Iba a echarme entre los dos, resuelta a morir, cuando advertí que el Capitán podía decir: Le concedo la vida del Pbro. Huberdault, pero desde ahora Ud. es mía. Clamaba a todos los santos y me puse tan desfigurada como una moribunda."[186]

El enfrentamiento entre ambos contendores se aplacó luego de quedar a solas y dialogar. Pasado un tiempo, que fue de angustia, ambos subieron al comedor y se integraron con el resto de la tripulación. El acuerdo fue que desde ese momento se suprimía la realización del sacramento de la confesión y la Santa Misa sólo se celebraría los días domingos y festivos.

Sin embargo, la atmósfera de tensión se mantuvo. Al poco tiempo, una de las Hermanas enfermó de pulmonía y luego, también, el resto de las Misioneras tuvo que guardar cama. Ante esta realidad el Pbro. Huberdault que desconfiaba del Capitán, organizó con la Madre Superiora, Sor Amable y el Pbro. Francisco Rock un verdadero sistema de vigilancia permanente, en torno a los camarotes donde yacían las Hermanas.

Esta actitud desató la guerra. El Capitán, unido al segundo Comandante, comenzó a manifestarse abiertamente hostil contra los dos sacerdotes, mientras que por el contrario exteriorizaba una serie de atenciones y cortesías hacia el grupo de Hermanas, que por lo demás eran todas jóvenes.

"Según todas las posibilidades, el capitán y el segundo se habían puesto de acuerdo para deshacerse de los señores Huberdault y Rock y desembarcarnos a nosotras en alguna isla o lugar desconocido, donde se proponían lo que es de calcular…"[187]

En estas difíciles circunstancias el Pbro. Francisco Rock jugó un papel de gran importancia, ya que además de ser un experto y musculoso gimnasta, que se imponía por su físico, era hombre prudente y de carácter jovial. Sabía inventar juegos y actividades que ayudaban a bajar las tensiones, a distraer y alegrar a la tripulación.

Un hecho fortuito provocó la ruptura entre ambos conspiradores. En medio de una maniobra que dirigía el Segundo Comandante, se cortó el cable principal, ante lo cual irritado exclamó: "No haber siquiera un cable bueno a bordo". Ante esta expresión despectiva, el Capitán montó en cólera, saltó sobre él, lo aplastó sobre el suelo, lo

---

[185] En el original : « de confesarnos… ».
[186]Morin, « Memorias» III, 113.
[187]Morin, « Historia» 1, 54.

La entrega sin retorno

zarandeó y lo injurió. El Segundo no opuso resistencia y sólo al final le dijo: "Capitán, reservo mis derechos para cuando lleguemos al puerto".[188] Fue destituido y tratado igual que el resto de los marineros. Días mas tarde sobrevino una terrible tempestad y el Segundo demostró gran pericia y capacidad profesional, por lo que el Capitán lo restituyó en su cargo, pero ya no se reanudó la antigua amistad, para tranquilidad del grupo misionero.

La travesía se eternizaba y los acontecimientos luctuosos se sucedían: las ratas que rompen la vasija del agua, lo que debieron paliar con el agua de los chubascos tropicales; hubo tormentas que rompieron las velas y quebraron el timón amenazando dar vuelta a la nave; luego de grandes tormentas se suceden los largos días de espera para capear la mar gruesa. En busca del viento se alejaron tanto que llegaron a corta distancia de Australia. Los días se hacían eternos bajo un cielo calmo y un sol ardiente. Debido al largo tiempo que llevaban navegando comenzaron a escasear los víveres lo que llevó a la necesidad de poner a ración el alimento de los marineros.

A los ochenta días de avanzar por el Pacífico, rompiendo las olas en alta mar, en el amanecer se escuchó el grito: ¡Valparaíso! Fue un rayo de luz, de consuelo que dejó todavía paso a la incertidumbre, ya que luego se nubló el cielo y por dos días tuvieron que navegar sin saber dónde se encontraban. En la mañana del tercer día, finalmente, un marino alcanzó a divisar el faro de Valparaíso: era la mañana del 17 de Junio de 1853. Se encontraban ante una tierra extraña, donde según sus planes estarían de paso por unos días.

Con alegría y llenas de confianza en la Divina Providencia miraron esos cerros que silenciosos y semi cubiertos con la neblina de la mañana las acogían y que eran parte de una tierra, donde Dios les tenía señalada una Misión por ellas desconocida.

De inmediato el Pbro. Francisco Rock, conocedor de la ciudad, se constituyó en la avanzada que iría a pedir hospedaje, a este fin cogió uno de los botes o "chalupas" que lo llevó a tierra. La acogida de los Padres Franceses fue de una cordialidad inusitada, de regreso el Pbro. Rock volvió acompañado por uno de los Padres y un hermano, los cuales venían con dos botes para trasladarlas a tierra con todo su equipaje. En tierra fueron conducidas a la Casa de las religiosas de los Sagrados Corazones, las cuales las estaban esperando en la puerta. Los sacerdotes Rock y Huberdault fueron acogidos en la Casa de los Padres.

Las Misioneras fueron instaladas en un departamento especial y "comprendiendo que veníamos extenuadas, nos exigieron que nos pusiéramos luego en cama y comenzaron a cuidar de nosotras, como la madre más tierna cuida de su hijo".[189]

---

[188] Morin, «Historia» 1,54
[189] Morin, «Historia» o.c., 1, 59.

V.- Hacia una misión desconocida

Al día siguiente, al levantarse, más tarde ya más repuestas se realizó un rito totalmente especial: las Hermanas de l a Providencia sacaron de las maletas su traje religioso y lo vistieron con gran devoción. Movidas por un sentimiento de gran emoción se abrazaron y luego fueron a la Capilla a agradecer al Señor la protección que les había brindado en medio de tantos peligros. El himno de acción de gracias brotaba desde lo profundo de su ser y Sor Bernarda escribirá: "lo que yo puedo decir es que este rato de oración fue uno de los momentos más solemnes de mi vida".[190]

Ese día, sábado 18 de junio, un exponente del catolicismo chileno, Don Sótero Fabres divisó a las Misioneras, desde la terraza del jardín de los Padres Franceses y se informó con los mismos Padres de cómo habían llegado a Valparaíso. De inmediato comunicó la noticia al Sr. Intendente de dicha Provincia, Don Roberto Simpson, el cual poniéndose en contacto con el gobierno central, estuvo en condiciones de hacerles una visita oficial, el día domingo, en la cual a nombre del Presidente de la República, Don Manuel Montt, les daba la bienvenida a Chile y les ofrecía fijar su residencia en este país, haciéndose cargo de una de las obras de beneficencia que estaba propiciando el Supremo Gobierno.

Hasta este momento parecía que no había lugar para ellas en ninguna parte, donde habían ofrecido sus servicios, cuando he aquí de improviso, apenas han pisado tierra y de inmediato se les ofrece, a nombre del Gobierno de la República, un campo de trabajo de acuerdo a su carisma. La pregunta que surge es ¿con qué derecho la autoridad civil se arroga la potestad de incorporar en la organización pública a este grupo de misioneras? Ello nos lleva a conocer la realidad del Chile de 1853, esto es, analizar tres aspectos: el Patronato o Regalismo estatal invocado por el gobierno, la organización lograda internamente por la Iglesia y la proyección pastoral de la misma.

El Gobierno chileno, al igual que los otros gobiernos de los países latinoamericanos se creían herederos del Patronato real, concedido por la Santa Sede a la Corona de España. En el caso de Chile, específicamente, la Constitución de 1833, expresión de la consolidación institucional de la República, que regirá hasta 1925, establecía en el artículo 82, que el Estado chileno, a través del Presidente de la República, gozaba del Derecho del Patronato, el cual era parte de la Soberanía nacional. Por lo mismo, el Gobierno civil se creía en el derecho para legislar sobre asuntos eclesiásticos muy lejos de considerar que ello era una injerencia en los asuntos de la Iglesia.

Sin embargo, tal derecho no había sido reconocido por la Santa Sede en ninguna de las misiones que el gobierno chileno había enviado a Roma. Las dos misiones a Roma del Pbro. Ignacio Cienfuegos (1822 y 1828) habían logrado el nombramiento "motu Propio" de los Obispos de Santiago y Concepción; la de Don Francisco Javier Rosales (1840) habían obtenido: el reconocimiento de la Independencia de Chile, la erección de Santiago en Arzobispado y la creación de los obispados de la Serena y Ancud. Ultimamente, el

[190].Morin, «Historia» Ibid

La entrega sin retorno

Gobierno había insistido enviando, entre 1846 – 1850, la Misión a cargo de Don Ramón Luis Irarrázaval con el encargo específico de obtener el reconocimiento del Patronato, que ya estaba incluido en la Constitución de la República, como legítimo derecho heredado de la Corona de España. Sistemáticamente la Santa Sede negó una y otra vez la concesión de este privilegio, lo que provocará una serie de conflictos.[191]

El peso de la tradición colonial y el fuerte influjo regalista imponían la norma que, no sólo el Estado ejerciera el Patronato, sino que además la Iglesia nacional lo aceptara. Así, en 1845, al ser nombrado Arzobispo de Santiago Mons. Rafael Valentín Valdivieso, tomó posesión de la Arquidiócesis sin esperar las Bulas de Roma, sino sólo por las "Cartas de Ruego y Encargo" que le dio el Gobierno, esto es, se sometió al dictamen gubernamental, e incluso, hizo el juramento de aceptación del Patronato. Más tarde, por indicación de Roma, se retractará, pero dicha retractación la dará a conocer públicamente sólo en 1858, época en que se inicia la confrontación entre el regalismo estatal y el ultramontanismo chileno.

La práctica del Regalismo estatal queda evidenciada por la legislación dictada en esa época, entre otros: la ley de organización de los Ministerios (1837) que sometía la Iglesia a la dependencia del Ministerio de Justicia; el Decreto de "Régimen Interior" sometía a los Párrocos a la autoridad de los Intendentes, los cuales adquirían el rango de "vice-patronos"; Decreto que reglamentaba la edad para la profesión religiosa perpetua a los 25, lo cual debía ser controlado por el Gobernador civil (1845); finalmente, la imposición a los Obispos del Juramento civil, en el que prometían no obedecer las disposiciones pontificias si no obtenían el "exaquátur" del Gobierno (1841).[192]

Por lo mismo, las Hermanas de la Providencia llegan en un tiempo en que el Gobierno entiende que todo lo referente a la organización de la nación, tanto civil como eclesiástico es un asunto que le compete.

Un segundo aspecto, al que hay que referirse es a la organización interna que había logrado la Iglesia chilena. Luego de la Independencia, a diferencia de los otros países de América Latina, Chile logra, a
partir de 1830, consolidar la vida republicana en sus instituciones publica y poderes del Estado. El orden de la nación y la estabilidad política repercutió en la Iglesia, la cual a partir del nombramiento de Mons. Manuel Vicuña, como Obispo de Santiago (1832), fue logrando superar el desorden provocado durante las guerras de la Independencia y la anarquía posterior.

El período de gobierno eclesiástico del Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso (1848-1878) será clave en la organización de la Iglesia. Desde luego logró reformar y poner en orden toda la administración de las parroquias y de la Curia. Obtuvo que el clero y el

[191] Aliaga Rojas Fernando, « La Iglesia en Chile. Contexto Histórico », 133 ss.
[192] o.c., 136.

laicado se identificaran con una política de cohesión interna y de obediencia a los pastores.

V.- Hacia una misión desconocida

A partir de 1850, por expreso encargo de la Santa Sede inicia la Reforma de la Ordenes religiosas, lo que, a pesar de las dificultades, logró con pleno éxito para el conjunto de la Iglesia. Finalmente, dio un gran impulso al Seminario y a la formación del clero.

Las Hermanas de la Providencia, entonces, se integran dentro de una Iglesia cuyas líneas pastorales están perfectamente diseñadas, cuyo pastor tiene un carácter firme y no acepta que nadie trastoque la disciplina y la organización canónica interna de la Arquidiócesis, la cual, por lo demás, cuenta con pastores de sólida piedad.

Un tercer aspecto a considerar está relacionado con el dinamismo pastoral que ha ido adquiriendo la Iglesia chilena como fruto del enfrentamiento que va teniendo en forma cada día mayor con el laicismo ateo y por otra por el fuerte dinamismo que la lleva a tener una gran proyección pastoral.

Chile era un país ubicado geográficamente en un rincón del continente americano, lo que lo definía como un país con escasa población. En el año 1854, Chile contaba con 1,400,000 habitantes, de los cuales, salvo la provincia de Santiago, la mayoría estaba distribuida en las regiones campesinas de Colchagua y Maule.[193] Si bien aparentemente el pueblo era de tradición católica, sin embargo, el mestizaje cultural religioso mantenía un fuerte influjo indígena mapuche. En los pocos centros habitados de la época se van introduciendo las ideas liberales a través de los escritos de autores extranjeros. Varios de los temas que se discuten en Europa los planteará el liberalismo chileno a través de la prensa laica-anticlerical, como el Diario “El Progreso”.

La respuesta de la Iglesia ante los ataques liberales se concentra en la fundación de la “Revista Católica” (1843) y la publicación de diversos diarios y publicaciones de defensa de la fe. A través de la prensa católica cada una de las diócesis buscará orientar y dar a conocer el pensamiento del magisterio.

La fuerza que manifiesta la Iglesia es producto de las variables políticas, esto es, la estabilidad republicana que se combina con variables eclesiásticas, tales como: la restauración del episcopado, la reorganización interna que se ha impuesto fundada en la disciplina canónica. Además, hechos puntuales que marcan su historia:

- La separación del Seminario de Santiago del Instituto Nacional (1836) y su consolidación como instancia en la formación del clero, la que se realizará, además, con la reapertura del Seminario de Concepción (1852) y la fundación del Seminario de La Serena (1848);

[193] Villalobos Sergio y otros, o.c., III, 455.

- desarrollo de las Misiones en la Araucanía por medio de los Capuchinos (1848);

La entrega sin retorno

- la fundación de la Universidad de Chile (1842) y el funcionamiento en su interior de la Academia de Ciencias Sagradas y posteriormente de la Facultad de Teología;

- el retorno de los Jesuitas (1843)

Todas estas variables y acontecimientos configuran la realidad de la Iglesia chilena en los inicios de los años 50 y que le permiten consolidar una fuerte presencia en el medio nacional, lo que posteriormente, al formalizar con el Partido Conservador un sólo proyecto de sociedad, la llevará a declarar una lucha organizada contra el laicismo liberal.

Si embargo, la fuerza de proyección pastoral que tendrá la Iglesia chilena no se reduce a un pacto político, cuyo producto fue el Partido único de los católicos, sino que principalmente lo constituirá el desarrollo del apostolado de la caridad social, el que precisamente se inicia en forma orgánica en los inicios de la década del cincuenta. En el año 1852, se funda la Sociedad de Beneficencia, la cual bajo la inspiración de la Sra. Antonia Salas de Errázuriz, orienta a sus socias al trabajo asistencial en beneficio de los enfermos abandonados del Hospital San Borja.

Al momento de la llegada de las Hermanas de la Providencia, el Gobierno y la Iglesia estaban en conversaciones con varias Superiores Generales con el objetivo de traer al país, entre otras, a las Hijas de la Caridad para que se hicieran cargo de la atención en los Hospitales y a las Religiosas del Buen Pastor para que se hicieran cargo de las cárceles de mujeres. Por lo mismo, apenas las Misioneras de la Providencia han pisado las arenas del puerto de Valparaíso, el Presidente de la República, como Patrono de la Iglesia, les ofrece hacerse cargo de los niños huérfanos.

==========

VI.- Chile, la misión asignada

La entrega sin retorno

Apenas, la comunidad de las Hermanas de la Providencia había desembarcado en el Puerto de Valparaíso, el Pbro. Gedeón Huberdault se apresuró a enviar un mensaje al Arzobispo de Santiago Mons. Rafael Valentín Valdivieso, informándole de la presencia del grupo de misioneras en su Arquidiócesis y solicitándole, de su parte, el permiso para ejercer el ministerio sacerdotal, durante el período que durara la espera del barco de dicho puerto.

Mons. Valdivieso les hizo llegar su respuesta de inmediato, (20-VI-1853) en la que no sólo le concedía al Pbro. Huberdault autorización para ejercer su ministerio sacerdotal, sino que, además, les manifestaba su deseo que la Congregación de la Providencia pudiera establecerse en Chile y, con tal motivo, les sugería realizar una reunión entre él y el capellán, en Santiago, en su oficina arzobispal.

La explícita invitación del Sr. Arzobispo provocó un fuerte impacto, lo que exigió a la comunidad de las Hermanas un momento de reflexión para discernir la voluntad de Dios. Tanto el ofrecimiento del Gobierno, como ahora el del Sr. Arzobispo, les significaban claros signos del querer de la Providencia. Ante lo cual juzgan conveniente que viaje a Santiago el Pbro. Huberdault para que exponga al Sr. Arzobispo las condiciones especiales en las que se encuentran y le dé a conocer los estatutos del Instituto.

La reunión, en Santiago, fue de una gran cordialidad. El Pbro. Huberdault puso en conocimiento del Sr. Arzobispo las Reglas de la Congregación la misión pastoral que la definía. Mons. Valdivieso, a su vez, luego de escucharlo atentamente, le encargó que dijera a las Hermanas: Que juzgaba ser la voluntad de Dios que se quedaran en Chile. Además, avanzando ya en todo lo referente al establecimiento de una fundación, les aconsejó que mientras recibían la aprobación de sus superiores de Canadá, adelantaran los trámites con el Gobierno, estableciendo un compromiso condicional.

El resultado de esta entrevista fue de gran provecho, ya que el Arzobispo Valdivieso pudo, con conocimiento de causa, informar al Gobierno e interceder a favor de las Hermanas.[194]

Por otra parte, al regresar a Valparaíso el Pbro. Huberdault pudo informar, en forma muy favorable, lo conversado con el Sr. Arzobispo, de manera que el mensaje por él enviado fue acogido como auténtica expresión de la voluntad divina. Reconocieron que era el Espíritu Santo que les mostraba la misión a cumplir. Sor Bernarda escribe a este propósito:

---

[194] Carta de Mons. Rafael V. Valdivieso al Ministro del Interior, No. 65, 13-VIII-1853, en Archivo Provincial. Santiago

VI.- Chile, la misión asignada

"! Santa decisión! Nos conformamos a ella con la seguridad de que el Espíritu Santo había hablado por boca del venerable Prelado, nos inclinamos amantes y respetuosas bajo el cayado del pastor y desde entonces besamos el suelo chileno con el afecto con que se besa el suelo de la patria".[195]

La estadía de las Hermanas de la Providencia, en Valparaíso, se extenderá desde el 17 de Junio al 8 de Septiembre de 1853. Durante ese lapso, permanecen acogidas por las Religiosas de los Sagrados Corazones y se apresuran a escribir a sus superiores en Montreal solicitando la aprobación de sus nuevos planes. Por otra parte, con admiración ven cómo se van consolidando las promesas del primer momento.

Desde luego se produce una correspondencia entre el Gobierno y el Arzobispado de Santiago, que denota el interés por lograr que las Hermanas se radiquen en Chile. Así, el Supremo Gobierno, con fecha 10 de Agosto, consulta al Sr. Arzobispo, a través del Ministro del Interior Don. Antonio Varas, sobre qué tipo de Congregación son las Hermanas de la Providencia y le plantea el interrogante respecto a si responden adecuadamente a las necesidades que existen en las Casas de la Beneficencia y en el cuidado de los huérfanos.[196]

El oficio del Ministro Varas apunta a la determinación, que acorde a la ilustración católica, habían asumido los políticos progresistas de la época de traer al país sólo Congregaciones religiosas de vida activa. El ideal de estos hombres, tales como Don Manuel de Salas, era orientar la fuerza de la Iglesia hacia la implementación de la enseñanza técnica y de la beneficencia. En ese sentido se había estado gestionando la venida de las Hijas de la Caridad para hacerse cargo de la Casa de Huérfanos. En vista del atraso que se había producido, se ve con muy buenos ojos la llegada imprevista de las Hermanas de la Providencia.

En la respuesta que Mons. Valdivieso da al gobierno destaca los elementos que él considera que son los que caracterizan a esta Congregación, esto es:

- El objetivo que define el carisma de las Hermanas es dedicarse al servicio de los necesitados, bajo la dirección del Obispo de la diócesis.

- La consagración religiosa la hacen a través de los votos simples, pero, además, incluyen uno especial que es servir a los pobres.

- Las Reglas pueden adaptarse perfectamente a la realidad de la Iglesia en Chile.

---

[195] Morin « Historia «, 1, p. 62.
[196] En « Boletín Eclesiástico », II, p. 49.

- No poseen grandes rentas por lo que deben acudir a la caridad ordinaria de los fieles.

La entrega sin retorno

- Las integrantes de este grupo misionero han sido seleccionadas por el Sr. Obispo de Montreal para ir a hacer una fundación a Oregón, por lo que son personas escogidas y de gran valer.

El Sr. Arzobispo concluye manifestando su plena conformidad en que se les entregue la responsabilidad de hacerse cargo de los niños, que se albergan en los establecimientos de la beneficencia. Y aconseja que el Supremo Gobierno también declare su aceptación.[197]

Con estos antecedentes, el Gobierno de Chile procede a extender la personería jurídica a las Hermanas de la Providencia, el 20 de Agosto de 1853. [198] En su documento complementario a este reconocimiento oficial, el Gobierno comunica (23-VIII-1853), al Capellán Pbro. Huberdault, que está dispuesto a otorgar a las Hermanas de la Providencia la Casa de Huérfanos existente en la Capital, la cual cuenta con fondos propios y que de estos fondos se asignarían mil pesos para las Hermanas.[199]

La Casa de Huérfanos era una antigua fundación de beneficencia creada por Don Juan Nicolás de Aguirre, Marqués de Montepío, a quien el Obispo Manuel Alday, en 1759, le había obtenido autorización de parte del Rey de España para fundar una Casa en beneficio de los niños desamparados. Tanto su fundador, como la Sra. Matilde de Salamanca y otros, habían dejado sus herencias en beneficio de esta Institución. Con los intereses de estos fondos se pagaban a las nodrizas o "nanas" que se hacían cargo, en los primeros años, de estos niños abandonados o expósitos. Sin embargo, hacía falta un equipo humano-profesional que saneara el comercio a que se había reducido la tuición de los niños y dirigiera todo lo relacionado con los infantes abandonados. La situación era deprimente y el propio Ministro Don Antonio Varas, en el informe de año 1853, solicitaba, en nombre del desarrollo social, una reforma de la Casa de Huérfanos, por cuanto "mueren más de la mitad de los expósitos que entran".[200]

Teniendo asegurados todos estos pasos, el pequeño grupo de Misioneras escribe por segunda vez a la Madre Caron. En dicha carta le expresan que ciertamente interpretan la voluntad de los Superiores de Montreal al hacerse cargo del Asilo de Huérfanos en Santiago. En Chile, su llegada ha sido considerada providencial por todos y en especial por el Arzobispo, por lo que están dispuestas a sacrificar su retorno a la patria para cumplir la voluntad de Dios.[201]

---

[197] Carta del 13-VIII-53, en « Boletín Eclesiástico, II, p. 49.
[198] En « Boletín de las Leyes », Decreto 295, 1853, p. 414.
[199] Decreto No. 169, 23-VIII-1853, en Morin « Historia de la Congregación», 1 p. 65.
[200] Documentos Parlamentarios, IV, 1858, p. 213.
[201] Carta de SS. Larocque, Amable, María del S. C., Bernarda y Dionisia Benjamina a Madre Carón del 30-VIII-1853, Histoire de l'Institut, t. 3, p. 175.

VI.- Chile, la misión asignada

Sobre la base de esta propuesta concreta, con que oficialmente las distingue el Supremo Gobierno, las Hermanas deciden trasladarse desde Valparaíso a Santiago. El 8 de Septiembre fue la despedida y los agradecimientos a las religiosas de los Sagrados Corazones, con quienes tenían una gran deuda de gratitud por la excelente acogida y atención que les habían brindado. En un gran carruaje, al estilo del que usaban en ese entonces las familias acomodadas, se trasladan a Santiago. Debieron pernoctar en Curacaví. En medio de un hermoso paisaje propio de la época de la primavera, Sor Bernarda destaca los muchos pobres apostados en esa ruta, a los que el Pro. Huberdault les fue dando limosna.

Muy de temprano, la mañana del 9 de Septiembre, las Hermanas llegan a Santiago, bajo una intensa lluvia. Al igual que en Valparaíso, son acogidas en el Colegio de las Religiosas de los Sagrados Corazones, quienes ya estaban sobre aviso.

Al día siguiente se realiza la entrevista con el Sr. Arzobispo, el cual las recibe no sólo cordialmente sino que les asegura que la Comunidad será objeto de su solicitud constante. Les hace ver que es conocedor de la realidad eclesiástica del Canadá e incluso que recibe el periódico "L'Univers" y les ofrece los artículos de este periódico que les pueda interesar.[202]

Ciertamente, el encuentro con el Pastor de la Arquidiócesis fue determinante para tomar una decisión definitiva de establecerse en Chile. Estando en las proximidades de las fiestas patrias, debieron esperar que transcurrieran esos días para iniciar su obra, tiempo que emplearon adquiriendo los primeros conocimientos de la ciudad.

Posteriormente, con fecha del 23 de Septiembre, el Gobierno, de acuerdo con la Comisión de la Junta Directora de los establecimientos de Beneficencia, emite el decreto por el que encarga a las Hermanas de la Providencia la Casa de Expósitos, existente en Santiago. En dicho decreto deja constancia de la realidad existente y de la necesidad de hacer una reforma:

"Siendo de absoluta necesidad mejorar el servicio de la Casa de los Expósitos de esta Capital, e introducir en ella un arreglo en que se dé educación a los niños que se reciba… se encarga a las Hermanas de la Providencia la Casa de Expósitos de esta Capital".[203]

Así mismo, se nombra, como Administradores de dicha Casa, a los señores: José Ignacio Larraín Landa y Juan José Aldunate.

---

[202]« Les Sœurs de la Providence au Chili », p. 174.
[203] Decreto No. 191, Santiago, 23-IX-1853. Hist. Congreg. 1, p. 68.

La entrega sin retorno

Si bien existían fondos donados en herencia para la atención de los niños abandonados o expósitos, sin embargo no existía ningún local destinado a este fin. Por lo que debieron, en consecuencia, darse a la búsqueda de una casa en arriendo, donde iniciar de manera formal esta obra de beneficencia. En esta tarea les fue de gran ayuda Don Miguel Dávila, quien las acompañó en la selección de una Casa en la Chimba, al otro lado del río Mapocho, en la Calle Recoleta 500. El mismo les compró, con su dinero, los enseres necesarios y les arregló un oratorio para que tuvieran donde realizar sus oraciones.

El día antes de realizar la instalación canónica de las Hermanas en la Arquidiócesis de Santiago, el Sr. Arzobispo, con fecha 29 de Septiembre de 1853, redacta un decreto del tenor siguiente:

- Declara haber considerado las Constituciones de la Congregación de la Providencia y declara que pueden contribuir a la gloria de Dios en este Arzobispado.

- Faculta a las Hermanas: Victoria Larocque; Dorión, llamada Hermana Amable; Berard, llamada Hermana María del Sagrado Corazón; Morin, llamada Hermana Bernarda y Wadsworh, llamada Dionisia Benjamina para que erijan una casa religiosa.

- Dicha Casa religiosa estará destinada al cuidado y educación de los huérfanos y deberá situarse en la ciudad de Santiago.

- Así mismo, declara que "la precitada Casa y las Religiosas quedan sujetas a la autoridad y cuidado" del Sr. Arzobispo y de sus sucesores.

- Les reconoce, finalmente, el pleno goce de las prerrogativas y privilegios que por derecho tocan a las casas religiosas.[204]

Una vez establecidas estas precisiones canónicas se procede, el 30 de Septiembre, a la bendición solemne de la nueva Casa de los Huérfanos, a cargo ahora de las Hermanas de la Providencia.

Con tal motivo, la sociedad santiaguina realizó una verdadera fiesta con gran pompa, convirtiendo dicho evento a una apoteosis religioso-social, lo que revela que la inesperada llegada de las hermanas había causado un gran revuelo. Por otra parte, tanto el Gobierno de Don Manuel Montt, como la sociedad entera estaba empeñada en favorecer la educación que veían como el gran medio que favorecía el progreso del país.

[204] En « El Boletín Eclesiástico », II, p. 51.

En esos años, el Estado había creado la Sociedad de Instrucción Pública y había fundado 500 Escuelas públicas en el país. Por lo mismo, todos entendían que las Hermanas

VI.- Chile, la misión asignada

venían, en forma providencial, a dar una respuesta a la educación de los niños abandonados.

En la mañana de ese día se organizó el solemne traslado de las Hermanas, desde el Colegio de las Religiosas de los Sagrados Corazones hasta la casa del Sr. Arzobispo y desde allí hasta el barrio de La Chimba. El desfile de carruajes que las acompañó, el destacamento de Caballería con su banda, las calles adornadas de banderas y flores y la gente que las aplaudía provocó un gran impacto en las Hermanas " Verdaderamente nos asustamos y nos pusimos a llorar", escribe Sor Bernarda.[205]

Después de un año de peregrinación e incertidumbre de repente todo cambiaba. En medio de una gran fiesta de recepción, el Sr. Arzobispo, acompañado por otros sacerdotes daba realce a la bendición y a la celebración de la Santa Misa. En su sermón, resumiendo los sentimientos de todos los asistentes, afirmaba:

"Son tales, amadas Hermanas, los acontecimientos providenciales que os han traído a nosotros, que si no tuvierais el nombre de Hermanas de la Providencia, serían más que suficientes para que en adelante os llamaseis Hermanas de la Providencia. Confiad, pues en su poderosa protección."[206]

Luego de la ceremonia religiosa, junto con ser homenajeadas en un banquete de honor por Don Miguel Dávila, fueron centro de una verdadera peregrinación por parte de fieles que querían conocer y saludar a las Hermanas.

El camino de la Providencia había llegado a su destino y les confiaba la misión de hacerse cargo de los niños abandonados en Chile. En la historia de la Iglesia en Chile, ciertamente, esta es una página que se inscribe a la luz de la fe en los sabios e inescrutables designios de Dios.

En los días siguientes, las Hermanas tuvieron la gran alegría de tener el Santísimo Sacramento en su pequeño Oratorio y, al mismo tiempo, ir recibiendo los huerfanitos que estarían a su cuidado. Por su parte, el Sr. Arzobispo no descuida detalle y con el decreto del 14 de Noviembre de ese año 1853, establece las normas que deben regir las visitas de las personas externas a la Comunidad.[207] Incluso, por un cierto tiempo, las Hermanas tuvieron una reja en el locutorio y debían atender a la gente detrás de ella. Luego, a

[205] Morin, « Historia», 1, p. 70.
[206] Morin,. «Historia», o.c. 1, p. 71.
[207] En « Boletín Eclesiástico », 11, p. 52.

pedido de los Miembros de la Junta de Beneficencia, el Arzobispo suspendió dicha medida.

La entrega sin retorno

Se inicia, entonces, el trabajo, en la Casa de la Chimba, con los huérfanos que van llegando, pero en condiciones de gran pobreza. Faltaba de todo y en el informe se hace referencia que con una cuchara debían comer diez o doce niños. El mejor método era sentarlos en círculo mientras una Hermana, ubicada al centro, iba dándoles por turno una cucharada de alimento. No había ropa para mudarlos, por lo que una vez acostados había que lavarles y secarles la ropa esa misma noche.

La Madre Bernarda nos hace una descripción de la sociedad chilena, que traduce la primera impresión recogida en esos primeros meses:

"La sociedad chilena conservaba en su seno los preciosos privilegios de la felicidad que experimentan las personas que viven de la fe, de sus máximas e inspiraciones: sencillez amable, franqueza, generosidad, trato sincero y muy culto. Su lema era: ante todo Dios y su Santísima ley. Reinaba una alegría encantadora en numerosísimas familias que rodeaban a sus padres, abuelos y bisabuelos del más cordial y afectuoso respeto… En la clase obrera no se oía otra cosa sino "Dios y mi patrón". Tenían profundamente cimentados en sus almas el temor de Dios y el respeto debido a sus patrones".[208]

El trabajo de las Hermanas despierta la admiración de cuantos las visitan e, incluso, la alabanza de la prensa de la época. Su dedicación sacrificada y su entrega absoluta provocan en esos niños un gran afecto y confianza. Entretanto, debían aprender el idioma, lo que hacían en medio del trabajo.

Con gran alegría reciben el nombramiento de Administrador del establecimiento, hecho por el Gobierno, en la persona de Don Miguel Davila. Sin lugar a dudas, él se había ganado este cargo por cuanto había sido el gran bienhechor con que las Hermanas habían contado en la primera hora.

En medio de este entusiasmo de la primera hora, sacrificado y tenso, se produce un momento de gran congoja con motivo de la llegada de cartas desde Canadá. El Sr. Obispo de Montreal, Mons. Ignacio Bourget desaprobaba que, sin el permiso correspondiente, hubiesen abandonado la Diócesis de Oregón y se hubiesen quedado en Chile. El Obispo Mons. Bourget responsabiliza de todo ello al Pbro. Huberdault.[209] Se produce un tiempo de angustia e intranquilidad, en que se envían nuevas cartas y en las que las Hermanas hacían presente sus sentimientos de obediencia y sumisión, planteando, al mismo tiempo, que estaban en Chile condicionadas a la autorización que los superiores

[208] Morin, «Historia» 1, p. 74.
[209] Morin, «. Historia», 1, p. 77.

les otorgaran. A su vez el Sr. Arzobispo de Santiago respaldó esta actitud de las Hermanas.

VI.- Chile, la misión asignada

Las cartas de la Madre Emilia Caron y las Hermanas del Consejo Superior estaban orientadas más bien a darles ánimo en el cumplimiento de la misión y les aseguraban su respaldo.

El centro para niños abandonados de La Chimba se constituyó en un lugar visitado por bienhechores y curiosos que admiraban el excelente trabajo realizado por esas Hermanas que, día y noche, por turno atendían a los niños. El Gobierno estaba perfectamente informado del éxito que se iba logrando en ese pequeño rincón de Santiago y queriendo capitalizarlo a su favor, realizó una visita intempestiva. Con motivo de la celebración de las Fiestas Patrias de 1854, el Presidente de la República Don Manuel Montt, acompañado de sus Ministros, de los Generales del Ejército y de un grupo de parlamentarios, llegó sin previo aviso a la Casa de la Providencia. La gran sorpresa la tuvieron las autoridades, al encontrar en una sala un grupo de 80 niños, aseados y alegres, que en lugar de asustarse corrieron a abrazarse de las rodillas de los visitantes.

Este logro social, en el campo de la beneficencia, jugaba a favor del gobierno, por lo que de inmediato vieron la conveniencia de buscar un terreno más espacioso, donde la obra comenzada pudiera ampliarse. De ello se hizo cargo el propio Ministro del interior Don Antonio Varas, el cual luego de visitar varios lugares optó por comprar la Chacra de Don Pedro Chacón. Dicha propiedad estaba ubicada “tajamar arriba” y tenía ochenta cuadras de terreno cultivado, además, plantaciones de árboles y viñedos y aguas limpias. En un primer momento se podía ocupar la casa patronal y la construcción existente para instalar a los niños.

En forma rápida y expedita se efectuaron todos los trámites correspondientes y, el 26 de Noviembre de 1854, se pudo realizar el traslado a la nueva residencia. Fue una gran fiesta para el Santiago de entonces, ya que el propio Gobierno se sentía celebrando un gran éxito en su gestión a favor del pueblo. Por lo mismo, la presencia de las autoridades, conjuntamente con la Junta de Beneficencia, estuvo respaldada por seis bandas de músicos de los Cuerpos Cívicos. Las familias ofrecieron sus carruajes para trasladar a los pequeños, mientras las calles fueron engalanadas de banderas y flores.

Al término de este recorrido triunfal, esto es, en la Casa que ocuparían los huérfanos, los esperaba el Sr. Arzobispo de Santiago, el Sr. Obispo de Concepción Mons. Hipólito Salas y el Venerable Cabildo Metropolitano. Se realizó un solemne Te Deum, cuyo sermón estuvo a cargo del Canónigo Don Ramón Valentín García, quien recoge en sus palabras la admiración que tiene la sociedad de Santiago, ante éste que llama el milagro de la

Providencia: "…esas buenas hijas del Salvador, que como el nombre que llevan, son en verdad la Providencia de los que viven en el último desamparo".[210]

La entrega sin retorno

Dicho milagro no se refiere sólo al cómo han llegado las Hermanas de la Providencia, sino también al éxito que han tenido en el apostolado con los niños abandonados. Sorpresa por ver que son religiosas las que realizan esta tarea social y que le permite afirmar que ellas son expresión de la gran revolución que realiza el catolicismo en la sociedad moderna, al confiar a la mujer los más importantes ministerios de la caridad. El orador explícita en forma nítida lo que es el pensamiento de la ilustración católica:

"La Congregación religiosa de la Providencia sabe dirigir los sentimientos de sumisión y de obediencia, los hábitos de orden y veneración a la autoridad y a la ley, y formará, de todos los pupilos que protege, ciudadanos útiles al país, hijos obedientes de la patria, y hombres dedicados a los trabajos de la industria… la educación que en él reciban será la garantía de sus principios religiosos, el origen de la felicidad y la esperanza de la nación que los mira…"[211]

Las Hermanas de la Providencia establecían su Casa para los huérfanos en un lugar estratégico, ya que si bien, en ese entonces, quedaba a la salida de la ciudad de Santiago, camino hacia la Cordillera, con el tiempo se constituiría en la puerta de entrada al barrio residencial, cuya avenida principal y toda esa Comuna asumiría el nombre de Providencia.

Los primeros meses fueron difíciles por cuanto había que reestructurar la casa e implementar los espacios para que fueran aptos para salas, comedor y dormitorios, donde acoger a los niños. Para lograr el objetivo de implementar una capilla para la Comunidad religiosa recibieron la generosa ayuda de varios bienhechores, tales como: la Sra. Carmen Cerda de Ossa, la Sra. Adela Baeza de Dávila y la Sra. Rita Cifuentes de Cifuentes. Una vez que estuvo todo pronto, el Arzobispo le otorgó el título de templo público, bajo la advocación de la Santa Infancia de Nuestro Señor Jesucristo. El 25 de marzo de 1855, fue bendecida la humilde capilla, ceremonia realizada por el P. Francisco Pacheco, de la Orden Franciscana.

La propiedad ofrecía grandes espacios para que los niños jugaran y corrieran. Había una serie de frondosos árboles, entre los que escurría el agua y en cuyas ramas se escuchaba el cantar de los pájaros. Las Hermanas con gran alegría descubrieron unas encinas, cuyas hojas les recordó el árbol símbolo de Canadá. Además, como había potreros con abundantes pastos, surgió la idea de criar vacas y con ello tener leche con qué alimentar a los niños. Debido a la falta de recursos, el Administrador Sr. Miguel Dávila dirigió una

[210] En « La Revista Católica, No. 385, 1954, p. 1059.
[211] En « La Revista Católica », No. 385, 1854, p. 1062.

circular a los hacendados de los alrededores de Santiago. La campaña tuvo pleno éxito y pudieron contar con ovejas y vacunos.

VI.- Chile, la misión asignada

Completando la obra de las Hermanas, el Pbro. Francisco Rock abrió una Escuela externa para los niños del vecindario. Por su parte, él se consagró a la atención religiosa de ese barrio.

Si bien era cierto que la obra en favor de los niños huérfanos se había consolidado con un amplio terreno, sin embargo, toda esa propiedad pertenecía a la Junta de Beneficencia. Las Hermanas de hecho aparecían como asalariadas, ya que no tenían nada propio. Esta situación desfavorable fue planteada por la "Revista Católica", la cual el 22 de Diciembre de 1854, plantea la necesidad de asegurar la presencia de las Hermanas en Chile y por eso expresa:

"… si queremos disfrutar de los bienes que traerá consigo su establecimiento radical en la República, es necesario que vivan entre nosotros, no como personas asalariadas que no tienen un palmo de tierra seguro donde poner el pie, y a quienes un cambio de política o cualquier otro incidente imprevisto originado de buena o mala fe, puede desalojarlas del lugar que ocupan…"[212]

La inquietud surgida en las esferas eclesiásticas era compartida por el Gobierno, el cual estaba muy interesado en afianzar la presencia de las Hermanas en el país. Por ello, intentó una doble solución: por un lado, lograr traer una segunda expedición de misioneras y, por otra, lograr una fórmula legal jurídica que subsanara la deficiencia que las Hermanas no fueran propietarias de la Casa de los Huérfanos.

En el mes de Enero de 1855, el Gobierno consecuente con el criterio de querer asegurar la obra que la Providencia estaba realizando con tanto éxito, de acuerdo con Mons. Valdivieso, solicitó a los Superiores de Canadá enviasen refuerzos, ponderando los adelantos realizados y planteando nuevos proyectos. El 8 de Diciembre de 1855, la pequeña comunidad de las cinco Hermanas recibe la alegre noticia que han llegado a Valparaíso, desde Montreal, doce Hermanas de la Providencia. Las acompañaba el Pbro. Gregorio Chabot, el cual fue nombrado, por el Sr. Arzobispo, Confesor ordinario de la comunidad, en lugar del Pbro. Huberdault. La llegada de estas Hermanas fue saludado como consolidación de la presencia de la Congregación en Chile.

En la segunda tarea, esto es, obtener que las Hermanas adquirieran la propiedad, siquiera en parte del inmueble en que habitaban, hubo mucha oposición de parte de la Junta de beneficencia, según nos lo informa Sor Bernarda: "El asunto encontró mucha oposición,

[212] « La Revista Católica », 22-XII-1854, No. 385, p. 1060.

y sin la inteligente mediación del Sr. Ministro del Interior Don Antonio Varas nunca se hubiera llevado a efecto".[213]

La entrega sin retorno

La solución, ratificada por decreto firmado por el Presidente de la República el 21 de Julio de 1856, establece:

- La Junta directiva de los Establecimientos de Beneficencia, en representación de la Casa de Expósitos, cede a las Hermanas una parte del terreno con lo plantado y edificado.

- La Casa de Expósitos trasmite al Instituto de las Hermanas todos los privilegios legales y constitucionales que les favorecen para que funden sus instituciones en el terreno cedido y les sirva de casa de habitación.[214]

La llegada de la nueva expedición de misioneras y el hecho de ser propietarias de la casa donde residían, junto con darles los respectivos derechos civiles, a su vez establecía las condiciones canónicas necesarias para que el Sr. Arzobispo autorizara el establecimiento del Noviciado de la Congregación en Chile. Acorde en todo con las exigencias del Derecho Canónico, Mons. Valdivieso les exigió que constituyeran en forma regular la Comunidad, realizando las elecciones de sus autoridades. Dicho acto se realizó el 25 de Agosto de 1856, siendo confirmada en su cargo de Superiora la Madre Victoria Larocque. Además, fueron elegidas: de Asistenta, Sor Amable; de Maestra de Novicias, Sor María del Sagrado Corazón' de Depositaria, Sor Bernarda y de Consejeras" Sor Juana de la Cruz, Sor Amarina y Sor María Angélica.

El hecho de establecer el Noviciado, tuvo un gran significado histórico, por cuanto con la admisión de postulantes y novicias chilenas, la Congregación asentó las bases de su continuidad en el país. Por otra parte, el ingreso de señoritas pertenecientes a familias de la sociedad les dio plena carta de ciudadanía. Las primeras postulantes fueron las señoritas Rosalía Riveros y Feliciana Castro.

Externamente el proceso de inserción de las religiosas canadienses en la realidad chilena aparecía en forma muy positiva. La llegada de las nuevas Hermanas, constituía una comunidad integrada por 17 religiosas, lo cual dio ocasión para realizar, en marzo de 1856, con motivo de la Fiesta de Nuestra Señora de Dolores, los Ejercicios Ignacianos que dirigió el Pbro. Chabot.

---

[213] Morin, «Historia»., o.c., 1, p. 104.
[214] Morin, «Historia»., p. 105.

Sin embargo, al interior de la comunidad se iban agudizando los conflictos, que irán creciendo hasta la crisis que tendrá la Comunidad con la Jerarquía de la Arquidiócesis, en el año 1862.

Analizando, a la luz de los escritos de Sor Bernarda, podríamos establecer que el núcleo a partir del cual se suscitan otras tantas problemáticas era el modo autoritario y personalista

VI.- Chile, la misión asignada

con que el Pbro. Gedeón Huberdault ejerce su función de Capellán-Superior de la Comunidad religiosa. De hecho no sólo ejercía con autoridad plena, sino que reducía a la Superiora a ser ejecutora de sus órdenes. Además, ejercía un control asfixiante del más mínimo detalle de lo que sucedía en el Asilo. La consecuencia inmediata que se derivó de ello fue un clima de mucha tensión interna y, al mismo tiempo, de aislamiento total de la jerarquía y de la Iglesia chilena.

La definición que Sor Bernarda nos entrega del Pbro. Huberdault es categórica: "Era un sacerdote modelo, de vida piadosa, abnegada y aún austera. Tenía una inteligencia clara y despejada, un carácter enérgico y firme, genio emprendedor y tan activo que parecía encontrar expansión en vencer dificultades y en tener a su cargo asuntos que le demandaran bastante trabajo. Pero no era religioso y por lo mismo no se creía obligado a sujetarse a la letra, al espíritu y a las inspiraciones de una regla para religiosas…"

"Sin dejar de reconocer los importantísimos y generosos servicios que nos prestó el Señor Huberdault, no puedo ocultar que su ingerencia hasta en los más pequeños detalles del régimen interior de la casa (tanto que ni un pollo se podía matar sin su permiso) producía cierto desacuerdo o malestar…"[215]

Sor Bernarda lo resiente en toda su actividad y en su vida espiritual, ya que no pudiendo estar de acuerdo con los caprichos y veleidades del Pbro. Huberdault, se da cuenta, por otro lado, que la comunidad le sigue con plena sumisión lo que hace que ella se sienta rebelde y poco humilde.

"Algunas veces me adelantaba, creía poder algún día llegar a ser tan humilde, como él lo deseaba, creía poder llegar a reprimir o mortificar este pobre corazón mío, hasta el punto de que no sintiese cosa alguna de esta vida. Esperaba a fuerza de empeñar llegar a contentar mis Superiores, porque me parecía que no podía agradar a Dios de otra manera. Lo emprendí con todo el ardor de mi temperamento. Semejante a una persona que no sabe nadar, en medio de las olas del mar, me sostenía algún rato sobre ellas y luego la necesidad de respirar me hundían en un abismo de angustia. No había para mí ni cielo ni suelo, ni norte alguno".[216]

---

[215] Morin, « Historia», 1, pp. 111-112.
[216]Morin, « Memorias »111, p. 116.

En las Memorias Intimas, Sor Bernarda hace ver que en el viaje, desde California a Valparaíso, se había generado un fuerte clima de tensión con el Pbro. Huberdault por la forma posesiva y dominante con que las trataba. Es por ello que anota que, en esta situación, "la obediencia me ofrecía grandes dificultades" sentía que "por todos lados padecía violencia". Por lo mismo concluye diciendo: "Mientras se trató de regresar al Canadá medio me conformaba, pero cuando yo vi que este estado de cosas se iba a

La entrega sin retorno

prolongar con nuestro establecimiento en Chile, vi que necesitaba de una gracia muy poderosa para no desesperarme-".[217]

Ella, juntamente con Sor Benjamina se sienten ser el blanco de la discriminación y desprecio de parte del Pbro. Huberdault. Se siente atrapada, ya que no goza del clima de confianza y familia, existente en Montreal y, por otra parte, no tiene a nadie para confidenciar sus inquietudes. Es lo que refleja en estas líneas:

"No teníamos la libertad de escribir a nuestros superiores de Montreal y ni sabíamos siquiera que podíamos dirigirnos al Sr. Arzobispo. Chiquilla, sin conocimiento, ni experiencia; y casi todos los días se nos echaba en cara que los Superiores no habían sabido elegirnos, particularmente por Benjamina y yo, que éramos demasiado jóvenes, que no éramos formadas, que éramos una carga muy pesada, que no sabían que hacerse con nosotras… no pasaba día sin que nos cubriesen de reproches sobre nuestra ignorancia, nuestra falta de humildad y obediencia… Yo me preparaba desde que abría los ojos por la mañana pidiendo al Señor me hiciera la gracia de llevarlo en paciencia y estaba orando…"[218]

Sumergida en esta gran crisis advierte que se suscitan en su interior las más diversas tentaciones. Tentaciones contra la fe, contra la vida religiosa, valen decir, un cuestionamiento total de la vida religiosa y sobre la validez de las prácticas de piedad.

"Un día, recuerdo, estaba sumamente abatida, no me parecía que debía comulgar sin confesarme, pedí para confesarme y a las primeras palabras me dijo con disgusto: que no ve que está perdiendo la cabeza, vea en lo que va a parar. No me importa, le dije, perder la cabeza o no, lo que me importa es estar en gracia de Dios".[219]

Sor Bernarda siente que en su interior surgen tentaciones de toda índole, pensamientos de blasfemias contra Dios y los santos, todo lo cual le produce un estado tal, que llega a perder el sueño.

"En medio de esto tomé la resolución de obedecer a ciegas a mis superiores, al menos de darme con toda la posible perfección a las prácticas[220] exteriores de la vida religiosa y a

---

[217] Morin,, «. Memorias» 111, p. 114.
[218] Morin, «Memorias»., p. 115.
[219] Morin, «Memorias» o.c., 111, 117.
[220] Original : tachado : interior.

abrazar con la abnegación más generosa la práctica de las obras de caridad a que me había consagrado. Desde mi noviciado, había tomado para mí esta máxima de elegir en toda ocasión lo más humillante y repugnante y sentí la necesidad de practicarla con más rigor. Procuré trabajar mucho más en favor de los niños y prestarles yo misma los servicios más costosos, curarlos de sus llagas".

VI.- Chile, la misión asignada

"Había cien niños divididos en cuatro secciones. Trabajaba todo el día sin tener un ratito de descanso, ni el tiempo de la meditación tenía libre y de noche, como dormía con ellos, tenía que levantarme muchas veces. En muchos días me hallaba tan cansada por la noche que tenía que descansar antes de desnudarme, porque ya no tenía valor para ello."[221]

En uno de estos instantes de tentación y lucha interior, narra que una noche, terriblemente cansada de los trabajos y luchas del día, habiendo ya acostado a los niños, le asaltó el pensamiento, que jamás vería ella a Dios, ya que todo lo que había hecho y sufrido era inútil. Espantada y anonadada se tumbó sobre la cama y tomando un Crucifijo entre las manos, le dio un beso pronunciando una serie de exclamaciones de afecto al Señor. Al cabo de media hora volvió en sí y pudo acostarse.

La afirmación que ella hace es la siguiente: "Tomaba todas las medidas posibles para ocultar mis penas y como tenía carácter fuerte, ejercitaba en reprimir mis impresiones. Me mostraba exteriormente alegre y activa".[222] Nos informa que este tiempo leyó con mucha atención el Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios del Padre Rodríguez:

"Todas las noches leía algo de él antes de acostarme y poco a poco sentí un aumento de fuerzas espirituales y una cierta paz interior que me decía que podía agradar a Dios sin agradar a mis superiores, que Dios N.S. miraba mi voluntad y que algún día tendría compasión y misericordia de mí."

"De vez en cuando Nuestro Señor me mandaba algunos rayitos de luz. Veía el punto de donde había salido, como Nuestro Señor me había tomado por su esposa, algunas veces me decía: No temas. Otras: Te amo. Otras: aliéntate par sufrir más por mi amor o tú eres mía. Estas palabras que me venía las más veces en momentos de mayor apuro me daban la vida. Me olvidaba lo sufrido y lloraba de ternura y de gusto".[223]

Sor Bernarda escribe señalando que a lo largo de todo este tiempo, no había quien tomase su lugar en el oficio, ya que ella debía atender a los niños y, por lo mismo, no podía participar con la comunidad en la oración comunitaria, por lo que ella procuraba compensar esta ausencia.

---

[221] Morin, «Memorias» ibid.
[222] Morin, «Memorias» o.c., p. 119.
[223] Morin, «Memorias»o.c., 111, p. 120.

A mediados de 1857, volvieron de nuevo las tentaciones interiores y las inquietudes de conciencia, las que incluso se hacían presente en sus sueños y le provocaban un gran cansancio hasta el extremo que las fuerzas le faltaban para el trabajo.

Sor Bernarda al referir todo esta crisis, no manifiesta directamente que estas dificultades proviniesen del autoritarismo impuesto por el Pbro. Huberdault, sin embargo, ello resulta evidente por cuanto explícita: "era en la confesión, en las conferencias, en el trabajo, en

La entrega sin retorno

todas partes…[224] De esta situación surgían una serie de consecuencias y la primera que ella anota es: "la obediencia me ofrecía grandes dificultades"[225]

Advierte que su crisis interior, es producto de esta tensa situación, en que le Pbro. Huberdault, a la vez que ser Director espiritual y confesor de la Comunidad, de hecho era el Superior por antonomasia. En definitiva se le produce un cierto rechazo al sacramento de la reconciliación. Escribe en sus memorias:

"La confesión era para mí un nuevo tormento, por lo mismo decía con viva fe: yo pecadora me confieso a Dios. Muchas veces salía del Tribunal de la Penitencia tan desalentada que no sabía qué hacer. No podía poner en práctica una doctrina tan severa. La obediencia de entendimiento debía ser tan ciega que no se me había de ocurrir ninguna cosa contradictoria, la humildad tan profunda que me había de destruir cualquiera palabra, cualquier gesto era un crimen muy grande, cualquiera sombra de tristeza era un escándalo que excitaba una indignación tan aterrante, que yo le confieso haber reprimido mis lágrimas a costa de grandes esfuerzos para librarme de eso siquiera. Una vez dije a mi confesor: Padre me siento turbada con todas estas cosas, no tengo paz. El Espíritu Santo lo ha dicho, contestó: No hay paz para los impíos, obre bien y tendrá paz".[226]

Es evidente que el Pbro. Huberdault percibía que la única que no aceptaba su dominio absoluto al interior de la Comunidad era Sor Bernarda. Por ello, procuraba someterla, a través de todos los medios.

Sor Bernarda, en un inicio asumió la actitud de ironizar: "Llevé con impaciencia este estado de cosas y muchas veces ridiculicé la conducta de mis superiores".[227]

Afirma que hacía grandes esfuerzos y suplicaba al Señor le ayudara a sobrellevar esta pugna: "Yo me preparaba desde que abría los ojos por la mañana pidiendo al Señor me

---

[224] Morin, «Memorias»
[225]Morin, «Memorias» o.c., p. 114.
[226] Morin, «Memorias»o.c., 111, p. 116.
[227] En original : ridiculizé, o.c., 111, p. 114.

hiciera la gracia de llevarlo con paciencia… hasta que un día Dios N.S. me hizo la gracia de sufrirlo con paciencia lo que me causó tanta alegría y confianza en Dios…”[228]

Sor Bernarda refiere que: “A principios del año 1856, el Sr. Huberdault, dejó de ser nuestro confesor, pero seguía dirijiéndonos como Superior. Lo reemplazó como confesor ordinario el Señor Chabot”.

VI.- Chile, la misión asignada

“Mientras el Señor Huberdault fue el único director de mi conciencia no pasé tantas inquietudes. Procuraba hacer y cumplir con mucho empeño lo que él me recomendaba y lo demás lo dejaba a Dios y era tan satisfecha de que N.S. es quien dirige por los Superiores que no deseaba otro. Pero cuando él nos dejó de confesar, considerando las cosas que habían pasado en el viaje y después, creyó conveniente de prohibirnos bajo las más severas penas de jamás hablar una palabra de nuestro viaje, ni de las cosas que habían pasado después, reasumiendo él la responsabilidad de todo lo hecho y pronunciando las maldiciones más espantosas y repetidas sobre la desgraciada que tuviese la osadía de despegar sus labios”.[229]

Este mandato, de olvidar todo lo pasado, que el Pbro. Huberdault impone a las religiosas, bajo conciencia, además de ser un abierto abuso de poder, trajo como consecuencia el que se creó en la Comunidad un clima enrarecido.

“Durante este tiempo se complicaron los asuntos de la Comunidad. Las Hermanas recién llegadas no se podían conformar a la vida que llevábamos. Acababan de separarse de Superiores tiernamente amados cuya prudencia, amor y solicitud había hecho su felicidad. Aquí se hallaban en una atmósfera misteriosa, sombría y bajo la influencia de penosísimos sacrificios…”

“En general las cosas iban muy mal en el interior de la casa. No había orden y no lo podía haber, porque nuestra Madre Superiora carecía de energía para ocupar su lugar. El Superior dirigía la cocina, no se podía matar un pollo sin su licencia, el lavado, la lechería, el levantarse de los niños, como las operaciones más espirituales de la Comunidad. Un día relajaba enteramente la observancia de las reglas y se contentaba con tal que hablásemos siempre en español y trabajásemos sin discontinuar. Otro día, viéndonos mal avenidas, con una vida puramente mercenaria nos estrechaba cruelmente, diciéndonos que éramos de la condición de los esclavos, a quienes no se puede dejar libertad. La obediencia entonces debía de pasar de perfecta y la humildad no hay para qué decir sino profundísima. Claro es que las Hermanas lloraban y no sabían qué hacer.

---

[228] Morin, «Memorias»., 111, p. 115.

[229] -Al costado de esta página y con letra que indica ya vejez, está escrito : « Conviene suprimir el nombre del P. Huberdault que fue muy estimado aquí y en el Canadá y abrevien el asunto ». o.c., 111, p. 122.

Yo como no era humildísima, no lloraba, pero caí muchas veces en la falta de ridiculizar esta variación de cosas".[230]

Sor Bernarda refiere que ella trataba de alegrar a sus hermanas con chistes y travesuras. La referencia que hace, incluso en sus bromas, apuntan directamente a un sistema de obediencia despótica implantado por el Pbro. Huberdault, así, escribe:

La entrega sin retorno

"Espiaba la ocasión en que las Hermanas estaban dispuestas a oír mis chistes y les decía, según las circunstancias: Vean hermanas el chasco que a mí me pasa, no me quise casar para no depender de un hombre y tengo que estar tan sujeta ahora".[231]

Luego de narrar varias de las formas como trataba de levantar el ánimo y alegrar a sus hermanas de comunidad, concluye: "pero más tarde conocí que era falta, que a los superiores no se les debía tocar en lo menor, pero, confieso que me costó mucha vigilancia sobre mí misma para corregirme de esta falta y no llegué a conseguirlo bien hasta fines de 1858".[232]

A continuación Sor Bernarda informa como el nuevo confesor Pbro. Chabot, procura conversar con ella sobre esta situación anómala que se vivía en el convento y, al mismo tiempo, saber su parecer. Ciertamente, él se había dado cuenta y buscaba un modo de enfrentar ese conflicto que incidía negativamente sobre toda la Comunidad religiosa. Al fin, Sor Bernarda le hizo ver que tanto él como ella se daban cuenta que las cosas marchaban mal, pero que era imposible remediar dicha situación. El Pbro. Chabot le hizo ver la responsabilidad que ella tenía respecto a las otras hermanas y que el remedio estaba en que la Superiora diese la libertad necesaria a las consejeras y ella misma recobrase algunos de sus derechos. Ante esto Sor Bernarda anota:

"Bien sabía yo que nuestra Madre tomaría mal cualquiera observación que se le hiciera en este sentido, porque era tan obediente que la voluntad del Señor Huberdault era la suya y no creía posible a una religiosa pensar diversamente que su Superior. Además era en extremo sensible, por cuyo motivo dije al Señor Chabot que me parecía, que hasta podía causarle la muerte".[233]

Sor Bernarda percibe que el Confesor insiste en el asunto y haciéndole cargos muy graves de conciencia, la invita a tomar medidas para restablecer la vida de la comunidad, esto es,

---

[230] Morin, «Memorias» o.c., 111, 123.
[231]Morin, «Memorias» o.c., 111, p. 124.
[232] Morin, «Memorias»o.c., 111, p. 125.
[233] Morin, «Memorias» o.c., 111. P. 126.

más de acuerdo con el Espíritu de Dios, ya que de otro modo se vería en la necesidad de negarle la absolución. Ella anota lo que le aconseja el confesor:

"Que yo estaba comprometida por mis obligaciones religiosas a sacrificarme, si era menester para el bien espiritual de mi comunidad."[234]

Ante este requerimiento y después de un largo tiempo se decidió a conversar directamente con la Madre Larocque, sobre este asunto:

VI.- Chile la misión asignada

"Fuimos las dos a andar un domingo en el huerto. Creí oportuna la circunstancia y le principié a hablar. Pero ella al momento me dijo: yo conozco todo el asunto, quieren Uds. Hacer quitar nuestro P. Huberdault, de Superior. Yo lo que pido a Dios es que me saque de esta vida antes de ver semejante cosa".

"Le dije que no, jamás esta cosa me había pasado por la imaginación, lo que yo quería era que por medio de relaciones o comunicaciones cordiales se viese si se podía o no mitigar algún tanto el malestar que reinaba en la Comunidad. En efecto, nuestra Madre se abandonó a su aflicción y poco más de un mes después ya no existía. Ya se deja discurrir cual sería mi aflicción".[235]

La muerte de la Madre Larocque, a inicios de 1857, constituye el momento en que se desencadena una serie de manifestaciones, fruto de la situación anómala de encierro y de sujeción absoluta al Pbro. Huberdault, que por otra parte ponen en alerta a la jerarquía.

El último domingo de enero de 1857, la Madre Victoria Larocque, después de la Misa se había sentido mal. El médico opinó que era una simple indisposición, pero ella le confidenció a Sor Bernarda: No es así; me siento mal, voy a morir y sin ver al Señor Huberdault".[236]

Las Hermanas quisieron enviar a buscar al Pbro. Huberdault, el cual había viajado a Concepción, pero ella se opuso, diciendo que había que dejar que se cumpliera la voluntad de Dios.

Al saber que el médico había diagnosticado que se trataba de una disentería mortal, Sor Bernarda se acerca a su lecho y le pregunta si su muerte se debía a lo que ella le había dicho.

---

[234] Morin, «Memorias»o.c., 111, p. 126.
[235] Morin, «Memorias» ibid.
[236] Morin, « Historia», 1, p. 112.

"Me contestó que no, que era que por una parte sentía sufrir en extremo de ver sufrir a las Hermanas, las que harían mucho mejor de conformarse y sufrir en silencio, que ella no creía conveniente ni se sentía con energía para oponerse al Señor Huberdault, que por eso pedía y esperaba que N.S. le concedería morir, que el peso de su carga la había concluido".[237]

La Madre Victoria Larocque, falleció el 21 de Febrero de 1857, a la edad de 38 años. Era una de las Siete Fundadoras de la Congregación, caracterizada por su timidez, unida a una gran vida interior y una alegría que iluminaba su rostro.

La entrega sin retorno

Asume, entonces, como Superiora Sor Amable Dorión, quien había sido elegida Asistenta en el Capítulo realizado en 1856. Sin embargo, se mantiene la autoridad omnímoda ejercida por el Pbro. Huberdault, lo cual hace que el Pbro. Chabot acentúe de su parte las exigencias para que Sor Bernarda ponga en conocimiento del Arzobispo toda esa situación. Sor Bernarda, replica:

"Señor, yo antiguamente he pensado así, me han dicho que yo era loca y mucho más fácil me ha sido creerlo que de probar lo contrario".[238]

Lo cierto es que ante la iniciativa, totalmente personal que asume el Pbro. Huberdault de viajar a Montreal, sin consultar al Consejo de la Comunidad y arrojándose la representatividad de toda la Congregación en Chile para solicitar en Canadá nuevos refuerzos y fundar nuevas obras. Sor Bernarda comprende que ello sobrepasa todo límite y plantea un cuestionamiento a este plan, que pasaba a llevar varias disposiciones canónicas que regulaban la vida de la Congregación.

En consecuencia, se produce un conflicto abierto, que en forma escueta Sor Bernarda enuncia de esta manera: "Desde entonces, principió la lucha que tuve que sostener con el Señor Huberdault y la Comunidad".[239]

La Comunidad de la Providencia vive aislada de todo lo que sucede en el país y en la Iglesia chilena. En sus crónicas no existe ninguna referencia al acontecimiento que en el año 1856 sacudió a toda la sociedad en Santiago, conocido como "La cuestión del Sacristán". En lo medular fue un enfrentamiento que tuvo el Arzobispo de Santiago con el Gobierno de la República por defender la autonomía de la Iglesia. Dos canónigos se declararon en rebeldía en contra de una decisión decretada por el Arzobispo Mons. Valdivieso y habían apelado a los tribunales civiles, haciendo uso del "Recurso de Fuerza", estipulado en la práctica del Patronato. La Corte Suprema dictó sentencia en

[237] Morin, «Memorias» 111, p. 127.
[238] Morin, « Memorias» 111, p. 127.
[239] Morin, «Memorias» Ibid.

contra del Arzobispo, el cual no se sometió, exponiéndose a ser desterrado. La ciudad entera se movilizó adhiriendo a un bando u otro.

A partir de ese hecho, la vida política, en Chile, se estructura en la lógica de una pugna entre liberales y conservadores. Además, si bien es cierto que, finalmente, los canónigos se desistieron de su apelación al tribunal civil y todo volvió a la calma, quedó en claro que el Arzobispo era un decidido defensor de la autonomía de la Iglesia frente al poder civil y un celoso pastor de la disciplina interna de la arquidiócesis.

==========

VII.- La crisis de fidelidad

La entrega sin retorno

Ciertamente la tensa situación que vivía la Comunidad de las Hermanas de la Providencia por las imposiciones autoritarias establecidas por el Pbro. Huberdault, tanto en lo que se refiere a las relaciones interpersonales al interior de la comunidad, como en lo relacionado a la comunicación con las autoridades eclesiásticas del Arzobispado, obligó a la Madre Asistente Sor Amable Dorión, apenas nombrada Superiora, a reunirse con el Consejo de la Comunidad y dedicar varias sesiones a evaluar la práctica de las reglas, usos y costumbres de la Comunidad. Se llegó a redactar cincuenta artículos tendientes a mejorar, no sólo la práctica de las reglas y usos de la Congregación, sino, principalmente, su interpretación y su uniformidad.

Sor Bernarda, que integraba este Consejo en calidad de Depositaria, informa que uno de los acuerdos logrados fue que la Superiora manifestara al Pbro. Huberdault el parecer del Consejo, el cual era contrario a sus planes de traer, en su próximo viaje a Montreal, nuevas hermanas para fundar con ellas otras obras en el país.

"Convinimos en que la Hermana Asistenta le dijera al Señor Huberdault que nosotras no teníamos interés por multiplicar las casas en Chile hasta que la comunidad tuviese sus reglas bien establecidas…"[240]

La Superiora hizo presente este parecer al Pbro. Huberdault, quien aparentemente aceptó la petición del Consejo, pero, luego, actuó de acuerdo a su propia voluntad. Se entendió en forma independiente con el Gobierno y con el Señor Arzobispo, de los cuales obtuvo dinero y cartas de recomendación, bajo la promesa de traer hermanas que se hicieran cargo de la Escuela Normal, de una Escuela de sordo mudas y una fundación en Concepción. En cuanto tal, aparecía no sólo como el verdadero superior de la Comunidad de las Hermanas de la Providencia en Chile, sino, además, con un poder capaz de conseguirlo todo ante los Superiores de Montreal.

Sor Bernarda, añade:

"Esto nos afligió y dio lugar para que separadamente de las cartas y colección de consultas sobre la regla dirigidas a Montreal por conducto del Sr. Huberdault, diéramos otras reservadas y muy recomendadas a su compañero de viaje, el Sr. Byard, Presbítero canadiense, que de regreso de China volvía al Canadá".

"En estas cartas le decíamos francamente a nuestra Madre nuestros temores para el porvenir, y que varias Hermanas no se podían acostumbrar al método observado en la Casa de Santiago, y sufrían mucho…"[241]

---

[240] Morin, «Historia», 1, p. 115.
[241] Morin, «Historia» o.c., p. 116.

VII.- La crisis de fidelidad

El Pbro. Huberdault, junto a su acompañante el Pbro. Byard emprendieron el viaje hacia el Canadá, en los primeros días de Mayo de 1857. "Después de algunos días de camino, sospechando el Pbro. Huberdault que el Pbro. Byard fuese portador de algunas comunicaciones reservadas, se las exigió con tal imperio, que éste se las entregó".[242]

Por lo que informa Sor Bernarda, el viaje del Pbro. Huberdault era una clara manifestación del control y dominio que tenía sobre la comunidad. Él lo planificó y, sin tomar en cuenta el Consejo Superior de las Hermanas, lo realizó de acuerdo a sus planes.

"El Pbro. Huberdault sustentaba la teoría que nosotras debíamos entendernos con él, y él entenderse con los superiores mayores, tanto en Santiago como en Montreal".

"Obedeciendo a este principio, vivíamos en tal sujeción, que aún después que se arreglaron las cosas con Monseñor de Montreal y que nuestro establecimiento en Chile fue aceptado por la comunidad, siempre continuamos absteniéndonos de mandar carta alguna sin que pasara por vista y fuera por él mismo llevada al correo".[243]

Considerando este criterio de obediencia que el Pbro. Huberdault había impuesto a las religiosas de la Providencia, en forma absoluta, se deducían dos consecuencias:

- Primero: toda determinación, en última instancia, dependía de su aceptación o rechazo, ya que él era el "mediador" entre los Superiores de Montreal y la Comunidad en Santiago.

- Segundo: Las Hermanas debían evitar que las autoridades eclesiásticas del país se "entremetieran" en los asuntos de la Comunidad, ya que la vinculación con Montreal debía ser absoluta y él era el responsable de mantener esta "fidelidad" por encima de la autoridad eclesiástica local.

Los siete meses de ausencia, durante los cuales el Pbro. Huberdault estuvo de viaje, dieron la oportunidad para que aflorara en la comunidad un clima de espontaneidad y serenidad. En esto ayudó enormemente el influjo del confesor Pbro. Chabot, quien con sus sabios consejos, sus conferencias e instrucciones, logró que la comunidad se encontrara consigo misma, liberada de esa dependencia personalista que la sometía al Pbro. Huberdault. Incluso, logró liberarlas del famoso juramento que el Pbro. Huberdault les había impuesto, desde su llegada al país, esto es, no contar a nadie lo sucedido durante el viaje desde Oregón a Valparaíso. Cuestión que pesaba en el ambiente y que, según Sor Bernarda, había entorpecido las relaciones con las doce Hermanas llegadas en Diciembre de 1855. Ahora, pudieron explicarles el por qué de este silencio que habían tenido con ellas, e incluso, escribir el relato de dicho viaje.

---

[242] Morin, «Historia» pag. 116
[243] Morin, «Historia» o.c., p. 117.

La entrega sin retorno

El Pbro. Huberdault regresó del Canadá, el 8 de Diciembre de 1857. De acuerdo a sus planes y en contra del parecer del Consejo de la Comunidad, había logrado traer a cinco Hermanas, una novicia y dos señoritas. Entre ellas, a Ana María Brophy, sordo-muda. Como quien se siente en la cúspide del mando y dispone de todo por encima de las autoridades elegidas por la Comunidad, quiso, apenas integrado en la comunidad, que una de las Hermanas que venía en su comitiva, Sor Teresa de Jesús, se constituyera en calidad de Visitadora Extraordinaria y realizara una Visita a la Comunidad. Dicho control interno sólo se puede realizar cuando una religiosa ha sido delegada oficialmente para dicha misión por la Superiora General, condición que en este caso no se cumplía.

La Hermana Asistenta, Sor Amable, en su calidad de Superiora local, comprendió que dicho atropello transgredía gravemente la Reglas de la Congregación, por eso encaró directamente a la Hermana Sor Teresa de Jesús:

"Hermana, si Ud. Exhibe su título de Visitadora, será respetada como tal; pero, si no trae credenciales, nos parece irregular que Ud. practique la visita".[244] Ante esta actitud firme, la Hermana desistió de prestarse a colaborar en la ejecución de este capricho que quería imponer el Pbro. Huberdault.

El estilo de serenidad y apertura que había impreso el Pbro. Chabot a la Comunidad, chocó de inmediato con las prescripciones personalistas que restableció el Pbro. Huberdault. Se dio, por lo tanto, de inmediato un enfrentamiento, que tuvo como consecuencia el retiro de Chile del Pbro. Chabot: "se apoderó de él una confusión que lo anonadó completamente".[245]En enero de 1858, optó por regresar a Canadá.

En sus "Memorias", Sor Bernarda se refiere en forma muy positiva a la dirección espiritual que le brindó el Pbro. Chabot.

"El Señor Chabot hizo mucho también para mejorar mis cosas en lo espiritual. Me hacía darle cuenta de conciencia muy regularmente, aunque nunca con él me atreví a quebrantar la obediencia que nos había impuesto el Sr. Huberdault, que era nuestro superior. Me hacía poner en práctica las más minuciosas reglas de los Maestros de espíritu".[246]

Luego, añade, que el Pbro. Chabot antes de irse le había dicho con toda franqueza:

"Que no entendía el camino por donde Dios me llevaba, que al principio, él pensaba que con la práctica de los métodos de ejercicios espirituales sobre los cuales él había insistido tanto conmigo me volverían a un estado más consolador, pero que veía que todo había

[244]Morin, «Historia»o.c., p. 119.
[245]Morin, «Historia» o.c., p. 120.
[246]Morin, « Memorias.», p. 128.

VII.- La crisis de fidelidad

sido en vano, sin embargo, agregó, creo que va bien. No se desaliente jamás por cosa alguna que le suceda, porque, algunas veces Dios suele poner en movimiento el cielo y la tierra para la santificación de una alma escogida y permitir o sufrir muchas cosas que a primera vista parecen muy contrarias a los intereses de su gloria".[247]

Entre el mes de Enero y Abril de 1858, la comunidad de las Hermanas tuvo como confesor al Pbro. Huberdault y al Pbro. Francisco Rock.

En el mes de Abril de 1858, se cumplía el período de reemplazo, que Sor Amable Dorión cumplía en el gobierno de la comunidad, desde la muerte de la Madre Victoria Larocque. De acuerdo a las Reglas de la Congregación debía procederse a la elección. Con tal motivo, el Sr. Arzobispo Valdivieso dedicó por entero, los dos días anteriores a la elección, a hacer una Visita a la Comunidad. En esta oportunidad pudo conversar con cada una de las Hermanas y Novicias, además, visitó todas las dependencias de la casa.

En la tarde del día 17 de Abril, se realizó la elección de la Superiora y del nuevo Consejo, de acuerdo a las normas señaladas en las Reglas. Dicho acto fue presidido por el Sr. Arzobispo, el cual estaba acompañado por su Vicario General Pbro. Casimiro Vargas y de su Secretario Pbro. José Ramón Astorga.

El resultado de la elección fue el siguiente: Superiora: Sor Amable Dorión; Asistenta: Sor Teresa de Jesús Tetú; Maestra de Novicias: Sor Bernarda Morin; Depositaria: Sor Juana de la Cruz Beaudoin; Consejeras: Sor María del Sagrado Corazón Berard, Sor Amarina Lemaitre y Sor María Angélica Demers.

Sor Bernarda recibe un voto de confianza, de parte de la Comunidad, al ser elegida como Maestra de Novicias.

A su vez el Sr. Arzobispo nombró como Confesor ordinario de la comunidad al Pbro. Jorge Montes, permaneciendo, además, el Pbro. Huberdault. En este leve cambio se percibe la intencionalidad del Sr. Arzobispo de superar la poca comunicación que existía entre las religiosas y la autoridad diocesana, ya que, en su visita a la comunidad había notado que la mayoría tenía mucha reticencia de hablar con él.

En sus "Memorias", Sor Bernarda nos complementa esta situación:

"Después tuve ocasión de hablar con el Sr. Arzobispo que vino a presidir las segundas elecciones. Me confesé con S. S., le dije todas mis cosas y le pedí un confesor, que fue el Sr. Montes."[248]

---

[247] Morin, «Memorias» pag. 128.
[248] Morin, «Memorias» p. 129.

La entrega sin retorno

Sin embargo, ella no logró sintonizar con él:

"Desde luego le entregué la dirección de mi alma, pero me hallé tan sin libertad, sin confianza con él, que en los cuatro años que lo tuve por director me costaba fatigas y sudores de muerte cada vez que me confesaba".[249]

Por lo mismo, continúa confesándose con el Pbro. Huberdault, el cual interpreta este estado de oscuridad, en el que se encontraba Sor Bernarda, como un castigo de Dios, por cuanto ella era la única que no se había sometido plenamente al régimen impuesto por él.

"Persistía en decirme que se podía mirar este estado de oscuridad, como conducente a la privación de la gracia eficaz necesaria para salvarme, que era un verdadero castigo de mi soberbia y apego a mi juicio, que lo menos que me podía suceder era perder la cabeza, que era lo que se obtenía con separarme de la voluntad y parecer de los superiores, para aspirar a una perfección fantástica y ridícula, haciéndome sentir que si seguía sería la fábula y la vergüenza de mi comunidad".[250]

En todo esto, había una razón oculta que motivaba los celos del Pbro. Huberdault y era la desconfianza que tenía ante cualquier representante del clero nacional, sentimiento que había logrado trasmitir a la Comunidad.

Sor Bernarda nos lo manifiesta en este juicio:

"Por otra parte, sabía muy bien que a él, ni a nuestra Madre les gustaba que entrásemos en muchas comunicaciones con el Señor Montes".

Esta situación, que ella veía totalmente contraria a las Constituciones, provocaba en su interior, sentimientos contrapuestos:

"Me avergonzaba de dar a conocer las cuestiones que se trataban en mi comunidad, porque yo amaba a mis Superiores y a mis hermanas y el punto de honor patriota me era muy caro".[251]

En el curso del año 1858, las Hermanas de la Providencia se hacen cargo del Asilo del Salvador, en Valparaíso. Allí debieron enfrentar serias dificultades con las Señoras de la Sociedad de Beneficencia, que hasta ese momento eran las encargadas de esta fundación y que continuaban siendo benefactoras, pero que pretendieron convertir a las Hermanas en simples "empleadas". Después de un período muy difícil, las Hermanas debieron

---

[249] Morin, «Memorias»., p. 130.
[250] Morin, «Memorias» ibid.
[251]Morin, «Memorias» o.c., p. 131.

VII.- La crisis de fidelidad

reiniciar la obra en una casa propia, con una fuerte oposición de este grupo de damas de la alta sociedad.[252]

Así mismo, a petición del Obispo de La Serena Mons. Justo Donoso, fundaron una Casa en Andacollo. Experiencia en la que debieron enfrentar la Revolución de 1859 y en la que permanecieron sólo siete meses.

En ambas aparece, como autoridad representante de la Congregación de la Providencia, el Pbro. Huberdault, quien firma los acuerdos y documentos públicos.

El Sr. Arzobispo de Santiago viaja a Roma para cumplir con la Visita ad Limina, en el año 1859. En dicha ocasión tuvo la oportunidad de visitar las diócesis de Nueva York, Montreal, Filadelfia y Baltimore. A mediados de Septiembre llegó a Montreal, donde tuvo la oportunidad de conversar con Mons. Bourget.[253] La entrevista fue muy cordial y Mons. Valdivieso se ofreció a ser portador, ante la Santa Sede, del texto de las Constituciones de la Congregación, lo cual realizó agregando, de su parte, una presentación favorable.

Es preciso señalar que la Visita ad limina, que realiza, en este año, Mons. Valdivieso, no sólo contemplaba la entrega, al Santo Padre Pio IX, del informe relativo al estado de la Arquidiócesis de Santiago, sino, además, todo lo relacionado con la reforma de los religiosos en Chile. Importa recordar, que a partir del año 1850, la Congregación de Obispos y Regulares había encomendado al Arzobispo de Santiago el cumplimiento de dicha misión. En esta oportunidad, el Arzobispo recibió el pleno respaldo y alabanza del Santo Padre Pio IX y de la Santa Sede por la gestión realizada. Aún considerando las dificultades surgidas, le fue confirmada, por la Congregación de Obispos y Regulares, la delegación de poderes para llevar a término la reforma disciplinar canónica en las Congregaciones religiosas del país.

A partir de Marzo de 1861, de regreso a Santiago, el Arzobispo continuará impulsando esta difícil tarea, en la que puso en juego su carácter decidido y sus vastos conocimientos jurídicos. Por lo mismo, importa enmarcar dentro de este contexto la actuación que asume ante los hechos que lo enfrentarán con las Hermanas de la Providencia.

Por su parte, la Congregación de las Hijas de la Caridad, Sirvientes de los Pobres, que para la Iglesia chilena eran simplemente Hermanas de la Providencia, se consolidaba en el país, con un hecho de gran transcendencia. La primera profesión religiosa se realizaba, el 16 de Enero de 1859, en una emotiva ceremonia en que el Vicario General Don José Miguel Aristegui recibió los votos religiosos de Sor Gedeona Riveros y Sor Valentina Castro. Eran los primeros brotes de una semilla plantada en la realidad chilena, lo cual

[252] La Revista Católica, 574, 1858, 2889.
[253] La Revista Católica, 616, 1859, 314.

La entrega sin retorno

era motivo de alegría no sólo de la Iglesia chilena, sino también para la Maestra de Novicias Sor Bernarda Morin.

En medio de todos estos acontecimientos de consolidación y triunfo, sin embargo, subsistía una serie de contradicciones al interior de la vida de comunidad. Toda esta serie de anomalías eran asumidas por Sor Bernarda, la cual vivía una gran crisis interior.

"Una oscuridad profunda siguió cubriendo mi alma agitada".[254]

En sus Memorias continúa diciendo que estaba sumergida en un estado, que denomina de "mortal agonía". En la práctica era la única opinión disidente en la comunidad, lo cual exigía mucha fuerza de carácter y confianza en Dios. En medio de una serie de padecimientos, hace referencia a un hecho que logra confortarla y que en realidad juega un rol muy importante, pues nos hace entender lo admirable de su resistencia.

Era el mes de febrero de 1860. Estaba delicada de salud y por ello se encontraba en la enfermería. Nos informa que ese día había decidido no comulgar, pensando en lo que le había dicho el confesor, Pbro. Huberdault, esto es, que sus sufrimientos no eran gratos al Señor y que hasta entonces sólo la soberbia la había sostenido en su lucha. Estando todavía en esta reflexión escuchó que tocaba la campana:

"Sin pensar, ni quererlo me dejé caer de la cama para hacer la postración y con gran fervor dije las palabras acostumbradas: Jesucristo se hizo por amor a nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz (subrayada). En esto se me presentó Nuestro Señor Jesucristo, rodeado de una luz brillante, teniendo creo en la mano izquierda una caña o una cruz resplandeciente, quien fijando en mí una mirada, al principio un poco severa, después amorosísima me dijo: Cómo te has olvidado tan pronto de que te he elegido para que entre mis esposas fueses la más amante de mi cruz y al momento desapareció, dejándome curada de la enfermedad del cuerpo y mejorada de la del alma. No vacilé en comulgar el día siguiente, llena de contento y de reconocimiento me entregué de nuevo a todas las prácticas de la vida religiosa y tenía tanto ánimo que me parecían pocas todas las cruces que tenía y deseaba cada día tener más".[255]

A partir de este hecho, Sor Bernarda adquiere mayor fuerza para dar a conocer su opinión crítica frente al aislamiento en que se ha sumergido la Comunidad, en sus relaciones con la Iglesia local. Cuestiona el desprecio que las Hermanas alimentaban hacia el clero chileno. Así mismo, el modo como el Pbro. Huberdault ejerce su autoridad al interior de la Comunidad, con el consiguiente clima de tensión que se vive en ella. Desde luego, ella es partidaria de informar de todo al Sr. Arzobispo y al Confesor. Todo, lo cual acentúa la pugna entre ella y el resto de la comunidad.

---

[254] La Revista Católica 616 . 1859p. 132.
[255] La Revista Católica., 616 1859p. 134.

VII.- La crisis de fidelidad

"Por este tiempo principié a sufrir mucho de parte de mis Superiores y Hermanas, mi posición se hizo muy penosa en la Comunidad, por las cosas que ya saben. Había Hermanas que no perdían ocasión de humillarme y mortificarme, y por la gracia de Dios, sólo les correspondía por las más tiernas manifestaciones de cariño."[256].

Frente a toda esta situación de conflicto, ella responde profundizando su actitud de humildad y de fe.

"Parecía que no tenía ningún conocimiento de Dios, ni de las verdades, ni cosa alguna de nuestra santa religión, era, como soy todavía, como un puro bruto, sin embargo, me gustaba estar a los pies de nuestro Señor y le rogaba que me sufriera a sus pies, como un perro fiel".[257]

Su confianza en el Señor la hace soportar la soledad en que se encuentra. En los momentos más difíciles repite oraciones tipo jaculatoria, entre las cuales podemos citar las siguientes:

"Haced, Señor que os conozca a vos y me conozca a mí"
"Vos que me criasteis, tened compasión y misericordia de mí"
"Solamente, Señor misericordia, misericordia Señor"
"Jesucristo se hizo por amor a nosotros obediente hasta la muere y muerte de cruz"
"Padre mío, por qué me desamparas"[258]

En sus "Memorias", escritas por orden del Confesor. Pbro. Reimundo Villalón, ella, en una actitud de humildad trata de exponer todas las tentaciones que la asaltaban para explicitar el sentimiento de sentirse pecadora. Con ello hace ver que no es por orgullo la actitud que sostiene en su comunidad, sino por entera fidelidad al Señor. Ella se define en una actitud de búsqueda de la voluntad de Dios. Entre otras intimidades declara:

"También desde este tiempo, mi corazón ha sido privado de amar de un amor sensible a las personas que me rodean. Esto ha sido para mí el objeto de grandes temores sobre si llegaba a cumplir o no, con mis prójimos, el gran precepto de la caridad"

"He sufrido constantemente tentaciones contra la santa virtud de pureza todo este tiempo, las que me han arrancado gemidos profundísimos y más de una vez han hecho correr lágrimas de mis ojos".

---

[256] La Revista Católica 616 1859 o. c., p. 135.
[257] La Revista Católica 616 1859o. c., p. 136.
[258] La Revista Católica 616 1859

La entrega sin retorno

"Se hacían sentir más violentamente en los tiempos que coincidían con las épocas en que antes me había entregado más a los placeres del mundo. El recuerdo del joven, del que hablé en la 2a parte me persiguió hasta mediados del año 1857."[259]

Dentro de esta situación de confusión y de lucha interior, recibe la noticia del nombramiento del Pbro. Joaquín Larraín Gandarillas, como confesor extraordinario de la Comunidad, lo que para Sor Bernarda tendrá una gran importancia.

"Con fecha 21 de mayo de 1861, fue nombrado como confesor extraordinario de esta casa el señor Dn. Joaquín Larraín Gandarillas. Me confesé con él la primera vez en Septiembre del mismo año. A la verdad no tenía deseo de comunicarle ninguna cosa de mi alma, porque decía a qué imponer a todo el mundo de mis cosas, si Dios Nuestro Señor, me quiere consolar, bien lo puede hacer. Verdaderamente tenía escrúpulo de buscar consuelo en las criaturas. Sucedió que hablando con él me hallé tan ensanchada, me pareció un hombre tan sincero, tan recto y de corazón tan noble, sensible, que me dije a mi misma este es un hombre de Dios. Y toda conmovida daba gracias al Señor de que hubiese todavía en el mundo personas que lo amasen y sirviesen…"

"En un momento se desvanecieron todas las tentaciones contra la fe. Me sentí animada y como renovada"

"… las circunstancias de mi comunidad eran por entonces delicadísimas, pues nada se temía tanto en la comunidad, como que traslucieran en lo exterior las cosas que pasaban en el interior. Hacían días no más que había tenido explicaciones serias con el Señor Huberdault sobre lo mismo. sospeché con fundamento que si me demoraba un tanto más en el confesionario daría lugar a nuevas desconfianzas…"[260]

Afligida y angustiada escribe al Obispo de Montreal, Mons. Ignacio Bourget exponiéndole el estado de temor y confusión interior por el que atravesaba. Además, también a él le informa del aislamiento en que está sumergida la comunidad religiosa en sus relaciones con todos los integrantes de la Arquidiócesis de Santiago.

"Monseñor Arzobispo no ha venido a vernos desde su vuelta de Roma, eso nos parece un poco singular. El entusiasmo de los primeros días del establecimiento se ha cambiado en indiferencia. Nuestra obras se reducen a muy poca cosa y la falta de relaciones parece oponerse a un porvenir más consolador, pues como extranjeras inspiramos desconfianza y

---

[259] La Revista Católica 616 1859 o. c., p. 140.
[260] La Revista Católica 616 1859 o. c., p. 142-144.

la comunidad no ha comprendido suficientemente la necesidad de conciliarse las simpatías para hacer el bien."[261]

VII.- La crisis de fidelidad

Más adelante agrega: "Bajo pretexto de conservar el espíritu de corporación, de regularidad, de preservar a las Hermanas de una infinidad de peligros, que en verdad son inminentes y multiplicados en un país extranjero, se nos retira o priva del ejercicio de nuestras obras; de ahí se pierde el gusto de su vocación, se entregan al fastidio, se forman antipatías, el nacionalismo divide los corazones…"[262]

Para ella llega el momento clave, el cual es consecuencia de su amor a Cristo y de fidelidad a la Iglesia, lo cual expresa en estos términos:

"Después de orar mucho resolví comunicar al Señor Larraín las cosas sustanciales de mi alma, sobre todo las que daban motivo a la diversidad de parecer de los Pbros. Montes y Huberdault, con la resolución de acabar con vacilaciones tan perjudiciales y con el fin de poder emplear toda la energía de mi alma en Dios y su servicio. Así lo hice, pero solamente seis meses después… vino, pues en Marzo de 1862".

"…Él me oyó con una bondad extraordinaria. Me consoló asegurándome que mis sufrimientos eran agradables a Dios, que no caminaba a mi perdición, que al contrario nuestro Señor tenía designios especiales sobre mí. Esta conferencia puso fin a tan grandes y justas inquietudes y desde entonces principié a entrar en las sendas de la paz."[263]

Al poco tiempo, de acuerdo al plan propuesto por el Sr. Arzobispo, como estrategia de inserción de las Hermanas de la Providencia en la comunión con la Iglesia de Santiago, el Pbro. Larraín es nombrado confesor ordinario de la Casa central: "Nos confesó por primera vez el 21 de Junio de 1862."[264]

Más allá de la situación personal que enfrentaba Sor Bernarda es preciso reconocer, entonces, que existía un conflicto, que se hacía cada vez más profundo. La tensión al interior de la Comunidad religiosa se había ido consolidando en dos tendencias muy marcadas:

- Por una parte, la mayoría de las Hermanas que no aceptaban la autoridad del Arzobispo de Santiago y reconocían en el Pbro. Huberdault a su legítimo Superior eclesiástico, por cuanto él tenía una dependencia del Obispo de Montreal.

- Por la otra parte, una minoría veía como consecuencia de su fidelidad a las propias Constituciones y a las orientaciones, que el propio Obispo Bourget les había enviado,

---

[261] Carta del 10-IX-1861, p. 3, en Archivo. Provincial - Santiago.
[262] Carta del 10-IX- 1861, p 3 en Archivo Provincial - Santiago
[263] La Revista Católica 616 1859 ., p. 145.
[264] La Revista Católica 616 1859 ibid

la obligación de aceptar la autoridad y las orientaciones del Arzobispo de Santiago Mons. Valdivieso.

La entrega sin retorno

En el proceso histórico evolutivo, el autoritarismo personalista del Pbro. Huberdault había ganado espacio al interior de la comunidad de las religiosas. En la práctica él se había constituido en Superior eclesiástico, sin tener ningún nombramiento, ni de parte de Mons. Bourget, ni de Mons. Valdivieso. De hecho, él había logrado reproducir, entre las Hermanas de la Providencia de Chile, el modelo que había conocido en Montreal, en la Sociedad de las Damas de la Caridad. Dicha fundación, donde él había sido capellán, era un instituto laico, gobernado por un Superior Eclesiástico. Por lo tanto, ejerciendo un rol y un tipo de gobierno muy definido, había logrado que, las dos Superioras: Madre Victoria Larocque y Madre Amable Dorión se sometieran totalmente a su estilo, que controlaba todo y no permitía que nada se realizara sin su consentimiento.

Sor Bernarda percibe esta anomalía, desde la llegada a Chile, luego, en forma nítida, en 1857, cuando el Pbro. Huberdault, en contra del parecer de la Superiora y del Consejo de la Comunidad viaja a Montreal, trayendo nuevas Hermanas y aceptando por su cuenta abrir nuevas fundaciones. Por otra parte, este momento, que es el regreso del Pbro. Huberdault, en 1858, marca en forma tajante la división de la Comunidad.

La Hna. Marie Antoinette[265] afirma que luego de la salida de Chile del Pbro. Chabot había explotado en forma manifiesta el conflicto de opinión entre el Consejo y la autoridad eclesiástica. Lo cual se habría agudizado, en Septiembre de 1861, con motivo del nombramiento por parte del Consejo de Sor Anastasia, como acompañante de Sor María Refaela, que retornaba a Montreal por estar enferma de epilepsia.

Lo cierto es que, en Mayo de 1861, la autoridad eclesiástica había nombrado como confesor extraordinario a Mons. Joaquín Larraín Gandarillas. Dicho nombramiento era ya una clara intervención. De inmediato, se pueden constatar otros gestos en la misma dirección, así, en la aceptación del Asilo del Salvador, Noviembre de 1861, existe una reserva, en orden a mantener el control de dicha fundación. Desde luego es el Sr. Arzobispo el que aprueba las bases de entrega de dicha obra, él mismo se constituye en patrono máximo y como presidente del Directorio es nombrado Mons. Joaquín Larraín.

El 21 de junio de 1862, es nombrado Confesor ordinario, en lugar del Pbro. Jorge Montes, el Pbro. Raimundo Villalón.

Por otra parte, el trabajo de atención a los niños abandonados, que las Hermanas habían prodigado, se había constituido, dentro de la realidad social de esa época, en una obra de gran impacto social. Desde los inicios (1854), el trabajo de dedicación total y sacrificada

[265] Marie Antoinette, L'Institut de la Providence, III, p. 346.

de las Hermanas de la Providencia al cuidado de esas criaturas había dejado atónito al país. La atención a los niños en cuanto alimentación, higiene, recreación y buenos modales eran la gran noticia que circulaba entre los medios sociales y muchas familias

VII.- La crisis de fidelidad

iban a visitar la gran chacra, donde se habían adaptado las viejas construcciones y galpones de la antigua casa patronal.

Este gran éxito obtenido por las Hermanas de la Providencia había sido asumido como un logro social y una realización del Gobierno del Presidente Manuel Montt. Por lo mismo, las autoridades, apoyan todas las peticiones que formulan las Hermanas. Entre otras, decretan ampliar la responsabilidad de las Religiosas, referente a los niños huérfanos y en consecuencia dan las instrucciones pertinentes para que los expósitos en lactancia queden bajo la tuición de las Hermanas. Lo mismo dígase respecto a la vigilancia de las "nanas", a las que se encomienda sus cuidados y la Casa donde se recibían los infantes, las cuales antes estaban en manos de la Junta de Beneficencia y ahora se establece queda sometida al control de las Hermanas

La autoridad pública no sólo les hace entrega del Asilo del Salvador, sino que estaba dispuesta a entregarles otras obras en favor de la infancia. Lo cual las enfrenta ante una gran responsabilidad, ya que todos esos niños, en los primeros dos años de vida, eran muy vulnerables a las enfermedades y epidemias. Esto se agrava debido al abandono y desnutrición, que habían sufrido desde el embarazo. Las Hermanas debían enfrentar el gran sufrimiento de ver que la mortalidad infantil se producía, a diario, no obstante sus cuidados y los del médico.

Esta contingencia, propia de la época, y la precariedad de medios de que se disponía fue aprovechado por la oposición política de ese entonces, convencidos que atacando la obra aminoraban el éxito social del Gobierno. En 1862, a través de un artículo del Diario "El Mercurio" de Valparaíso, se denuncia una serie de abusos y malos tratos cometidos con los niños, en el Asilo de las Hermanas[266] De inmediato, el círculo de bienhechores directos y admiradores de la obra que realizaban las Hermanas, respondieron a través de la pluma de Don Miguel Dávila y de Don José Santiago Lemus, quienes en un contundente artículo aclaran lo infundado y lo falso de dicho ataque de prensa.[267]

Importa destacar que no son las Hermanas las que salen en su defensa, sino que es un grupo de católicos que se identifican plenamente con la excelencia de su trabajo solidario.

Ahora bien, el trabajo de las Hermanas de la Providencia, en favor de los niños abandonados, tanto en Santiago como en Valparaíso, es reconocido públicamente, sin embargo, tanto el Sr. Arzobispo como los sacerdotes que cumplían funciones pastorales,

[266] « El Mercurio » de Valparaíso, 20-VIII-1862.
[267] « El Ferrocarril », 23-VIII-1862.

especialmente en la Comunidad Central, sentían que las Hermanas se parapetaban detrás de un gran muro de distancia, hacia ellos. Explícitamente es lo que manifestará Mons. Valdivieso al Pbro. Huberdault:

La entrega sin retorno

"desde tiempo atrás le había manifestado la falta de sinceridad y mala disposición que notaba en una parte no pequeña de la Comunidad por la reserva estudiada y las respuestas al parecer combinadas que daban dichas religiosas en las visitas diversas que se había hecho a las Casas de la Congregación".[268]

El conflicto al interior de la Comunidad, entre el grupo que pretendía la exención absoluta de la autoridad eclesiástica local y las que entendían que debían estar jurídicamente sometidas, llegó a traducirse en una verdadera división, públicamente notoria, ante lo cual el Arzobispo Mons. Rafael V. Valdivieso, creyó necesario informar al Obispo de Montreal Mons. Bourget, el 13 de Septiembre de 1861. En dicha comunicación, lo pone al tanto de la situación anómala, que manifiestan las Hermanas de la Providencia, en su arquidiócesis.

Ciertamente, Mons. Ignacio Bourget asume en toda su gravedad el informe de Santiago y el 19 de Marzo de 1862, responde al Arzobispo Valdivieso:

"… He leído con mucha detención vuestra comunicación y temo que en las Casas de la Providencia de esa arquidiócesis se susciten dificultades, y para prevenirlas hoy mismo escribo al Presbítero Huberdault y a la Superiora Sor Amable, ordenándole, que os miren como a su Obispo Ordinario, sometiéndose a Vos en todas las cosas. Fiado en estos mandatos, tengo la persuasión de que en adelante serán ellas adictas a Vuestra grandeza y observantes de vuestros mandatos, como es justicia que lo sean."[269]

Por otra parte, en la carta dirigida a la Superiora de Chile, Sor Amable Dorión, con la misma fecha, junto con informarle que viaja a Roma a fin de solicitar la aprobación de las Reglas del Instituto, le dirige el siguiente mensaje:

"Hoy escribo a Monseñor el Arzobispo de Santiago para decirle que os notifico que en adelante usted y vuestras compañeras deberán mirarlo como vuestro Obispo ordinario. En consecuencia, usted deberá **acatar al igual que todas vuestras compañeras, todos los reglamentos que su Excelencia juzgue necesario hacer, ya sea en vuestra casa o en Valparaíso**, como si fuera yo quien los hiciera".
"Espero que ustedes acaten con agrado este requerimiento y que el Señor os recompense por ello ampliamente."[270]

---

[268] Morin, «Historia » I, p. 151.
[269] Carta de Mons. Ignacio Bourget a Mons. Valdivieso del 19 de Marzo de 1862, en L'Institut de la Providence, III, p. 348.
[270] Carta de Mons. Ignacio Bourget a Sor Amable del 19 de Marzo de 1862, en Archivo Provincial.

VII.- La crisis de fidelidad

Finalmente, Mons. Bourget tratando de cubrir a todos los implicados en el conflicto y que sus orientaciones al respecto sean efectivas, dirige una misiva con contenido semejante, al Pbro. Huberdault, especificándole que:

"Por consiguiente, es a su Señoría a quien deberán dirigirse para arreglar las pequeñas dificultades que pueden surgir en los establecimientos de las Hermanas existentes en Santiago y Valparaíso y que se consultan generalmente con el Ordinario. Espero que Ud. Como todas las Hermanas se sometan a este arreglo."[271]

Sor Bernarda, a este respecto, hace hincapié que, ya el 15 de Septiembre de 1857, el Obispo Mons. Bourget, Fundador de la Congregación, había enviado a la Comunidad una carta, en la que les señalaba, que debían tener como criterio iluminador, la necesidad surgida de la propia profesión religiosa, el sometimiento canónico al Obispo del lugar, con estas palabras:

"Sí, debo hacerles notar que para ser perfectamente regulares, necesitan vivir en entera dependencia de los Obispos en cuyas diócesis ustedes están establecidas. Esta dependencia absoluta de los Ordinarios sólo puede afirmar cada vez más la autoridad de vuestra Casa Madre que tanto queréis ver ejercida sobre ustedes."[272]

Sin lugar a dudas, las orientaciones dadas por Mons. Bourget, acorde con las normas canónicas que rigen a un Instituto religioso de Derecho Diocesano, como era en ese momento las Hermanas de la Providencia, contradecían totalmente la dirección impuesta por el Pbro. Huberdault, quien planteaba que era él y sólo él quien debía relacionarse con el Arzobispo y los Superiores de Montreal, dejando a la Comunidad aislada de toda relación y dependencia del obispo local.

El Decreto de Alabanza, dado por la Santa Sede, el 25 de Abril de 1860, era muy preciso, por cuanto constituía una "Congregación de Hermanas de votos simples, bajo la dependencia de una Superiora General y sujetas a la jurisdicción de los obispos de los lugares, según lo prescrito por los sagrados cánones".[273] E incluso, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, explicitaba que las Constituciones, sólo serían aprobadas después de un tiempo en que fueran experimentadas. Por lo tanto, dicha situación canónica no se ajustaba en absoluto a lo que el Pbro. Huberdault postulaba. Además, es evidente que siendo él único canal de comunicación había creado un clima de

---

Santiago

[271] Morin, « Historia» I, p. 140.

[272] Carta de Mons. Bourget a la Comunidad del 15 de Septiembre de 1857, en el Arch. Prov.- Santiago

[273] Decreto del 25 de Abril de 1860, en Archivo. Provincial – Santiago .

desconfianza hacia la autoridad eclesiástica y fuertemente contrario y despectivo hacia el clero chileno.

La entrega sin retorno

Los Superiores de Montreal, queriendo conocer directamente el conflicto que se gestaba, pensaron que lo mejor era invitar a la Superiora Sor amable Dorión para conversar con ella y buscar las posibles soluciones.

En Diciembre de 1862, Sor Amable recibió una carta de la Superiora General que la invitaba a realizar una visita a Montreal. En medio de la tensión reinante dicha noticia fue muy bien acogida por todas las Hermanas. Por lo mismo, reunido el Consejo de la Comunidad, en Enero de 1863, Sor Amable anuncia su viaje y propone como acompañante a Sor Agustina Fauteux, la cual no deseando volver a Canadá pidió hablar al respecto con el Sr. Arzobispo.

La Madre Amable, por su parte, solicitó una audiencia con el Sr. Arzobispo, en la que le informó de su viaje y le presentó su propuesta respecto a la Superiora interina, que según la Regla debía ser la Asistente del Consejo, esto es, Sor Teresa de Jesús Tetu. Pero, en este caso, por tratarse de una ausencia larga, ella entendía que no se aplicaba este punto de la Regla y, en consecuencia, proponía como Superiora Suplente a la Depositaria del Consejo, Sor Juana de la Cruz Beaudoin.

El Arzobispo que era un experto canonista, le solicitó un lapso de tiempo para estudiar la Regla de la Congregación. Luego, pocos días después, en carta del 17 de Enero, le manifiesta que, en primer lugar, había pensado dar curso al nombramiento de un nuevo Superior eclesiástico, acogiendo la propuesta que en este sentido le había hecho el Pbro. Huberdault. En segundo lugar, prefería que quedase como Superiora Sor Bernarda Morin, ya que era Maestra de Novicias y tenía las condiciones necesarias. Para tomar esta determinación se fundaba en la interpretación que él hacía de lo establecido en las Constituciones, en caso de suplencia. Sobre esta base y haciendo uso de su autoridad, el Arzobispo procedía a dictar el decreto respectivo.[274]

Esta determinación de la autoridad eclesiástica, conocida por la comunidad en la tarde del 20 de Enero, cuando el Sr. Arzobispo estaba de viaje a Concepción, fue el detonante que hizo explotar un conflicto, el cual desde tiempo se venía forjando Hubo una reacción casi general en el sentido de desconocer al Arzobispo el derecho a interpretar las Constituciones, en lo referente al nombramiento de la Superiora interina. No se menciona en ningún momento el apelar a los Superiores de Montreal, sino que en forma cerrada, ellas niegan la obediencia al Obispo diocesano.

[274] En Boletín Eclesiástico, III, p. 170.

Es evidente que dicha reacción era fruto de todo el proceso que se venía gestando anteriormente. Entre las razones que se esgrimen para oponerse a aceptar a Sor Bernarda como Superiora interina y que serán recogidas posteriormente, [275] aparecen las siguientes:

VII.- La crisis de fidelidad

+ Creen que Sor Bernarda es la autora de las quejas, hechas al Arzobispo y que habían provocado la renuncia del Pbro. Huberdault.

+ Argumentan que no participaba de la opinión de la mayoría de la Comunidad.

Por otra parte, en las Actas de la Comunidad, se deja constancia, en dicha oportunidad, de una serie de opiniones que asombran y que, sin embargo, cuentan con el respaldo de la mayoría del Consejo. Entre ellas destacamos:

- "Que habiendo venido del Canadá con la condición de tener siempre un superior y un confesor canadiense, habían tolerado un confesor del país; pero que no podían y no querían someterse a un Superior chileno"

- "Que desde el mismo momento en que el Señor Huberdault se separara de la Comunidad, ya no había vida posible para ellas"

- "Que no tenían confianza en ningún sacerdote del país; que les era imposible confiar a ninguno de ellos la dirección de su conciencia y que, por lo demás, ellas no podían aceptar verse privadas de una persona que había merecido su cariño y su confianza en pago por tanta abnegación y sacrificio".

- …"Después de un discurso tan largo como patético de parte del Pbro. Huberdault, cada una expresó que las Hermanas Bernarda y Dionisia Benjamina no habían tenido nunca el espíritu de las demás, que su manera de ver y comprender las cosas había desde el comienzo de la fundación, afectado notablemente a toda la Comunidad"

- "Que desde hace tiempo habían notado en ella la falta de simpatías hacia el Pbro. Huberdault, y su adhesión hacia los chilenos"

En su discurso a la comunidad, el Pbro. Huberdault apela al sacrificio que él ha hecho por la comunidad y que si ahora lo remueven es por las acusaciones de dos hermanas. Asumiendo un tono de gran dramatismo les recomienda que defiendan "nuestro espíritu".[276]

Las religiosas no sólo desconocen la autoridad del Arzobispo para interpretar las Constituciones, sino que establecen en forma enfática que el nombramiento de Sor

[275] L'Institut de la Providence, III, p. 365.
[276] En Actas de la Comunidad, p. 39 ss, Archivo . Provincial – Santiago .

Bernarda constituía una violación a las Constituciones. Según ellas esta determinación del Arzobispo dejaba paso inmediato al cumplimiento de su proyecto, esto es, reducirlas a un Instituto diocesano, dependiente del Arzobispo de Santiago de Chile. Ciertamente, este era el gran miedo obsesivo que tenía el Pbro. Huberdault y que había traspasado a toda la Comunidad. Se había ido creando un gran pánico en orden a que iban a ser

La entrega sin retorno

declaradas Instituto diocesano, con lo cual no iban a poder regresar nunca más a Canadá y quedarían separadas de sus Hermanas de Montreal.

Ello aparece manifiesto en las líneas que el Pbro. Huberdault añade a la carta, del 22 de Enero, que envían las Hermanas a Mons. Bourget y a la Madre Filomena. En dicha misiva refiere que varios sacerdotes chilenos le han manifestado que las Constituciones de las Hermanas las dejaban bajo una total dependencia del Arzobispo de Santiago. Para probar su tesis se refiere a un jesuita, cuyo nombre no dice, el cual le habría dicho que la única solución para las Hermanas de la Providencia estaba en que aquellas que quisieran volvieran a la Casa Madre para allí vivir en paz y las que querían vivir y morir en Chile podían quedarse.[277]

El decreto del Arzobispo, nombrando a Sor Bernarda como Superiora, mientras la Madre Amable estuviere ausente, provoca el estallido de un conflicto que lleva a la Comunidad de las Hermanas de la Providencia a enfrentarse, con dos opciones, cuyos puntos de vista eran diametralmente opuestos respecto a la autoridad del Arzobispo de Santiago.

Sor Bernarda, con una minoría, ve en la adhesión al Arzobispo, garantizada en las Constituciones, una adhesión a la Iglesia local y, a través de ella, su común-unión con la Iglesia Universal.

La noche del 20 de Enero, en que se dio a conocer el decreto del Arzobispo a la Comunidad, significó para Sor Bernarda una verdadera agonía, que ella define como la noche más dolorosa de su vida.

El Consejo de la Comunidad, se reúne a menudo, ahora siempre presidido por el Pbro. Huberdault, quien es el que informa y hace comentarios y reflexiones con los que influye en las Hermanas. En un inicio la Madre Amable había decidido postergar su viaje, pero, el día 12 de Febrero, se reúne de nuevo el Consejo y el Pbro. Huberdault informa a la comunidad que:

"Después de haberlo pensado y delante de Dios y de acuerdo con nuestra Madre Superiora, encontraba más conveniente que su reverencia emprendiera pronto su viaje al Canadá…"[278]

---

[277] En Actas de la Comunidad p. 39 ss. Archivo Provincial- Santiago
[278] Morin, « Historia» I, p. 147.

En la tarde del 13 de Febrero, la Superiora reunió a toda la Comunidad e hizo que las Hermanas reconocieran como Superiora interina, durante su ausencia, a Sor María del Sagrado Corazón Berard, que ella misma había ascendido de Consejera al cargo de Asistenta. Las Hermanas de inmediato prometieron obediencia y defender los derechos de la recién designada Superiora.

VII.- La crisis de fidelidad

Sor Amable Dorión salió de Santiago con destino a Valparaíso, el 14 de Febrero y, desde ese puerto, se embarcó con rumbo a Norteamérica, el 18 de ese mismo mes. Iba acompañada por Sor María Antonia Colette. Actuando de manera extraña había retirado de la cuenta que las Hermanas tenían en el Banco la suma de $7,195., esto es todos los fondos que las Hermanas tenían en Chile, además, se llevaba consigo los libros del Archivo, entre ellos el libro de cuentas.

El Sr. Arzobispo de Santiago, ante el desconocimiento del decreto por -él firmado, en que nombraba a Sor Bernarda como superiora interina, de parte de Sor amable Dorión, define la conducta de Sor Amable como abierta desobediencia a la autoridad eclesiástica.

En forma complementaria, al recibir la carta de Sor Bernarda que junto con informarle de los hechos, le presentaba la renuncia al nombramiento de Superiora Interina por él realizado en su persona, aduciendo como razón el buscar así la tranquilidad en la Comunidad, citó de inmediato al Palacio Arzobispal al Pbro. Gedeón Huberdault.

Antes de ir a la audiencia con el Sr. Arzobispo el Pbro. Huberdault reúne a toda la Comunidad. En este sentido se manifiesta como un estratega que en todo momento quiere contar con el respaldo de las Hermanas. Por lo mismo, no se contenta con que las Hermanas le manifiesten su parecer en forma general, sino que le pregunta a cada Hermana qué debía decir al Sr. Arzobispo. El informe de Sor Bernarda refiere que la mayoría opinó que si el Arzobispo no estaba de acuerdo con lo que se había hecho, entonces tenían como resolución el regresar a la Casa Madre de Montreal.

Realmente impacta esta actitud previa y revela un largo proceso de distanciamiento de la autoridad eclesiástica. Es impensable una actitud grupal y de tanta confrontación por parte de un grupo de religiosas con la autoridad eclesiástica, ante un nombramiento interino. Es lógico sospechar que alguien ha ido preparando esta reacción, en términos que el Arzobispo aparece como “enemigo” de la comunidad.

Conocedor más que nadie, de lo necesario que es dejar constancia escrita en este tipo de comparendo, el Arzobispo Valdivieso hizo levantar Acta del diálogo sostenido, por su Prosecretario Francisco S. Chavarría, la cual, al término de la audiencia fue firmada por el Pbro. Huberdault

El contenido central de la entrevista hace ver dos posiciones muy claras:

- El Pbro. Huberdault informa al Sr. Arzobispo que la resolución tomada por él, en orden a nombrar a Sor Bernarda como Superiora interina había sido considerada por la Comunidad como contraria a las Constituciones y en consecuencia resolvieron no obedecerla. Por otra parte, le agrega en forma desafiante: que si el Arzobispo

La entrega sin retorno

"miraba la cosa de diverso modo, debía entenderse, sobre el esclarecimiento del sentido de las Constituciones, con la Superiora General"[279]

- El Sr. Arzobispo, por su parte, luego de hacerle ver la necesaria dependencia que tienen todos los Institutos religiosos del Obispo diocesano, en forma tajante le preguntó:

Si como Superior había aprobado tales procedimientos

A lo que el Pbro. Huberdault respondió afirmativamente.

Entonces, Mons. Valdivieso, haciendo uso de la autoridad episcopal, le hizo ver que era su deber de Obispo del lugar no tolerar un acto de rebeldía de esta naturaleza, cometido por religiosas que habían prometido obediencia al Superior eclesiástico. Les reconoció, por lo demás, el derecho que tenían de reclamar al Superior Mayor.

Sobre la base de las respuestas dadas por el Pro. Huberdault, el Sr. Arzobispo le aplica la sanción canónica. Con decreto, del 23 de Febrero, lo priva de toda jurisdicción y de ejercer la dirección espiritual con las Hermanas de la Providencia, por cuanto:

"autorizó y protege la desobediencia de las religiosas a nuestra autoridad, no puede ya ejercer jurisdicción alguna en Casa sujetas a Nos".[280]

Cumpliendo las órdenes del Sr. Arzobispo, el Vicario del Sr. Arzobispo, Pbro. Manuel Parreño, con fecha del 23 de Febrero de 1863, se constituyó oficialmente en la Casa de la Providencia para notificar a las Hermanas, mediante carta emitida por la autoridad eclesiástica, de lo siguiente:

- Les recuerda en primer lugar, el voto formal que han hecho el día de su Profesión, de obedecer al Obispo Diocesano y que la observancia de las Reglas y Constituciones deben cumplirlas conforme a la voluntad de dicho Obispo.

- Que el propio fundador de la Congregación les ha escrito, en carta del 19 de Marzo de 1862, encareciéndoles la ciega sumisión y obediencia de los mandatos del Arzobispo de Santiago.

---

[279] Morin, «Historia» I., p. 150.
[280] Boletín Eclesiástico. III, 193.

- Estima que no puede tolerar esta desobediencia, sin contraer una gran responsabilidad delante de Dios y arruinar la Congregación de la Providencia.

Luego de ratificar el principio que obedecer significa someterse al mandato del superior, la cual no depende de la inteligencia o propio juicio que se tenga de la Constitución o Regla, fundamenta dicho postulado sobre siete razones y decreta:

VII.- La crisis de fidelidad

+ Dar una amonestación a Sor María del Sagrado Corazón, que ha tomado el título de Superiora, en contra de su ordenanza, conminándola a que lo abandone.

+ Amonestar a todas las religiosas interpelándolas para que reconozcan por Superiora a Sor Bernarda.

+ Notificar a la Comunidad entera que de no hacerlo, dentro de tres días "se les reputará por contumaces en su desobediencia"[281]

Finalmente, el Arzobispo de Santiago, declara que: de acatar estas disposiciones, las deja en plena libertad para que las que quieran puedan pedir su traslado a la Casa Madre de Montreal.

Mons. Valdivieso buscó, de su parte, establecer todas las condiciones favorables para que las Religiosas, no sólo reflexionaran acerca del paso que iban a dar, sino, además las puso en comunicación con dos Padres Jesuitas, amigos de la Comunidad: P. Ignacio Gurri y P. Miguel Ignacio Landa, para que se aconsejaran con ellos. Tanto las comunidades de Santiago, como la de Valparaíso tuvieron oportunidad de dialogar y plantear sus dudas a estos dos connotados jesuitas.

En su informe el P. Landa escribe:

"He hecho cuanto me ha sido posible para reducir a estas pobres y engañadas Hermanas; pero no he podido sacarlas de su engaño, no porque no comprendan el mal que se hacen, sino porque, aleccionadas por otro, quieren más bien seguir su capricho que lo que la razón y su misma conciencia les dictan".

"Todo estaba combinado; hasta las contestaciones que habían de dar a las preguntas que yo podía hacerles; y no han faltado hasta insolencias, que no era de esperar de personas religiosas"[282]

Como único resultado se obtuvo que las Hermanas aceptaran como Superiora a Sor Bernarda, incluyendo, en dicha aceptación, la petición de regresar "a nuestra Casa Madre de Montreal".

---

[281] Boletín Eclesiástico III, 193Ibid.
[282] Morin, «Historia»., I, p. 159.

El 27 de Febrero, el Sr. Arzobispo nombró oficialmente como Capellán y Superior de las Hermanas de la Providencia, al Pbro. Joaquín Larrraín Gandarillas,[283] quien de inmediato debió hacerse cargo de todo lo concerniente al regreso al Canadá de 16 Hermanas, como, también, organizar, con las 9 Hermanas que se quedaban, las 3 Obras que la Providencia había fundado en Chile, en las que había numerosos niños abandonados que atender, los cuales nada tenían que ver con este conflicto.

La entrega sin retorno

El 18 de Marzo de 1863, se embarcaron en Valparaíso las Hermanas que retornaban a Montreal. Partían sin tener ninguna licencia escrita de la autoridad eclesiástica chilena, como tampoco sin haber recibido respuesta alguna de sus Superiores de Montreal.

Sor Bernarda escribe a la Madre Superiora y a Mons. Bourget "consternada por el peso de los sucesos que afligen hoy a mi Comunidad". Indica aquellos elementos presentes en la comunidad que ya, desde mucho tiempo, hacían ver que algo andaba mal. Desde luego el que la Comunidad no quería someterse bajo ningún concepto a la autoridad del Obispo local. Agrega, que al recibir la Carta en que Mons. Bourget (19-III-1862) les ordena aceptar su dependencia, se produjo la siguiente actitud;

"El efecto que produjo fue una explosión de lágrimas que duraron varios días y de amargas quejas que sólo manifestaban el no estar dispuestas a someterse. Las correcciones hechas a nuestras Reglas por la Sagrada Congregación e incluso la Santa Sede no escapan a las críticas de una reunión de mujeres exaltadas por su propia suficiencia y encendidas por un nacionalismo profundamente enraizado".

En consecuencia ella ve, en la reacción contra Mons. Valdivieso, una conducta recalcitrante, que no se somete ni siquiera a la Curia Romana. Así describe, el momento en que se informa en la comunidad sobre el decreto de Mons. Valdivieso, en que la nombraba a ella como Superiora interina:

"El mayor número de Hermanas protestó fuertemente que no querían y no se someterían nunca, yo utilizo su expresión "al espíritu chileno" y sólo encontraron en la huida el medio de substraerse a las obligaciones que nos imponen nuestras Santas Reglas y nuestros votos, lo que fue decidido al instante y aprobado por el Pbro. Huberdault y nuestra Madre Amable…"

Finalmente, enfrenta la dura realidad en que se encuentra con estas palabras:

"Ahora sólo quedamos nueve Hermanas de la Providencia en Chile y podemos decir que somos las más incapaces y las más desprovistas de talentos de quienes componían nuestra pequeña comunidad. Sin embargo por los cuidados extraordinarios que nuestro venerable Arzobispo nos prodiga, él y los Superiores inmediatos que S.E. ha elegido, creemos

[283] Boletín Eclesiástico, III, p. 196.

poder conservar las tres casas de la Congregación establecidas en Chile. Sin duda deberemos trabajar más que nunca, pues nos es penoso abandonar a nuestros pobres. Todas mis compañeras están llenas de coraje y quieren libremente y con todo su corazón consagrar su descanso y su vida entera según nuestra santa vocación al servicio de los pobres".[284]

[284] -Carta de Sor Bernarda a Mons. Ignacio Bourget, obispo de Montreal, en su calidad de fundador de la Congregación, 17 de Marzo 1863. En Archivos Providencia – Santiago.
Original Cancilleria, Montreal. A.C.A.M.

VIII.- Surgir desde las ruinas

La entrega sin retorno

La situación caótica en que queda, en Chile, la Congregación de la Providencia, después de la partida de Madre Amable, es realmente preocupante, ya que, incluso, la mayoría de las Hermanas sólo piensan en regresar a Montreal. Admira constatar con qué entereza enfrenta Sor Bernarda este momento, ya que une a su actitud decidida de continuar atendiendo a los niños huérfanos, acogidos en las tres Casas de la Providencia, una claridad muy grande respecto a la causa de la Iglesia que está en juego y una confianza en la Divina Providencia a toda prueba.

En este período, vale decir, del 18 de Febrero al 18 de Marzo de 1863, en que las tensiones internas entre las hermanas crecen al máximo, Sor Bernarda logra mantener el ritmo en la atención a los niños, con las pocas hermanas que continúan trabajando. La mayoría vivía la crisis de sentirse amenazadas y creerse perseguidas. El Pbro. Huberdault había logrado que entre ellas mismas se autosugestionaran creando un clima donde reinaba un miedo pánico a que el Arzobispo Valdivieso no las dejara volver a Canadá. Por otra parte, en forma intransigente, manifestaban su rechazo a la autoridad del Arzobispo, ya que lo consideran "un extranjero", ya que ellas se sienten dependientes como congregación sólo del Obispo de Montreal.

Las orientaciones que, a lo largo de los 10 años de su permanencia en Chile, les había dado el Pbro. Huberdault, había llevado a las Hermanas canadienses a cultivar un orgullo patrio exacerbado y, a su vez, a alimentar un desprecio absoluto a la Iglesia local. Todo lo cual las llevó, en consecuencia, a no aceptar someterse a la dirección espiritual de ningún sacerdote chileno, porque consideraban que nos les merecían confianza. Este estilo propio de ser misioneras rechazaba toda inculturación, como, así mismo, el procurar tener una inserción en la pastoral local. Defendían un modelo de "trasplante", esto es, conservar la vinculación directa y exclusiva con sus superiores de Montreal y mantener el estilo propio de vida y costumbres canadienses.

A tal grado de conflicto llegaron, en este período, las relaciones al interior de la comunidad, que Sor Bernarda se vio en la necesidad de solicitar una entrevista al Sr. Arzobispo para ponerle al tanto de la situación reinante.

Mons. Valdivieso, que de por si acostumbraba a ser muy estricto en la aplicación de las leyes canónicas y en imponer la disciplina eclesiástica en su arquidiócesis, en este caso actúa en forma especial. Acepta, desde luego, que regresen a Canadá todas las religiosas que quieran, sin condicionarlas a que lo hagan de dos en dos, ni siquiera les exige el que cada una hubiera recibido previamente el permiso escrito de parte de sus superiores de Montreal. Ante la petición de Madre Bernarda, su respuesta es:

"Dígales Ud., que se tranquilicen, que yo no me opongo a su partida, ni deseo de ninguna manera violentarlas"[285]

[285] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget, 17-III-1863, p. 4, en Archivo . Provincial - Santiago.

VIII.- Surgir desde las ruinas

Según el parecer de las otras autoridades, tanto de Gobierno, como, incluso, de varios eclesiásticos, el Arzobispo habría actuado con debilidad. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, podemos afirmar, a la distancia, que actuó con mucho tino, con prudencia paternal, ante esta situación que ya había degenerado en un clima de histerismo colectivo.

Una vez que las Hermanas supieron que podían regresar a Canadá sin obstáculos, sintieron un gran alivio, pero luego pasaron a la ofensiva y siguiendo la estrategia sugerida por el Pbro. Huberdault, trataron con halagos de conquistar a Sor Bernarda y sus compañeras canadienses para que, cambiando de parecer, regresaran junto con ellas. Enfatizaban el argumento que, al irse todas juntas, procurarán una gran alegría al Sr. Obispo de Montreal.

Al escuchar dicha propuesta, Madre Bernarda planteó, nuevamente y con firmeza su posición. Ella, como religiosa, debía obediencia al Obispo del lugar, quien de acuerdo a sus propias Constituciones y, de acuerdo a lo aconsejado por el propio fundador, era su superior legítimo. Además, como misionera había asumido el compromiso de servir a los niños huérfanos de la Arquidiócesis de Santiago, a los que no puede dejar abandonados. Sólo aceptaría someterse al cambio de país, previa carta de obediencia, escrita por la Madre Superiora General.

Frente al ultimátum que un día le hicieron: "Ud., va a quedar separada de la Comunidad". Ella, con mucha serenidad responde:

"Si desgraciadamente esto sucediera como Uds. dicen, no sería por voluntad mía sino por voluntad y disposiciones de los mismos superiores de Montreal, a quienes honro sometiéndome a lo que ellos han dispuesto. Igualmente no puedo desobedecer al Señor Arzobispo de Santiago sin pecar gravemente, y prefiero morir antes de ofender a Dios."[286]

El 18 de Marzo, al consumarse la salida masiva del país, de las 16 hermanas de la Providencia, el impacto que esta protesta contra el Arzobispo tuvo en la sociedad chilena de ese entonces fue enorme y adquirió las dimensiones de un escándalo.

Como Superiora interina de las 9 hermanas, tres canadienses y seis chilena, que quedaron en el país, Sor Bernarda debió enfrentar la tarea de reorganizar el personal, de manera que éste diera continuidad a las tres casas que la Congregación tenía en Chile. Para la Casa de Valparaíso, donde atendían 86 huérfanos, fueron designadas Sor Agustina, Sor Valentina y Sor María Bernarda. Para el Asilo del Salvador de Santiago, donde atendían 54 mujeres asiladas y 16 niñas de servicio, Sor Dionisia Benjamina y Sor María Lucía. Finalmente, para la Casa de la Providencia de Santiago, donde atendían a 189 niños

[286] Morin, «Historia.» I., 162.

La entrega sin retorno

huérfanos, 56 guaguas y 17 niñas de servicio: Sor Bernarda, Sor Gedeona, Sor María Mercedes y Sor María Jesús.[287]

Reflejando una voluntad decidida a toda prueba, a pesar de ser pocas, estar sumidas en deudas y faltas de dinero, que había sido llevado a Montreal, Sor Bernarda escribe:

"Todas nos pusimos a la obra con empeño y buena voluntad. Teníamos que tener las cosas bien arregladas, porque de todos lados y a cada momento llegaban visitas a cerciorarse de lo que decían los diarios: que las casas habían quedado abandonadas, que los niños lloraban, desordenados y sin lo necesario"[288]

La gran mayoría del país, entre ellos el Ministro de Justicia Don Miguel María Güemes, el Ministro del Interior y de Relaciones, Don Manuel Antonio Tocornal, juzgaban que el intempestivo retorno de las Hermanas constituía una falta múltiple, por cuanto significaba:

- Una ruptura unilateral y sin causa que lo justificara, del contrato suscrito entre la Congregación de la Providencia y el Estado de Chile.

- Abandono culpable, por haberlo realizado sin previo aviso, del cuidado de los niños huérfanos.

- Salida del territorio sin autorización de la autoridad, que de acuerdo al Régimen del Patronato era el Ministerio del Interior, y sin haber rendido cuentas de su administración a las instancias administrativas del Estado.

- Sustracción dolosa del territorio nacional de los fondos de dinero que poseía la Comunidad, de los libros de cuentas, del libro de las Crónicas y de la correspondencia existente en el archivo de la casa Central.

El Arzobispo de Concepción Mons. Hipólito Salas, en forma, tajante emite un juicio de pastor confiado en la Providencia divina: "No hay que desalentarse; las maquinaciones humanas nada pueden contra la obra de Dios"[289]

El conflicto que surge entre la Comunidad de las Hermanas de la Providencia y la Iglesia chilena precisa de un análisis, cuyo marco sea la historia de la Iglesia, dentro de las características propias del siglo XIX. En este siglo se produce un gran entusiasmo misionero, cuyo efecto fue el surgimiento de muchas congregaciones, incluso femeninas, que asumieron como carisma fundacional: la misión en tierras lejanas. Estos institutos

---

[287] En : « La Revista Católica », 18-IV-1863, No. 766, p. 82.
[288] Morin, «Historia,» I, 145.
[289] Donoso Fco. « Bernarda Morin », 314.

VIII.- Surgir desde las ruinas

religiosos asumen el compromiso de evangelizar los pueblos que aún no han recibido el anuncio del Evangelio, pero también de llevar la civilización cristiana, bajo el modelo de un cristianismo acorde a su cultura.

A la luz de la misionología, propia de esta época de la historia de la Iglesia, descubrimos ciertas características que definen este fenómeno y, por lo mismo, junto con su grandeza aparecen sus debilidades. El entusiasmo por ir a la Misión, en lugares apartados, es asumido como un medio de salvación de la propia alma. Pero, esta opción misionera queda definida dentro de un fuerte clima de nacionalismo, en consecuencia la misión está vinculada al "hacer patria" en otros lugares del mundo. La misión se confunde con la nación.

Por otra parte, una de las características que tipifican estos contingentes de misioneras es su falta absoluta de preparación misionera. Para nada se toma en cuenta el estudio previo del idioma y costumbres del lugar elegido para misionar. El espontaneísmo apostólico, alimentado por la Congregación, produce una serie de expediciones integradas por vocaciones de mujeres del pueblo y campesinas, muchas veces sin estudios. Estos grupos mantienen un fuerte y estrecho vínculo con la Casa central de la Congregación, que se constituye en el referente y en la seguridad que sostiene su apostolado en lugares apartados. Es común, en todos estos grupos misioneros, el desconocimiento de lo que es un proceso de inculturación, ya que su ideal es aplicar al lugar de la misión un modelo de trasplante de la pastoral de su tierra, en que el idioma, las costumbres y tradiciones son enseñados a los "bárbaros", como parte de su integración a la civilización cristiana.

El grupo de las 16 hermanas, que huyen de Chile, son víctimas de una situación extraña, que ni siquiera ellas comprenden, y que es producto de dos procesos:

+ Uno es el autoritarismo personalista, con que el Pbro. Huberdault logró mantenerlas aisladas y, en consecuencia, dependientes de su autoridad. Surgió, entonces, entre ellas, un rechazo a la inserción pastoral en Chile, ya que la identificaron como un gran peligro que atentaba contra su fidelidad a los superiores de Montreal.

+ El otro proceso que interfiere la presencia apostólica de las Hermanas de la Providencia responde, precisamente, a las variables que tipifican el fenómeno de las misiones extranjeras del siglo XIX.

Una vez ya instaladas de nuevo las Hermanas en Montreal, se produce un intercambio epistolar cargado de acusaciones y réplicas, por ambas partes. A lo largo de toda esta polémica es preciso considerar, de antemano el amplio respaldo que la Congregación de Obispos y Regulares dará a la actuación del Arzobispo de Santiago.

La entrega sin retorno

Respecto al contenido de toda esta correspondencia es preciso analizar para nuestra historia las razones que sostienen tres de sus principales actores: Mons. Rafael V. Valdivieso, Mons. Ignacio Bourget y Madre Bernarda Morin.

El Arzobispo Valdivieso escribe un primer informe, el 17 de Marzo de 1863, en el momento en que las Hermanas hacen abandono de la Arquidiócesis de Santiago. Dirige este documento al Obispo de Montreal Mons. Bourget, en el entendido que el prelado se pondrá de su lado, ya que se trata de una clara rebeldía por parte de una comunidad religiosa en su relación con el obispo diocesano. En este primer Informe de Mons. Valdivieso nos interesa poner de relieve dos aspectos:

En primer término, hace referencia explícita al Pbro. Gedeón Huberdault, a quien señala como responsable, esto es, quien en forma premeditada ha provocado esta situación de rebeldía de parte de las religiosas. Incluso, lo define como una persona doble, en estos términos:

"Aunque no faltaban noticias para sospechar lo segundo (esto es que pretendía preparar un rompimiento que diese en tierra con la Congregación en Chile, exasperando a las Hermanas con el retiro suyo y el advenimiento de un Superior chileno), yo temía abrigar esta sospecha que suponía tanta intriga y falsía en un eclesiástico…[290]

En segundo lugar, señala abiertamente, al Obispo Mons. Bourget, las razones que ha tenido en cuenta para nombrar como Superiora interina a Sor Bernarda:

"Para coadyuvar a los designios de V. Sría. Illma., era preciso hacer que el gobierno recayese en persona que no tuviese las mismas ideas de Sor Amable… Y me fijé en Sor Bernarda, porque ella era una de las que siempre me habían abierto con franqueza su corazón en lo concerniente a sí misma y a los negocios de la comunidad, y le notaba inteligencia y celo para el gobierno."[291]

Con gran sorpresa, Mons. Valdivieso, debe constatar que este primer Informe no fue valorado por el Obispo Mons. Bourget. El Obispo de Montreal poniéndose de parte de las Hermanas de la Providencia, que habían llegado desde Chile, no sólo les da razón en su precipitada retirada, sino que incluso, adjunta en su respuesta a Mons. Valdivieso (3-VI-1863), el informe redactado por Sor Amable y Sor Teresa de Jesús, las cuales culpan de todo lo sucedido al Arzobispo de Santiago.[292]

---

[290] Carta de Mons. Valdivieso a Mons. Bourget, 17-III-1863, en A.C.A.M.
[291] Carta de Mons. Valdivieso a Mons. Bourget 17-III-1863 en A.C.A.M.
[292] Carta de Mons. Ignacio Bourget a Mons. Valentín Valdivieso, 3-VI-1863, en Morin, «Historia,» 176. Cartas de las Hermanas a Mons. Bourget del 8 de Junio de 1863, Morin, «Historia»., p. 179.

VIII.- Surgir desde las ruinas

Ante esta reacción insólita del Obispo de Montreal, el Arzobispo de Santiago redacta un nuevo documento. Solicita, en primer lugar, un informe escrito, respecto a lo acontecido, a Sor Bernarda y Sor Dionisia Benjamina, las cuales le entregaron una reconstitución de los hechos, el 8 de Septiembre de 1863. Con este material y la asesoría de sus Vicarios, Mons. Valdivieso redacta un cuidadoso análisis, en el que se refiere al alcance canónico-juridíco que tiene la actitud rebelde de las Hermanas de la Providencia, en su relación con el Arzobispo diocesano.

El Arzobispo fundamenta el nombramiento de la Superiora interina, esto es, mientras durara el viaje de Madre Amable, realizado por él en la persona de Sor Bernarda, en la interpretación que él, como Ordinario del lugar, hizo del artículo 2, capítulo VI de las Constituciones de las Hermanas de la Providencia.[293]

Además, del fundamento jurídico, basado en las Constituciones de la Congregación, Mons. Valdivieso agrega una razón disciplinaria para explicar su intervención, esto es, en vista de la situación anómala que existía al interior de dicha Congregación y en su relación con la jerarquía de la Arquidiócesis de Santiago. Para darle todo el peso que tiene el respaldo de la Iglesia local, hizo que estamparan su firma, en dicho documento, los Vicarios Generales Pbros. Casimiro Vargas y Jorge Montes, conjuntamente los confesores ordinarios y extraordinarios que habían prestado atención pastoral a las Hermanas: Pbros. Joaquín Larraín Gandarillas, Blas Cañas y Raimundo Villalón. Los cuales, eclesiásticos adjuntaron, cada uno por su cuenta, una declaración jurada de no haber presionado a las religiosas en orden a separarse de la Casa Central de Montreal.

En síntesis, Mons. Valdivieso expone en su informe, del 16 de Septiembre de 1863, los siguientes puntos:

- Denuncia que las Hermanas han mantenido una actitud que está en abierta oposición a la obediencia que como profesas deben al Obispo Diocesano, por cuanto aplican el principio del libre examen.

- Declara como acto de desobediencia y de rebeldía el que la Superiora de Chile, Sor Amable, no haya acatado el Decreto del 17 de Enero, en que en su calidad de Arzobispo nombraba a Sor Bernarda como Superiora interina. En último término los cánones le permiten la apelación, no el remedio de abandonarlo y emigrar.

- Así mismo, protesta ante la contradicción en que incurre Sor Amable, ya que por un lado afirma defender lo establecido por las Constituciones y, por otro, ha impuesto como Superiora interina a Sor María del Sagrado Corazón, desconociendo de esa manera el derecho constitucional canónico que tenía Sor Teresa de Jesús, por ser la Asistenta elegida en el Capítulo de la Provincia.

[293] Antiguas Constituciones de las Hermanas de la Providencia, en A.C.A.M.

La entrega sin retorno

- Niega rotundamente haya sido su intención cambiar las Constituciones de la Congregación, ni menos separar la comunidad residente en Chile de la Casa Madre de Montreal.

- Responsabiliza, una vez más, al Pbro. Gedeón Huberdault de haber creado en la Comunidad de las religiosas de la Providencia un antagonismo en contra de las autoridades eclesiásticas de la arquidiócesis, incluido el Arzobispo. Con el objetivo de retraer a las Hermanas de la obediencia de los confesores ha ido creando un clima de descrédito en contra de los sacerdotes y prelados del arzobispado con calumniosas imputaciones. Exacerbando su nacionalismo ha logrado suscitar en ellas un total desprecio a aceptar los usos y costumbres de la cultura chilena.

- Reacciona, con santa indignación, en contra las imputaciones que le hacen Sor Amable y Sor Teresa. Afirma que fue la propia Sor Amable la que le propuso, en un primer momento a Sor Juana de la Cruz para sustituirla como superiora interina. Por lo mismo advierte que Sor Amable miente:

"Ha tenido la audacia precoz de ir a desmentirme ante V. Sría Illma., prevalida de la distancia y de las fementidas protestas de sinceridad y humildad con que ha querido sorprender al bondadoso corazón de V. Sría. Illma."

Luego, con energía declara:

"Soy el último y más indigno de los Pastores; pero Dios por su misericordia no ha permitido que en el desempeño de mi cargo deshonre con mentiras el augusto carácter que invisto. Aún prescindiendo de mi estado, si V. Sría. Illma., me conociera, vería cuán ajeno es de mí valerme de la mentira y del engaño para extraviar los juicios de los otros".[294]

Lastimosamente, el Obispo de Montreal había tomado partido a favor del grupo de Hermanas prófugas de Chile. No había atendido, en absoluto, las argumentaciones del Arzobispo de Santiago. Contrario a lo que es habitual en la relación entre obispos, esto es, defender la autoridad del diocesano, Mons. Bourget no considera en absoluto el escándalo público provocado en Chile por la abierta rebelión de las religiosas en contra de un dictamen de la autoridad diocesana.

Lo más absurdo es que Mons. Bourget funda su defensa de las Hermanas en un argumento insostenible canónicamente, esto es, que Mons. Valdivieso debía respetar el nombramiento hecho por Madre Amable, el cual precisamente constituía una rebeldía al decreto de nombramiento por él realizado y que por lo demás no se ajustaba a lo establecido por las Constituciones.

---

[294] Carta de Mons. Valdivieso a Mons. Bourget del 16-IX-1863 en A.C.A.M.

VIII.- Surgir desde las ruinas

Considerando esta toma de posición asumida por el Obispo de Montreal, el Arzobispo de Santiago acude a la Congregación romana de Obispos y Religiosos. La respuesta de Roma significó un explícito respaldo al modo de actuar que había tenido el Arzobispo, Mons. Valdivieso, Con fecha del 17 de Febrero de 1864, el Prefecto de dicha Congregación, Cardenal A. Quaglia, comunica a Mons. Valdivieso que por instrucciones dadas por el Santo Padre Pio XI, se ha solicitado al Obispo de Montreal investigue varias cuestiones que han causado extrañeza ante la Santa Sede, tales como:

- "Sobre el modo de actuar de las Hermanas, que dejando la dirección de las casas del predicho Instituto que existen en la Arquidiócesis, se retiraron a la dicha Diócesis de Montreal.

- El que se hayan llevado una no pequeña suma de dinero perteneciente a dichas casas.

- Como también hayan sustituido u ocultado el archivo de la administración y otros documentos pertenecientes a las cuentas de las mismas casas.[295]

En consecuencia, ante esta situación anómala, que atenta contra la autoridad episcopal, la Congregación romana otorga todo su respaldo a Mons. Valdivieso, constituyéndolo Visitador Apostólico a beneplácito de la Santa Sede para las Casas de la Providencia existentes en Chile.

El modo de proceder, contrario a todo procedimiento canónico, que habían empleado las religiosas canadienses que habían regresado a Montreal, su actitud de rebeldía al Arzobispo, la sustracción de dinero y de los libros pertenecientes a la Comunidad existente en Chile, habían provocado la intervención de la Santa Sede. El Dicasterio romano encargado de las religiosas, una vez más, para los asuntos de Chile, deposita su confianza en el Arzobispo de Santiago. En consecuencia, era directamente la Santa Sede la que dejaba bajo la autoridad de Mons. Valdivieso la Congregación de la Providencia existente en Chile.

De inmediato, el Sr. Arzobispo, provisto con las facultades que le otorgaba este Decreto Apostólico, procede a nombrar como Presidenta de la Congregación en Chile a Sor Bernarda Morin.[296] A decir verdad, tanto Mons. Valdivieso, como sus colaboradores, temían que de un momento a otro llegara una orden de la Superiora trasladando a Sor Bernarda a Montreal. Carta de obediencia que ciertamente ella habría obedecido y que habría tenido fatales consecuencias para la Congregación en Chile. La disposición de la Santa Sede de Febrero de 1864, constituía la piedra sobre la que surge desde las ruinas el Instituto de la Providencia en Chile.

---

[295] Decreto del Card. A. Quaglia, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos, Roma 17 de Febrero 1864, en Boletín Eclesiástico, IV, No. 399, p. 584.

[296] Decreto de Mons. Valentín Valdivieso, 30-IV-1864, en Boletín Eclesiástico., III, No. 371, p. 365.

La entrega sin retorno

Es preciso advertir, a este propósito, que Sor Bernarda, en los primeros meses del año 1863, al quedar constituida, por disposición del Arzobispo, como Superiora interina, si bien había recibido todo el apoyo del clero y de los católicos de Santiago, se había sentido fuertemente cuestionada por sus compañeras, especialmente, en el período de tiempo que éstas esperaban irse a Montreal.

En ese entonces, con filial adhesión había informado a la Superiora General Madre Filomena y, especialmente, con toda confianza y afecto se había dirigido al Sr. Obispo Bourget, con la convicción que, en respuesta, iba a recibir el respaldo de ambos superiores.

Sor Bernarda redacta su primer informe (17-III-1863) a Mons. Bourget, lo redacta en el momento en que las Hermanas abandonan el país, tal como hemos señalado en el capítulo anterior. Lo inicia expresando la gran tensión interna que la agobia, sin embargo, su confianza en el Sr. Obispo de Montreal está impregnada de afecto y ternura, de tal modo que lo primero que ha hecho ha sido el escribirle:

"para abrirle mi corazón con toda libertad, como una hija al mejor de los padres".[297]

Luego, le explica que este desenlace es el resultado de un conflicto que ya se hacía insostenible. Por lo mismo, en forma positiva le escribe:

"Si esta partida, que provoca tanto ruido me aflige por una parte, por otra bendigo al Señor porque tengo confianza en que estas queridas hermanas encontrarán junto a V.E. y a nuestra Madre Superiora los cuidados y socorros que necesitan en el estado actual en que se encuentran. Ellas actúan, pienso, de buena fe, el buen Dios no permitirá que permanezcan en la ilusión".[298]

Con una gran sinceridad y una franqueza extraordinaria, que manifiesta el grado de confianza que tiene en Mons. Bourget, le relata la serie de irregularidades que se habían introducido en la Comunidad y, especialmente, el mal ánimo que se había creado en contra de las autoridades, tanto del país, como incluso las de Montreal.

"El mal reprimido por medidas de prudencia establecidas por los superiores inmediatos (Pbros. Huberdault y nuestra Madre Amable) que no reconocían a los Superiores Generales más que para obtener protección con el fin de someter vergonzosamente a las personas que les estaban confiadas, parecían por una parte reconocer las Reglas que determina nuestra dependencia a los Ordinarios y por otra nos hacían ver a las

[297] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget, 17-III-1863 en Archivo. Provincial - Santiago.
[298] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget, 17-III-1863 en Archivo Provincial- Santiago

autoridades eclesiásticas del lugar como tiránica, ridícula, extravagante, intolerable e incapaz de dirigirnos en nada".[299]

Agrega que al recibir la Comunidad las indicaciones que les hacía Mons. Bourget, (19-III-62) de prestar obediencia al Obispo del lugar, junto con producirse una reacción de lágrimas y quejas, se manifestó el deseo explícito de depender única y exclusivamente de los superiores de Montreal:

"De ese entonces las aspiraciones dominantes y marcadas en la comunidad fueron censurar y criticar sin miradas ni contemplación la conducta y procedimientos de los Superiores, sin exceptuar la Curia de Roma".[300]

Al referirse al Pbro. Huberdault, Sor Bernarda lo señala a Mons. Bourget, como el causante y promotor de este rechazo hacia las autoridades de la Iglesia chilena:

"Estas ideas eran fomentadas por un cariño demasiado natural hacia el Superior (Pbro. Huberdault) quien se complacía en desarrollar, apoyar y ordenar, con una diplomacia estudiada, que recubría con cada una de las intrigas de las más sutiles y difíciles de romper, que sólo produjeron naturalmente el hecho doloroso del cual V.E. se ocupa ahora".[301]

Posteriormente, Sor Bernarda, en carta del 1-IV-63, vuelve a informar a Mons. Bourget, sobre el pésimo testimonio religioso que han dado las Hermanas a todos los habitantes del país.

"La precipitada partida de las Hermanas ha sido muy mal visto públicamente"[302]

Respecto a la permanencia en Chile del Pbro. Huberdault, le escribe con toda franqueza:

"El mismo ha dicho a varias personas dignas de fe, que él se quedaba únicamente con el propósito de llevarnos con él. Por eso él hizo y aún hace todo lo que puede por terminar con nuestras casas. Su posición no es muy honorable y haría mucho mejor en retirarse, porque sin duda que Monseñor Arzobispo le formulará causa criminal por todos los males que nos ha hecho".[303]

En el informe del 8 de Septiembre de 1863, que redacta junto con Sor Benjamina, a petición del Sr. Arzobispo de Santiago, ratifica toda la serie de situaciones que se habían

---

[299] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget 17-III-1863 en Archivo Provincial - Santiago
[300] Carta de Sor bernarda a Mons. Bourget 17-III-1863 en Archivo Provincial - Santiago.
[301] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget 17-III-1863 en Archivo Provincial - Santiago
[302] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget, 1-IV-1863, en Archivo . Provincial - Santiago.
[303] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget 1- IV-1863 en Archivo Provincial - Santiago

La entrega sin retorno

ido gestando, al interior de la comunidad, en contra del Arzobispo y del clero de la arquidiócesis. El punto que más insiste está relacionado con la negativa, que a través de la prensa ha hecho el Pbro. Huberdault, en orden a reconocer que había sido reconocido realmente como Superior de las Hermanas y en calidad de tal había actuado en la organización interna de la Congregación y en las relaciones públicas.

Entre las actitudes un tanto extrañas que manifiesta el Pbro. Huberdault, en los meses que aún permanece en Chile destacan las siguientes:

- La obsesión por querer lograr que todas las Hermanas canadienses regresaran a Montreal, incluso insistiendo con diversas estrategias y presiones para lograrlo con Sor Bernarda y sus compañeras.

- El querer cerrar toda las casas de la Providencia en Chile e incluso querer llevarse al Canadá los retos mortales de las Hermanas Victoria Larocque y Marta Varnier.

- La reiterada negativa a aceptar que él, de hecho, había ejercido de Superior eclesiástico de las religiosas. Por lo demás, en el ejercicio de dicho cargo publico existían pruebas en numerosos documentos.

- Lo que ciertamente más lo descalifica es haberse aliado en su calidad de sacerdote con la prensa anticlerical.[304]

A través de "El Mercurio" de Valparaíso y del diario "El Ferrocarril", el Pbro. Huberdault publica una serie de ataques contra el Arzobispo, a quien intenta hacer responsable del retorno a Canadá de las Religiosas de la Providencia.[305]

A tal grado llega su descriterio que "La Revista Católica" debió, primero desenmascararlo del anonimato, bajo el cual publicaba sus artículos y, luego, dar a conocer a la opinión pública sus maniobras y su responsabilidad en todo lo acontecido.[306]

Realmente, la lectura de los artículos escritos por el Pbro. Huberdault y publicados principalmente en el diario "El Ferrocarril" con el titulo: "Las Hermanas de la Providencia" mueve a lástima. Su tesis central es que "las monjas de la Providencia estaban en su derecho al resistir el nombramiento de superiora hecho por su señoría

---

[304] Informe de Sor Bernarda y Sor Benjamina a Mons. Valdivieso, 8-IX-1863, en Archivo Provincial Santiago.

[305] « El Ferrocarril » de Santiago, 27-III-63; 11-IV-1863; 2-V-1863.

[306] « La Revista Católica », 21-III-1863, No. 762; 4-IV-1863, No. 764; 18-IV-1863, No. 766; 25-IV-1863 No. 767; 9-V-1863, No. 769.

lIlmo."[307] Con un estilo sofisticado, pretende ser un avezado polemista. Sin embargo, su único objetivo es culpar de la actitud rebelde de las Hermanas canadienses al Arzobispo

VIII.- Surgir desde las ruinas

Mons. Valdivieso y para ello no teme falsear abiertamente los hechos y las citas de frases en francés.

A este propósito, Sor Bernarda, informa a Mons. Bourget:

"Parece querer defenderse por medio de los diarios y buscar amigos en los de su posición… Es tan penoso! Y, por otra parte, el escándalo dado por un Sacerdote o religiosa tiene un carácter irritante a los ojos del mundo. Por eso toda la gente de bien lamenta lo que ha pasado en relación con nuestras Hermanas por el daño que esto hace a la Religión".[308]

Don Joaquín Larraín Gandarillas interpretando el sentir del catolicismo que abomina en él al tipo doble y maquinador, que incluso presume de diplomático, presentó ante el Gobierno una solicitud para que fuera exonerado como Capellán primero de la Casa de la Providencia. Lo cual de inmediato fue aprobado por decreto del 28 de Marzo de 1863. En su lugar se nombró al Pbro. Francisco Rock. Finalmente, a inicios del año 1864, el Pbro. Huberdault regresa a Canadá.

Respecto a su relación epistolar con Madre Filomena, Sor Bernarda actúa de la misma manera que con Mons. Bourget, esto es, procede a informarle de inmediato de todo cuanto ha sucedido. En una actitud de total confianza le manifiesta lo difícil de la situación que debe enfrentar con estas palabras

"Mucho más fácil me sería enviarle lágrimas que palabras".[309]:

Entre otras cosas se refiere a la situación en que han quedado los huérfanos, en un reclamo de responsabilidad frente a la misión adquirida:

"Aquella mañana de la partida de las Hermanas, apenas vieron la Casa desierta llegaron todas a agradecerme llorando porque yo me había quedado para cuidarlas."[310]

Grande será su decepción al recibir las respuestas en que por principio aceptan la versión del Pbro. Huberdault, el que es secundado por las Hermanas que ya están en Montreal.

La Madre Filomena, Superiora General, ya con fecha del 18 de Marzo, esto es, antes que las Hermanas llegaran a Montreal, aconseja a las Hermanas de la Providencia, que están

---

[307] « Las Hermanas de la Providencia », en « El Ferrocarril », 27-III-1863.
[308] Carta de Sor Bernarda a Mons. Bourget del 1-IV-1863, en Archivo. Provincial - Santiago.
[309] Carta de Sor Bernarda a Madre Filomena, 23-IV-1863, en Archivo. Provincial - Santiago.
[310] Carta de Sor Bernarda a Madre Filimena, 23-IV-1863 en Archivo Provincial - Santiago

en Chile, que tengan reserva absoluta ante el clero chileno. A su vez, manifiesta la determinación de dejar las casas de Chile, en caso de disconformidad con el Prelado.

La entrega sin retorno

En este documento revela, por una parte, el influjo total que había logrado el Pbro. Huberdault, ante el Consejo Superior de la Congregación, pero, también, deja entrever su desconocimiento de las normas canónicas que rigen a las Congregaciones de derecho diocesano, condición que tenía en ese entonces la Congregación de las Hermanas de la Providencia.[311]

En una segunda Carta respuesta a Sor Bernarda, la Madre Filomena se siente sobrepasada por los hechos y al mismo tiempo impactada por la actitud de Sor Bernarda:

"…debo confesarle que estoy profundamente conmovida por sus palabras que he leído y releído para comprenderlas mejor y ver todo su alcance".[312]

En esos días, Sor Bernarda y sus compañeras sintieron un gran abandono, una incomprensión total de parte de sus Superiores. En lugar de reconocer el trabajo misionero que han continuado realizando, en nombre de la Congregación, con los niños huérfanos; en lugar de congratularse con ellas por su adhesión a la jerarquía de la Iglesia local, se les trata como culpables.

Mons. Ignacio Bourget, obispo de Montreal y fundador de la Congregación, en su carta del 30 de Abril de 1863, es tajante y hiere fuertemente la filial adhesión de Sor Bernarda, en estos términos:

"No me explico que sola, o casi sola, haya tenido Ud. razón contra toda su comunidad y que se haya determinado a permanecer en Chile".[313]

Por lo mismo, es comprensible la alegría que invadió a las 9 hermanas al conocer la respuesta de Roma del 17 de Febrero de 1864. Lo que será confirmado, posteriormente con el decreto del 5 de Abril de 1865, en el que el Cardenal Quaglia, a nombre del Santo Padre, Pio IX, junto con erigir, en Chile, la Provincia de la Providencia, en los siguiente términos:

"…con inmediata dependencia de la Santa Sede y de esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, salvo la jurisdicción de los Ordinarios diocesanos"

Agregaba la siguiente recomendación a Mons. Valdivieso:

---

[311] Carta de Madre Filomena a Sor Bernarda, 18-III-1863.en Archivo Provincial - Santiago
[312] Carta de Madre Filomena a Sor Bernarda, 15-V-1863, en Archivo. Provincial- Santiago.
[313] Carta de Mons. Bourget a Sor Bernarda, 30-IV-1863. En Archivo Provincial - Santiago

"Emplee todos los medios posibles para restablecer la paz y la concordia entre las Hermanas chilenas y la Superiora General y las demás Hermanas canadienses, de suerte

VIII.- Surgir desde las ruinas

que, arregladas todas las cosas, llegue el caso de que la Santa Sede pueda sujetar la provincia chilena a la dirección de la Superiora General".[314]

En este mismo sentido Madre Bernarda conservó un fuerte sentimiento de filial adhesión a los superiores de Montreal. A lo largo de toda su vida su anhelo de unión con la Casa Madre fue explícito. Mantuvo no sólo el hábito sino que luchará para mantener abierta la puerta para un día lograr la reunificación.

Al hacer un análisis de conjunto, de este período de crisis institucional, se puede apreciar que en ningún momento aparece, por parte de Sor Bernarda, la pretensión o la tentativa de apoderarse del poder o retener el cargo de superiora, sino lo que se evidencia es que ella obedece las disposiciones del Arzobispo de Santiago y se empeña en salvar de la ruina la misión que realizaba la Congregación en Chile. Todo lo cual aparece nítido en esta síntesis histórica:

- Desde luego, el primer nombramiento de Superiora, (17-I-1863) que recibe Sor Bernarda es fruto de las disposiciones establecidas por el Arzobispo, en orden a normalizar las relaciones entre el Arzobispo y la Congregación.

- A continuación se sucederán la serie de decretos en que el propio Arzobispo publica en defensa, antes que nada el derecho que le asiste de intervenir canónicamente ante la rebeldía que le oponen las Hermanas, lo que origina el Decreto de ratificación del nombramiento, como Superiora interina, (23-II-1863) y que fue impuesto bajo amenaza de sanción, el 25 de Febrero. Como complemento de este ordenamiento, el Arzobispo procede a nombrar como Superior eclesiástico de las Hermanas al Pbro. Don Joaquín Larraín Gandarillas (27-11-1863).

- Al producirse el éxodo de las Hermanas, Don Joaquín Larraín, en conjunto con Sor Bernarda habían ya restablecido el nuevo Consejo (16-III-63) y en conjunto con todo el clero se abocaron a asegurar la continuidad del trabajo de las Hermanas de la Providencia en favor de los niños abandonados de la arquidiócesis, objetivo central para las preocupaciones del Sr. Arzobispo.

- Para superar el vacío de poder que se produce al dejar de ejercer como Superiora Sor Amable y en consecuencia, Sor Bernarda dejaba de ser Superiora Interina, el Sr. Arzobispo envía al Pbro. Joaquín Larraín el oficio (9-X-63) en que le ordena

[314] Carta del Cardenal Quaglia, Roma 5-IV-1865, Breves y Registros, 235, No. 152. En Archivo Seminario Santiago.

convocar a elecciones de superioras. Acto que se llevó a cabo de acuerdo a lo ordenado en las Constituciones (25-X-1863).

La entrega sin retorno

- Todo este proceso fue ratificado por los poderes concedidos por la Santa Sede al Arzobispo Valdivieso, en el Breve del 17 de Febrero de 1864. El cual, acorde a dicho documento nombró a Sor Bernarda, Presidenta de las Casas de la Providencia en Chile.

- Finalmente, a contar del documento de la Congregación de Obispos y Regulares del 5 de Abril de 1865, se fueron realizando, normalmente en el futuro, los Capítulos para elecciones de Superioras.

La punta de diamante divide dos historias:

Una propia de las Hermanas de la Providencia residentes en el Canadá y de las personas vinculadas a la Congregación en ese país. Toda la correspondencia y la interpretación de los hechos apunta a concebir a Sor Bernarda y sus compañeras como cismáticas y traidoras, esto es, se han separado de su unión con la Congregación. Afirman que todo esto había sido preparado por Sor Bernarda y deseado y favorecido por el Arzobispo Valdivieso. No existe ninguna referencia al apostolado de servicio a los niños abandonados, ni por mucho tiempo el más mínimo reconocimiento a la labor que están realizando en este ambiente. De acuerdo a esta hipótesis se escriben cartas y se consiguen que se efectúen fuertes presiones sobre las que permanecen en Chile.

La otra es la de la Iglesia chilena. Historia que cuenta con los escenarios, los actores y testigos de los hechos. Más que en el número de cartas ella se funda, primero en el apoyo dado por Roma al Arzobispo, y en forma consecuente brinda a las Hermanas de la Providencia de Chile un total apoyo, en reconocimiento a la inserción pastoral y cultural que realizan las Hermanas en esta segunda parte de su presencia en el país. Este respaldo proviene de tres fuentes:

La primera es por parte de la Jerarquía y del clero, los cuales encontraron que la respuesta pastoral que ofrecían las Hermanas era de máxima actualidad para el apostolado de ese entonces. Además, las Religiosas que habían establecido su Casa Central, junto al Seminario, a partir del momento que Sor Bernarda asume como Superiora van a establecer entre ambas instituciones un clima de familia que se expresa en una historia en común: desde luego el selecto personal del Seminario les ofrecerá la dirección espiritual y la celebración de solemnes actos litúrgicos. Las Hermanas a su vez acogían con afecto de madres a los Obispos y sacerdotes que, viajando desde provincia, visitaban a sus seminaristas. La Providencia se transformó en un lugar de acogida para todo el clero

chileno. En realidad, las Hermanas de la Providencia superando la distancia que las mantenía alejadas de la Iglesia local, en poco tiempo lograron insertarse como parte de ella. Un cordial reconocimiento les será brindado por las grandes figuras del clero nacional, entre ellos, debemos citar a Mons. Hipólito Salas, Arzobispo de Concepción.

VIII.- Surgir desde las ruinas

El segundo respaldo nacional brotó como consecuencia del anterior. Tanto los confesores, como los directores espirituales orientaron las inquietudes vocacionales de "señoritas", pertenecientes a las grandes familias católicas, hacia esta Congregación. Ello marcaba un gran cambio en la época, ya que estas jóvenes, en lugar de optar por el monasterio de clausura como era lo habitual, encontraron en el carisma del servicio en favor de los niños huérfanos un entusiasmaste apostolado de seguimiento del Señor. En consecuencia, se dio el caso que en lugar de disminuir el número del pequeño "resto" que había permanecido en Chile, se las vio crecer rápidamente.

Como expresión pública de este anhelo de continuidad del apostolado de las Hermanas, con que vibra el clero en este momento, se debe interpretar la determinación asumida por el Pbro. Joaquín Larraín, en su calidad de Superior Eclesiástico, de aceptar como miembros de la Comunidad de la Providencia con derecho a voto, para que tomen parte en la deliberación de sus negocios, a cinco Hermanas, que habían hecho su primera profesión religiosa y cumplían con lo dispuesto por las Constituciones, sin embargo estaban relegadas por ser chilenas. La razón de su admisión está expresada en estos términos:

"… para que no quede paralizada la marcha de la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Chile".[315]

El 25 de Marzo de 1865 se constituyó en el gran espaldarazo, que la Iglesia, la sociedad y las familias católicas rindieron a la Congregación de la Providencia, en una ceremonia extraordinaria tomaron el hábito seis postulantes y profesaron seis novicias. Con alegría íntima se entonó un himno de acción de Gracias a Dios, el Padre que con esas profesiones abría el camino de la providencia en el futuro de la Iglesia chilena. Se había posesionado, de esa Casa religiosa un nuevo clima de familia, de acogida y de bondad que era precisamente el carisma propio de Madre Bernarda.

El apoyo del gobierno y de la sociedad se expresó en un apoyo de toda índole para hacer posible su apostolado entre los niños. Ya que habían quedado carentes de dinero y sumergidas en deudas, se buscó diversas maneras de ayudarles. Además de pequeñas contribuciones y aporte de alimentos, se les encomendaron diversos trabajos de costura, bordado y tejido en general. Además de pequeñas contribuciones y alimentos.

[315] Disposiciones del Pbro. Joaquín Larraín, 16-III-1863, en Morin, «Historia» I, 174.

Más allá de interminables acusaciones, que lloviera sobre Madre Bernarda desde Canadá, analizando los hechos desde la perspectiva de la Historia de la Iglesia en Chile surge un criterio, que está más inspirado en el espíritu misionero y es el aporte que las Hermanas de la Providencia han realizado en beneficio de la evangelización de este pueblo.

La entrega sin retorno

En realidad, en el momento en que las Hermanas optaron por quedarse en Chile, es un momento de gran importancia, ya que su opción misionera fue constitutiva, en parte, del proceso de desarrollo que el catolicismo iniciaba en lo social, al mismo tiempo, rompe el esquema de trasplante de un determinado modelo de evangelización, condicionado a un modelo de Iglesia nacional, en este caso franco-canadiense, para abrazar la intemperie del seguimiento de Cristo, asumiendo las imperiosas necesidades que la realidad les deparaba en Chile.

La comunidad de las Religiosas de la Providencia, Sirvientes de los Pobres, si bien habían recibido nuevas vocaciones a la vida religiosa, sin embargo estaban heridas en su vida de comunidad por el impacto y la crisis, que habían padecido. Más aún continuaban llegando de Montreal cartas que no ayudaban a la tranquilidad de los espíritus. Bajo la prudente y sabia guía espiritual del Pbro. Joaquín Larraín Gandarillas se inicia, posteriormente un proceso de recuperación, en el que ayudó mucho el confesor ordinario Don Raimundo Villalón.

La doctrina espiritual que sugiere Don Joaquín Larraín es muy sencilla y práctica. Para lograr comunicarla se dedicaba todos los domingos desde las tres de la tarde en adelante por completo al servicio de las Hermanas: atención espiritual personal, confesiones, instrucción religiosa a toda la comunidad. El amor a Cristo expresado en la mortificación era un desafío tajante que hacía a esas señoritas acostumbradas a ser servidas. El "Vade Mecum" o pistas prácticas sobre las bases exigidas para la vida religiosa era sencillo:

1.- Desprendimiento de todo cuidado exagerado de la salud.

2.- Evitar generosamente todo lo que tiende o conduce a la singularidad, acomodándose, hasta en los más pequeños detalles, a la vida común y a los usos de la comunidad.

3.- No hablar nunca de la familia, ni del orden social que se tenía en el mundo.

4.- Vencer y perseguir la pereza hasta sus últimos atrincheramiento.[316]

Teniendo como base esta serie de mortificaciones prácticas, la espiritualidad de la Comunidad religiosa invitaba a la edificación de las virtudes especialmente la simplicidad, la humildad y la caridad. El trabajo sacrificado en favor de los niños templó

[316] Morin, «Historia» a, I, 219.

a esas jovencitas, las que constituyeron un clima de gran trasparencia y serenidad, de modo de concebir un horror profundo a todo lo que fuera falta de sencillez. Se llegó a crear un ambiente muy espontáneo de manera que con gran facilidad se reconocían las faltas y se pedía consejo para enmendarse.

VIII.- Surgir desde las ruinas

El Pbro. Joaquín Larraín Gandarillas conocía bien lo propio de la juventud acomodada de Chile. Señoritas, hijas de familias cristianas, tradicionales en sus prácticas religiosas y un tanto superficiales. Sin embargo, en contacto con una dirección espiritual profunda despertaba en su vida el gran anhelo del seguimiento de Cristo, en la mortificación, el desprendimiento y el servicio a los pobres. Es precisamente en esta segunda mitad de siglo que en forma extraordinaria, se produce un despertar religioso en nuestra sociedad y una significativa cantidad de hijas de la oligarquía chilena elige a las Congregaciones de la Providencia, del Buen Pastor y de la Caridad para consagrar sus vidas al servicio de los más pobres entre los pobres de nuestro pueblo.

Don Joaquín tuvo la habilidad de estudiar y penetrar con profundidad las Reglas de las Hermanas de la Providencia, sobre cuyos capítulos fundaba sus conferencias religiosas. Todo este proceso formativo, que se daba, en la Casa de la Providencia, en condiciones de vida de gran pobreza y sacrificio, constituyó un verdadero momento fundacional. La mística que se fue generando y que se adueñó de esas religiosa, las marcó de modo de constituir la Casa de la Providencia en un centro de la caridad, que se proyectaría a lo largo del país.

Situando este momento de superación de la crisis, que viven las Hermanas de la Providencia, en el contexto histórico, debemos enfatizar que la Iglesia chilena asumía, precisamente en estos años, su responsabilidad social frente a las grandes necesidades que padecía el país. Además, de lograr una sólida organización y disciplina, manifestaba los frutos de un desarrollo, que se hace posible gracias a la unión del clero con el partido Conservador lo que se expresa en instituciones, medios de comunicación y obras sociales.

Conjuntamente, el catolicismo lograba hacer aflorar expresiones de inculturación cristiana, como el nacer del Mes de María, rica síntesis que une los aportes de la religiosidad popular y con el referente teológico de la Virgen María, esto es, Iglesia madre. Hacia fines de ese año (1863), precisamente en una de estas expresiones masivas de piedad mariana, se producía el gran incendio del templo de la Compañía (8-XII-1863), que enlutó la ciudad de Santiago.

En esta perspectiva histórica, importa describir la realidad del contexto social chileno en el que se da la problemática de los niños abandonados: “los expósitos”, “los huachos”. Tragedia humana a la que se enfrenta en su apostolado la Congregación de la Providencia y cuya recomposición nos ayuda a valorar el discernimiento en el espíritu, realizado por Sor Bernarda y sus compañeras al quedarse como misioneras en Chile. Temática que asumiremos en el próximo capítulo.

==========

IX.- La Providencia de los Huachos

Al permanecer en Chile, Madre Bernarda hace posible la continuidad de un gran proyecto de pastoral social, que había asumido la Iglesia de ese entonces, cual era: la atención de los niños abandonados. Dicho proyecto era factible gracias a los fondos de que disponía la Casa de Huérfanos, fruto de diversas donaciones que había recibido.

Al permitir continuar enfrentando este trabajo de pastoral social, a pesar del regreso a Canadá de la mayor parte de sus Hermanas religiosas, el Equipo que encabeza Madre Bernarda, hace posible que la Congregación de la Providencia inscribiera, en la historia de la Iglesia en Chile, una página muy significativa, no sólo para la Iglesia, sino para el país entero.

Sin lugar a dudas, en ese momento crítico, Madre Bernarda es expresión de la presencia del Señor de la historia que, aún en medio de la complejidad de esta coyuntura, donde afloraron las debilidades humanas, suscita en ella a la persona elegida. A través del llamado del Arzobispo, ella discierne la voz del Señor y es capaz de dar continuidad al trabajo pastoral en favor de los “expósitos”, en la sociedad chilena llamados: "huachos". Ella se constituye, entonces, en el instrumento útil en manos del Señor y, a su vez, en medio de ésta crisis, prolonga en Chile el carisma fundacional de las Hermanas de la Providencia, Sirvientes de los Pobres, en una misión que traducía el amor al necesitado, propio de la Fundadora de la Congregación, Madre Emilia Gamelin.

Para comprender la importancia que tiene la continuidad de esta misión, es necesario tener, antes que nada, una visión general de la problemática social que significaba en esa época: los niños abandonados. El problema de los “Huachos” y de las “Chinas” en toda su crudeza era sin lugar a dudas uno de los grandes desafíos que enfrentaba la pastoral social de la Iglesia y la política social del Gobierno.

En el contexto socio-económico de la segunda mitad del siglo XIX, importa analizar las condiciones desfavorables que habían castigado la evolución de la sociedad chilena, especialmente en su organización laboral y como consecuencia en la constitución de la familia de los sectores populares.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la historia del trabajo en la realidad chilena, anota un momento en que recién se inicia la superación de la práctica del "traslado de indígenas" y el reparto en "Encomiendas", hechos que en los siglos coloniales había prácticamente destruido la familia en los pueblos aborígenes, especialmente en la zona centro del país. Ahora, en cambio, se comienza a consolidar, en forma lenta, un sistema de trabajo agrícola, donde surge la presencia de los "inquilinos". A estos campesinos, él

patrón les otorga el “derecho de cerco”, esto es, un lote de tierra donde construye su rancho, dispone de talaje y de animales propios, a cambio de realizar las tareas del "fundo" y prestarle los servicios que le pidiere. Los inquilinos, en forma precaria, son los primeros que gozan de las condiciones mínimas para tener una familia estable.

Sin embargo, en los "fundos" o haciendas permanecen un número significativo de "peones", vale decir, campesinos pobres, generalmente mestizos, que constituyen una población flotante en las haciendas y están sujetos a los cíclicos ritmos estacionales de las labores del campo. Es una población trashumante que no reconoce ni vivienda, ni posee bienes de ningún tipo. Por lo mismo, no constituyen una familia estable, sino que se aparejan con las mujeres que ocasionalmente forman parte del grupo que realiza las labores de temporada, dejando hijos, no reconocidos que constituyen la legendario figura del "huacho", esto es, niños sin el reconocimiento legal-civil de sus padres.

Importa destacar que esta figura del "huacho", fundamentalmente será producto del sistema de trabajo imperante en el país, el cual, en sus diversas formas injustas de explotación del trabajador, genera como producto: al ajuerino, al peón y, en general, al vagabundo. Las masas de trashumantes formaron parte de la estructura social del país, ya que provenían de las diversas formas de trabajo, impuestas por una pequeña oligarquía, que dominaba el poder político y económico del país. Dentro de esta lógica de injusticia social institucionalizada, podemos señalar algunas de las formas laborales que atentaban contra la familia:

- El sistema de trabajo agrícola de la hacienda en la zona central, había producido, después de tres siglos de tenencia de la tierra en manos de unos pocos hacendados, esto es, hacia la segunda mitad del siglo XIX, una población flotante permanente de unos 150.000 vagabundos. [317] La falta de cultivos intensivos y la lenta división de las haciendas produjo un excedente de mano de obra, los cuales constituyen una masa vagabunda y desarraigada, que pululaban en el valle central y en las zonas fronterizas.

- El surgimiento de los centros mineros, tales como, la explotación de: plata, cobre, carbón y salitre, ubicados especialmente en la zona norte, atrajeron grandes masas de campesinos, los que se instalaron, en forma muy precaria, en los así llamados: "Campamentos mineros", donde se produjo un tipo de desarraigo de por vida y el aparecimiento del

- alcoholismo y la prostitución. Los “peones mineros” debían soportar condiciones infrahumanas en su trabajo,

[317] *Silva V. Fernando. Historia de Chile, IV, 696.*

- por lo cual, en estas condiciones, eran reacios a mantener vínculos de familia.

- A medida que avanza el siglo XIX, a estas causas de desarraigo, propio de los obreros del sector agrícola y minero, se agregan las de los obreros que, atraídos por la industrialización entran a trabajar en primitivos talleres y establecimientos fabriles, constituyendo en Santiago y Valparaíso miserables barrios obreros, cuyo tipo de vivienda eran los ranchos y los miserables ”conventillos”. Al sur de la Alameda y al norte del río Mapocho se establecen hacinamientos humanos, ocupados por estas viviendas miserables, donde convergen obreros mal pagados, víctimas fáciles del alcoholismo y enfermedades producidas por la falta de higiene. Otro tanto acontece en Valparaíso, donde los hacinamientos humanos se esparcen por los cerros.

- En las ciudades y pueblos surge, por otra parte, en torno a las casas patronales y de comerciantes un sistema de sirvientes y sirvientas jóvenes traídas desde el campo. Las así llamadas: "chinas" eran empleadas domésticas de dedicación completa al servicio de sus patrones, bajo normas estrictas de moral y de disciplina, a las que no se les da oportunidad de insertarse en la sociedad, constituyen, por lo general, un grupo de madres solteras.

- Finalmente, a lo largo del siglo XIX, la evolución del país tuvo necesidad de realizar "enganches", o sea, reclutamientos forzados de campesinos, cuyo contingente sirvió para estructurar el ejército nacional en las dos guerras, en que el país se enfrentó con Perú y Bolivia. Otras razones para realizar estos enganches fueron: la necesidad de tener mano de obra para realizar diversas Obras públicas y las Revoluciones internas, que sacudieron la normalidad de la vida republicana.

En todos estos casos, generalmente, los reclutados en cada uno de los "enganche" eran principalmente jóvenes campesinos, analfabetos, que una vez concluida la causa de la leva pasaban a engrosar el número de los desarraigados existentes en el país.

Pues bien, a partir del análisis sociológico de esta época, se concluye con una visión que da cuenta de un conjunto de causas estructurales que fortalecieron un sistema en que el "ajuerino", el "vago" se constituyeron como parte de nuestra sociedad. De tal modo que, en ciudades y pueblos, el número flotante de los "gañanes", esto es, obreros vestidos con atuendos campesinos, estructuran una mano de obra a la cual se acude para todo tipo de trabajo no calificado.

Toda esta masa trashumante, presente al interior de la sociedad chilena, constituyó un grupo humano contrario a la formación de una familia propia y estable. Muy al contrario favoreció las uniones ilegítimas, el machismo y, por lo mismo, se tuvo como resultado una gran cantidad de hijos naturales. Las causales que originaban los "ilegítimos" se fueron sumando hasta marcar el inicio del siglo XX con un número de nacimientos fuera del matrimonio, que incluso superó el 50% del total de los recién nacidos[318] [319]

"La proporción de niños ilegítimos nacidos en Chile entre 1848 y 1916 aumentó desde un quinto del total de los nacidos a más de un tercio. Tales cifras son de nivel nacional… En la ciudad de Santiago, por ejemplo, fluctuó normalmente por encima del nivel nacional: entre un mínimo de 640 por mil y un máximo de 541 por mil, entre 1903 y 1910. A modo de hipótesis, cabe estimar que, en los barrios populares de la capital, la proporción de niños ilegítimos debió oscilar entre 750 y 800 por mil.[320]

En contraposición a esta realidad sociológica, la elite española y criolla profesaba en principio una moral rigorista de acuerdo al padrón de referencia que era el estilo de vida propio de la península, lo cual configuraba una cultura socio-religiosa que condenaba en forma tajante a los niños nacidos en la ilegitimidad.

Los hijos naturales o ilegítimos eran considerados como "hijos del pecado" y dentro de esa sociedad, fuertemente influida por una moral de cristiandad, si bien la estructura socio económica había implementado en el país condiciones totalmente diversas a esa moral, no obstante la madre-soltera era centro de una fuerte presión de exclusión social de todo tipo. Por lo general, la madre-soltera al verse sola, abandonada, sin recursos y con el rechazo general de la sociedad optaba por abandonar al recién nacido. Esto ocurría, especialmente, en los centros poblados, ya que en ámbito rural campesino, el "huacho" era aceptado como una mano de obra necesaria para el trabajo agrícola

Sea por "vergüenza social" o por causa de la miseria, el "acto de exposición" expresaba por una parte la aceptación social que esa criatura, por ser fruto del pecado no tenía derecho a la vida y por otra, al dejarlo abandonado como un "expósito" se lo dejaba en las manos de Dios. En definitiva, todo lo cual permitía deshacerse del hijo sin ensuciarse las manos con sangre.

---

[318] *Mario Garcés" Desarrollo histórico de la Organización Popular"Rev. De Educación y Desarrollo social. Redes Cecap. Valpso 1990.*

[319] *Mario Garcés" Desarrollo histórico de la Organización Popular"Rev. De Educación y Desarrollo social. Redes Cecap. Valpso 1990.*

[320] *Salazar Gabriel, "Ser niño "huacho" en la historia de Chile" Proposiciones 19, 1990, 78.*

De aquí surge la constatación que han hechos varios investigadores, en orden a establecer la relación existente entre el gran número de niños abandonados y su condición de ilegítimos. Conjuntamente con esta realidad, se da, además, una cantidad de niños, que aún siendo legítimos eran abandonados por la miseria en que viven sus padres y el gran número de hijos que integran el hogar.

La sociedad chilena continuaba siendo regida por los cánones religiosos, propios de la cristiandad colonial. Por lo tanto, la Iglesia tenía el control absoluto en lo relativo al reconocimiento oficial de una criatura. Esto significaba que la Iglesia reconocía como legítimo sólo a quien fuera fruto de la unión de un hombre y una mujer casados por la Iglesia. Hasta el año 1885, el único reconocimiento que el Estado chileno daba al recién nacido era a través de la Iglesia Católica, ya que no existía el Registro Civil.

No obstante la presión que ejercían en la sociedad chilena las leyes canónicas, en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX, es preciso señalar que, además de las causales que originaban el alto número de ilegítimos, ya señaladas, se añade otra, vale decir, se produce una relajación de costumbres, lo que incide en un alza en los nacimientos fuera del matrimonio.

La fundación de la "Casa de Huérfanos" había surgido dentro de esta cruda realidad social. A mediados del siglo XVIII, una de las razones que mueven a Don Nicolás de Aguirre a fundar dicho Asilo, según el mismo lo expresa es la gran cantidad de niños abandonados que se veían en Santiago, de los cuales la mayoría moría en la calle.[321]

Dicha “Casa de Huérfanos,”antes de la llegada de las Hermanas de la Providencia, al no contar con un personal dedicado a la atención de los huérfanos, cumplía solamente la tarea de recibir al "expósito",esto es, retirar al niño o niña que había sido dejado abandonado en la “Casa del Torno” o en la puerta de alguna de las instituciones existentes. De inmediato lo entregaba al cuidado de una "Ama" o nodriza, la cual se responsabilizaba de alimentarlo con la leche de sus pechos, recibiendo a cambio un pago en dinero.

Lo que es cierto es que al existir una respuesta social institucionalizada que se preocupaba de los “expósitos”, el abandono del niño en el torno de un convento o de una institución benéfica vino a reemplazar las formas de eliminación de los recién nacidos, tales como, el infanticidio y la muerte por

[321] *Arch. Ministerio Interior, vol. 407, Carta de Don Nicolás de Aguirre.*

abandono. En conclusión, esta política pública, aumentó el nacimiento de "huachos" o ilegítimos en la ciudad de Santiago.

Si tomamos en consideración el Informe que, en el 1855, entregó al Ministerio del Interior Don José Bascuñan, debemos concluir que la realidad de Santiago era algo que desbordaba cada día las medidas tomadas por la autoridad:

"…ha sido imposible detener la marea de párvulos que inunda día tras día nuestras calles. Estamos estrellándonos contra un muro infranqueable o indestructible, que se reproduce de nuevo cada noche. ¿ Qué más podemos hacer ? Pues no hay mañana que no se nos informe que, en la noche pasada, dos, tres, cuatro niños indigentes han sido subrepticiamente abandonados en los pórticos y zaguanes de las casas principales, al amparo de las sombras y la irresponsabilidad de las madres. Estamos empeñados en lanzar una ofensiva a plena luz del día, y ellos nos contraatacan a mansalva, en la oscuridad de la noche, inundándonos de "niños expósitos". [322]

Dentro de este contexto, el aporte que, desde su propia experiencia, nos hace Madre Bernarda, es de gran importancia. Ella forma parte de una comunidad religiosa que vive inserta en esta realidad, más aún sufren a diario lo que significa el abandono de los niños.

Entre otras cosas nos informa respecto a la "Casa del Torno", la cual, dice, que está instalada en pleno centro de la ciudad y que cuenta con bastante terreno. Dicha Casa está administrada por la "Junta de Beneficencia", la cual paga los sueldos del personal que atiende la maternidad allí existente. En esta sede se cancela la ayuda monetaria que se entrega a las "Amas" o nodrizas. Informa que la "Casa del Torno" estaba destinada específicamente a recibir los "expósitos", que eran luego entregados a las nodrizas. Su rol, entonces, era sólo el de mediar: recibir a los expósitos y derivarlos.[323]

Por otros informes llegamos a la conclusión que la existencia de la "Casa del Torno" estaba contemplada entre las disposiciones de política pública del Estado. Tanto el Administrador, como el Ecónomo y el resto del equipo eran nombrados por el Gobierno y sus sueldos contemplados en el presupuesto fiscal, si bien la fuente de donde se proveía eran los fondos de las donaciones hechas a la Casa de Huérfanos. Por otra parte, de antemano se preveía que la práctica del abandono del "expósito", constituyera un trámite fácil, hasta el punto que, incluso, junto al torno había una campana que, la portadora de la criatura, luego de depositarla, hacía sonar mediante una cuerda.

---

[322] *Ibid., vol. 320, 5 febrero de 1855.*
[323] *Morin,« Historia », I, 327.*

“En la Casa hay un torno donde se reciben los huérfanos que se “exponen”. A la señal que hace la persona que quiere exponer un niño, ocurre la tornera, quien lo recibe, y sí es hora competente, se bautiza, si no lo está, por el Capellán de la Casa, y se sienta la correspondiente partida de entrada en un libro que se lleva a efecto por el ecónomo. Enseguida se le entrega a la nodriza, si la hay de pronto, y sino pasa a una mujer encargada de amamantarlos mientras se les encuentra nodriza. Cuando la exposición del huérfano es de noche, o a horas en que ya se ha retirado el Capellán (salario: 399 pesos 72 reales anuales), la tornera (30 pesos 72 reales anuales) lo pasa a la encargada de amamantarlos, y al día siguiente se le bautiza…[324]

Madre Bernarda nos entrega, además, otras noticias relativas a la “Casa del Torno». Respecto a su ubicación nos dice que hacia 1867 dicha "Casa del Torno" fue trasladada a la Calle Compañía y a partir de 1873 fue unida a la Casa de la Providencia, menos la maternidad que se unió al Hospital San Borja. A partir de esa fecha, las Hermanas se hicieron cargo del pago de las "Amas", el que directamente efectuaba el Ecónomo de la Junta de Beneficencia.

Haciendo referencia a esta nueva situación, informa:

"Como la Casa de la Providencia se halla un poco distante del centro de la ciudad de Santiago, para evitar que los niños abandonados por sus padres fueran arrojados a las acequias o muertos de otra manera, la Junta de Beneficencia estableció en la ciudad un torno central, situado en la Alameda de las Delicias, esquina de la Calle Maestranza, donde una empleada de la Casa de la Providencia, acompañada de una ama, recibía a los expósitos, los que el mismo día eran llevados a la Providencia, además de que en la Casa misma se recibían todos los que a ella llegaban".

"Hoy (* 1899) el torno está en la calle del Cerro, Nº 67"

"Revisados los libros de la Casa de Huérfanos desde la época de su fundación, en el año 1833, hasta fines de julio de 1873, el número de niños asciende a veinte mil. Como se ve, un año con otro, la Casa recogía anualmente como quinientos huerfanitos". [325]

---

[324] *Informe de Dn José Bascuñan. Arch. Ministerio del Interior, vol 320, 5-II-1855.*
[325] *Morín,« Historia» 327-328.*

El dato histórico que aporta Madre Bernarda, en cuanto a situar en el mismo lugar donde hoy está ubicada la sede central de la Universidad Católica, una sucursal de la ” Casa del Torno”, debe ser considerado en unión con su

categórica afirmación, esto es, que aquello era la única forma de evitar que los recién nacidos fueran arrojados a las acequias.

La situación que enfrentaba la Casa de Huérfanos, frente a la irrupción que significaba en la ciudad de Santiago el crecimiento sostenido de “expósitos”, constituía un desastre para las autoridades de la época, que vivían obsesionados por el progreso. Así, en 1853, Don Antonio Varas, clamaba ante el Congreso Nacional, que en nombre del desarrollo social, se realizara una reforma en dicho establecimiento, cuya precaria situación provocaba la muerte a más de la mitad de los niños que allí ingresaba. [326]

Entre las tradiciones vivas que guardan las Hermanas de la Providencia, respecto a esta práctica, aflora el recuerdo persistente de haber escuchado de las religiosas de ese entonces que a menudo en el torno era depositada una criatura envuelta en pañales de buena calidad y llevando a la espalda un envoltorio prendido con un alfiler de gancho, que contenía dinero. Eran los “expósitos” pertenecientes a la clase acomodada.

Las condiciones en las que en ese entonces se encontraba el edificio de la Casa de la Providencia eran ciertamente muy precarias. Los dormitorios de las niñas eran simples cobertizos, con una muralla de adobes al centro y tapiales delgados y viejos a los costados. Ello se explica, por cuanto se había acomodado para dormitorios el lugar de la antigua lechería. Allí pululaban los ratones, incluso las culebras y sus moradores estaban expuestos a todas las inclemencias del tiempo.

“… aquí las casas son de barro; nada más que de barro… No hay piso… de manera que mientras más se barre, más se limpia y más tierra se tiene. Sólo Sor Amable se mantiene limpia por estar en la cocina, en donde prefiere limpiar y fregar sus adobes. Le aseguro que ella lo logra perfectamente al ser ayudada por ratones y lauchas que socavan los cimientos para hacer sus nidos. Ellos no son nuestros únicos enemigos. También están las pulgas, los sapos, lagartos y demás insectos que viven en la tierra y que también quieren habitar en la casa.”[327]

En general, toda la Casa dejaba ver una serie de deficiencias, lo que repercutía en la higiene y falta de condiciones para el cuidado de las

[326] *Documentos Parlamentarios, tomo IV, 1858, 213.*
[327] Carta a la Hermana Asistente General Sor Joseph, Santiago, 28-V-1855, en Archivo. Provincial - Santiago.

enfermedades. Por lo mismo, el trabajo en favor de los huérfanos, significó para las Hermanas aceptar un desafío básico que era ir lentamente realizando las mejoras necesarias.

Las Hermanas enfrentaban una vida muy dura. Muy temprano, en la mañana había que encender el fuego a leña, tanto en la cocina como en la lavandería. Junto con preparar el desayuno, había que levantar a los pequeños. A pesar del cuidado que tenía la Hermana, que durante toda la noche cumplía turno, para atender a los que pedían ir a hacer sus necesidades en los "recipientes", a menudo había más de uno, que al no controlar su organismo, se despertaba todo sucio. Había que lavarlos y luego vestirlos. Esa ropa sucia era llevada a una acequia de agua corriente, para después de Misa lavarla a mano, antes de llevarla al lavadero.

La Madre Bernarda destaca a este propósito:

"Aún en los días de crudo invierno, estando el suelo cubierto de rígida escarcha, se veía a la orilla de la acequia a las primeras señoritas de Santiago y Concepción deslavando aquella ropa con una naturalidad y alegría que hacía comprender que para ellas ninguna clase de trabajo, en la Casa de Dios, les parecía humillante".[328]

Todos los trabajos de la Casa eran realizados por las Hermanas, algunas muy jóvenes, las que debían enfrentarse ante el fuerte cambio entre el estilo cómodo que acostumbraban en sus hogares, al de una vida religiosa de pobreza y servicio. En forma muy pedagógica asociaban a estas tareas domésticas a las niñas y niños más grandes. La lavandería se trasformaba en un alegre espacio de convivencia, cada vez que se realizaba el lavado de la Comunidad, ya que en él participaban todas. Las tareas del planchado, del aseo y de la cocina marcaban un estilo de vida sacrificado y heroico, al servicio de los niños.

A pesar de este estilo de vida tan sacrificado y a su vez dedicadas a la atención de niños y niñas verdaderos guiñapos humanos, sin embargo, existía una gran mística, alimentada por una profunda vida espiritual, que orientaba el Pbro. Joaquín Larraín y que era animada por el ejemplo entusiasta de Madre Bernarda, quien invitaba con su testimonio de vida a seguir una vocación religiosa, donde el carisma de ser “sirvientes de los pobres” se debía expresar en una actitud personal: tener un cariño maternal hacia los que la sociedad chilena llamaba los “huachos”. Cada Hermana debía ser la Providencia para los “huachos”.

[328] Morín,« Historia» 217 .

Lastimosamente, el cuidado y los sacrificios que dedicaron las Hermanas de la Providencia a estos "niños expósitos" van a ser prácticamente anulados por una serie de causales que aparecen, tanto en las Memorias de los Administradores de la Casa de Huérfanos, como en la Historia escrita por

Madre Bernarda. Entre las varias causas que provocan una gran mortalidad infantil, debemos nombrar:

+ La deficiente alimentación y, en muchos casos, la carencia completa de leche para los recién nacidos. A menudo las "amas" o nodrizas buscaban sólo el poco de dinero que se les daba, sin importarles la alimentación del pequeño (a) recibido en custodia.

+ Las terribles enfermedades y pestes de la época para las cuales no se conocía remedios. Entre ellas se nombra a menudo: la sífilis, la tuberculosis, enfermedades intestinales, diversas otras catalogadas como, infecciosas, tales como: sarampión, coqueluche, difteria, gastroenteritis, escrófulo, oftalmía purulenta, la algorra, que se contagiaban con gran rapidez .

+ Durante el período de gestación muchos habían sufrido los diversos intentos caseros de abortos inducidos y los manejos de las madres para disimular el embarazo, lo que les producía deformaciones graves y muchos de estos casos morían al poco tiempo de haber nacido.

+ Las condiciones que se ofrecían a los "expósitos" en la Casa de Huérfanos no eran las mejores. Además del hacinamiento, debían compartir espacios faltos de higiene, lo que se superó en gran parte al hacerse cargo las Hermanas. Pero, se mantuvo por mucho tiempo la concentración de niños en espacios reducidos, los que a su vez eran húmedos y desprotegidos de las inclemencias del tiempo.

+ A decir de los informes de los Administradores de la Casa de Huérfanos, existía la práctica que, en caso de muerte de los menores, muchos padres de familia, sea para evitar los trámites y gastos del cementerio, sea para eludir la justicia, en caso de muerte como consecuencia de aborto inducido, los iban a dejar a la Casa de Huérfanos, hasta el punto que dicho establecimiento pasó a ser un depósito, donde se iba a dejar a los lactantes moribundos o muertos. [329]

Una de las expresiones de impotencia, escritas por la Madre Bernarda, revela la preocupación angustiante ante la presencia constante de la muerte:

[329] *"Memoria Administrador Casa de Huérfanos, 1893, anexo 27, 193.*

"Nos afligía la gran mortalidad de los niños. La Casa se parecía más bien a un Hospital que a un establecimiento en que se desarrolla la vida" [330]

En el Informe que Madre Bernarda entrega al Gobierno y que abarca desde 1854 al 1868, podemos constatar las variaciones que tiene el porcentaje de la mortalidad infantil en la Casa de la Providencia. Así, el máximo de defunciones se registra en 1858, en que de un número de 368 asilados murieron 155 niños, esto es, el 42 %. En cambio, con gran alegría, ese porcentaje, en el 1862, baja al 4,46 %, ya que de los 358 niños asilados, sólo mueren 16. En los años siguientes, hay avances y retrocesos y estas variaciones responden a la aparición de las terribles pestes, que, a pesar de la atención médica dan cuenta de una realidad penosa. En el año 1864 el porcentaje de niños muertos es del orden del 32,20 % y en el 1868, la mortalidad ha bajado al 8,42% [331]

La preocupación por la salud de los niños les significaba a las Hermanas una búsqueda constante de posibles remedios. No teniendo respuesta en la medicina, los médicos ensayaban diversos caminos. Desde luego, el tratamiento de muchas enfermedades, en esos tiempos, privilegiaba los purgantes, cuyo uso debilitaba aún más a los enfermos. Por consejo de otro médico se optó por llevar a los niños a los baños de Apoquindo. Dos o tres veces a la semana, las dos carretas cargadas cada una con veinte niños salía muy de mañana. En el verano se organizaron turnos más largos, de modo que los niños pudieran pasar doce o quince días disfrutando de los baños, lo que se traducía en ver niños alegres y con vida. Sin embargo, Madre Bernarda, anota a continuación:

" venían las epidemias que desconcertaban nuestras esperanzas" [332]

Indica, además, que cada dos años, en los meses de noviembre a enero, aparecían las pestes que producían una mortalidad infantil en proporción alarmante. La triste experiencia era que las epidemias, entre los niños chicos, se contagiaban con tanta facilidad que no había precauciones que las neutralizaran.

Entre los diversos informes que nos aporta la Madre Bernarda existe uno de un realismo patético enorme:

"No rara vez sucedía que a los niños enfermos repentinamente se les veía

[330] *Morín, «Historia» pag.133*
[331] *Morin, «, Historia », 303.*
[332] *Morin, «Historia» pag.134.*

con manchas negras en la cara y algunas veces en el vientre, luego se declaraba la gangrena con un hedor pestilencial, que de día había que sacarlos afuera poniendo la camita a la sombra de un árbol o formarles una tienda a cielo raso, para proporcionarles siquiera alivio de respirar aire puro.

A unos se les caían a pedazos las narices, las mejillas, los labios y hasta las mandíbulas, arrojando ellos mismos con sus manecitas esos pedazos de carne o huesos corrompidos. En este estado vivían muchos días, y algunas veces alimentándose solamente por medio de tubos, que les eran introducidos en la garganta. Otros se veían con tumores escrofulosos, de cuyos senos brotaba una cantidad inmensa de gusanos que no se podían agotar" [333]

La nómina de los médicos que estuvieron al cuidado de la salud de los niños en la Casa de la Providencia nos revela que eran destacados facultativos, existentes en el Santiago de entonces. Entre otros, Madre Bernarda destaca por su profesionalismo y su dedicación a tres: el Dr. Emilio Veillon (1854-1865); Don Adolfo Valderrama, hasta 1867; Don Francisco Javier Tocornal, hasta 1885.

Se acudía, frecuentemente, a los remedios caseros e incluso se les atribuía el ser efectivos en la superación de algunas enfermedades. Así, para la tos convulsiva se acudía a renovar el aire del dormitorio dos o tres veces en la noche. Se procuraba primero que los niños estuvieran todos bien cubiertos y luego se abrían puertas y ventanas por espacio de diez minutos. Se afirma que "es el mejor preservativo que hemos conocido contra la tos convulsiva" [334]

En el caso de la gangrena, por sugerencia del Dr. Francisco Javier Tocornal, se les proporcionaba un poco de vino a los niños más débiles y delicados. Se afirma que no sólo la gangrena, sino también la escrófula, el escorbuto, enfermedades que eran precursoras de dicha enfermedad, habían desaparecido en gran parte gracias a esta terapia.[335] (Ibis)

Madre Bernarda deja constancia de la actitud de las Hermanas:

"Puestos por nuestra parte los medios que el buen sentido, la sensibilidad de nuestro corazón y la caridad sugieren, sin prescindir de un aseo esmerado y de lo demás que se relaciona con la higiene de un establecimiento tan importante, nos fue siempre satisfactorio ajustarnos a las prescripciones de los señores médicos" [336]

---

[333] *Morin, «Historia,» Tomo I, 357.*
[334] *Morin «Historia » , Tomo I, 333.*
[335] *Morin «Historia», Tomo I.*
[336] *Morin «Historia», Tomo I.*

Importa recordar que, a partir del decreto 191 del Ministerio del Interior, del 23 de septiembre de 1853,[337] el Supremo Gobierno había encargado a las Hermanas de la Providencia el cuidado y la educación de los expósitos que

fueran saliendo de la lactancia. Por lo mismo, en el período anterior quedaban bajo control de la Casa de Huérfanos. A este respecto las Memorias de los diversos administradores nos proporcionan una serie de datos que nos muestran la cruda realidad de la mortalidad infantil, que afectaba los primeros meses de vida de los "expósitos".

Desde una visión amplia, esto es, entre los años 1770 y 1926, la Memoria de los Administradores de la Casa de Huérfanos informa que se recibieron 100.000 niños abandonados, de los cuales en su mayoría eran abandonados durante el primer mes de vida. [338]

Por otra parte, el estudio realizado, teniendo como base los datos existentes en los Libros que registran la entrada a la Casa de Huérfanos de Santiago, entre los años 1876 – 1885 [339], señala que el número de los niños entre los 0 y los 7 años, constituye el alto porcentaje del 813. Porcentaje que se mantiene más o menos igual en las cuatro décadas siguientes.

Este dato es de gran importancia por la gran vulnerabilidad que presentan los expósitos los primeros meses de vida:

"En todos los años examinados (1780 – 1920), el primer mes desde el nacimiento aparece como el más mortífero para los huérfanos, en proporciones muy superiores a la de los niños nacidos en uniones legítimas. Y frente a la hecatombe que muestran las cifras, los ya altos porcentajes de mortalidad infantil de la época –que conmovieron a muchos contemporáneos - parecen irrisorios. Dichas tasas, siempre sobre el 600 por mil, hacían que una vez superada la barrera del "primer aniversario", el niño alcanzara una importante victoria sobre la muerte. Las probabilidades de morir disminuían durante la infancia y la adolescencia, aunque siempre dentro de límites de alto riesgo"[340]

Entre las diversas razones que se señalan hay una que es reiterativa la miseria y el vicio de sus padres. En el informe del Administrador de la Casa de Huérfanos se lee:

---

[337] *Morin «Historia», Tomo I. 51.*

[338] *Salinas Meza, René, "Los Hijos del vicio y del pecado"Revista "Proposiciones"19, 1990, 48.*

[339] *Salinas Meza, René, o.c.,51.*

[340] *Salinas Meza, René 50.*

"La miseria y el vicio… engendran hijos atróficos, escleróticos, tuberculosos, sifilíticos. Algunos deformados por los manejos para disimular

el embarazo, otros enviados de dos o tres días nacidos, sucios, hambrientos y agonizantes"[341]

En los informes de la Casa de Huérfanos se insiste en denunciar las condiciones desfavorables en que son "expuestos", esto es, llegan los recién nacidos:

"Residuos de la sociedad, nacidos prematuramente enfermos, molestados en sus primeros meses de vida fetal con intentos criminales, hijos del vicio y de la miseria, en su mayor parte enfermos, hambrientos, sucios y moribundos" [342]

Numerosas son las iniciativas que la Junta de Beneficencia y las autoridades de Gobierno implementaron para remediar la alta mortalidad . Desde luego se buscó mejorar las condiciones de vida y de alimentos. Debido a la falta de "amas de pecho" se propuso como gran solución sistemas de alimentación artificial.

Madre Bernarda, precisamente se refiere a una de esas experiencias.

Se trajeron del torno tres niños recién nacidos y se les puso en una pieza asoleada y con todas las condiciones de higiene. La experiencia se hizo bajo la dirección del médico de la Casa. Las Hermanas les dieron una atención intensiva, vale decir, se alternaban día y noche junto a las cunas, pero la debilidad y la condición enfermiza de los "expósitos" hizo fracasar esta experiencia de la lactancia artificial. Madre Bernarda suscribe como moraleja final, lo siguiente:

"Fue fácil convencerse que no se pueden violar impunemente las leyes de la naturaleza.[343]

Este fracaso llevó a establecer que todos los recién nacidos debían permanecer los primeros meses al cuidado de las "amas internas" que vivían en la Casa de Huérfanos. Sólo al tercer mes se autorizaba que fueran entregados en crianza a "amas externas".

---

[341] *Memoria Aministrador Casa de Huérfanos, 1891, 297.*
[342] *o.c., 1900, anexo 118.*
[343] *Morín « Historia » 137.*

Los informes señalan la dificultad que existía para reclutar las "Amas" y el gran número de niños que morían con este sistema, en parte debido al poco interés que estas mujeres tenían hacia estos "hijos del pecado. Se llegó, incluso, a instituir premios especiales para las "Amas" que devolvieran a los niños sanos y robustos.

Por el conjunto de razones que hemos nombrado, la mortalidad siguió siendo elevada. Entre los años 1875 y 1879, el 238 por mil murió antes de cumplir un mes de edad. Entre los años 1915 y 1919, la cifra ascendió al 643 por mil, quienes murieron antes del año de edad. [344]

Si en general se hacía difícil conseguir "Amas externas", lo era doblemente dificultoso respecto a las "Amas internas". Si bien la institución les aseguraba alimentación reforzada, vivienda y asistencia médica. Sin embargo, no les agradaba el quedar bajo estricto control y que se les impidiera todo contacto con el mundo exterior. Según el reglamento de la Casa de Huérfanos era para asegurar la higiene, pero ellas lo percibían como estar recluídas en una cárcel.

Por otra parte, a menudo surgía de parte de las "Amas", en general, un instintivo rechazo, lo cual queda explicitado en este informe:

"Una vez que ellas ven las guaguas que tienen que alimentar, se retiran inmediatamente por la repugnancia que les inspiran. No puede suceder otra cosa con la vista de niños completamente demacrados o cubiertos de la piel tan repugnantes, que no se puede mirarlos sin inspirar un sentimiento de repulsión, quien quiera que sea el que los observe."[345]

A las "Amas externas", se les pagaba por el compromiso de amamantar a un niño con leche de su pecho un salario nunca superior a cinco pesos. Lo que ellas ocupaban más bien en las necesidades de su hogar que en el cuidado del lactante, por cuanto la casi totalidad eran de familias de condición humilde. El reglamento exigía que no tuviesen su habitación a mayor distancia que tres kilómetros de la Casa de Huérfanos. Sin embargo, en las listas las más de las veces se constata que sus residencias estaban ubicadas en lugares apartados, tales como: Buin, Pirque, Malloco, Isla de Maipo.

"Entre 1797 y 1818 se recibieron 1.388 niños abandonados, y en el mismo período se contó sólo con 630 amas. De ellas, 141 criaron dos niños; 63, tres;

---

[344] *Salinas, o.c., 51. Meza René ,"Los hijos del vicio y del pecado".*
[345] *Memoria Administrador Casa de Huérfanos, 1900, anexo B,259.*

32, cuatro; 6 amas criaron ocho niños cada una, llegando una mujer a diez". [346]

Las Hermanas de la Providencia, desde los comienzos de su apostolado con los "expósitos", comprendieron el rol estratégico que cumplían las "Amas" y, por lo mismo, ya a partir de 1855 lograron que el Gobierno decretara que las Hermanas asumían bajo su control la vigilancia de las "Amas". Aprovechando la disposición específica que establecía que el pago mensual

debía hacerse en la Casa Central, las Hermanas implementaron, en forma estratégica, un momento privilegiado para darles una mejor formación humana y espiritual.

El trabajo fue lento, pero con el tiempo y la constancia fueron transformando a estas mujeres en colaboradoras de una tarea de pastoral social, de modo que muchas se sintieron partícipes del carisma de servicio, del que la comunidad religiosa daba testimonio y descubrieron, en ese su trabajo, un modo de expresar sus sentimientos de fe cristiana. Uno de los grandes logros fue que comprendieran que su aporte humanizado era esencial, por lo mismo, que era de vital importancia que entregaran a los lactantes un trato humano impregnado de afecto.

La pastoral social de las Hermanas de la Providencia tuvo el mérito de hacer partícipes de su acción apostólica no sólo a las damas de la sociedad, sino a estas humildes mujeres de pueblo, que animadas por el testimonio de las Hermanas, el trato amable de Madre Bernarda, fueron recorriendo un proceso de crecimiento personal, a través de los momentos de formación que mensualmente compartían. Las "Amas" se sintieron partícipes de una gran misión a favor de los abandonados, de los "huachos", que al fin y al cabo eran hijos de Dios.

La concepción que la sociedad tenía del "huacho" era la de ser un peligro para el orden público. Ellos eran parte de esa "vagabundería" que constituía un problema para la ciudad por sus riñas y desórdenes. En sus diversas iniciativas las autoridades de la época tenían como proyecto el que se diera una instrucción básica, para luego pudieran pasar a ser sirvientes que se emplearan dentro del criterio laboral de recibir "ración y sin salario". Con ello se cumplía con el objetivo de transformarlos en elementos útiles para el país.

Esta idea está expresada en el Informe de 1873, al Ministro del Interior, en que, además, se exalta el aporte, que en este sentido, están dando las Hermanas de la Providencia:

---

[346] *Salinas, o.c., 53. Meza René, "Los hijos del vicio y del pecado".*

"Ahora, en cambio, contamos con el valioso concurso de la Casa de la Providencia. Es allí donde estamos remitiendo ahora los expósitos que cumplen esa edad (tres o cuatro años)".

"Las Hermanas de la Congregación de Providencia tienen por misión educar formalmente a esos niños. Ellas les enseñan religión, lectura, escritura y aritmética. Las mujeres aprenden también a coser, lavar, cocinar y en general todo lo que concierne al servicio doméstico. Los hombrecitos pueden

permanecer en esta Casa sólo hasta los diez años, no pudiendo quedar en ella pasados dicha edad. Vosotros podréis comprender de suyo las razones de esa regla. En todo caso, las Hermanas de la Providencia colocan, tanto a niños como a niñas, como sirvientes en casas de respeto" [347]

A este respecto Madre Bernarda nos informa, con dolor, que de acuerdo a la costumbre heredada de la Casa de Huérfanos, había constituido como objetivo pragmático de la Casa de la Providencia el siguiente:

"Formar sirvientes para la clase acomodada de la sociedad, y no de cualquier manera, sino robustos y sanos. "[348] .

Complementando esta política social pública nos detalla cómo se realizaba una de las prácticas de la época:

"Desde el tiempo de la Casa primitiva de la Calle de Huérfanos había la costumbre de que los que querían obtener un huerfanito lo eligieran entre centenares; y esto, sin asegurarle otro porvenir que el de servirse de él. Otra cosa habría sido si se hubiera tratado de adoptar el niño, dotarle, o hacerle un bien notable… La costumbre esta, de elegir el niño entre centenares, lastimaba profundamente el alma. Nos parecía que era asemejar a esos queridos niños inocentes, creados a la imagen y semejanza de Dios, a una manada de corderitos indefensos, sin dueño ni pastor, donde cualquiera pudiera entrar y elegir a su antojo, el que le agradara; veíamos en ese proceder una degradación, demasiado humillante para el linaje humano".[349]

El acto de elegir un "huachito" o una "chinita" era realmente algo degradante, ya que era lo mismo que seleccionar un animalito sacándolo de un piño. Con el agravante que:

---

[347] *Informe Errázuriz – Altamirano al Ministro del Interior. Archivo Ministerio del Interior, vol. 668, 10 de mayo de 1873.*
[348] *Morín, «Historia» pág.235.*
[349] *Morin, «Historia» ibid*

"No pocas personas, después de llevarse un niño chico, lo devolvían, porque, según decían, le habían descubierto algún defecto" [350]

Las Hermanas de la Providencia, encabezadas por Madre Bernarda, trataron de modificar esta costumbre. Establecieron que se presentaría, en el recibidor, dos o tres huerfanitos para que allí se hiciera la elección. Pero, la Junta de Beneficencia, en el año 1866, volvió a dar autorización para que todo el que quisiera pudiera entrar a la Casa y, luego de elegir a su voluntad, se llevara un niño.

La razón que la Directiva de la Junta de Beneficencia dio fue que con esa disposición se facilitaba el que los padres naturales de esos niños pudieran retirarlos sin trabas burocráticas.

Se produjo una situación verdaderamente espantosa al interior de la Casa de la Providencia, que se tradujo en pánico y llanto general por parte de los niños. Las escenas de niños abrazados de las Hermanas, llorando con desesperación, por cuanto no querían irse con un desconocido, impactaron a Sor Bernarda y a la Comunidad.

Las Religiosas emprendieron una campaña para revertir esta situación. Informaron de inmediato a Don Joaquín Larraín, quien les aconsejó que solicitaran la mediación ante al Gobierno, a través de dos importantes damas de la sociedad santiaguina, las cuales se caracterizaban por tener una gran sensibilidad social y que eran: la Sra. Isabel Ovalle de Iñiguez, presidenta de la Sociedad de Dolores y la Sra. Emilia Herrera de Toro, en cuya casa se realizada diariamente una de las tertulias más importantes de aquella época. El influjo político ejercido por estas dos señoras fue realmente efectivo, ya que se suspendió esa medida a la espera de una nueva reglamentación.

Conjuntamente a esta problemática había surgido otro conflicto referente a quien correspondía hacer el nombramiento del Capellán de la Casa de la Providencia. En realidad, el conflicto existente en esa época era reflejo de la confrontación de las dos corrientes políticas, que dividían el país. Por una parte los partidarios del control laico que debía ejercer el Estado sobre toda la sociedad, incluída la designación de las autoridades de organizaciones dependientes de la Iglesia, que de acuerdo al Régimen del Patronato recibían sueldo del fisco. Por otra parte, el sector integrado por el Clero y apoyado por el naciente Partido Conservador, defendía la independencia absoluta de la Iglesia del legalismo estatal y la vigencia de los privilegios eclesiásticos.

La pugna que se suscita es precisamente si las Hermanas de la Providencia dependían del Administrador, nombrado por la Junta de Beneficencia, o del

[350] *Morin, «Historia» Ibid.*

Superior Eclesiástico de la Comunidad, nombrado por el Arzobispo. Al aparecer otro tipo de acusaciones políticas en contra de la Casa de la Providencia, el Ministerio del Interior creyó prudente solicitar una Memoria sobre la situación de la Casa de la Providencia, que Madre Bernarda redactó con fecha del 29 de agosto de 1867.

En dicha Memoria, escrita por Madre Bernarda, se señala que en el espacio de 12 años, habían entrado en la Casa de la Providencia 1386 expósitos, de los cuales habían muerto 694, esto es, se había dado una mortalidad de un 50%.[351]

La Casa de la Providencia recogía, al año, un promedio de quinientos expósitos. Una de las preocupaciones que surgió, entre las Hermanas, fue respecto si los pequeños estaban bautizados o no. Ante la consulta de Madre Bernarda el Arzobispo estableció que: "el capellán que bautiza a los expósitos procederá a bautizar a todos los párvulos que no se acredite suficientemente que han recibido el bautismo"[352]

En consecuencia, se procedió a bautizar, bajo condición, a todos los niños de ambos sexos, que eran alrededor de 250. Además, los que estaban en poder de las "Amas", que eran unos 900. Por varios días se realizó una celebración comunitaria, en que junto con administrar el bautismo se dio oportunidad para que muchos bienhechores y amigos de la obra participaran en dichas ceremonias.

La Madre Bernarda logra compartir con el resto de la Comunidad religiosa y personal de servicio un proyecto educativo orientado a darles una educación cristiana, cuyo eje era el cultivar en estos niños sus propios sentimientos nobles que los orientaran hacia la formación de valores de vida. Pero además, se planteaba la gran preocupación del cómo capacitarlos para la vida en sociedad. En este sentido dos son los puntos en que centra su preocupación:

Primero: hacer todo lo posible para capacitarlos técnicamente en trabajos prácticos, dentro del poco tiempo que permanecían en la Casa de la Providencia. En forma sencilla lo expresa así:

---

[351] *Morin, o.c., 257. Estadistica de cada año en pp. 256, 303.*
[352] *Morin o.c. 328. Estadísticas de cada año en pp. 256,303*

"Los niños aprenden el oficio de zapatero cuando tienen edad para ello. Cuando había niños más grandes, recibían lecciones prácticas de agricultura, trabajaban en nuestro huerto y cosían una parte de sus vestidos".

"Las mujeres aprenden a coser, cortar, marcar y lavar ropa, a cocinar y todo lo relativo al servicio doméstico de una casa"[353] (252)

Segundo: Madre Bernarda reclama contra la determinación exigida por la Junta de Beneficencia en cuanto a dejar a los niños sólo hasta los ocho años, ya que para lograr una inserción laboral en la sociedad, evidentemente se

necesitaba completar su educación y enseñarles algún oficio técnico. Su propuesta se orienta a crear, junto al Asilo de Huérfanos, una Escuela Talleres. Aconseja, al Gobierno que para realizar este proyecto tome contacto con alguna Congregación religiosa de Hermanos dedicados a este apostolado, de las que existen en Europa o en América del Norte.

Ese será el gran sueño de Madre Bernarda, lograr que sus niños y niñas se capaciten para que logren tener una especialización técnico laboral. Así, al salir de la Casa de Huérfanos tendrían una suerte distinta a la que en ese momento debían soportar, esto es, ser llevados como animalitos a servir a alguna casa patronal, donde recibían un trato vejatorio. Le constaba que muchos niños retirados del Asilo, luego de un tiempo se escapaban por los malos tratos que recibían de las familias que los habían recogido. Preferían ser "huachos vagabundos" que soportar el trato humillante de los patrones. En consecuencia se constituían en otros tantos que engrosaban las filas de ese "vagabunderío" al que las autoridades les habían declarado la guerra.

Desde una perspectiva de historia de la Iglesia en Chile, el significado que tiene el aporte de las Hermanas de la Providencia, que siguieron la línea carismática de Madre Bernarda de obediencia al Pastor y la fidelidad en la misión, es haber logrado tener una continuidad en la labor pastoral de esta Iglesia. Saliendo de la automarginación del período anterior, ahora logran enmarcarse en el proyecto amplio de caridad social que implementa en Chile el catolicismo social, guiado por la jerarquía. Las Hermanas al continuar con su trabajo de pastoral social, asumiendo una de las grandes problemáticas de la época, como era el abandono de los "expósitos", formaron parte, en conjunto con otras Congregaciones que están llegando en estos años al país, del proyecto de pastoral social católico.

Dicha pastoral social tuvo cuatro grandes aportes al desarrollo de estos sectores postergados, como lo eran los "hijos del pueblo".

---

[353] *orin, .,o.c. 252. Estadísticas de cada año*

En primer término, la acción de la pastoral social de la Iglesia, en medio de la crisis de valores que sufre la sociedad chilena, afirma el principio cristiano de: "defensa de la vida". En contra de los prejuicios de la época respecto de los hijos naturales, la Iglesia logra traer Congregaciones de religiosas de vida activa, las que con un sacrificado testimonio de vida y de servicio, defienden el derecho a la vida de estos niños, que desde una falsa visión religiosa eran considerados, sin derechos por ser "fruto del vicio y del pecado".

En segundo lugar, la Iglesia, apoyada por el catolicismo social, implementará una red de centros asistenciales, asilos, patronatos y una serie de lugares de acogida. En las diversas parroquias, se fundan centros de caridad cristiana,

los cuales, gracias a la caridad de las familias acomodadas, ofrecen alojamiento, alimento y vestido, no sólo en Santiago, sino también en las provincias. Las Hermanas de la Providencia, integran este movimiento social y se harán cargo de nuevas fundaciones, en varias localidades a lo largo del país

El tercer aporte a la pastoral social, que las Hermanas logra entregar con su labor pastoral es animar un proceso de integración y participación de los laicos en este apostolado. No solamente entregan un testimonio entusiasta de amor cristiano al necesitado, de tal intensidad que suscita numerosas vocaciones en medio de la sociedad, sino que, además, promueven un proceso de formación y de identificación con el carisma de la Providencia, por el cual se integran las "Amas" o nodrizas a este apostolado y un buen número de laicos (as) como voluntarios y bienhechores.

Pronto se agregó un cuarto aporte: la capacitación laboral y posteriormente la educación técnico profesional. Ella fue uno de los grandes aportes que la Iglesia ofreció a los niños y niñas abandonados, estigmatizados con el título de "huachos". Junto con la llegada de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (1877) y a continuación los Salesianos (1887), la educación técnico profesional será el gran aporte de una pastoral social, de la cual las Hermanas de la Providencia forman parte. En forma sencilla organizaron sus propios talleres, en cuya iniciativa las apoyaron directamente los Padres Escolapios, quienes, en 1896, se hicieron cargo del Orfanato de la Providencia, bajo la dirección del dinámico y apostólico P. Mariano Guíu.

Precisamente, estos cuatro aportes por estar orientados a desarrollar humanamente la persona del niño marginado, por ofrecerle un oficio con el que pueda insertarse en la sociedad y darle una formación en valores ético-sociales, se constituye en la realizacion de un auténtico proyecto de una verdadera y auténtica evangelización.

==========

X.- Confianza heroica en el Padre Dios

El período de la vida de Madre Bernarda, que se extiende entre los años 1865 y 1905, está marcado por un doble proceso. El primero caracterizado por las numerosas obras en favor de los niños abandonados, que las Hermanas de la Providencia, en conjunto con la jerarquía católica, fundan en Chile y que marca un período de consolidación y crecimiento para la Congregación de la Providencia.

El segundo proceso abarca todas las alternativas que Madre Bernarda, como Superiora de la comunidad, debió enfrentar hasta lograr la aprobación definitiva de las Reglas por parte de la Santa Sede.

La consolidación de la Congregación de la Providencia en Chile se funda sobre la base de la orientación y acompañamiento espiritual que se ofrece a las postulantes a la vida religiosa. Dicha formación es ofrecida a través de la dirección espiritual dada por el superior religioso Pbro. Joaquín Larraín Gandarillas y era complementada por los consejos de Mons. Hipólito Salas, Arzobispo de Concepción y los del Confesor de la comunidad Pbro. Raimundo Villalón. La sabiduría de Madre Bernarda se evidencia por cuanto es capaz de lograr que este conjunto de formadores se articule por arte de su prudencia en un todo armónico.

Con posterioridad al Decreto de la Santa Sede, del 5 de abril de 1865, en que el Instituto de la Providencia de Chile es reconocido bajo el estatuto jurídico de inmediata dependencia del Santo Padre, los acontecimientos, que constituyen el quehacer de la Congregación, se orientan hacia un fuerte desarrollo interno y externo.

El reconocimiento pontificio exigía que la Congregación chilena debía presentar sus Constituciones para ser examinadas por la Congregación de Obispos y Regulares, lo cual provoca a que, dentro de la Iglesia chilena, se genere un difícil proceso. A lo largo de este recorrido, en medio de múltiples dificultades, Madre Bernarda mantiene una fidelidad al carisma fundacional y a recuperar la unidad de la Congregación.

Es preciso advertir, que Madre Bernarda aprovecha toda ocasión que se le presenta para tender lazos de unión con la Casa Madre de Montreal. Una de estas coyunturas se dará el año 1866, en que ocurre un hecho de transcendencia en la historia del país.

Las pretensiones españolas tendientes a mantener el dominio hispánico en sus antiguas colonias, llevaron a un enfrentamiento armado, buscado por España con varios países latinoamericanos. La captura de parte de los barcos de guerra de Chile de la goleta española Covadonga, precipitó el Bombardeo de Valparaíso, ocurrido el 31-III-1866.

El daño que sufrió la ciudad puerto fue de consideración. Menos mal que el Asilo de las Hermanas quedó a salvo de dicho bombardeo. El Consejo

Superior de la Congregación, en Montreal, estaba en conocimiento que en ese puerto existía una Casa de la Providencia, por lo cual, era de esperar que llegara al menos una nota expresando su preocupación, lo cual no ocurrió. Ello marcaba el grado de distancia que las Superioras de Montreal habían asumido respecto a la Comunidad de Chile.

En el mes de junio, Madre Bernarda cae enferma. A este estado de dolencia, se añade su preocupación por la tuberculosis que afectaba a la Hermana Sor María Isabel Vargas. Sea por nostalgia, soledad o impulsada por un fuerte sentimiento de fidelidad, que la llevaba a pensar a menudo en la Casa Madre de Montreal, decide romper el silencio. Escribe a Mons. Bourget [354] para solicitarle el envío del Ceremonial y del Manual que las religiosas usaban para sus ritos, en la Casa Central.

En esta oportunidad, no hubo respuesta de Montreal. Pero, por parte de la jerarquía chilena, se evidenció lo preocupado que estaba Mons. Valdivieso de consolidar el ordenamiento canónico, que debía regir a las Hermanas de la Providencia.

En carta de marzo de 1867, el Arzobispo de Santiago le hace saber a Madre Bernarda que ha obtenido respuesta de la Santa Sede, en la cual se le informa que la Congregación de Obispos y Regulares no había aprobado ningún Ceremonial, ni Manual específico para la Comunidad de la Providencia en Montreal. A su vez, Mons. Valdivieso, por una iniciativa personal, había logrado le enviaran el Manual y el Ceremonial que usaban las Hermanas de la Providencia de Milán. A continuación, el Arzobispo se preocupó de hacerlos llegar a la Congregación de Ritos para que fueran revisados y aprobados, lo que se obtuvo el 30 de septiembre de 1867.[355]

Sin embargo, Madre Bernarda insiste en querer establecer alguna comunicación epistolar con la Comunidad de Montreal. El 1-XI- 1867 escribe de nuevo a Mons. Bourget, esta vez informándole los progresos que ha logrado el Instituto de la Providencia en Chile, el cual contaba con 24 profesas, 4 novicias y 2 postulantes. Además, le informa de la fundación de la Casa de la Providencia, en Concepción y le solicita su bendición.[356]

En este año de 1867 acontecen en la Comunidad dos hechos de importancia:

El 25 de mayo muere el Capellán Francisco Rock, el sacerdote canadiense que había venido con la expedición misionera fundadora y había permanecido en Chile, al producirse el precipitado retorno de las hermanas canadienses. Su negativa a abandonar el país había sido fruto de un gesto de fidelidad a los niños pobres y abandonados de este país, en lo que había comulgado plenamente con la opción de Madre Bernarda.

---

[354] Carta del 12 de junio de 1866, en Arch. Prov.
[355] Donoso, Francisco, "Bernarda Morín, II, 37.
[356] Carta del 1- XI – 1867, en Arch. Prov.

El otro hecho lo constituye la fundación de la nueva Casa de la Providencia en Concepción (3-XI-1867). Mons. Hipólito Salas había estado esperando a las Hermanas, desde 1859. Durante este lapso, había organizado un grupo de señoras como "Sociedad de la Providencia" para que prepararan las condiciones para cuando llegaran las Hermanas e, incluso, había adquirido casa y terreno para las Hermanas.

A fines de octubre, Madre Bernarda viaja a Valparaíso, con el objetivo de despedir la expedición misionera, que iba a cargo de Sor Dionisia Benjamina Wordwords, e integrada por otras dos hermanas. Dicha expedición al llegar a Concepción es acogida en la casa de la Sra.Juana Paula Urrejola. La ceremonia de recepción oficial y traslado a la pobre y pequeña Casa de residencia de la Comunidad, se realiza el 3 de noviembre de 1867.

Madre Bernarda, al realizar esta nueva fundación, se siente con la responsabilidad de estar al frente de una Congregación misionera, que tiene un carisma propio y manifiesta una fecundidad tal, que supera las divisiones sufridas. Por lo mismo, una vez más pone su confianza en la Providencia Divina, de la cual siente que es un instrumento. Por lo demás, en todo trabaja en conjunto con el Consejo Superior de las Hermanas, con las que comparte todos los asuntos de la Provincia. Este estilo de trabajo comunitario fue fundamental para generar un "espíritu y estilo propio de la Providencia chilena"

La Fundación de la Casa de Concepción (1867), esto es, el hecho de abrir una nueva fundación establecía, en la práctica, la autonomía de la Provincia chilena, ya que Madre Bernarda lo hacía con la aprobación del Consejo de la Congregación en Chile, pero sin solicitar el consentimiento a los Superiores de Montreal. De acuerdo a lo establecido por la Santa Sede había solicitado eso sí las respectivas autorizaciones de los Obispos diocesanos.

La fundación de la Casa en Concepción, de acuerdo al nuevo estatuto otorgado por la Santa Sede, significaba un acto de independencia de la Casa Madre de Montreal, lo que suscita dudas a Sor Benjamina, la cual planteó sus incertidumbres a la otra hermana canadiense que quedaba en Chile, Sor Agustina Fauteux. Sor Bernarda recibió un llamado de alerta de parte del confesor P. Raimundo Villalón, quien le advirtió sobre el peligro de ese tipo de murmuraciones entre religiosas. Queriendo tener mayor seguridad expuso la situación a Mons. Hipólito Salas, quien, la tranquilizó diciéndoles que las Hermanas "son muy buenas y merecen toda mi débil protección y servicio" [357]

A decir verdad, las sabias y oportunas respuestas de Mons. Hipólito Salas, respecto a su juicio sobre alguna postulante, nos lo dan a conocer como un pastor muy prudente y pronto a responder las cartas que le dirige Madre

[357] Carta del 24 – XII – 1867. en Archivo. Provincial – Santiago..

Bernarda. Por otra parte, este intercambio de cartas, trasluce una actitud de plena confianza de parte de Madre Bernarda hacia él.

Luego de un tiempo de esperar respuesta a sus cartas enviadas a Montreal, Madre Bernarda experimenta un gran consuelo al recibir, finalmente, carta de parte de Mons. Ignacio Bourget, Obispo de Montreal, quien expresa en su escrito un sentimiento de gran nobleza:

"Lo que hago de corazón es bendecir a la Divina Providencia por todo el bien que se hace en Chile por su ministerio de caridad"

Además de manifestarle su preocupación por el bombardeo de Valparaíso, le expresa sus augurios para el nuevo año. [358]

Igual cosa sucede respecto de la correspondencia con la Madre Superiora General, a la que había escrito [359] solicitándole que aceptara "este nuevo testimonio del muy vivo afecto que guardo tanto a Usted como a la comunidad".

A diferencia de la respuesta de Mons. Bourget, la Superiora, Madre Filomena le responde con gran frialdad:

"Nada hemos hecho que pudiera romper los lazos de dependencia, de caridad y de amistad que debieran haber existido siempre entre nosotras y las Casas de Chile"… Más adelante agrega: "Si no estamos, pues, más unidas, no creemos que nos puedan culpar a nosotras" [360].

Realmente impacta la insensibilidad que manifiesta Madre Filomena, como Superiora General. No abre posibilidades para buscar posibles conexiones; ni expresa alegría ante las expresiones de común unión manifestadas por Madre Bernarda. No aprovecha la oportunidad para plantear una posible visita de una delegada; ni asume para nada el abandono intempestivo en que la Congregación ha dejado la Misión de Chile. Se conforma con explicitar que el Consejo Superior de Montreal, en cuanto tal, no se siente culpable de lo sucedido. No sólo hay que constatar su visión tan distinta a la de Mons. Bourget, sino una cierta incapacidad de asumir el desafío histórico planteado por la Santa Sede, en el Decreto de 1865, en que había sugerido: "…restablecer la paz y la concordia entre las Hermanas chilenas y la Superiora general y las demás Hermanas canadienses…"

Es en este año (1867), que el confesor de Madre Bernarda, Don Raimundo Villalón le solicita escribir sus "Memorias", como un modo de ayudarla a ordenar su vida interior y conocer mejor los caminos del Señor.

---

[358] Carta del 5 – I – 1868, en Archivo. Provincial - Santiago.
[359] Carta del 16-XI-1867. en Archivo. Provincial - Santiago.
[360] Carta del 9-I.1868.en Archivo. Provincial - Santiago..

Dichas "Memorias", a su vez le sirven a Don Joaquín Larraín para orientarla como Director espiritual y confesor. Después de leerlas, escribe a Madre Bernarda, el día de la festividad de San Francisco Javier de 1867:

"Desde su infancia hasta ahora ha sido objeto de un amor singularísimo de parte de Nuestro Señor. La manifestación más espléndida de su divina ternura es el haberla tenido siempre asociada a las amarguras de su cruz y haberle dado fuerza para beber su cáliz con su valor" .

Con posterioridad y ratificando este parecer, le agrega:

"Veo claramente que cuanto ha padecido V.R. lo ha ordenado o permitido su Esposo"… "Él desea que padezca con paz … y sólo por amor sujeta a tan amarga purificación a su amada". [361]

A partir de la lectura de estas "Memorias" y de "las Comunicaciones diarias" que, a su vez él comienza a exigirle por escrito, como parte de la Dirección espiritual, Don Joaquín comprende que es el Señor, el que está detrás de todo, lo que ella ha vivido como experiencia religiosa.

Esta comprensión repercutió, a su vez, en el estado de ánimo de Madre Bernarda, quien, en consecuencia, a partir de ese momento, se sintió poseída de una gran paz y se abandonó por entero a la voluntad de Dios.

En el nutrido epistolario existente entre Don Joaquín y Madre Bernarda se descubre un proceso espiritual que se va implementando. Don Joaquín deja constancia de la obediencia de Madre Bernarda, ya que a menudo aflora la expresión:

"La felicito, mi amada hija, por la fidelidad con que está obedeciendo…[362]

En marzo de 1869, Madre Bernarda recibe una noticia triste: la muerte de su padre, Don Santiago Morín, ocurrida en Quebec. Sufre en profundidad esta pérdida, agudizada por el hecho de su situación, no sólo alejada de su patria y de su familia, sino incluso sin poder viajar. Por otra parte, siente el pésame fraterno y las oraciones que le brindan miembros del clero, el grupo de sus amistades, entre ellos, Mons. Hipólito Salas y sus hermanas en Congregación.

A los pocos días, además, llega la comunicación de la muerte de su padre espiritual, Pbro. Cloutier, quien había sido su verdadero orientador vocacional. Había expirado allá, en su lejano y querido pueblito de San Enrique, en Canadá.

---

[361] Carta del 5-XII- 1867, en Archivo. Provincial - Santiago.
[362] Cartas del 10 – XII – 1867; 11 – XII – 1867, en Archivo. Provincial - Santiago..

Un gran acontecimiento para la Iglesia Universal, lo constituye, en ese entonces, el llamado que había realizado el Santo Padre Pío IX, el 29 de junio de 1869, convocando, en Roma, el Concilio Vaticano I. En respuesta a lo cual, a mediados de agosto de 1869, el Arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso y el Obispo de Concepción, Hipólito Salas, emprenden viaje, desde este lejano rincón del mundo.

Durante el desarrollo de las sesiones del Concilio, Mons. Hipólito Salas realiza intervenciones que le merecen los aplausos de parte de la asamblea. La que más llama la atención es su defensa del Régimen Republicano, ya que fundado en la experiencia de Chile, puedo afirmar que dicho sistema de gobierno es perfectamente compatible con los intereses de la Iglesia y del Papa. En medio del trabajo que le impone el Concilio, acontece en Chile, lo que él temía: muere su anciana madre, Sra. Manuela Toro de Salas. Madre Bernarda se apresura a enviarle sus sentimientos de pésame.

El arzobispo comparte con ella su pena:

"Estimada Sor Bernarda: ¿ Qué puedo decir a Ud. en contestación a su amable carta de pésame? También ha perdido a sus padres y por propia experiencia sabe lo que importan estas duras pruebas de la vida". [363]

De regreso a Concepción, el Obispo encuentra ya ubicadas en su nueva casa a las Hermanas de la Providencia. Su apoyo, en todo sentido hacia ellas, tropieza con la actitud de Sor Benjamina. En sus informes a Sor Bernarda, Don Hipólito define a esta Hermana carente de espíritu religioso y falta de sinceridad. Su propuesta es que había que dejarla que volviera a Canadá.

Sor Benjamina era amiga de Madre Bernarda desde la juventud. Habían hecho juntas el Noviciado. Por lo que ella, en un primer momento, procuró acercársele con cariño, tratar de comprenderla y dar respuesta a su descontento. Pero, estando Sor Benjamina en la Comunidad de Santiago se enfrentó a las actitudes y enredos de esta hermana, que la convencieron que lo más atinado era lo que proponía Mons. Hipólito Salas, esto es, permitirle que regresara a Canadá. Con gran pena se preocupó de facilitarle todo lo necesario para su regreso a Canadá.

El 7 de enero de 1871, Madre Bernarda acompaña hasta Valparaíso a la Hermana Benjamina y allí la despide. En ella prima el sentimiento de amistad, vale decir no le importa tanto lo que esta Hermana pueda informar en la Casa Madre, en contra de la realidad que se vive en Chile, cuanto el alejamiento de su mejor amiga.

[363] Carta del 11 – III – 1870, en Archivo. Provincial – Santiago..

Una tras otra han ido regresando las misioneras canadienses a su patria. Ella, una vez más ratifica su fidelidad a la voluntad del Señor, reafirma su entrega a la misión que la Iglesia chilena le ha señalado y de la cual su conciencia la hace responsable.

El cuidado de las Hermanas se constituye en Madre Bernarda en una de sus preocupaciones centrales. Pero, por otro lado ve cómo las obras de la Congregación crecen, lo que la obliga a armonizar dicho crecimiento con la vivencia del carisma. Por lo mismo, institucionaliza diversas instancias que favorecen la formación de las Superioras de las respectivas casas. Su invitación a tener una identidad espiritualidad, acorde a las Constituciones, es avalada con su testimonio.

Su orientación es insistente en cuanto a que cada Hermana debe traslucir la unión con Dios, a través de la dulzura y del buen trato. En su estilo formativo, la espiritualidad más que una imposición es un compartir a diario, con las que estaban cerca y, con las que residen en otras comunidades, en un acompañamiento formativo, lo cual significó un real y sólido fundamento para la vida interior de las Hermanas.

Las necesidades en cada una de las casas eran urgentes. En Valparaíso, la necesidad de separar los varones había generado (1870) la Casa San Vicente de Paul. Luego, (1876) la sección es trasladada a Limache con el nombre de Casa de la Providencia.

En la ciudad de La Serena, el Sr. Obispo Mons. José Manuel Orrego, había recibido un legado dejado por el Obispo anterior, Mons. Justo Donoso, el cual estaba destinado a la fundación de una Casa de Huérfanos. La admiración que el Obispo Orrego tenía hacia las Hermanas de la Providencia lo llevó a hacer las modificaciones pertinentes de modo que dicho legado favoreciera a las Hermanas.

Anteriormente, las Hermanas se habían retirado de la diócesis de La Serena, por una serie de restricciones que había impuesto Mons. Donoso, a través de un decreto que ahora había que superarlo. Don Joaquín Larraín, propuso a Mons. Orrego una solución muy práctica, en el sentido que suscribiera un documento en que reconocía a las Hermanas, lo siguiente:

El derecho para observar libremente sus Reglas y conservar los usos y tradiciones de la Casa Madre de Santiago.

La autoridad de la Provincial, en orden a poder visitar a las Hermanas periódicamente y poder cambiarlas entre las diversas obras que existen en el país.

Ciertamente, el reconocimiento que hizo Mons. Orrego era de gran importancia, no sólo porque en esa época la mentalidad de los Obispos tendía a constituir obras que dependieran totalmente de su autoridad, sino porque, además, se acomodaba dentro del criterio con el que Mons. Valdivieso estaba redactando los Estatutos Provinciales. Por otra parte, era un paso acorde al modelo de Constituciones que las Hermanas deseaban fuese aprobada por Roma.

Madre Bernarda se preocupa de viajar a la ciudad de La Serena y buscar el lugar más apropiado para la nueva fundación. Somete al Consejo Superior el auto de erección emanado por el Sr. Obispo y luego de la aceptación, es el mismo Consejo que nombra como primera Directora a Sor Celia Bascuñán. En un país donde los títulos que se daba a la autoridad pesaban mucho, el lenguaje usado al interior de la Providencia, en cuanto a denominar a la Superiora de una obra como "Hermana Sirviente", llamaba mucho la atención.

Luego, Madre Bernarda acompaña a la expedición misionera. Por lo mismo, viaja con las misioneras en el pequeño vapor "Maipú" y se preocupa de solucionar todo lo concerniente a esa fundación. Había cuestiones legales y de diversa índole que había que consensuar con los albaceas del Obispo Donoso, a lo que ayudó mucho el patrocinio del Pbro. Domingo Ortiz.

El 18 de febrero de 1872, se inaugura la **Casa de la Providencia en La Serena,** la que rápidamente llega a albergar 60 infantes. Los inicios son de gran pobreza, situación que las Hermanas enfrentan con la colaboración de la gente común y corriente de esa ciudad, la que les ayuda a solucionar el problema de la alimentación de esos niños.

A medida que va transcurriendo el tiempo, la personalidad de Madre Bernarda se impone por su gran sabiduría, su capacidad organizativa, su bondad enérgica, que todos admiran. La coyuntura que se presenta en el invierno de 1872 es una de estas ocasiones. Santiago es azotado por la epidemia de la viruela. Los establecimientos de beneficencia no dan abasto. El Hospital San Francisco de Borja es sobrepasado por la cantidad de mujeres contagiadas. Varios sacerdotes influyentes, entre ellos Don Joaquín Larraín y Don Crescente Errázuriz, organizan con el apoyo del Gobierno y de los particulares el Lazareto Santa Isabel, en el edificio de la Escuela Militar, el cual es cedido por el Ejército, mientras dura la emergencia de la epidemia.

Sin embargo, para dichos dirigentes el gran tropiezo era encontrar el personal competente. Al saberlo Madre Bernarda se ofrece junto con sus religiosas y en pocos días organiza la atención de cien camas.

Estando ella a cargo de la Dirección e Inspección general de dicho establecimiento hospitalario, atrae la colaboración de diversas religiosas de otras Congregaciones y un gran número de señoras, caballeros y jóvenes

voluntarios. Desde luego suscita un gran entusiasmo de cooperar entre sus propias religiosas de la Providencia del Asilo del Salvador.

Una vez superada la epidemia se dio por terminada la misión del Lazareto. Todos los que habían trabajado en esta gran obra de solidaridad habían vivido largas horas de trabajo intenso y sacrificado. Entre los aspectos positivos que arrojaba la evaluación final era precisamente, que el éxito de dicha iniciativa, en gran parte, había sido posible gracias a la gran capacidad de organización de Madre Bernarda. Ella se había multiplicado, sostenida por una disponibilidad de trabajo a toda hora y una actitud de servicio empapada de bondad.

Por otra parte, el miedo y el pánico que se había encubado en la sociedad de esa época era inmenso. Todos se habían visto amenazados por una epidemia, ante la cual no se tenía remedio. Además, de acuerdo a la mentalidad de ese tiempo toda peste era considerada como castigo de Dios. Pues bien, toda esta tensión fue favorable a crear una atmósfera donde germinó una oleada de histerismo, que abarcó toda la década del 70. Templos y conventos se vieron perturbados por variadas manifestaciones exóticas, especialmente de "histéricas», que suscitaban la veneración de los fieles, por cuanto el "estar endemoniado" era considerado signo de santidad.

En la década anterior dicho fenómeno de "posesión diabólica" se había hecho presente hasta en el Monasterio del Buen Pastor. En ese entonces, ante dichas patologías, Mons. Valdivieso había reaccionado en forma muy dura y a través del gobierno prudente y enérgico de Sor María de San Agustín Fernández Concha había logrado extirpar dichas manifestaciones, en esa comunidad religiosa. [364]

Ahora, debido a las últimas pestes y terremotos, se había generado un clima tenso, de tal forma que el propio Don Joaquín Larraín se mostraba propenso a creer en dichas posesiones diabólicas, destinando largas sesiones a conjurar en sus feligresas, lo que él creía, presencias perturbadoras del demonio.

Madre Bernarda, en general, tenía una actitud más serena y confiada en la Providencia, a la que encomendaba todo los peligros y amenazas. Pero, debe haber sido tan fuerte el clima de creer en vaticinios y "profecías" que, con motivo de los anuncios apocalípticos para el 15 de agosto de 1873, creyó prudente advertir a sus hermanas, para que tomaran precauciones. Ella misma estaba dispuesta a abrir las puertas de la Casa Central para que varias señoras, que lo habían solicitado pasaran la noche del "fin del mundo" en oración. Don Joaquín Larraín le aconsejó que era mejor cada una quedara rezando en sus casas.

[364] Isern Luis. "El Buen Pastor", I, 226.

Importa indicar que, en mayo de 1873, para aumentar más lo tenso del ambiente de pánico ya existente en el país, se había provocado un fuerte terremoto, que había dejado con serios daños el edificio del Asilo de San Vicente en Valparaíso.

Madre Bernarda con su clásica calma y actitud alegre, posteriormente, comentando dicho anuncio apocalíptico, decía que sin lugar a dudas, había servido para que mucha gente se acercara al sacramento de la penitencia y a la oración.

El 14 de septiembre de 1872, se había cumplido la segunda etapa, establecida por la Santa Sede, en el proceso de constitución canónica de la Provincia Regular chilena del Instituto de la Providencia de las Hijas de la Caridad, sirvientes de los pobres. Con esta fecha son promulgados por el Arzobispo Valdivieso **los Estatutos** de dicho Instituto.[365]

En 1865, la Congregación de Obispos y Regulares, al erigir la Provincia chilena del Instituto de la Providencia, bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede, había facultado a Mons. Rafael Valentín Valdivieso, para que en su calidad de Visitador Apostólico, designase la Casa en que tuviese residencia la Superiora Provincial y estableciera las reglas para el ejercicio de las facultades que corresponden a dicha Superiora Provincial. Era, precisamente, lo que ahora, al promulgar los Estatutos había establecido Mons. Valdivieso.

Quedaba, eso sí, un gran vacío y era la falta de una redacción definitiva de las Constituciones. Las que habían traído de Montreal, en 1860, habían recibido de parte de la Santa Sede un decreto de alabanza, pero también una serie de observaciones, que no habían sido incorporadas. Previo a la redacción de los Estatutos Mons. Valdivieso solicitó un estudio referente a dichas Constituciones, el cual fue realizado por Madre Bernarda. Ella indicó varios puntos que estaban obsoletos. [366] Importa, así mismo, indicar que como consecuencia del Concilio Vaticano I habían surgido nuevos criterios en la legislación canónica, referentes a la Congregaciones religiosas “apostólicas”.

Al momento de promulgar los Estatutos, el Arzobispo Valdivieso había considerado, en forma muy objetiva, el hecho que las Hermanas tenían varias casas: en Santiago, la Casa Provincial y el Asilo del Salvador; la Casa de la Providencia y San Vicente de Paul, en Valparaíso y las Casas de la Providencia en Concepción y en La Serena, por lo tanto, estaban bajo la jurisdicción de tres señores Obispos.

A través de la carta del 10 de septiembre de 1872, [367] que escribe Madre Bernarda a Don Joaquín Larraín Gandarillas es posible deducir la

[365] En Boletín Ecl., V, 1872, 595.
[366] Morín, Bernarda, Historia, III, I, 2.
[367] Carta del 10 – IX – 1872 en Donoso, o. c., II, 176.

problemática que había surgido, en la Iglesia de entonces, con la llegada de las nuevas Congregaciones, así llamadas apostólicas.

Lo tradicional en Chile habían sido las Congregaciones de Religiosas de clausura, las cuales al ingresar en religión, esto es, al hacer su profesión religiosa entregaban su dote a un monasterio específico al que quedaban adscritas de por vida. Esto permitía al Ordinario del lugar tener pleno control de las religiosas que había en cada uno de estos monasterios. En cambio, en las nuevas Congregaciones Apostólicas, esto es, de vida activa, la Superiora podía cambiar de Casa a las religiosas todas las veces que le parecía conveniente, sin que el Ordinario pudiera oponerse.

Además, siendo que estos Institutos participaban activamente en la pastoral diocesana y ejercían un apostolado con los feligreses se suponía que debían estar plenamente bajo la obediencia del Ordinario. De acuerdo a la mentalidad del Concilio Vaticano I, los Sres. Obispos se creen con el derecho de ejercer su jurisdicción sin tomar en cuenta las nuevas Constituciones de estas Congregaciones, lo que constituía un tema de discusión en la época.

En los Estatutos de la Provincia redactados por Mons. Valdivieso se resuelve la competencia de poderes entre la Superiora Provincial y los Obispos de la siguiente manera:

"A la Superiora Provincial toca hacer la visita de las Casas del Instituto establecidas en el distrito de la Provincia; fundar nuevas Casas, con el beneplácito y autoridad del Ordinario del lugar, y trasladar las Hermanas de una Casa a otra, con anuencia del Ordinario a donde son trasladadas". .

La consecuencia inmediata de la aplicación de estos Estatutos fue la realización del **Primer Capítulo Provincial de las Hermanas de la Providencia. (1-X-1872).** En dicho Capítulo fueron elegidas las integrantes del Consejo Provincial, siendo Madre Bernarda designada como Superiora.

Secundando sus propios sentimientos y los deseos de la Santa Sede, Madre Bernarda escribió a la Superiora General de Montreal, Madre Carón, (13-XI-1872) informándole no sólo de la publicación de los Estatutos de la Provincia y de las elecciones, sino, además, del estado de la Provincia, esto es, número de religiosas y Casas. La mejor demostración del éxito que está teniendo el apostolado de la Providencia en Chile es la solicitud que han recibido desde Ecuador y Argentina, en orden a fundar casas en dichas naciones.[368]

La respuesta que, en nombre de Madre Carón, Superiora General de Montreal, envió la Asistenta General (12-V-1873) señala un cambio de tono en la relación entre ambas comunidades. La humildad y sencillez de Madre Bernarda habían abierto las puertas a una relación de fraternidad y

[368] Carta del 13-XI-1872, en Archivo. Provincial - Santiago..

entendimiento. Era el primer rayo de sol que comenzaba a disipar las nubes de las recriminaciones y señalaba la aurora de una nueva relación en que el lenguaje era el de la amistad.

Como un hecho que viene a robustecer este proceso incoativo de mutuo acercamiento, entre las comunidades de la Providencia de Montreal y Santiago, se produce, a mediados de 1874, la visita de dos hermanas canadienses, venidas desde la Misión de Oregón, Sor Oliveria y Sor Petronila, con el objetivo de realizar una colecta a favor de esa Misión.

En esos días, Madre Bernarda y Don Joaquín estaban enfermos. Las Hermanas desembarcan en Valparaíso, pero Don Mariano Casanova no les dio permiso para recolectar dinero, por cuanto esa ciudad sufría las consecuencias del reciente terremoto de 1873. En septiembre, viajaron a Santiago y Madre Bernarda las atiende con todo el afecto que guardaba hacia la Comunidad de la Casa Madre de Montreal.

"Las circunstancias del viaje de nuestras queridas hermanas Oliveria y Petronila de Alcántara nos ha proporcionado el beneficio de saber muchas cosas acerca de nuestra amada comunidad, especialmente los cambios hechos a nuestras santas Reglas" [369]

Además, informa a las Superioras que, desde hace dos años, Sor Agustina Fateux deseaba regresar a Canadá, por lo que el viaje de estas dos Hermanas es una buena ocasión para que esta religiosa pueda cumplir su deseo. Como una justificación de dicho viaje, en la que vuelca todo un sentimiento propio muy profundo, escribe esa frase que debe haber brotado desde lo más profundo de su ser:

"Es tan natural querer morir donde se ha comenzado a vivir". [370]

Al mismo tiempo aprovecha la oportunidad para enviar con Sor Agustina, no sólo saludos, sino un regalo para su anciano y querido "Padre Fundador" Mons. Bourget. En la expresión "nuestros mejores sentimientos de respeto y de reconocimiento" volcaba un cariño muy grande y sentido, que siempre conservó hacia el Obispo. Vinculaba en esa expresión afectiva, un recuerdo saturado de cariño y de fidelidad al carisma fundacional de la Congregación, que él le significaba.

El crecimiento vocacional y el prestigio que iba adquiriendo el Instituto de la Providencia es asumido por la Jerarquía como parte del desarrollo de la Iglesia chilena. Por lo mismo, más allá del cuidado de los huérfanos, el Arzobispo Valdivieso y sus Vicarios pensaron confiar a las Hermanas las Casas de Ejercicios Espirituales, que poseía el arzobispado. Era la oportunidad de

[369] Carta del 4-XII- 1874, en Archivo. Provincial - Santiago.
[370] Ibid.

reavivar la práctica de los Ejercicios Ignacianos, los cuales se pensaban como un medio para mejorar la moral pública de la sociedad.

En procura de éste propósito el Arzobispo había logrado recuperar los bienes confiscados a los Jesuitas, vinculados con la Casa de Ollería. Con el producto obtenido por la devolución de estos bienes construye la **Casa de Ejercicios San Juan Bautista,** destinada a las personas pertenecientes a la sociedad santiaguina. El Arzobispo solicita a Madre Bernarda y su Consejo se hagan cargo de ella.[371] Lo cual se concretiza con la solemne ceremonia inaugural, realizada el 5 de abril de 1876. Lo difícil fueron los tres primeros meses, en los cuales debió Madre Bernarda hacerse cargo de todo. Luego dejó la dirección del establecimiento bajo la dirección de Sor Virginia Villalón.

Continuando en esta línea de apostolado, Mons. Rafael Valentín Valdivieso, también les solicita se hagan cargo de la **Casa de Ejercicios San José**, la cual había sido fundada por Mons. Manuel Vicuña. A diferencia de la anterior, esta Casa estaba destinada a los pobres y artesanos. La práctica de los ejercicios tenía como objetivo sacarlos del alcoholismo. Debido a la falta de personal, las Hermanas sólo pudieron hacerse cargo el 1º de marzo de 1879, cuando ya había fallecido el Arzobispo Valdivieso. Se nombró como primera Superiora de esa comunidad a Sor María Perpetua Gandarillas. [372]

La muerte de Mons. Valdivieso (8-VI-1878) constituye un gran luto para el país. Las Hermanas de la Providencia debían su nacimiento en Chile, en gran parte, a sus oficios en Roma y al patrocinio que les había proporcionado en forma personal. Sus orientaciones claras y precisas, respecto al rol que como religiosas debían realizar en la arquidiócesis, les había ofrecido un lugar apropiado en la Iglesia chilena. En los años siguientes, las Hermanas añoran su presencia, especialmente, en el período en que se discuten sus Constituciones.

Mons. Rafael Valentín previendo las dificultades que se suscitarían con motivo del nombramiento de su sucesor, había solicitado a Roma el cargo de Obispo Auxiliar, con derecho de sucesión, para el Rector del Seminario, Don Joaquín Larraín Gandarillas. La Santa Sede se limitó a nombrar a este su candidato como Obispo titular de Martyrópolis.

La consagración episcopal del Pbro . Joaquín Larraín Gandarillas asume, en el Chile de ese entonces, las características de proclamación del nuevo arzobispo de Santiago. En abril de 1878, realiza sus Ejercicios Espirituales en la Casa de la Providencia. Dicha residencia se constituye en el epicentro de la preparación para su consagración episcopal (1-V-1878) Las Hermanas, con Madre Bernarda a la cabeza, conforman el equipo creativo que prepara los ornamentos episcopales, las ofrendas y las recepciones oficiales.

---

[371] Boletín Eclesiástico, VI, 1876, 220; Ver decretos: 11-IV-1878; 23-V-1879.
[372] Boletín Eclesiástico VII, 1879, 369.

Sin embargo, el nombramiento del nuevo Arzobispo de Santiago, no fue fácil y se transforma en un largo período de Sede vacante. Ello se debió a la pugna suscitada entre el Gobierno, que postulaba como candidato al Pbro. Francisco de Paula Taforó y la Curia de Santiago, que presenta como candidato único a Don Joaquín Larraín Gandarillas. La rigidez en mantener estas postulaciones, por ambas partes, hizo difícil tener un candidato de consenso.

El conflicto bélico que estalla en esos años (1879-1881) entre Chile y el bloque Perú - Bolivia por el dominio del salitre va a permitir a Madre Bernarda y a su Congregación, demostrar una vez más su capacidad de conducción y organización en las iniciativas sociales. Esta vez, haciéndose cargo de Hospitales para atender heridos de la guerra.

En medio de este clima de guerra, se reúne en la Casa Central de Santiago, **el Segundo Capítulo Provincial de la Congregación** (7-X-1879). En dicha Asamblea es reelegida Madre Bernarda, como Superiora de una Congregación que ya tiene 54 religiosas, seis novicias y atendían ocho Casas a lo largo del país.

El hecho que este Capítulo se haya realizado en un marco en que las noticias de cada día eran todas referidas a la guerra, predispuso el ánimo de las Hermanas para, comunitariamente, estar preparadas para prestar su ayuda a los heridos.

En Valparaíso, la situación era insostenible para el Hospital de ese puerto, ya que los barcos estaban trayendo, desde el norte, numerosos heridos. Ante esta situación, el Gobernador Eclesiástico, Don Mariano Casanova, solicita, a las Hermanas de la Providencia que pongan al servicio de estos heridos el edificio que ocupaba el **Asilo de San José.** Además, que las Hermanas se hagan cargo de la vigilancia directa de dicho **Hospital de sangre**.

Madre Bernarda, conjuntamente con el Consejo de la Comunidad, capta perfectamente la importancia que tiene en esos momentos la implementación de dicha iniciativa. Junto con autorizarla, destina para hacerse cargo de ella a la Asistenta Sor Teresa de Jesús y a la Consejera Sor María Luisa.

La asistencia a los heridos, en dicho Centro, se extiende por el período de dos años. Las Hermanas deben encarar el dolor, los sufrimientos ante las heridas y ayudar a los moribundos a recibir los santos sacramentos. Madre Bernarda escribe:

"No recuerdo que ninguno de los enfermos muriera sin recibir los santos sacramentos".[373]

[373] Morín, « Historia», Tomo II, sec 1ª, p. 52.

El segundo centro hospitalario para los heridos de la guerra al que son requeridas las Hermanas de la Providencia es, en Santiago, el **Hospital de Nuestra Señora del Carmen**. Las autoridades, urgidas por las circunstancias, instalan este Hospital en el Palacio de las Exposiciones en Quinta Normal.

A nombre de la Iglesia, Madre Bernarda ofrece el hacerse cargo de la administración y atención, ya que, el hecho de encontrarse este Hospital contiguo a una Casa de la Providencia, que es el Asilo del Salvador, permite que todo el personal y las niñas internas del Asilo presten su colaboración, sea en la preparación de la comida, sea en el lavado de ropas, mientras las Hermanas atienden a los heridos. En forma sacrificada y heroica, las Hermanas prestan su valiosa asistencia, desde el 31 de enero de 1881 hasta el 27 de junio de 1881.

Es increíble el cariño que los sobrevivientes de ambos Hospitales guardaron hacia las Hermanas. El recuerdo de haber tenido a su lado una enfermera religiosa, que con gran bondad curaba sus heridas y les confortaba con la palabra de Dios, marcó el recuerdo de todos esos soldados y oficiales, tanto chilenos, como peruanos y bolivianos. Para las Hermanas, a su vez, fue una escuela que las sensibilizó con escenas terribles que muchas veces las dejaba impactadas. Ellas aprendieron, en medio del horror, a pedir fuerza al Padre Dios y depositar en Él su confianza. Precisamente, esa experiencia les significó asumir ser rostro de Dios ante el dolor y el sufrimiento.

Si bien, el desarrollo del Instituto de la Providencia en Chile avanzaba a ojos vista y con la complacencia de todo el país, sin embargo, la falta de Constituciones definitivas era un peligro que Mons. Hipólito Salas no cesaba de advertirles:

"Si esta Comunidad no queda bien arreglada durante la vida de los actuales superiores, me temo que quede sujeta a graves trastornos, que Uds. tienen el deber de prevenir y evitar". [374]

En consecuencia, acogiendo estas sugerencias del Sr. Obispo de Concepción, en 1878, Madre Bernarda dedica una parte de su tiempo a redactar una propuesta de Constituciones. Ella entiende que es algo fundamental para lograr la unidad en la espiritualidad y gobierno en la Congregación.

Más aún, recogiendo el parecer de las integrantes del Consejo de la Provincia, viaja a Concepción, donde trabaja en conjunto con Mons. Hipólito Salas. El propio Sr. Arzobispo le proporciona algunos modelos de Reglas, tales como, el de las Religiosas del Sagrado Corazón y de la Inmaculada Concepción. Luego de un intenso trabajo, en que el Sr. Arzobispo le colabora, incluso redactando algunos textos, en otros dándole sugerencias, Madre Bernarda viaja de regreso a Santiago con la redacción de una propuesta que entrega a Mons. Joaquín Larraín, quien ahora es Obispo y Vicario Capitular de Santiago.

[374] Donoso, o.c., II, 222.

El Vicario Capitular, era la autoridad que gobernaba la Diócesis en la sede vacante. De inmediato Madre Bernarda advierte en él un cambio en su actitud respecto al proyecto de las Constituciones, esto es, al tipo de Instituto Religioso que se propone conseguir.

Mons. Larraín entrega el proyecto de Madre Bernarda al Padre Pablo Vallier, un connotado religioso de la Congregación Corazón de María, el cual le hizo sólo algunas pequeñas indicaciones.

Sin embargo, Mons. Larraín Gandarillas desechando el parecer del P. Vallier, manifiesta que dicho proyecto de Constituciones, cuya autoría en gran parte era de Mons. Hipólito Salas, es inviable, por cuanto en él están ausentes varias disposiciones canónicas.

Madre Bernarda quedó impactada y lo estará de ahora en adelante, por cuanto es evidente que Mons. Joaquín Larraín lo que se ha propuesto es constituir una Congregación Diocesana, cuyo fundador y Superior sea él.

Confiando, por anticipado, que él sería nombrado nuevo Arzobispo de Santiago, piensa que su proyecto, de dejar a las Hermanas de la Providencia dependientes del Ordinario del lugar, no sólo solucionaba los malos entendidos con el Obispo de Montreal, sino, que le aseguraba la gobernabilidad de la Congregación, al que él le había confiado tantas obras.

En fin, por otra parte, Mons. Larraín confesaba haber tenido una ilustración o "revelación" acerca de los designios de Dios sobre la Comunidad de la Providencia." [375]

Por consejo de Mons. Larraín, Madre Bernarda opta por escribir a Roma, al Pbro. José Alejo Infante solicitándole le consiga una copia de las Constituciones de las Hermanas de la Providencia de Montreal. La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, acogiendo dicha petición, solicita, entonces, al Obispo de Montreal, un ejemplar de las Constituciones y un informe sobre el estado de la Congregación.

Mons. Bourget en su respuesta manifiesta a la Sagrada Congregación la conveniencia de que la Provincia Chilena se una a la Casa Matriz de Montreal.

Al conocerse en Chile, la petición formulada por el Obispo de Montreal (febrero de 1880) suscita una reacción de alarma por parte de los Obispos chilenos. Recordaban, en forma muy viva, la confrontación que había tenido el Arzobispo de Santiago con las Hermanas canadienses, las cuales en forma rebelde no habían aceptado su autoridad y habían preferido regresar a Canadá. Por otra parte, en ese momento, la Superiora General era Madre Amable, quien había sido protagonista de tales hechos.

[375] Morin, «Historia»., III, I, 5.

El Vicario Capitular de Santiago, el Obispo de Concepción y el Obispo de La Serena, en forma unánime, envían a Roma extensas exposiciones en las que, cada uno, a su manera, hace ver la inconveniencia de dicha unión y solicitan abiertamente la independencia definitiva del Instituto de las Hermanas de la Providencia de Chile.

Para Madre Bernarda esta reacción precipitaba los hechos en un sentido totalmente contrario a lo que había sido su intención original, ya que ella orientaba todos sus pasos hacia el objetivo de hacer posible la unión con la Comunidad Madre de Montreal.

En consecuencia, se encuentra con algo que va en contra de su conciencia, cuando el Vicario Capitular, Mons. Larraín, para avalar su petición ante la Congregación de Obispos y Regulares, exige que las Hermanas redacten una carta, dirigida a él, en su calidad de superior eclesiástico, en que le solicitan independizarse de la Casa Central de Montreal.

La Comunidad de las Hermanas se reúne, presididas por Madre Bernarda. Luego de largas sesiones de discernimiento, toman conciencia de lo complejo que se presenta la problemática. Al final, llegan a consensuar la siguiente redacción:

"La Providencia de Chile a la que pertenecemos y en la que hemos profesado, continúe sometida inmediatamente al Sumo Pontífice…" [376]

La Madre Bernarda y Sor Valentina Castro se abstienen de firmar la carta solicitud, por cuanto la juzgan que es contraria a su conciencia. Ellas estiman, a la luz de un discernimiento ante el Señor, que la unión con Montreal era lo que realmente convenía a la Congregación.

El resto de las Hermanas aceptan el criterio de los Obispos, en orden a que la Congregación había progresado en Chile y volver a la dependencia alteraría este crecimiento. Incluso piensan que dicha unión con Montreal las dejaba a merced de las Superioras de Canadá, las cuales podían ordenarles, bajo obediencia, integrarse en una de las Casas de la Providencia en América del Norte.

La respuesta de la Santa Sede se adelantó a la redacción de todas estas cartas, que se preparaban en Chile. Le bastó la solicitud, que bajo las instrucciones de Mons. Larraín, hiciera el Pbro. José Alejo Infante, ante el Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, sobre la conveniencia de separar ambos Institutos.

[376] Morin, «Historia». I, 379.

El decreto Pontificio del 17 de marzo de 1880, firmado por el Cardenal Prefecto, J. Ferrieri, está dirigido a Mons. Joaquín Larraín. En dicho documento, el Santo Padre León XIII, le informa que ha concedido a las Hermanas de la Providencia, cuya peculiaridad propia es:

- Tener votos simples,
- Estar bajo régimen de una Superiora General propia
- Bajo la jurisdicción de los respectivos ordinarios, que sean enteramente independientes de la Casa Principal de Montreal. Sin embargo, dicha separación, queda sujeta a las siguientes condiciones:

- Lleven como nombre: Congregación de Hermanas de la Providencia de Chile.

- Hagan alguna mudanza respecto al hábito que usan las de Montreal. Redacten sus Constituciones propias, para lo cual podían aprovechar las que usan las Hermanas de Montreal.

- Al momento que las tengan redactadas, deben presentarlas a examen ante dicha Congregación pontificia. [377]

El impacto que causó este decreto, tanto en la comunidad de Chile, como en la de Canadá fue enorme. Por supuesto las reacciones fueron distintas.

En Montreal confirmaban la tesis que la intención de la jerarquía de la Iglesia chilena, ya en 1863 tenía como intención de reducir a todas las misioneras del Canadá a ser una Congregación diocesana. Para Madre Bernarda y la Comunidad de la Providencia, en cambio, ello era fruto de la actitud de ruptura y falta completa de comunicación que había mantenido hacia el Instituto de Chile, de parte de las superioras de Montreal.

La total independencia de la Casa Matriz convertía a Madre Bernarda en Superiora General de la Congregación en Chile. Ella una vez más, se siente ser un instrumento de la Providencia y se somete a lo resuelto por la Santa Sede. Realiza un profundo acto de fe, que la lleva a subordinar sus proyectos y sus sentimientos a la voluntad del Santo Padre. Con su típica sagacidad y astucia se aferra, eso sí, al texto del Decreto que dice:

"Pueden aprovecharse de las Constituciones de que usan las Hermanas del Instituto de Montreal con las variaciones que se juzguen oportunas."[378]

Había que comenzar, ahora, a transitar por un camino cuyo objetivo era la redacción y aprobación de las Constituciones para la Congregación en Chile.

[377] Morin, « Historia»,Tomo I, p. 380.
[378] Morin, «Historia» Tomo 1, p. 380

La realización de este objetivo comprenderá desde este año de 1880 hasta 1905.

==========

XI.- En defensa del carisma

La segunda etapa, del proceso conducente a la redacción de las Constituciones y su posterior aprobación por la Santa Sede, nos hace continuar e incluso aumentar la situación de conflicto, generada en torno a la definición de este documento. Junto con ubicarnos en un período de gran conflictividad al interior de la Iglesia de Santiago, también, nos hace percibir, cómo toda esta realidad pone a prueba, en Madre Bernarda, no sólo el dominio personal, sino su capacidad de relación con la jerarquía eclesiástica y de superiora de una comunidad religiosa.

Es un período de gran densidad histórica y que ciertamente debe ser analizado dentro de la fuerte tensión que se suscita en el país, durante el lapso de la "Sede vacante, en el Arzobispado de Santiago. Dicho período (1876-1886) está consignado en la historia nacional, como uno de los momentos en que se vive un clima de confrontación muy álgido en las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno. Como una consecuencia, esta tensión se traduce en un clima de beligerancia, desde la Curia de Santiago hacia todos los interlocutores que no se someten a su dictamen.

En la redacción de las nuevas Constituciones, Madre Bernarda, continúa poniendo el énfasis en cuanto a tener como referente las Constituciones que regían a la Comunidad de Montreal y las modificaciones, que las mismas Hermanas, últimamente, habían propuesto a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

Madre Bernarda había solicitado el envío de dichas modificaciones, a las Superioras de Monreal, pero siempre con resultados negativos. Ahora, el Vicario Capitular, Mons. Larraín, que manifiesta un gran interés sobre este tema, encarga a su delegado, en Roma, Pbro. José Alejo Infante las solicite a su nombre y, al poco tiempo, se obtiene dicho documento.

El Vicario Capitular, Mons. Joaquín Larraín encarga, entonces, la redacción de las nuevas Constituciones al Pbro. Rafael Fernández Concha, quien es asesorado por los Pro-Vicarios de la Curia de Santiago Pbro.Jorge Montes y José Ramón Astorga. Finalmente, dicho proyecto es entregado a Mons. Larraín, en los primeros días de 1882.

Mons. Larraín lo pondera diciendo que está plenamente de acuerdo con el Derecho Canónico.

Dicho texto es entregado a Madre Bernarda para que dé su opinión. Luego de analizarlo, detecta en él una serie de normas tan distintas, a las Constituciones de Montreal, que llega a la conclusión que en la práctica se estaba constituyendo una nueva Congregación. Las variaciones más sustantivas que destaca son:

Como primera finalidad de la Congregación se establece la enseñanza, esto es, pasaban a ser educadoras de niños y niñas pobres.

- En lugar de ser una “Congregación Apostólica” se las trasformaba en una Comunidad diocesana.

- Debían obligatoriamente aceptar la separación definitiva y absoluta de la Casa Matriz de Monreal.

De inmediato, Madre Bernarda procuró hacer ver a Mons. Larraín, que dicho reglamento contrariaba “el espíritu fundacional” del Instituto de la Providencia, pero sus esfuerzos por convencerlo no tienen efecto. Pide, entonces, ayuda a Mons. Hipólito Salas, quien sostiene una entrevista con Mons. Larraín. Todo es en vano.

Aprovechando la visita que, en esos días, hacía al país el Delegado Apostólico, Mons. Celestino del Frate, para resolver el problema suscitado entre la Santa Sede y el Gobierno chileno, en torno al nombramiento del nuevo Arzobispo de Santiago, Madre Bernarda logra hacer llegar una misiva al Secretario de dicha Delegación, Mons. Pedro Monti, quien le concede una entrevista.

Este encuentro es de gran importancia, pues en él, Madre Bernarda le puede exponer, todo el alcance y las connotaciones que va adquiriendo el problema de las Constituciones para su Congregación. Mons. Monti le promete ayudarla desde Roma, pero, le aconseja que envíe un informe, directamente, a la Congregación de Obispos y Regulares.

Continuando en su empeño de defender el carisma fundacional, Madre Bernarda reúne al Consejo Provincial y a todas las superioras, con las cuales redacta un proyecto de Constituciones, de acuerdo a lo que ellas, como religiosas habían practicado y vivido. Desde el 13 de mayo al 1 de junio de 1883 trabajan sin descanso. Alternan la oración con las sesiones de trabajo, hasta que el 10 de junio entregan dicho proyecto a Mons. Larraín.

En esos días, las Hermanas sienten como un verdadero duelo de familia, la muerte de Mons. Hipólito Salas, quien fallece en Concepción, el 20 de julio de 1883. Había sido un verdadero padre para la comunidad y hasta el último momento estuvo preocupado de que obtuvieran la aprobación de las Constituciones, por cuanto, proféticamente, veía la importancia que ello tenía para la estabilidad futura de la Congregación.

Aprovechando el viaje a Roma del Pbro. Patricio Mackenna, Madre Bernarda envía (19-I-1884) una carta con un informe de los acontecimientos a S.S. León XIII. A pesar de las dificultades, que al portador de este documento se le suscitaron con las autoridades del Arzobispado de Santiago, este trámite fue estratégicamente de gran importancia.

Desde luego respondía al criterio sugerido por Mons. Pedro Monti, en orden a informar directamente a la Congregación de Obispos y Regulares. Por otra parte, el propio sacerdote Pbro. Patricio Mackenna pudo complementar, con su propia visión, todas las implicancias del asunto. La repercusión de dicho "lobby" fue importante, hasta el punto que la Congregación romana estaba

dispuesta a solicitar un informe al Vicario Capitular, si Madre Bernarda hubiese estado de acuerdo. Ella, en cambio, juzgó que no era oportuno en ese momento.

Mons. Larraín es puesto al tanto, desde Roma, por el Pbro. José Alejo Infante, de las entrevistas e informes dados por el Pbro Mackenna a las autoridades del Vaticano, lo que le provocó mucha molestia. En consecuencia, se produce un período de tensión, entre Mons. Larraín y Madre Bernarda.

Estando, precisamente, en este período de tensión en sus relaciones con Mons. Joaquín Larraín, Madre Bernarda recibe la noticia de la muerte de su querido "Padre Fundador", Mons. Ignacio Bourget, fallecido en Montreal el 8 de junio de 1885.

Ella había conservado un gran cariño hacia este anciano Obispo. Sabía que él la designaba con el término de "la oveja perdida", no obstante, fuerte y plena de confianza en Dios, se da cuenta que, más allá de los malos entendidos, ella está luchando, en esos días, a favor de las Constituciones escritas por Mons. Bourget, ya que en ellas reconoce el carisma originario de la Congregación. Lloró y ese llanto fue un acto de fe en Dios. A pesar de todas las incomprensiones, ella demostraba su fidelidad heroica a su "viejo fundador", trabajando entre los huérfanos de Chile como "sirviente de los pobres". Ese era el carisma que había motivado, también, la acción pastoral de este apóstol.

Sumergida en una gran pena, busca el consuelo de la Providencia en los "signos de Dios" existentes en ese entonces. Elije uno: escribe a Turín, una hermosa y breve carta al Pbro. Juan Bosco: "pidiéndole los socorros de sus fervientes oraciones" y encomendándole "la vida de nuestra pequeña comunidad". [379]

El gran santo de Turín le responde asegurándole: ""Pido con fervor por sus intenciones y comenzaré una novena con mis pobres niños". [380]

En cumplimiento del Reglamento ya establecido por Mons. Valdivieso, se reúne el **Capítulo General de la Congregación,** el 5 de octubre de 1886. En esta instancia oficial se procede a realizar la primera elección capitular, después de la separación de la Comunidad establecida en Chile de la Casa Matriz de Monreal.

Dichas elecciones fueron presididas por Mons. Larraín, siendo elegida como Superiora Madre Bernarda Morín. Este Capítulo General, a su vez, aprueba un voto de acuerdo unánime, en términos de conservar en las nuevas Constituciones el espíritu de las de Monreal. A la luz de este criterio, que debía influir en forma transversal todo el nuevo texto, se encargó a Mons. Larraín redactar una propuesta de Constitución.

---

[379] Carta del 22 de junio de 1885, en Archivo Provincial - Santiago.
[380] Carta del 22 de junio de 1885, en Archivo Provincial – Santiago

Una noticia bomba para Mons. Larraín y el grupo de sus partidarios fue la que se dio a conocer, en los círculos sociales de Santiago, los primeros días del mes de diciembre de 1886:

El Papa León XIII había elegido como nuevo Arzobispo de Santiago a Mons. Mariano Casanova (3-XII-1886). Lo cual culminaría, posteriormente, con su consagración episcopal realizada el 30 enero 1887.

Mons. Larraín, al no ser elegido Arzobispo de Santiago, refuerza su idea de fundar una Congregación de religiosas diocesanas. Afirma que ha tenido una aparición, en que la Virgen le ha dicho que es el verdadero padre de la Congregación de la Providencia. El 19 de marzo 1888, entrega a Madre Bernarda su proyecto de Constituciones, que él ha redactado de acuerdo a sus planes. Es interesante que en dicho documento de Constituciones vuelve a establecer el cargo de Superior religioso.

Dichas Constituciones no fueron del agrado de las Hermanas, entre otros cosas porque:

- La Congregación quedaba reducida a ser un simple Instituto Diocesano.

- Además, se establecía una doble dependencia, vale decir, del Ordinario del lugar y del Superior religioso.

- Finalmente, establecía la ruptura del vínculo que unía a las casas de la Providencia en Chile, entre sí, ya que cada una de estas comunidades pasaba a ser diocesana.

El Arzobispo Mariano Casanova, en un primer momento, se mostró muy comprensivo con este rechazo de las Hermanas e incluso manifestó públicamente que era partidario que se aprobaran las Constituciones que había escrito Mons. Bourget.

Al poco tiempo de estar al frente del gobierno de la Arquidiócesis, el Arzobispo comenzó a demostrar mucha volubilidad en sus propósitos y una gran facilidad para variar de opinión. Dicha característica, según los historiadores, se había acentuado desde que, siendo Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, sufriera un derrame cerebral.

El 24 de mayo de 1888, Mons. Casanova asegura a Madre Bernarda que enviará a la Santa Sede, por medio del Cónsul de Chile en Roma, Don Joaquín Santos Rodríguez, las diversas propuestas de Constituciones existentes, esto es, las redactadas por el Pbro. Rafael Fernández, las de Mons. Joaquín Larraín y las de las Hermanas.

Sin embargo, luego cambia de parecer y envía sólo las Constituciones redactadas por el Pbro Rafael Fernández Concha. Además, no por medio del

Cónsul, sino a través de su agente eclesiástico en Roma. Importa destacar que, en dichas Constituciones, se eliminaba el cargo de Superior Religioso, con lo cual indirectamente el Arzobispo se declaraba a favor de la propuesta que sacaba de su cargo a Mons. Larraín Gandarillas.

Debido a las múltiples tensiones, ya existentes en el ambiente eclesiástico y, por otra parte, a la forma clandestina como se filtró la noticia del envío a Roma de las Constituciones, redactadas por el Pbro. Fernández, se generó en el ambiente del clero y luego en la ciudad una gran confusión. Específicamente se suscitó una reacción fuerte entre los partidarios de Mons. Larraín, los cuales veían en ello una maniobra para sacar a Mons. Larraín de su cargo y de todo influjo sobre las Hermanas de la Providencia.

Madre Bernarda, precisamente, en esas semanas andaba visitando las casas que la Congregación tenía en provincia. En su ausencia, las Hermanas reciben la versión que ha sido la Madre Bernarda la gestora de este ex abrupto y, por lo tanto, piensan que es gestora de un juego doble, ya que por un lado ha manifestado estar a favor de las Constituciones de Monreal y, luego, en secreto, ha maquinado para que se envíen a Roma las Constituciones del Pbro. Fernández Concha.

El Arzobispo Casanova, junto con la facilidad que tenía para cambiar de opinión, se sentía dominado por un respeto reverencial y un tanto temeroso en su relación con Mons. Joaquín Larraín, en quien reconocía al líder de un fuerte grupo político-social de gran influjo en la sociedad chilena. Trató siempre de contentarlo, aún a costa de desdecirse de sus propias determinaciones, como quedó demostrado con motivo de la fundación de la Universidad Católica (1889).

En consecuencia, ahora, al sentirse doblemente emplazado, esto es, por el propio Mons. Larraín Gandarillas, que lo hizo en forma muy airada y, además, por el grupo de sus partidarios, el Arzobispo no fue capaz de mantener su solicitud. De inmediato, pidió a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares suspendiera, no sólo la discusión de dicha Constitución, sino, incluso obtiene un decreto especial para que se clausurara definitivamente toda gestión relativa a este documento.

Posteriormente, el Arzobispo trató de remediar la grave situación que se había suscitado en torno a esta cuestión. En repetidas oportunidades fue a conversar con Madre Bernarda. Ella, se encontró enfrentada ante tantas contradicciones de su propio Pastor que optó, luego de reflexionarlo ante el Señor, por presentarle personalmente su renuncia. (12-X-1888) [381]. Después de unos días, el Arzobispo optó por rechazarla.

[381] Morín, « Historia», 39.

La situación se hacía difícil. El Arzobispo Casanova busca la racionalidad que le aportaba los acuerdos del último Capítulo General, donde se había aprobado que Mons. Larraín redactara una propuesta de Constituciones, sobre la base de las de Monreal. Por lo tanto, opta por decretar la puesta en práctica de las Constituciones redactadas por Mons. Larraín, ya que según él, era la única forma para saber si servían o no.

Por lo tanto, el 7 de noviembre de 1888, va a visitar a Madre Bernarda y le hace entrega de un ejemplar de estas Constituciones para que saque copias y las distribuya entre las Hermanas. Posteriormente, con fecha 20 de noviembre 1888, publica el decreto por el que establece que, por "vía de ensayo", todas las Casas de la Providencia deben comenzar a regirse, en su vida ordinaria, por dichas Constituciones. [382] .

Mons., Larraín creyó que ese período en que se establecía "a manera de ensayo" la práctica de sus Constituciones era un paso decisivo e irreversible. En consecuencia asume una actitud autoritaria y trata de imponerlas a todas las Hermanas exigiendo acatarlas bajo el criterio de sumisión plena y absoluta. Tan convencido estaba de haber logrado su objetivo que, incluso las envió a publicar en la imprenta, que tenía la Casa de Huérfanos.

A lo largo de 1889, la situación de confrontación entre el grupo de religiosas que cuestiona las nuevas Constituciones y las que adhieren a ellas se fue profundizando. Las presiones externas y las imposiciones abiertas, a favor de las Constituciones redactadas por Mons. Larraín, por parte de la autoridad eclesiástica, especialmente del Vicario Pbro. Jorge Montes, inciden en marcar, definitivamente, al interior de la Comunidad una fuerte y lamentable división.

Esta división entre las Hermanas de la Providencia las va encasillando en dos corrientes:

- 42 religiosas quieren mantener las antiguas Constituciones de Montreal. Texto sobre el cual, ellas habían hecho su profesión religiosa.

- 30 religiosas eligen, en cambio, las nuevas Constituciones redactadas por Mons. Larraín.

Esta era la situación, al interior de la comunidad de las Hermanas de la Providencia, cuando se supo la noticia del viaje de Mons. Casanova a Roma. De inmediato Madre Bernarda intuye en este viaje una gran oportunidad para zanjar la problemática, en la que estaban sumidas. Obtiene una audiencia con

[382] Boletín Ecl. X, 676.

Mons. Casanova, en la que le solicita someter las distintas posiciones al Santo Padre (20-VI-1889), a lo cual el Arzobispo responde positivamente..

Madre Bernarda, entonces, acompañada por las otras Consejeras prepara un "set" con todos los documentos en cuestión. La respalda la casi totalidad de las integrantes del Consejo Provincial de la Congregación, ya que en dicho Consejo sólo Sor María Luisa Villalón estaba a favor de la Constituciones de Mons. Larraín. Reunidas las distintas propuesta sobre las que se discutía, toda esta documentación, es llevada por Madre Bernarda a las oficinas del arzobispado y encomendada personalmente al secretario Pbro. Agustín Morán.

Mons, Casanova inicia su viaje el 27 de junio 1889. Pero, nuevamente el Sr.Arzobispo promete una cosa y realiza otra. Lo desilusionante es que no era capaz de decir las cosas abiertamente. En este contexto de un estilo de política voluble e indecisa, decide, a último momento, llevar consigo sólo las Constituciones de Mons. Larraín.

Madre Bernarda, entiende que se juega el todo por el todo y, entonces, encomienda todo al Sagrado Corazón. En conjunto con el Consejo de la Congregación promete, que si son aprobadas las Constituciones de Monreal, propagar su devoción y fundar una Casa en la zona indígena de la Araucanía.

Por otra parte, recordando el doble juego, que ya anteriormente había puesto en práctica Mons. Casanova, se preocupa de enviar un duplicado de la documentación, al Cónsul chileno en Roma, Don Joaquín Santos Rodríguez, para que él lo entregue directamente, junto con una carta suya, al Card. Rampolla, Secretario de Estado, (5-VII-1889) [383] .

Entretanto, durante el viaje de Mons. Casanova, quien lo sustituye, en calidad de Vicario y Gobernador Eclesiástico de Santiago, Pbro Jorge Montes, presiona para que todas las Hermanas acepten las Constituciones de Mons. Larraín. Incluso declara separadas de la Comunidad a las Casas de La Serena y Concepción, porque continúan practicando las antiguas Reglas. Determinación que le suscita una discusión jurídico-canónica con el Vicario Capitular de La Serena, Pbro. Bartolomé Madariaga.

Al llegar a Roma Mons. Casanova se encontró con una gran sorpresa:

El 7 de junio de 1889, su Santidad León XIII había determinado “Motu Propio”, aprobar las Constituciones de las Hermanas de Montreal y, al mismo tiempo, había dispuesto que esas mismas Constituciones fueran observadas por las Hermanas de la Providencia de Chile.[384]

---

[383] Morín.,« Historia» , III, 73.
[384] Boletín Eclesiástico, XI, 128.

Mons. Casanova apela, pensando que no se ha tomado en cuenta su parecer. Pero, el Cardenal Rampolla le muestra una carta en que él mismo, en el año

1887, había solicitado a la Santa Sede fuesen aprobadas dichas Constituciones. [385].

El Papa León XIII, había favorecido directamente la propuesta de Madre Bernarda y su comunidad. En gran parte, ello era posible gracias a la prudencia con que Madre Bernarda había manejado el asunto y a su estilo de enfrentar los problemas. Desde luego, había mantenido en forma inalterable, a lo largo de todo este difícil período, su opción por el proyecto a favor de las Constituciones dadas por Mons. Bourget. Por otra parte, había logrado traspasar a las otras Hermanas de la Congregación esta adhesión, como parte del carisma fundacional, de modo que tal propuesta era compartida por la mayoría de la Comunidad.

Finalmente, manteniendo un gran respeto hacia la autoridad eclesiástica local, había logrado, en forma muy diplomática, poner al tanto de las maniobras eclesiásticas de la Curia de Santiago a las autoridades de la Santa Sede y darles a conocer cual era en definitiva la propuesta propia de las Hermanas de la Providencia de Chile.

Es realmente impactante que, a lo largo de todas las cartas que Madre Bernarda escribe en este tiempo, no exista ninguna expresión de falta de respeto hacia la jerarquía. Al contrario, junto con un gran confianza en la Providencia divina, asume la actitud de rezar para que Dios ilumine a sus superiores e invita a las Hermanas a elevar sus oraciones en este sentido.

Por otra parte, a pesar de las dificultades existentes a lo largo de este difícil tiempo de controversias y malos entendidos, Madre Bernarda mantiene un trabajo intenso en lo relativo a visitar y acompañar las distintas comunidades de Hermanas existentes en el país. Incluso su dinamismo la lleva a inaugurar nuevas obras. En lugar de quedar anonadada ante las incomprensiones y dificultades, realiza una vasta acción, cuyo centro privilegiado es la formación de las novicias y de las nuevas postulantes.

Entre las diversas obras que la Congregación, impulsada por Madre Bernarda, es capaz de llevar a cabo, debemos hacer referencia a cuatro por su importancia:

- **Construcción de la Casa Central.**

En forma persistente y de acuerdo a un plan prefijado, las Hermanas habían ido adquiriendo, por vía de compra, las cinco propiedades adyacentes. Luego

[385] Morín, «Historia» Tomo III, 126.

se dedicaron a la construcción de un edificio que fuera propiedad de la Congregación, ya que donde residían era del Estado. Todo lo cual culminó en

gran acto de inauguración, realizado el 31 de mayo de 1885, con asistencia del Presidente de la República Don Domingo Santa María y sus ministros.

- **El Hospital de Santo Tomás de Limache.**

Dicha construcción benéfica era obra de Doña Carmen Quiroga viuda de Urmeneta, quien había hecho donación de dicho inmueble al Arzobispado. A petición del Vicario Capitular del Arzobispado Don Joaquín Larraín Gandarillas, Madre Bernarda y su Consejo aceptan hacerse cargo de este Hospital, cuya toma de posesión se realiza el 21 de enero de 1887.

Las Hermanas de la Providencia habían estado trabajando con los enfermos del cólera y, por lo tanto, tenían ya experiencia en todo lo relacionado con un Hospital. Sin embargo, los gastos que el Hospital de Limache les exigió, en un primer momento, puso a prueba la capacidad de gestión de las Hermanas. Debieron ellas mismas buscar los recursos y acudir a solicitar la caridad pública. La atención plena de afecto y bondad que en él encontraron los pobres y campesinos les atrajo nuevos bienhechores.

- **El Asilo Santa Rosa.**

Era una obra de beneficencia que había recibido en legado el Arzobispado de Santiago. La Sra. María Jesús Espínola había fundado este Taller, que asilaba 100 niñas desamparadas. En el año 1884, Mons. Joaquín Larraín Gandarillas hace entrega a las Hermanas de este Centro asistencial. Las religiosas realizan un trabajo tan eficiente que, finalmente, como un reconocimiento, el Arzobispado se los traspasó en forma definitiva.

- **La construcción de la Iglesia de la Casa Matriz**

Había sido construida con dineros aportados a las Hermanas por el Gobierno. Por lo mismo, tanto el Presidente Manuel Balmaceda, como sus ministros de Estado quisieron hacer de su inauguración un acto de demostración de acercamiento del Gobierno con la Iglesia. Dicho acto inaugural, realizado el 27 de abril de 1890, tuvo como momento central el solemne Pontifical celebrado por el Arzobispo Mariano Casanova y cuyo sermón de ocasión estuvo a cargo del Pbro. Ramón Angel Jara.

A la par de todas estas obras Madre Bernarda había llevado adelante su lucha por mantener la fidelidad a las Constituciones de Monreal, que ella había profesado y que, ahora, el Santo Padre le reconocía, como estatuto por el que se debía regir la Providencia de Chile.

Directamente de Roma, Mons. Casanova envía a Madre Bernarda una carta en que le comunica la decisión pontificia. (8 diciembre 1889.) [386]

Luego, de regreso a Chile publica la Carta Pastoral del 27 de abril de 1890.[387]

Entretanto, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares había promulgado el Decreto del 22 de enero de 1890, [388] en que nombraba a Mons. Mariano Casanova, Visitador Apostólico de la Congregación, precisamente para que tuviera la autoridad plena para llevar a la práctica lo establecido por la Santa Sede. Este título, incomodaba enormemente a Mons. Casanova, por cuanto desplazaba a Mons. Larraín, como Superior eclesiástico de las religiosas.

En lo esencial, la Santa Sede había decretado que la Congregación de las Hermanas de la Providencia de Chile se constituyera en un nuevo Instituto, bajo el Régimen de una Superiora General propia. Su primera finalidad debía ser el cuidado de los pobres y enfermos. A ello se debía agregar la educación cristiana y la obra de los Ejercicios Espirituales. Sus Constituciones debían ser las mismas que las del Instituto de la Providencia de Monreal, con los cambios que a las Hermanas de Chile les pareciere oportuno hacerle. Estas Constituciones debían ser practicadas "vía de ensayo", durante diez años.

Mons. Mariano Casanova inicia la Visita a las diversas casas de la Providencia, en su calidad de Visitador Apostólico. El inicio de la puesta en práctica de las Constituciones, aprobadas por Roma, debía ser el 29 de junio de 1890. Sorpresivamente Mons. Casanova, estando en Valparaíso y luego de una reunión con sus Vicarios, decreta una postergación de dicho inicio.

Esta dilación deja lugar a que se produzca un período, donde el grupo de Hermanas favorable a las Constituciones de Mons. Larraín, cuya lider era Sor María Luisa Villalón y que estaban asesoradas por varias autoridades de la Curia de Santiago, logran consolidarse en su disidencia. Es un período que se podría haber evitado y con él toda la división y el escándalo.

En un juicio histórico, importa destacar que la Curia de Santiago había proclamado durante el período de la Sede vacante su adhesión a Roma, con una actitud "ultramontana", desafiante al Gobierno liberal. Esta actitud, respaldada por el Partido Conservador, era el resorte que enucleaba políticamente, en forma ciega y empecinada, al "Partido Clerical", en torno a su caudillo local, Mons, Joaquín Larraín Gandarillas, de tal modo de ser el candidato único a Arzobispo de Santiago.

Ahora que Roma, contrariando sus pretensiones, no nombra a su caudillo como Arzobispo de Santiago, dicho grupo no tiene dificultad en desdecir su actitud "ultramontana" y desconociendo lo establecido por el Papa, respecto a las Constituciones de las Hermanas de la Providencia, opta por apoyar su

[386] Morín, «Historia» tomo , III, 131.
[387] Boletín Ecles., XI, 1890, 124. Ver los cambios posteriores: Ibid, 167, 181, 202.
[388] Ibid., XI, 34; Donoso, o.c., II, 320; Breves y Rescriptos VII, 360.

proyecto local, esto es: organizar una Congregación diocesana, cuyo fundador fuera su caudillo político Mons. Joaquín Larraín.

A decir verdad, no han variado su adhesión cerrada e intolerante en torno a su líder político. Dentro de este esquema político-religioso, los Vicarios, Pbros Jorge Montes y José Ramón Astorga, junto con el Pbro. Juan Luis Montes estructuran, en torno a Mons. Joaquín Larraín, un equipo de incondicionales, los cuales a su vez se sienten ser representantes de las familias de la oligarquía católica.

Es preciso clarificar que en su estructuración el "Partido Clerical" había confundido el compromiso político con la religión. En lo concreto el proyecto del clero y los conservadores se orienta a hacer de la Iglesia un pequeño estado, donde todo les estuviera sometido. Es lo que el historiador Gonzalo Vial nos explicita en estos términos:

"Todos los órganos del Partido clerical se hallaban relacionados en forma estrecha, entre ellos mismos, con el conservantismo y con la Iglesia….. La confusión… era tal, que resultaba imposible decir dónde terminaba la religión y dónde comenzaba la política" [389]

Es dentro de esta lógica que se debe entender la propuesta de una Congregación religiosa diocesana. A la Congregación de la Providencia, se le había entregado el cuidado de los huérfanos, de las casas de Ejercicios espirituales y de los enfermos. Pues bien, esto era lo que consideraban las Constituciones de Mons. Larraín. En ellas los objetivos eran precisos:

- enseñanza,
- atención a los Casas de Retiros espirituales
- y servicio a los pobres.

Para que las Hermanas estuvieran plenamente integradas en el esquema del Partido Clerical, debían cortar toda vinculación externa y ser incondicionalmente un Instituto diocesano.

Mons. Casanova desea cumplir con lo dispuesto por el Papa León XIII y la Congregación de Obispos y Regulares, pero se encuentra ante una maquinaria local, ante la cual se siente sin influjo y falta de decisión. En consecuencia, procurará salvar las apariencias ante Roma, pero de hecho va otorgando todas las posibilidades para que se estructure una nueva Congregación, en torno a Mons. Larraín.

Una de las preocupaciones de Mons. Casanova es que el sector eclesiástico y laico, esto es, el grupo conservador, adicto a Mons. Larraín, quede tranquilo, por cuanto su líder no ha sido "humillado".

[389] Vial Gonzalo, Historia de Chile, I,1, 59.

Esta actitud errática y permisiva de Mons. Casanova no sólo permite que se realice, por parte de varios eclesiásticos, una verdadera campaña de "enganche" o captación de Hermanas, a las que se invita a adherir al proyecto Larraín, sino que, además, que se genere un clima de confusión y división.

A juicio del Obispo de La Serena: "Esta división de las Hermanas produce gravísimos escándalos en el clero y en los fieles" [390]

La consagración de la rebeldía, a lo dispuesto por el Santo Padre, tiene lugar el 9 de julio de 1890, en que Mons. Casanova dispone que todas las Hermanas partidarias de las Constituciones de Mons. Larraín se puedan reunir en la Casa de Huérfanos. Al mismo tiempo, se obliga salir a las ocho hermanas, que residen en esa Casa y que no son favorables a las Constituciones de Mons. Larraín.

Finalmente, la autoridad eclesiástica impone como Superiora de las 19 monjas disidentes, a Sor María Luisa Villalón, cesando en el cargo a la Hna. Celia Bascuñán.

Una vez que se constituye este "centro alternativo" con el que se quiere asegurar el proyecto de una Congregación diocesana fundada sobre las Constituciones de Mons. Larraín, lo cual es apoyado por la Curia de Santiago, en contra de los obispados de la Serena y Concepción, se decreta para el 26 de julio [391] el inicio de las Constituciones aprobadas por Roma

Ciertamente, no se cumple a cabalidad con lo dispuesto por la Santa Sede, por cuanto se ha introducido un resquicio que privilegia a las Hermanas que, aún perteneciendo a la Congregación de la Providencia, desean continuar practicando las Constituciones redactadas por Mons. Larraín. Además, en forma preferencial se les nombra confesor, se las visita y se las atiende.

Por su parte, Mons. Casanova asumiendo una actitud de complacencia con este plan que se está llevando a cabo, renuncia a su cargo de Visitador Apostólico de las Hermanas y en su lugar nombra al Vicario Pbro. Jorge Montes.

No obstante todas estas divisiones y una situación de crisis, la Congregación logra realizar algo extraordinario, dadas estas circunstancias, como es la celebración de la Profesión Religiosa de 12 novicias (12-X-1890). Estas nuevas religiosas efectúan su profesión de acuerdo a las Constituciones que el Santo Padre les acaba de aprobar.

A continuación, de acuerdo a las Constituciones Pontificias, se cita el **Capítulo General de la Congregación**, el cual se realiza los días 24 y 25 de octubre de 1890. En dicho evento no participa la Comunidad de Hermanas

[390] Morín, «Historia» tomo III, 234.
[391] Boletín Ecl. XI, 202.

disidentes, a las que la autoridad eclesiástica de la Curia de Santiago les ha otorgado como residencia la Casa de Huérfanos.

A pesar de la claridad con que el Papa León XIII había zanjado la cuestión, en lugar de iniciarse un período de verdadero "ensayo" de las Constituciones, aprobadas por Roma, sucede un período donde todo se vuelve confuso. No sólo se acepta que exista en la Casa de Huérfanos una Comunidad separada de 19 hermanas, cuya Superiora es Sor María Luisa Villalón, las cuales continúan rigiéndose por las Constituciones de Mons. Larraín, sino que incluso la elección canónica de Sor Celia Bascuñán, como Superiora de la Congregación, es asumida por las autoridades eclesiásticas de Santiago, como una rebeldía a la autoridad eclesiástica local.

Sor Celia Bascuñán era del grupo adicto a Madre Bernarda, esto es, del grupo que acepta plenamente las disposiciones pontificias. Sin embargo, el Vicario Jorge Montes, al intervenir en favor del grupo adicto a Mons. Larraín, la había destituido como Superiora de la Casa de Huérfanos y ,en su lugar, había puesto a Sor María Luisa Villalón. Por esto, no obstante ser elegida de acuerdo a las disposiciones canónicas vigentes su elección es cuestionada.

Interesante es señalar que esta adhesión "ultramontana" de las Hermanas de la Providencia es considerada por la Curia de Santiago como algo que va en contra de la autoridad del Obispo. Increíble que los "ultramontanos" de ayer pasan ahora a asumir una actitud "episcopalista".

Este momento histórico se entiende a la luz de la opinión de Mons. Juan González Eyzaguirre, entonces Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, más tarde Arzobispo de Santiago, quien en carta (15-XII- 1891) a Mons. Florencio Fontecilla, Obispo de la Serena, le decía:

"Es indudable que el decreto de la Sagrada Congregación de 22 de enero de 1890 habría ultimado para siempre toda dificultad, si el Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo hubiese impuesto silencio a las descontentas y hubiera alejado de la Congregación a cuanta persona fuese obstáculo para uniformar el juicio y la voluntad de las religiosas.

"Pero, el carácter bondadoso del Illmo. Sr. Arzobispo lo obligó a condescender con el Illmo. Sr. Obispo (Joaquín Larraín G), que desde que fue Vicario Capitular, trabaja por fundar una Congregación Diocesana conforme a cierto ideal que se ha formado del modo de satisfacer las necesidades espirituales de este lugar".

"Ya V.S. Illma. Sabe que las Hermanas de la Providencia debían formar esa Congregación, según deseos del Illmo. Señor Obispo de Matyrópolis; y a ese plan obedeció el decreto de 20 de noviembre de 1888, por el cual el Illmo. Y Rmo. Señor Arzobispo mandaba observar las Constituciones elaboradas por el Illmo. Señor Obispo (Larraín)".

"Ahora, como ya la Santa Sede ha ordenado la observancia de las Constituciones de Monreal, no se puede cambiar la base constitutiva del Instituto entero sin desobedecer abiertamente al Santo Padre, y por esto, entre aquellas religiosas que más se han distinguido por su adhesión al Illmo. Padre Espiritual de la Congregación y al confesor ordinario de la misma, se ha hecho la conquista para fundar una Congregación diocesana, haciendo separarse a estas fundadoras del Instituto en que profesaron." [392]

Mas adelante, el mismo Mons. González Eyzaguirre, agrega:

"Si se trata de fundar una nueva Congregación, ¿ porqué se acude a inquietar a las que ya pertenecen a una que ya está fundada ? Y ¿ Acaso por haber Hermanas que se quieren salir de su Instituto para fundar otro diferente, habrá de quitarse una buena casa a la Congregación a que pertenecieron para darla a las Hermanas que se van? Nadie puede explicarse que se haya quitado a la Congregación de la Providencia su mejor Casa, nada más que para favorecer a las que no tendrían donde estar si el Illmo. Señor Arzobispo no les diera casa, y casa con buena renta para subsistir." [393]

En nuestros días, el juicio histórico del Pbro. Fidel Araneda se expresa en los siguientes términos:

"El arzobispo anduvo desacertado: por no herir a Larraín, perjudicó grandemente a la Congregación. El defecto de los caracteres conciliadores es la carencia de resoluciones; pretenden ganarse la benevolencia de los litigantes y acaban por malquistarse con los dos bandos." [394]

El período de historia que sucede, inmediatamente, después del Capítulo General de la Congregación, celebrado en octubre de 1890, continúa siendo una etapa de gran confusión y para nada un avance en lo que significa lograr la anhelada paz, al interior de la Congregación de la Providencia. El grupo de las 19 Hermanas disidentes permanece en la Casa de Huérfanos y, asesoradas por los integrantes de la Curia de Santiago, apelan al Arzobispo para que replantee su situación ante la Santa Sede.

Sin embargo, a partir del decreto de aprobación de las Constituciones de Monreal, se va suscitado el fortalecimiento de una lógica, ya que Madre Bernarda había orientado toda la fuerza de la espiritualidad de la Comunidad de las Hermanas de la Providencia en torno a la fidelidad del carisma del fundador, tanto en el servicio a los pobres, como en la unión, con las otras comunidades de la Providencia, conscientes que constituyen una Congregación, expresión de la misión universal de la Iglesia.

---

[392] Morin, « Historia» tomo III, 232.
[393] Morin, «Historia» tomo III ., 233.
[394] Araneda Fidel, Historia de la Iglesia en Chile, 603.

Es, precisamente, en estos momentos, en que cuestionada por la Jerarquía de Santiago, aparece evidente que la separación de Montreal (1863) no fue realizado por Madre Bernarda en un afán simplemente divisionista, sino por fidelidad a la misión asumida en Chile, la cual debía realizarse con criterio de Iglesia, dentro de la debida obediencia a los obispos locales.

Es realmente impresionante analizar el volumen de "Cartas de la M. Bernarda a los Superiores de Montreal" [395], precisamente en estos años en que están en pleno conflicto. En dicha recopilación aparecen las distintas cartas que periódicamente escribe Madre Bernarda a los Superiores de Montreal. A través de ellas aflora la súplica permanente, a veces como un grito de socorro con que solicita, le envíen las Constituciones por las que se rigen en Monreal, en vista de la discusión existente en esos momentos en Chile.

Además, aflora su adhesión afectuosa y llena de cariño a las fundadoras de la Congregación y, a través de esta expresión de afecto, ratifica su fidelidad al carisma fundacional. Goza cuando llegan noticias respecto de sus antiguas superioras y compañeras. Se siente fuertemente vinculada en los acontecimientos tristes y alegres de la Congregación.

Ella es consciente de ser un instrumento de la divina Providencia. Por otra parte, la gran lección que había aprendido del Arzobispo Valdivieso y de Mons. Hipólito Salas era que el criterio supremo para dirimir todo tipo de contienda, entre una Congregación y el Obispo del lugar, debía ser el parecer de Roma. Consecuente con este principio de adhesión al Romano Pontífice, que Mons. Rafael Valentín había puesto en práctica en el decreto de 1865, Madre Bernarda pensó que la respuesta de la Santa Sede, ahora, en 1890, traería la anhelada paz, solucionaría definitivamente toda discusión y aclararía toda mala interpretación entre la jerarquía y las religiosas.

La realidad fue totalmente distinta, ya que, casi la totalidad de los integrantes de la Curia arquidiocesana de Santiago, se manifestó abiertamente a favor de permitir que el grupo de religiosas de la Providencia, que ocupaban la Casa de Huérfanos, no sólo no aceptaran la autoridad de la recién elegida Superiora General, Madre Celia Bascuñán, sino que, además, asesoradas por el Vicario General de la Arquidiócesis, Pbro. Jorge Montes, se mantuvieran ocupando dicha sede, en actitud disidente y teniendo como estatutos las Constituciones de Mons. Joaquín Larraín Gandarillas y no las aprobadas recientemente por la Santa Sede.

Interesante subrayar cómo frente a esta posición de gran influjo y presión, proveniente de los eclesiásticos de la Curia de Santiago, Madre Bernarda haya logrado la adhesión plena de las 75 Hermanas, que en este momento constituyen la comunidad. Por otra parte, habiendo entregado su puesto de Superiora General, a la Madre Celia Bascuñán, ella es elegida Asistenta

[395] "Cartas de Madre Bernarda Morin. Fundadora de la Congregación de la Providencia de Chile" Desde 1871 al 1925. Santiago, 1980- Archivo Provincial

General y se constituye en la gran acompañante y consejera de la nueva Superiora.

Providencialmente, en este momento Madre Bernarda no podía, de acuerdo a las normas canónicas, continuar ejerciendo el cargo de Superiora General y, en su lugar, es elegida Madre Celia, que cumplirá una misión de gran significado, en los siguientes términos:

En primer lugar, su firmeza y constancia en continuar en la defensa del carisma fundacional, lo realizó con humildad y profunda espiritualidad, pero también, gran inteligencia y sagacidad.

En segundo lugar, por el hecho de ser chilena, evitó que se tildara a la Congregación el estar manejada por una extranjera. Puso al servicio de la Congregación todas sus relaciones sociales, junto con el influjo social de las otras hermanas de la Providencia.

En tercer lugar, en su relación con la jerarquía mantiene en todo momento el respeto y la sumisión sincera, expresando siempre su disposición de estar a sus órdenes.

En esto, ella sigue con fidelidad la formación dada, a este respecto por Madre Bernarda.

Desde su cargo de Asistenta General, Madre Bernarda cumple la función de gran consejera, ya es el referente de las distintas comunidades de la Providencia, que ven en ella una actitud ejemplar de serenidad y confianza en la protección divina y en las orientaciones de la Santa Sede.

Uno de los principios que Madre Bernarda trasmite a todas las Hermanas es:

“ El espíritu de respeto y sumisión afectuosa hacia los prelados de la Iglesia y es tal, que llegue al sacrificio. Teniendo este espíritu, llegado el caso de tener que exponer alguna dificultad, se hace con palabras sumisas, respetuosas, que dejen ver y comprender claro que la inclinación está por acatar su voluntad y someterse; que si se permite alguna observación, sólo tiene por objeto la mayor gloria y servicio de Dios”. [396]

Desde el bando de las Hermanas disidentes la situación es de seguridad. Al sentirse protegidas, al obtener el nombramiento de un Superior eclesiástico y un confesor propio, se sienten con pleno derecho para interponer un recurso a la Santa Sede.

[396] Carta a Sor Juana Francisca Gallardo del 4 – III – 1894, en Donoso, o.c., III, 404. Archivo Provincial – Santiago

Estas Hermanas así llamadas "Diocesanas" o disidentes reconocen como superiora a Sor María Luisa Villalón y defienden que las Constituciones de Mons. Larraín les acomodan en conciencia. Lo contradictorio es que ellas, desde su ingreso habían profesado y practicado las Constituciones que la Santa Sede les acaba de aprobar.

Sobre esta relación de igualdad entre ambas Constituciones versó el juicio aportado por el P. Superior de los Padres jesuitas, P. Antonio Garriga y del dominico Fray Raimundo Errázuriz. [397]

En cambio, ellas insisten que la dependencia de los Ordinarios y de un Superior Eclesiástico está más de acuerdo con las primitivas Constituciones de Montreal, que ellas profesaron. Temen la autoridad de la Superiora General, por cuanto en las nuevas Constituciones, dicha autoridad es muy absoluta.[398]

Por otra parte, es inexplicable la fuerte campaña que se monta, en los medios eclesiásticos de Santiago, en contra de las así llamadas "Apostólicas", por el hecho que hayan aceptado su vinculación con Roma. La Congregación, unida en torno a Madre Celia Bascuñán y a Madre Bernarda, en lugar de ser reconocidas, tal como lo ha hecho la Congregación de Obispos y Regulares, son presentadas con los epítetos de: "Rebeldes a la autoridad de los prelados", "Insubordinadas y de mal espíritu".

Hacia fines del año 1890, la división entre ambos grupos, al no ser manejada por el Arzobispo Casanova y quedar en cambio en manos de los Vicarios y laicos, partidarios de Mons. Joaquín Larraín, se proyectaba a la sociedad religiosa de ese tiempo, engendrando una gran confusión y escándalo.

En los inicios del año 1891, la nación entera sucumbe a la debilidad imperante en los países latinoamericanos, esto es, se enfrenta a una lucha armada entre: "Parlamentarios" y "Gobiernistas". Más claramente, entre los que luchan por promover mayores libertades políticas, en contra de los que defienden el autoritarismo presidencialista, del que habían hecho uso y abuso los últimos presidentes de la nación. Dicho poder autoritario se manifestaba, especialmente, en el intervencionismo estatal, ejercido en las elecciones de las autoridades de la República.

Desde el 7 de enero al 28 de agosto de 1891, la "Guerra Civil" produce una grave alteración en la vida democrática del país. La Armada, unida al Parlamento, se declara en rebeldía, se toman las salitreras del norte y comienzan a preparar la invasión para conquistar el centro del país. El

---

[397] Morin, «Historia »Tomo, III, 167.

[398] Carta del 22 – VI – 1890 a Mons. José Ramón Astorga, en: González Cerda, Gonzalo. "Rasgos Biográficos de la M. María Luisa Villalón", Stgo, 1919, p. 240.- En la Carta de Mons. M. Casanova al Papa Leon XIII, el Arzobispo confirma que éste es el criterio que guia a las Hermanas disidentes, luego agrega: "cuentan con mucho apoyo en el clero y en las principales familias" Secretaría Arzobispal, Legado 202 Nº 8, en Archivo. Seminario Pontificio - Santiago

Presidente Manuel Balmaceda cuenta en su defensa sólo con el Ejército. Al final es derrotado en las batallas de Con-cón y Placilla. Al conocer su derrota y el triunfo del Sistema Parlamentario en el país, el Presidente Balmaceda se suicida.

Esta crisis de la institucionalidad chilena nos ayuda a aclarar el conflicto en que se encuentran sumergidas las Hermanas de la Providencia, ya que también, al interior de la Iglesia, se produce, durante el período que dura la Revolución, una división o una doble toma de posición, por parte de los eclesiásticos.

Por un lado, el Arzobispo Casanova insta a todo el clero a no inmiscuirse en esta Guerra civil y ser pastores que promueven la paz entre los chilenos.[399] Pero, por otra parte, Mons. Joaquín Larraín con un grupo del clero y en unión al Partido Conservador, encabeza el bando de la abierta oposición contra el Gobierno del Presidente Balmaceda.

Una vez concluída la sangrienta Revolución del 91, diversos oficios religiosos, celebraron el triunfo de la revolución. Tales ritos xpresaban abiertamente el triunfo católico conservador, hasta el punto que el nuevo Gobierno buscó agradecer ese apoyo eclesiástico obteniendo de la Santa Sede (1893) el título de Obispo titular de Anazarba para Mons. Joaquín Larraín y el de Obispo Titular de Armatonte para Mons. Jorge Montes Solar.

Madre Bernarda comunicando las noticias de esta guerra civil a las Superioras de Montreal y señalando cual ha sido su compromiso, escribe:

"Nuestra parte ha sido el cuidado de los heridos en cinco de nuestras casas".[400]

El paréntesis fue breve. Habiendo retornado el país a su normalidad de vida democrática, se intensifica el envío a la Santa Sede de nuevas cartas, informes y solicitudes, relativo a la solución que se debía dar al affaire de las"disidentes".

Está claro que un fuerte grupo del "catolicismo conservador chileno" quiere la fundación de una Congregación diocesana, cuyo fundador sea Mons. Larraín. Sus miradas están puestas en la Congregación de las Hermanas de la Providencia, de quienes Mons. Larraín, por tanto años, ha sido superior eclesiástico. Específicamente, sus miradas están puestas en el grupo de Hermanas que, en este momento, ocupa la Casa de Huérfanos.

El Arzobispo Mons. Casanova buscando una solución que dejara contentos a ambos grupos, especialmente, queriendo complacer, en todo momento, a Mons., Joaquín Larraín continua teniendo decisiones zigzagueantes, aún en los informes y peticiones enviados a la Santa Sede. Dicha actitud indecisa

[399] Ver: Boletín Ecles.XI, 389.
[400] Carta del 3 – VI – 1892, en "Cartas" o.c., 39.Archivo Provincial - Santiago

prolongará este conflicto, hasta el punto que llega a ser definido por Roma como “larga y enojosa cuestión”.

En septiembre de 1891, el Arzobispo solicita a la Congregación de Obispos y Regulares, se le conceda facultad para formar con la Hermanas disidentes, que residen en la Casa de Huérfanos, un nuevo Instituto meramente diocesano. Ello en vista de las dificultades que se le habían presentado.

Al asumir esta actitud el Arzobispo Casanova, además de las presiones existentes, considera dos variables que en esos años se han hecho presente en la Iglesia chilena:

La primera es la presencia de nuevas Congregaciones de vida activa o de “derecho apostólico” que él personalmente ha incentivado para que vengan a desarrollar su apostolado a Chile. Directamente, Mons. Casanova ha hecho gestiones para la venida de los Salesianos, Asuncionistas y Pasionistas. Es precisamente en su período de gobierno en que llegan al país varias Congregaciones de derecho pontificio, no sólo masculinas, sino también femeninas, cuyas Constituciones obedecen a los nuevos criterios canónicos, que tienen las Congregaciones de fines del siglo XIX.

Por lo tanto, Mons. Casanova es plenamente conocedor de estos nuevos criterios por los que se rigen los Institutos religiosos, tales como: Hermanas de los pobres, Hermanas de San José de Cluny, Franciscanas misioneras de María, Hijas de María Auxiliadora y otras.

La segunda variable histórica, que se hace presente en este momento, en la historia de la Iglesia en Chile, es la fundación de nuevas Congregaciones diocesanas. Estos Institutos religiosos son respuestas a urgentes necesidades de la pastoral social y de la enseñanza del catecismo, que el catolicismo estaba impulsando. En las últimas décadas del siglo XIX se fundan en Chile siete Congregaciones diocesanas femeninas, vale decir: Hospitalarias de San José, Preciosa Sangre, Carmelitas de Santa Teresa, Purísimo Corazón de María, Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, Hermanas de la Misericordia. En nuestro caso: Las Hijas de San José Protectoras de la Infancia.

Por lo mismo, no era extraño solicitar a la Santa Sede la fundación de un nuevo Instituto religioso diocesano. Lo que no era admisible era querer modificar una Congregación Apostólica, segregando un grupo de sus religiosas para constituir con ellas una Congregación diocesana.

La solicitud del Arzobispo de Santiago fue acogida en la Congregación de Obispos y Regulares. Con fecha del 16 de julio de 1892, el Prefecto de dicha Congregación, Cardenal Verga, le responde haciéndo a Mons. Casanova las siguientes advertencias:

- Se deja abierta la posibilidad para que cada una de las Hermanas disidentes pueda ingresar en otro Instituto religioso que más le convenga.

- Así mismo, se acepta una segunda opción, en orden a que las disidentes puedan formar un nuevo Instituto diocesano, pero ello bajo tres condiciones:

- Abandonen la Casa de Huérfanos, que están ocupando.

- Cambien de hábito y de nombre.

- Adopten nuevas Reglas.[401]

Apenas se conoció la determinación de la Santa Sede, tanto la Madre Celia, como la Madre Bernarda se dieron el trabajo de escribir y ponerse en contacto con las Hermanas que residían en la Casa de Huérfanos, ofreciéndoles la oportunidad de reintegrarse en la Congregación. El espíritu de fraternidad, que había contagiado Madre Bernarda, es el que prevalece en estos momentos, realizando diversas iniciativas tendientes a lograr el retorno de esas hermanas separadas.

El propio Arzobispo, en este momento, les hace ver su parecer a las religiosas disidentes:

"Si deseáis conocer los deseos de vuestro Pastor, os volveré a decir que por la Sangre de Nuestro Redentor, os pido os ofrezcáis como víctimas ante su cruz, y volváis al seno de vuestra madre la Congregación de la Providencia, a la que pertenecéis de derecho y a la que os obligan votos solemnes de que nadie os ha dispensado…." [402] .

Posteriormente, el Sr. Arzobispo, apoyado por autoridades de gobierno y laicos comprometidos con la Iglesia que deseaban ver concluido el conflicto, propició iniciativas en el sentido que pudieran ambos bandos encontrarse y ayudarse mutuamente en el trabajo con los niños y así, de este modo, lograr la reunificación.

Pero, la posición de las Hermanas disidentes estaba definida. Ellas, además, estaban asesoradas e influidas por varios eclesiásticos influyentes. En consecuencia, en su respuesta, no sólo solicitan al Arzobispo el constituirse en un nuevo Instituto diocesano, sino que incluso ponen reparos a devolver la Casa de Huérfanos, acudiendo al resquicio que la Casa de Huérfanos era propiedad del Gobierno, por lo tanto, la autoridad eclesiástica no disponía de dicho inmueble.

---

[401] Decreto del 16 – VII – 1892, en Breves y Rescriptos, VIII, 35. Archivo. Seminario Pontificio - Santiago.; Boletín Ecles. XII, 284.

[402] Carta del 13 – IX – 1892, en Morin, «Historia»., III, 255.

En este aspecto el Sr. Arzobispo comprendió perfectamente que no podía seguir dilatando las órdenes de Roma y, por lo mismo, mantuvo lo dispuesto por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, lo cual le exigió enfrentar tres momentos:

- Aceptar la renuncia al cargo de su Vicario General Pbro. Jorge Montes Solar. Anteriormente el Pbro. Montes había puesto su cargo, cuatro veces, a disposición del Sr. Arzobispo, intercediendo por este medio de presión a favor de las Hermanas disidentes. Ahora, pretendía evitar el desalojo de la Casa de Huérfanos. La aceptación de su renuncia fue de gran impacto para el grupo del "catolicismo conservador".

- Con fecha 29 de septiembre de 1892 [403] notifica a la Madre María Luisa Villalón, Superiora de la Comunidad disidente, residentes en la Casa de Huérfanos, que por disposición de la Santa Sede debían trasladarse todas las religiosas residentes en dicha Casa, en forma provisoria, a la Casa de Ejercicios de San José, mientras buscaban una casa propia, condición exigida para ser aprobadas como nuevo Instituto.

- Contrariando el parecer de varios connotados eclesiásticos, integrantes de la Curia de Santiago, el Arzobispo provee lo necesario para que efectivamente las 14 Hermanas disidentes abandonen la Casa de Huérfanos. Lo cual se llevó a cabo el 6 de octubre.

Las Hermanas de la Providencia al instalarse nuevamente en la Casa de Huérfanos, que para ellas era emblemática, por cuanto era la cuna de la Congregación en Chile, realizaron un acto de acción de gracias al Padre Dios y emitieron un acto de fe inquebrantable al Santo Padre, al que escriben, en estos términos:

"En prueba de nuestra profunda gratitud, la Congregación no cesará de infundir y fomentar en el espíritu y en el corazón de cada una de las Hermanas afectos de viva fe y de profunda veneración por el Jefe visible de la santa Iglesia" [404]

Mons. Casanova queriendo quitar de la opinión pública la impresión que, personalmente hubiese estado en contra de la adhesión pontificia sostenida por las religiosas, quiso presidir la ceremonia de la consagración del templo de la Casa Central de la Providencia. Dicha ceremonia se llevó a efecto, solemnemente, el 21 de noviembre de 1892. En ella afloró, en forma evidente, el respaldo que varias Congregaciones, tales como, Jesuitas, Inmaculado Corazón de María, PP Franceses y PP. Redentoristas, brindaban a la causa que defendían las Hermanas de la Providencia.

---

[403] Carta del 29 – IX – 1892, en Boletín Eclesiastico. XII, 284 – 288.

[404] Morin, «Historia» Tomo III, 274. Ver, además, "Memoria de la Congregación de la Providencia", enviada al Santo Padre el 6 – I – 1893, en Archivo. Provincial - Santiago.

Sin embargo, esta "larga y enojosa cuestión", como la designan los documentos pontificios, continúa existiendo, ya que el grupo de las religiosas residentes en la Casa de Ejercicios de San José, aprovecha para instrumentalizar a su favor, las evidentes contradicciones del Sr. Arzobispo. Así, el decreto dado por Mons. Casanova el 29 de mayo de 1893, [405] lleva ciertamente a una serie de malos entendidos.

Esta molesta situación obliga a la Madre Celia a escribir, nuevamente a la Santa Sede, aunque dicha correspondencia molestara al Sr. Arzobispo. Por lo demás, todas las Hermanas eran seguidoras fieles de lo que Madre Bernarda les insistía:

"Tengamos mucha confianza en Dios, la oración humilde todo lo alcanza de Nuestro Señor." [406]

Pero, también, eran discípulas de ella en la libertad y confianza para escribir a las autoridades de la Santa Sede, en Roma.

El 29 de marzo de 1895, finalmente, el Arzobispo, usando un resquicio canónico, obtiene de Roma el permiso para "incorporar a las Hermanas que hay en San José, a la Congregación Hijas de San José Protectora de la Infancia". Une el grupo de Hermanas disidentes a la Sociedad de Señoras Protectoras de la Infancia. Además de indicarles el nuevo traje de religiosas diocesanas, les nombra como Superior eclesiástico a Mons.Joaquín Larraín y les asigna las Constituciones escritas por este mismo Obispo titular. [407]

Es preciso señalar que el círculo de amigos que apoyaban en todo momento a Madre Bernarda y a Madre Celia, en su lucha por mantener la Congregación de la Providencia, vinculada a Roma, eran numerosos y fueron de gran importancia en estos momentos. En este círculo destacan los dos futuros Arzobispos de Santiago, Mons. Juan Ignacio Eyzaguirre y Mons. Crescente Errázuriz. Aportándoles un apoyo directo estaba el Obispo de Concepción Mons. Plácido Labarca. Finalmente, aparecía Doña Juana Ross de Edwards, influyente dama de la sociedad, que no temía dar sus opiniones, en los círculos sociales, a favor de las Hermanas.

Las Hermanas de la Providencia, en medio de una serena alegría, que surge de sentirse respaldadas por la protección y la bendición del Santo Padre, el anciano y benemérito Papa León XIII, comprenden que deben cumplir su promesa y, por lo mismo, expresar públicamente su agradecimiento al Sagrado Corazón de Jesús, ya que al final, el resultado obtenido era un milagro del cielo, que les dejaba abierto el horizonte de su apostolado en Chile.

---

[405] Boletín Ecles., XII, 467.
[406] Cartas a la Hna. Juana Fca. Gallardo, en Donoso, o.c., II, 404.
[407] En Boletín Ecles., XIII, 70.

Dicha promesa, como ya lo hemos indicado, había sido hecha por Madre Bernarda en las difíciles horas que vivía la Congregación, en junio de 1889, durante la festividad del Sagrado Corazón. Consistía en fundar una casa en las misiones de la Araucanía, en el caso que se lograra obtener el reconocimiento oficial de Roma.

El Capítulo General de la Congregación (24-X-1890) había ratificado oficialmente, dicha promesa, en orden a hacerse cargo de la fundación de una Casa-Misión en la Araucanía. En consecuencia, en febrero de 1892, viaja a Temuco Madre Bernarda, acompañada de Sor María Crescencia y con el apoyo del Obispo de Concepción, Mons. Plácido Labarca, obtienen del gobierno tres hectáreas de terreno.

Finalmente, el 20 de febrero de 1894, sale de Santiago la expedición integrada por las Hermanas fundadoras. Las acompañaba y cumplía el rol de animadora, Madre Bernarda. Luego de un fatigoso viaje, en tren llegan a Temuco. Allí con gran esfuerzo y ayuda de los habitantes de esa ciudad establecen una Escuela externa gratuita. Luego, en los años sucesivos, un pensionado y finalmente, un internado para niñas indígenas.

Al establecer esta Misión, las Hermanas están animadas por una gran mística, a pesar de las dificultades y pobreza que debieron enfrentar. Esa mística era fruto del ser conscientes que su presencia evangelizadora entre las indígenas era un agradecimiento a la Providencia Divina que las había protegido. En segundo lugar, porque en dicha acción se vinculaban a la gesta misionera que, en esos años realiza la Iglesia entre los indios del sur de Chile. Así, los misioneros Salesianos estaban ya instalados en Magallanes y, al año siguiente, los Capuchinos, asumen las misiones entre los mapuches.

En medio de una población mapuche, a los que las Hermanas de la Providencia están evangelizando, logran edificar y consagrar el templo al Sagrado Corazón de Jesús (6-I-1901), en cumplimiento del voto hecho por la Congregación. Ese templo era expresión del compromiso que las Hermanas habían adquirido con la realidad chilena después de la prueba que habían enfrentado. Al mismo tiempo, manifestaba su ímpetu apostólico abierto al desafío del nuevo siglo.

El apoyo y la protección que les brindaba el Obispo de Concepción Mons. Plácido Labarca ofreció, en estos años el clima propicio para abrir una nueva casa de la Providencia, esta vez en Linares. A la bendición del Obispo, se unió la invitación que desde hacía varios años les estaba haciendo la Sra. Adelina Ibañez vda. de Zurita, la cual ahora les hizo donación de sus bienes y de un fondo de dinero.

El 14 de septiembre de 1896 se inicia, en Linares, una sencilla, pero muy importante obra: una Escuela gratuita externa para atender a niñas pobres. Las Hermanas se suman a la acción de la Iglesia en favor de la educación popular y, como gran novedad, ofrecen a las niñas pobres de esa ciudad la posibilidad

de tener acceso a los estudios. Luego, implementaron un Pensionado para las hijas de familias acomodadas que iban a realizar sus estudios a la ciudad.

Complementando esta importante obra, en unión con un grupo de bienhechores, las Hermanas organizaron una serie de obras sociales para atender a los pobres con alimentos y medicinas

Otro gran proyecto que, en medio de estas turbulencias, se llevó a efecto son los talleres de capacitación para los niños de la Casa de Huérfanos de Santiago. Desde hacía mucho tiempo Madre Bernarda había integrado en su gran proyecto de defensa de la vida de los Huérfanos, la necesidad de aportarles una capacitación técnico profesional para que pudieran aprender un oficio e insertarse en la sociedad. Quería superar el trato que la sociedad de ese entonces daba a los "huachos", al considerarlos sólo como mano de obra gratis, ya que pensaban que era suficiente el techo y la alimentación que les proporcionaban.

Después de varios años de tentativas logra que los Padres Escolapios, (1896) asuman la dirección de los Talleres de la Casa de Huérfanos. La acción emprendedora del gran apóstol Padre Mariano del Pilar Guiu logra, no sólo la construcción de nuevos talleres, sino escribir una linda historia, donde los protagonistas son centenares de niños huérfanos, que aprendieron un oficio y dieron un gran aporte al país, como artesanos calificados.

En medio de esta situación, la Casa de Huérfanos, se había transformado en un centro de la noticia, en el Santiago de ese entonces. Toda la problemática entre las Hermanas de la Providencia tenía aquí su escenario. Desde otro punto de vista, por la importancia que tenía para la política social del gobierno, no es raro que los Presidente de la República, como Don Jorge Montt, y luego, Don Federico Errázuriz Echaurren realicen a ella visitas oficiales, con toda la comitiva de sus ministros. Todos los ojos estaban puestos en este centro de acción social de la Iglesia y del gobierno, por lo mismo no es de extrañar la pugna que se suscita en los diarios de Santiago, en diciembre de 1899.

Los ataques provienen del grupo laico-liberal que impugna el trabajo de las Hermanas, porque ven en él una acción social fecunda de la Iglesia, que por supuesto era aprovechada políticamente por el Partido Conservador. La controversia hizo ver el rol importante que para la Iglesia y para el catolicismo tenía la labor de las Hermanas de la Providencia. Al final se resolvió con un reconocimiento públicamente compartido a favor de la labor extraordinaria que las religiosas sostenían y llevaban adelante.[408]

Con el inicio del siglo los conflictos internos de la Congregación comienzan a decrecer. El 1º de enero de 1901, las Hijas de San José, devuelven a la Congregación de la Providencia, la Casa de Ejercicios de San José. Evidentemente ello, en parte, era consecuencia de la estadía en Roma de Mons. Mariano Casanova, quien con motivo del Concilio Plenario Latinoamericano, se había visto obligado a evaluar, ante las autoridades del

[408] Ver en: La Tarde: 4-XII-1899; 6-XII-1899; 7-XII-1899, El Porvenir: 7-XII-1899, El Chileno: 9-XII-1899, La Libertad Electoral: 9-XII-1899; 12-XII-1899.

Vaticano, su actuación en la solución de este conflicto. Por lo cual, al regresar a Chile procedió, ahora en forma firme y decidida, a sanear el último apéndice de esa "larga y enojosa cuestión".

Por otra parte, favorecía el lograr una solución en este litigio el hecho que, en septiembre de 1897, había fallecido Mons. Joaquín Larraín, dejando en herencia, a las Hijas de San José, su casa-residencia de San Bernardo.

Las Hermanas de la Providencia rindieron, a Mons. Joaquín Larraín Gandarillas, un homenaje agradecido. En él reconocían a quien fuera por muchos años el Superior eclesiástico y director espiritual de la Congregación. Madre Bernarda, especialmente, reconocerá en su apostolado con las Hermanas, el haberles dado una formación fundada en una sólida espiritualidad. Haberles guiado en la construcción de un estilo de vida religiosa, en que la vivencia comunitaria, unida a una entrega solidaria en favor de los necesitados, había reforzado el carisma fundacional de la Congregación

El año 1902 marca la consolidación, dentro de la realidad político social de la Iglesia en Chile, del rol pastoral que cumplía la Congregación de la Providencia. La figura, que ahora pasa a ser emblemática es Madre Bernarda, quien es reconocida, no sólo al interior de la Congregación, sino por la mayoría del clero y del catolicismo. Varios hechos permiten aflore este reconocimiento.

- El primer acontecimiento es la celebración del Cuarto Capítulo General de la Congregación, el cual permite que mayoritariamente, Madre Bernarda, sea nuevamente elegida Superiora General.(16-VII-1902).[409]

- El segundo, es la celebración de las Bodas de Oro de Profesión religiosa de Madre Bernarda (22-VIII-1902) Las Hermanas de las distintas comunidades celebran esta fecha como la oportunidad para demostrar su plena fidelidad al carisma encarnado en el testimonio de la Madre. En dicha oportunidad los elogios pronunciados por el Arzobispo Don Mariano Casanova, el respaldo del clero y de los laicos conservadores hace ver que se ha producido el amanecer de una nueva etapa.

Luego, en 1904, la respuesta al Decreto Dilata (16-XII-1903) se constituye como un acto de respaldo a la Congregación, de parte del Episcopado en pleno. Los Obispos, encabezados por Mons. Casanova y el Delegado Apostólico, Mons. Pedro Monti responden las observaciones planteadas por la

Santa Sede, referentes al amplio apostolado pastoral que realizaban las Hermanas.

[409] Boletín Ecles. XV, 421.

Ciertamente, la labor apostólico-pastoral que Madre Bernarda, en conjunto con los obispos chilenos había asumido, como misión de la Congregación, era a todas luces algo que en la época rompía los esquemas. No era usual que una Congregación femenina atendiera Casas de Ejercicios Espirituales, donde los ejercitantes fueran hombres. Tampoco era habitual que religiosas atendieran huérfanos adolescentes y jóvenes.

La Iglesia chilena en respuesta a la realidad que enfrentaba había constituido a las Hermanas de la Providencia en "progresistas". Lo interesante es que, ante las observaciones de la Santa Sede, todos los pastores respaldan plenamente el estilo de apostolado que realizan las Hermanas de la Providencia en el país, dando las explicaciones pertinentes.

Llega, finalmente, un momento que es verdaderamente significativo en esta historia, ya que ponía término a un largo y difícil período de malos entendidos (1880-1905):

El 7 de diciembre de 1905, después de haber puesto en práctica las Constituciones aprobadas por León XIII, por "vía de ensayo", durante diez años, la Santa Sede procedía a la aprobación definitiva de dichas Constituciones.[410]

En marzo de ese mismo año (1905) las estadísticas revelan un verdadero milagro, a pesar de todas las dificultades sufridas, las Hermanas no sólo habían abierto nuevas casas, sumando 14, sino el número de las religiosas había aumentado a 131 Hermanas profesas; 5 novicias y 4 postulantes.

Todos estos acontecimientos tienen gran resonancia en la sociedad santiaguina y en los círculos católicos, que pueden con mayor tranquilidad reconsiderar los objetivos por los que había luchado Madre Bernarda y esa comunidad de Hermanas. Pasada esta segunda tormenta, ellas renacen, cara al nuevo siglo, con la confianza de ser Providencia y haber templado su presencia misionera universal, según el carisma fundacional, al cuidado de los niños huérfanos.

Ciertamente, en lo sustantivo habían variado las relaciones entre Chile y la Santa Sede. El 17 de marzo de 1903, se había formalizado la presencia de un representante pontificio ante el Gobierno de Chile, en Santiago. Precisamente, era nombrado como Delegado Apostólico Mons. Pedro Monti, quien conocía perfectamente todo el conflicto suscitado en torno a las Constituciones de la Providencia. Por lo mismo, apenas llegado a Santiago se puso en contacto con las Hermanas.

Amanecía un nuevo siglo, y la Casa de la Providencia pasaría a ser un lugar donde el Delegado Apostólico (1903), luego el Internuncio (1908) y finalmente el Nuncio (1917), la considerarían, realmente, como un espacio,

[410] Boletín Ecles., XVI, 224.

que de múltiples maneras estaba vinculada a la representación Vaticana, en Chile

Las Hermanas de la Providencia aparecen como expresión coherente, entre el modelo de una Congregación que ha asumido la pastoral de frontera de la Iglesia chilena y las orientaciones que, a nivel mundial, están dando los sumos pontífices Pío IX, León XIII y Pío X. En este sentido, su adhesión a Roma, no queda reducida a una instrumentalización a favor de la lucha político partidista, sino que se constituye como parte de un gran proyecto de compromiso cristiano y de pastoral social, expresión de una real evangelización de la sociedad chilena.

==========

XII.- Reconocimiento a la madre de los huérfanos

La sociedad chilena, en los inicios del siglo XX, se despierta impactada por una serie de acontecimientos que desde su dinámica interna le manifiestan que se está produciendo un cambio cultural en las grandes ciudades y centros laborales. Al mismo tiempo, aflora la urgencia de ofrecer nuevas respuestas sociales ante demandas que significan carencias apremiantes que padecen grandes sectores del país.

La historia de la vida y del apostolado de Madre Bernarda está inmersa y se desenvuelve en esta problemática. Ella ha logrado tener a escala nacional un reconocimiento de ser la Madre de los pobres. Pero, no se detiene, no descansa en los laureles sino que hace suya la angustia y el reclamo de los necesitados. En respuesta a ese clamor es fecunda en sus iniciativas de caridad, en la creación de nuevas obras, en la reconstrucción y organización de las Casas de la Providencia. En fin, se prodiga de una manera infatigable y casi sin descanso en viajar de uno a otro lugar de este largo país para visitar y animar a sus "Hijas", con ese cariño y estilo que le es peculiar.

El contexto de país, en el que Madre Bernarda debe realizar su apostolado, ahora, en este nuevo siglo veinte, manifiesta una serie de contradicciones. Por un lado, el nuevo Sistema Parlamentario, imperante en el país, no ha logrado consolidar una estabilidad política en el gobierno. Al contrario ha producido, como consecuencia de la rotativa ministerial, la sensación de un gran desorden administrativo, al que se agrega el surgimiento de un estilo de vida de lujo y derroche de parte de la oligarquía y de los líderes políticos.

En contraste al estilo de vida ostentosa, que ha asumido una minoría enriquecida, el país toma conciencia de las deficientes condiciones en las que realiza su trabajo la mayoría de los obreros: hacinamiento en las viviendas, víctimas de enfermedades contagiosas y de la explotación subhumana existente en algunos centros mineros. Toda esta situación infrahumana hacen clamar de indignación a las personas y grupos políticos emergentes, cuya sensibilidad queda consignada en periódicos y libros.

Junto con la prensa obrera, que denuncia las injusticias, los trabajadores desarrollan una intensa actividad, a través de sus primeras y precarias organizaciones obreras. En varios centros laborales se producen protestas que cada vez se hacen más violentas. Varias de estas protestas se transforman en verdaderas confrontaciones entre obreros y la policía, teniendo como resultados varias víctimas. Incluso, se conocen casos en que la injusticia patronal es aplastada por el ejército. Así, conocemos en nuestra historia huelgas sangrientas, tales como: las de Valparaíso, en 1903; en Santiago, 1905; en Antofagasta, 1906 y Santa María de Iquique, 1907, de tan triste recuerdo en la del movimiento obrero chileno.

Al interior de la Iglesia, toda esta situación repercute y hace surgir apóstoles sociales que, inspirados en la "Rerum Novarum", organizan centros asistenciales y grupos de socorros mutuos. Constatamos que estos apóstoles sociales son los que, precisamente, forman

parte del círculo que respalda a Madre Bernarda, no sólo en su acción social, sino incluso han apoyado su lucha dada en defensa de las Constituciones Pontificias. Entre ellos tenemos al Pbro. Juan Ignacio González Eyzaguirre, al Pbro. Martín Rücker Sotomayor, al Pbro. José María Caro y muchos otros. Pero, lo interesante es que los nombrados ocuparán luego puestos claves en la jerarquía chilena.

Una de las características propia de este grupo de apóstoles sociales, de inicio de siglo, es que, en lugar de contentarse sólo con condenar las ideas del socialismo, que están aflorando en los movimientos obreros, optan por promover una serie de iniciativas sociales, inspiradas en el humanismo cristiano y sostenidas por el "catolicismo social", en favor de los necesitados. Además de difundir la enseñanza del pensamiento social de la Iglesia, plantean en la prensa católica y en sus sermones la obligación que tienen los católicos, especialmente los ricos, en orden a aportar su ayuda económica para sostener las obras de la Iglesia en beneficio del pueblo.

En este sentido, la figura de Madre Bernarda y tras de ella toda la Congregación de la Providencia, se yergue como un símbolo de una Iglesia al servicio de los pobres. Más allá de los conflictos internos, suscitados con motivo de la aprobación de las Constituciones y a pesar de la fuerte campaña realizada en su contra, el testimonio de la caridad dinámica y de una pedagogía del amor hacia los huérfanos, por parte de Madre Bernarda y de las Hermanas, terminan por triunfar plenamente.

Más aún, al sobrevenir los nuevos tiempos en que las ideas sociales van triunfando, en un clima de autonomía secularizada, se consolida el reconocimiento a la labor de la Providencia, por cuanto su servicio es a la persona del niño por encima del credo de su familia y de su posición social. Esta labor de solidaridad tiene como símbolo a Madre Bernarda, que aparece como el gran apóstol, que dialoga con los líderes de las diversas tiendas políticas, sin exclusiones, y a todos compromete en la solidaridad. Estilo de apostolado social, a favor del necesitado, que llega a imponer su validez, en momentos en que la relación entre la Iglesia y el Estado busca un nuevo modelo de convivencia.

Ciertamente uno de los indicadores que nos demuestran que Madre Bernarda, ya en estos años, es reconocida como una dirigente de gran influjo público es su excelente relación con las autoridades de Gobierno. Su trato con ellas era permanente, sea por los trámites administrativos que debía realizar, a nombre de los diversos Centros de niños huérfanos, los que recibían ayuda estatal, sea por los informes que estos centros debían entregar, cada cierto tiempo, a los organismos estatales.

Pues bien, en un sistema republicano, donde el "Patronato" era reclamado por el Estado, como parte de su soberanía, resultaba difícil tener buenas relaciones con autoridades públicas que, incluso se consideraban con derecho a inmiscuirse en asuntos internos de la Congregación. Frente a esta situación conflictiva, Madre Bernarda tiene una habilidad excepcional, en este sentido, ya que se demuestra siempre amable y respetuosa de la

autoridad. En todo momento está dispuesta a rendir cuentas de todo lo referente a la administración y al estado de las Casas de Huérfanos, pero, a su vez, es celosa en defender todo lo referente a la independencia con que las Hermanas deben realizar su apostolado. Más aún, mantiene siempre informada a la Jerarquía y observando una obediencia total en lo relativo a las indicaciones del Arzobispo o de los Obispos, en sus respectivas diócesis.

Más allá de su capacidad organizativa y de su excelente gestión administrativa, lo que se reflejaba en la buena marcha de las 14 casas que sostenía la Congregación en el país, en cuya tarea se siente apoyada por Hermanas de gran talento, aflora su capacidad de líder, que la lleva a asumir con pleno éxito responsabilidades de Iglesia a nivel nacional. Por otra parte, su visión amplia, impulsa a las Hermanas a estar en la vanguardia del progreso y adelanto técnico, para cumplir así mejor la misión de estar al servicio de los huérfanos y necesitados en general.

Un botón de muestra de esta su genialidad como empresaria lo tenemos en la pequeña imprenta que se había instalado en el Asilo del Salvador con el objetivo de ofrecer un taller de aprendizaje a las niñas. La importancia que fue luego adquiriendo esta imprenta aconsejaron trasladarla a la Casa Matriz (1905), donde comienza a funcionar como "Imprenta San José".

Por otra parte, "La Revista Católica" hacía siete años que se imprimía en su propia imprenta, pero había ido dejando graves pérdidas. Ante lo cual, su director P. Manuel Antonio Román, a nombre del Arzobispo propuso a Madre Bernarda un convenio:

El Arzobispado haría el traspaso a la Congregación de la Providencia de todas las máquinas e insumos existentes en su imprenta. Por su parte, la Congregación se comprometía a imprimir "La Revista Católica", gratuitamente, por 25 años.

Las Hermanas dieron un excelente examen de trabajo en lo relacionado con publicación y prensa. Con sagacidad invirtieron en nuevas máquinas y, al mismo tiempo, lograron se aumentaran las suscripciones de la Revista. De este modo, la "Imprenta San José" pudo por muchos años ofrecer a la Iglesia chilena este extraordinario servicio.

La imprenta de las Hermanas de la Providencia jugó un rol de gran importancia en una Iglesia, que en esos años se había embarcado en la promoción de una pastoral apologética, donde el apostolado de la Buena Prensa era una pieza vital en la evangelización de la sociedad.

En esa imprenta, se lograba, por otra parte, realizar el sueño dorado que las Hermanas habían perseguido por tantos años: imprimir las Constituciones de la Congregación, aprobadas por la Santa Sede. El ejemplar que cada hermana tuvo en sus manos sirvió para

incentivar una mejor observancia religiosa, pero, por sobre todo, establecer un clima de paz en todas las casas de la Congregación y entre las Hermanas.

La figura venerable de Madre Bernarda se había ya convertido en un símbolo de un modelo de Iglesia, acogedora y preocupada por los pobres y necesitados, sean ellos niños, ancianos o enfermos. Por lo demás, a ella, siempre la acompañaban los niños y niñas huérfanos con los que participaba en los grandes eventos a los que era convidada. Tal es el caso, de la celebración del Primer Congreso Eucarístico, realizado en Santiago, en 1904. Este acto de multitudes inicia una serie de desfiles y concentraciones que en este período forman parte de una pastoral apologética, por medio de la cual la Iglesia entiende que defiende la fe de los sectores populares.

Madre Bernarda anima este modelo de Iglesia, por cuanto su actuar no se reduce a la promoción de actos multitudinarios, sino que fundamentalmente ella es gestora de propuestas pastorales y sociales, que significan un verdadero progreso para el país en su conjunto. Ella es el rostro de una Iglesia que se juega estando presente en múltiples organizaciones sociales, en procura de dar respuesta a las necesidades que enfrentan los grandes conglomerados de campesinos venidos a la ciudad en busca de trabajo.

La armonía con la cual había estructurado la vida comunitaria entre las Hermanas, como así mismo, el profesionalismo para todo lo que se refería a la administración de las grandes obras de caridad cristiana que la Congregación sostenía le merece la admiración de parte de todos. El propio Arzobispo, Mons. Mariano Casanova había llegado a admirar el “estilo Madre Bernarda”.

En consecuencia, el Arzobispo. al constatar que la Comunidad de las Hermanas de la Preciosa Sangre, Congregación fundada en esos años en Chile, necesitaba un acompañamiento que les ayudara a ordenar todo el aspecto administrativo de sus obras, como así mismo, le traspasara un ritmo de disciplina religiosa que engranara todo lo relacionado con la vida cotidiana en el monasterio, sin dudarlo, acude a la Madre Bernarda y le solicita que envíe tres Hermanas a compartir “su experiencia” con estas religiosas.

Incluso, a una de ellas, Sor María Dominga Goñi, el Arzobispo Casanova la invistió con la autoridad de Superiora de la Comunidad. Así, desde octubre de 1906 hasta mayo de 1907, estas tres Hermanas de la Providencia, vivieron en el Convento de la Preciosa Sangre, con cuyas religiosas compartieron sus conocimientos en contabilidad, administración de bienes y práctica de la disciplina religiosa.

El catolicismo de la época busca constituir hechos que expresen el triunfo de la fe sobre el laicismo ateo. Uno de estos momentos de triunfo es vivido a partir de 1904, año en que se celebraba el cincuentenario de la declaración del Dogma de la Inmaculada Concepción. La jerarquía católica, en unión con el “catolicismo conservador”, se propone

colocar una estatua de la Stsma Virgen en la cima del Cerro San Cristóbal para que desde allí presida la vida de la ciudad y sea un símbolo de ella. Después de un período de fuertes polémicas se logra dicho objetivo (1908), superando la fuerte oposición liberal-anticlerical.

Madre Bernarda y las Hermanas de la Providencia son parte activa en todos estos actos con los que se quiere celebrar el triunfo de la fe llevando a cabo expresiones públicas que ayuden a consolidar y defender la presencia de la religión en la sociedad chilena, precisamente porque no sólo están presentes en los momentos de triunfo, sino, especialmente, en los momentos de desastre nacional. Madre Bernarda, con su testimonio vive, en unión con sus religiosas, el carisma de ser servidoras de los necesitados, tal es el caso, que se da al provocarse en 1906, el terremoto de Valparaíso.

La fuerza telúrica del sismo provoca un desastre en toda la región. En Limache provoca el derrumbe de la Casa de la Providencia con un saldo de 40 niños muertos y 55 rescatados entre los escombros, bajo una lluvia torrencial que se precipitó después del temblor. Entre las víctimas muere Sor María Matilde Latham, una mártir extraordinaria que es aplastada por los muros mientras trataba de salvar a los pequeños. Su ejemplo sacude a todas las Hermanas y será germen de nuevas vocaciones.

El Hospital de Limache sufre también los embates del movimiento sísmico. Entre las víctimas se deben contabilizar dos enfermos.

Entre las dos comunidades existentes en Limache debieron enfrentar la situación: atender a los heridos, conseguir alimentos, medicinas, enfrentar el mal tiempo durmiendo varios días a la interprete.

En Valparaíso, la Casa de la Providencia sufrió serios deterioros. Las casas de arriendo, cuyo arancel ocupaban para alimentar a los huérfanos, se derrumbaron. Madre Bernarda llegó a este Puerto, que había sido el epicentro del terremoto, con su tranquilidad operante y carismática organiza diversas iniciativas respecto a cómo enfrentar la desgracia. Con su bondad, que se volcaba en miles de actividades busca lugar donde albergar a los niños, consigue recursos para reparar las grietas y edificar nuevas dependencias.

Este estilo de apostolado tan encarnado en la realidad contingente, sin ostentosidad, pero eficaz e impregnado de dulzura y amabilidad impacta en todos los que en ese entonces fueron testigos o acompañaban a Madre Bernarda. En definitiva, ello fue el secreto del gran número de vocaciones que aumentaban continuamente las filas de la Providencia.

En 1908 al celebrarse el **Quinto Capítulo General**, el número de religiosas profesas ha ascendido a 141, las novicias son 10 y las postulantes 4.

El 2 de febrero de 1908, el Capítulo General ratifica como Superiora General a Madre Bernarda. El Sr. Arzobispo Don Mariano Casanova tuvo palabras que expresaron un extraordinario reconocimiento al significado que Madre Bernarda tenía para la Congregación. Poco tiempo después, 16 de mayo, fallecía el Arzobispo.

Ante las hermanas delegadas al Capítulo, Mons. Casanova les declara:

"Os felicito, amadas Hermanas por la acertada elección que acabáis de hacer, os felicito por haberos unido tan de corazón para elegir nuevamente por Madre a la más digna de vuestro cariño, a aquélla a quien se lo debéis todo, y nadie mejor que vosotras podríais haber hecho una elección con más acierto, porque unas a otras os conocéis mucho mejor…"

"No se puede negar, amadas Hermanas, que Dios se ha complacido en derramar sus bendiciones sobre vuestra Congregación; le ha dado para su gobierno sabias y santas Reglas sancionadas por la Iglesia; ha dado a sus Casas y a sus obras una bendición en que parece haberles dicho: "Crecer y multiplicaos"…" [411]

Como último y gran gesto de confianza, el Arzobispo Casanova solicitó a Madre Bernarda que, a su muerte, su hermana Isidora pudiera integrarse en el Pensionado de señoras de la Providencia. A lo que Madre Bernarda accedió de inmediato, considerando un honor que les dispensaba el Sr. Arzobispo. Además, como expresión de estima y cariño, el Arzobispo les dejó de regalo un precioso cáliz y un Niño Jesús, del escultor español Juan Martínez Montañés.

La relación que tanto, Madre Celia Bascuñán, como Madre Bernarda habían tenido con el Arzobispo Casanova había atravesado difíciles años de crisis, pero, sin lugar a dudas fueron momentos marcados por la búsqueda de la voluntad de Dios y con un manifiesto sentido de Iglesia, esto es, de sometimiento a la decisión del Santo Padre. El Arzobispo se mostró indeciso entre el proyecto de una Congregación diocesana, propuesta de Mons. Joaquín Larraín Gandarillas, respaldada por el grupo que lo rodeaba y, por otra parte, la opción de la Congregación que quería mantenerse fiel al proyecto fundacional. Tanto el Arzobispo Casanova como las Hermanas vivieron la crisis con angustia e incertidumbre, pero con gran fe acudieron a la oración y ofrecieron sus ansiedades al Padre Dios. Fue, ciertamente, un momento importante en la historia de la Iglesia en Chile, por cuanto constituyó una coyuntura fecunda, ya que en la solución del conflicto prevaleció el amor a la Iglesia y siempre que en un conflicto triunfa el amor, ese conflicto se transforma en semilla de la presencia del Señor.

[411] En Actas del Capítulo General, 2-II-1908, Morín., «Historia» tomo., III, 518.

El nuevo Arzobispo de Santiago, Mons. Juan Ignacio González Eyzaguirre tenía una cercanía muy grande con las Hermanas y con Madre Bernarda. Él había sido uno de los sacerdotes con influencia que había apoyado, en los momentos más difíciles, el proyecto de ser Congregación vinculada a Roma.

Por otra parte, este apóstol de la Doctrina social de la Iglesia, que durante su período (1908-1918) realizó múltiples iniciativas a favor de los sectores más pobres, contaba con una adhesión muy de corazón de parte de todas las Hermanas de la Providencia, las cuales se sentían inmersas en su estilo de apostolado social. En sus escritos, a menudo se refieren al Arzobispo y a sus colaboradores con términos de reconocimiento y gratitud.

Madre Bernarda en el período de 1908 a 1914, es decir, estando entre los 76 y 82 años de vida, despliega una actividad extraordinaria. Con su sonrisa amable y con su gran tranquilidad, que eran el rostro de una actividad apostólica incansable, recorre el país, visita las comunidades, responde la nutrida correspondencia y atiende a las innumerables peticiones de nuevas fundaciones. La Congregación de la Providencia se constituye en la expresión tangible de una Iglesia comprometida con la pastoral social, que en todas las diócesis ofrece un servicio múltiple de la caridad cristiana.

En estos años el horizonte de la Congregación se amplía:

- En Antofagasta, a solicitud del Vicario Apostólico Mons. Luis Silva Lezaeta las Hermanas establecen (1908) un Asilo de la Infancia, donde, durante el día, se recibían a pequeños cuyas madres trabajaban en el servicio doméstico. Luego fundan una Escuela pública gratuita para niñas pobres.

- La pequeña Casa de Huérfanos de Ovalle, en 1908, recibe una significativa donación, con la cual puede agrandar sus dependencias y mejorar las condiciones para sus asilados.

- Como parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia de Chile, Madre Bernarda canaliza la sensibilidad hacia los pobres que se produce en el país señalando objetivos concretos. Uno de ellos fue el pequeño Hospital, que en conjunto con las autoridades y pobladores de Vicuña (Diócesis de La Serena) logra concluir y del cual se hacen cargo las Hermanas de la Providencia.

- Otro tanto, sucede en Coronel, donde la motivación del Centenario agilizó el diálogo entre el Administrador de la Compañía Carbonífera Don Juan Watt, protestante, y el Obispo católico de Concepción, Mons. Luis Enrique Izquierdo. Entre ambos acuerdan construir un pequeño Hospital que atendiera a las pobres familias de los mineros. Madre Bernarda acepta la solicitud del Obispo, ya que ella comparte con las Hermanas la preocupación de llevar consuelo y evangelización al sector pobre de la población.

- El terremoto de Valparaíso había dejado terribles consecuencia en muchas personas que habían perdido su casa y enseres. Entre ellas había un buen número de viudas y huérfanos, las cuales, en un primer momento, se acogieron a los lugares de emergencia. Luego de un tiempo, con los fondos de ayuda que las autoridades fueron recibiendo se construyó un asilo, que llevó el nombre de "Fundación Argentina-Brasil" y del cual se hicieron cargo las Hermanas de la Providencia (1913).

- En la Casa Matriz de la Providencia, se establece el "Asilo Pío X". Allí se dio acogida a cien niñas huérfanas, a las cuales se les proporcionaba habitación, vestuario, alimento, enseñanza primaria y capacitación para el trabajo. El nombre del Asilo era un homenaje de gratitud al Santo Padre Pío X, que había aprobado definitivamente las Constituciones de la Congregación.

- El prestigio que las Hermanas habían adquirido traspasaba las fronteras. Desde Bolivia y Argentina se recibían solicitudes en orden a que se fundara, en esos países, una obra de la Providencia. En esta dinámica expansiva se llegó a establecer, por un cierto tiempo, una fundación en la Paz, Bolivia, (1913). Las tensiones existentes entre ambos países por cuestiones limítrofes hicieron imposible sostener dicha fundación.

Además de todas estas nuevas Casas-Asilos, Madre Bernarda mantiene una campaña permanente en favor de la reconstrucción de las Casas de la Congregación, que habían quedado dañadas por el terremoto de 1906.

Había un gran optimismo al interior de la Congregación. Las Hermanas sentían una gran seguridad proveniente de sentirse animadas por el Espíritu del Señor, el cual las impulsaba a estar al servicio de los pobres, de acuerdo a las Reglas que habían consolidado y armonizado su vida religiosa. Todo esto era guiado por esa anciana afable y dulce, Madre Bernarda, que se preocupaba de todo y de un modo especial de cada una de sus hijas.

Con propiedad la Memoria dirigida a la Congregación de Obispos y Regulares, deja escrito este testimonio:

"Las Constituciones no han ofrecido dificultad en su práctica y las amamos de corazón. En general se nota paz y buen espíritu en la Congregación, aplicación al silencio, a la oración y al trabajo."[412]

Mas adelante agrega:

[412] Memoria dirigida al Sr. Prefecto de la Sagrada Congregación de Regulares, 1917, en Archivo. Provincial-Santiago.

"Honradas porque el Señor, nuestro Dios, se sirve de la Congregación como un instrumento de su divina Providencia" [413]

Dentro de este clima de crecimiento institucional y de vivencia de cumplir la misión de ser "servidoras de los pobres", se realiza el **Sexto Capítulo General".** Las estadísticas no podían ser más prometedoras: la Congregación tenía 19 casas, a lo largo del país, con un total de 150 Hermanas profesas y 9 novicias.

El Capítulo se realiza el 2 de febrero de 1914. El Provisor, Delegado del Sr. Arzobispo, Don Manuel Tomás Mesa que preside dicha Asamblea, notifica a las 28 capitulares, antes de iniciar la Asamblea, que la Santa Sede había otorgado licencia para que la Madre Bernarda pudiera ser elegida por tercera vez, como Superiora General. [414]

Es evidente que en este gesto del Arzobispo de Santiago, Mons., Juan Ignacio González, que con motivo de la realización del Capítulo General fungía de Visitador Apostólico de la Congregación, se hace patente el gran aprecio que tenía a Madre Bernarda, ya que se había adelantado solicitando de antemano a la Santa Sede la dispensa correspondiente para que ella pudiera ser elegida Superiora General, por tercera vez.

Efectuada la votación, Madre Bernarda resulta elegida como Superiora General. Lo cual es acogido con gran alegría por todas las Hermanas. Entre ellas reinaba un reconocimiento filial, en parte por la excelente conducción de la Congregación realizada por Madre Bernarda, pero, además, por esa incansable presencia y acompañamiento de verdadera madre que había prodigado para todas las religiosas, lo cual había generado un ambiente de gran afecto y cariño. Ello se evidenciaba no sólo al interior de la Congregación, sino, que también entre los niños y en el ámbito de la comunidad en general.

Madre Bernarda, en forma muy pedagógica había creado conciencia en todas las Hermanas, que este clima de entendimiento y armonía que vivía al interior de la Congregación era fruto de las Constituciones aprobadas por la Santa Sede. En consecuencia las relaciones de la Congregación con la Santa Sede se expresaban en un reconocido agradecimiento que se manifiesta en las Memorias que las Hermanas envían a Roma en esos años.

En este clima de gratitud y afecto hacia la Santa Sede, las Hermanas acogieron con gran alegría el establecimiento definitivo de la Nunciatura en Chile (1917). Especialmente brindaron sus servicios al primer Nuncio Mons. Sebastián Nicotra,

---

[413] Memoria dirigida al Sr Prefecto de la Sagrada, Congregación de Regularis, 1917, en Archivo.Providencia - Santiago.

[414] Donoso,,o.c .tomo II, 452; Decreto (3-II-1914) del Arzobispo ratificando elección, en Archivo. ProvidenciaSantiago.

quien mantuvo un diálogo permanente con ellas e incluso presidió varias veces la toma de hábito de alguna de las novicias. La presencia de la Nunciatura en Chile, permitió una mayor expedición en cada uno de los casos en que ellas requerían de la "licencia apostólica" para la administración de propiedades o bienes inmuebles.

En las "Memorias" de esos años, junto con informar a la Santa Sede del crecimiento permanente de las Hermanas, se recuerda en una reiterada expresión de agradecimiento, la vivencia de la difícil situación ya superada. Esta adhesión de cariño se expresa en estos términos:

"No sabemos cómo manifestar a la Santa Sede nuestros sentimientos de filial respeto y profunda gratitud. Cada día que pasa, cada beneficio que recibimos, nos recuerda que en época no muy lejana, en tiempos de graves y prolongadas tribulaciones, la Santa Sede salvó la existencia de nuestra querida Congregación."[415]

Esta vinculación afectuosa con la Santa Sede, les hace asumir la causa de la Iglesia y rezar por el Sumo Pontífice, especialmente en esos años de guerra, hambre y pestes que se padecen Europa:

"En homenaje de gratitud a la Santa Sede no cesamos de orar y pedir al Señor oiga las ardientes súplicas del Soberano Pontífice y de la Iglesia afligida, a favor del universo entero que padece las consecuencias de la tremenda guerra, a la cual no se le ve fin." [416]

Chile entero vivía un momento difícil, producto de la crisis del salitre en el norte, lo cual provocaba grandes masas trashumantes de desocupados. Estas multitudes de cesantes constituyen cordones de miseria en las grandes ciudades. Los Obispos espantados ante esta situación, que trae funestas consecuencias morales en los sectores populares, advierten, por otra parte, el contraste de lujo y viajes de placer a Europa en que la oligarquía derrocha el dinero. En varias pastorales hacen oír su voz. Tal vez el llamado a la solidaridad más representativo, de este clamor profético, es la Carta Pastoral de Cuaresma de 1917 de Mons. Juan Ignacio González E. [417]

La obras de la Providencia insertas directamente en el mundo de la pobreza experimentan al vivo la repercusión de esta situación, tanto por la disminución de las ayudas, como por el aumento de las demandas.

---

[415] Morin « Memorias» de 1911, en Archivo. Provincial - Santiago.
[416]Morin « Memorias »de 1917, en Archivo. Provincial Santiago.
[417] Boletín Eclesiástico., XX, 1917, 37.

La muerte del Arzobispo González Eyzaguirre (1918) da lugar a grandes manifestaciones de parte de todos los sectores sociales y políticos, los cuales rinden un merecido homenaje al "Obispo de los Obreros". Como sucesor es nombrado Arzobispo de Santiago otro gran amigo de la Providencia, Mons. Crescente Errázuriz.

Al asumir su cargo, en enero de 1919, se encuentra ante la situación catastrófica de un Santiago víctima de la peste del tifus exantemático. Las víctimas eran numerosas. De inmediato el Arzobispo acude a Madre Bernarda y le solicita que las Hermanas de la Providencia se hagan cargo del Hospital San Roque, centro asistencial que la Junta de Beneficencia había instalado en la Quinta Normal.

La respuesta fue inmediata: ocho Hermanas, ayudadas por el respectivo personal de servicio, atendieron a 1.426 contagiados. Desde el 7 de marzo hasta el 21 de noviembre, el trabajo fue arduo. A cada momento las Hermanas estaban expuestas a contraer la enfermedad. Dos religiosas se contagiaron y una de ellas, Sor Ana de Jesús Setz murió como mártir de la caridad.

El ejemplo heroico dado por la Hermana Ana sirvió para animar más a la Comunidad religiosa, en la mística de realizar su compromiso, como Congregación, en plenitud de amor al necesitado. Por otra parte, el martirio de la Hermana Ana dejaba al descubierto, frente a la sociedad, la espiritualidad de una Comunidad, cuya vida de unión con Dios se traslucía en un apostolado de gran sacrificio hacia los enfermos y la sencillez escalofriante de sus dormitorios.

Tanto los ejemplos de martirio en la asistencia a los enfermos, como lo sacrificada de su vida comunitaria, impacta a todos los que conocen su apostolado de cerca.

En cada Asilo o Casa donde se han establecido crece el número de asistidos. La Casa de Huérfanos de Santiago atendía, en este año de 1919, a 1.732 huérfanos y lactantes. En la mayoría de las Casas existía el Dispensario con atención abierta a los enfermos. A las niñas asiladas no sólo se les ofrece alimentación, sino además Escuela gratuita. Por otra parte se han instalado asilos para viudas.

Toda esta acción de la Providencia irradia un aura mística a favor de la caridad, que atrae a numerosas personas que ponen a disposición de la Congregación sus donaciones. Fruto de ello es que se puede reparar definitivamente los daños ocasionados por el terremoto de 1906.

En la Casa de Huérfanos de Valparaíso, no sólo se reedificó nuevas dependencias sino, además, se construyó una hermosa Iglesia de material sólido. La ceremonia de bendición de la nueva Iglesia fue un momento significativo en que el Gobernador eclesiástico Mons. Eduardo Gimpert y las autoridades civiles

pudieron ponderar el movimiento solidario que despertaba en la sociedad la acción de 10 Hermanas, que en ese Puerto atendían un asilo, tres Escuelas gratuitas y un Asilo para viudas.

El movimiento de solidaridad y beneficencia cristiana liderado por Madre Bernarda y las Hermanas de la Providencia suscita donaciones de todos los sectores. En un momento en que la pobreza y la miseria condenaba a una vida subhumana a muchos marginados, a las Hermanas no les falta lo necesario para atender a sus numerosos asilados.

Existen diversas donaciones, entre ellas, el obsequio de un terreno en Quinteros, cuya venta se refundió con otra donación hecha en Llo Lleo (1920). Esta última era un obsequio de Don Vicente García Huidobro para que los niños huérfanos gozaran de unos días en la playa. Era uno de los sueños largamente acariciado por las Hermanas, por lo cual de inmediato se instalaron construcciones ligeras que permitieran implementar allí turnos de cincuenta niños, los cuales felices comenzaron a viajar a Llo Lleo a disfrutar de las Colonias de Verano, junto al mar.

El 2 febrero de 1920, la Congregación celebra su **Séptimo Capítulo General.** Nuevamente se presenta la necesidad de solicitar a la Santa Sede una dispensa. Todas las delegadas al Capítulo, votan a favor que Madre Bernarda continúe como Superiora General. El Delegado del Arzobispo para presidir el Capítulo, Pbro. Manuel Gil Rojas, en unión de todo el Consejo recientemente elegido, elevan, entonces, la siguiente solicitud:

"En vista de la estimación en que la tiene toda la Congregación, como se ve por la elección, pedimos humildemente a su Santidad se sirva darle la aprobación definitiva para ejercer el cargo."[418]

La respuesta de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares solucionó la dificultad canónica, establecida en las Constituciones, en estos términos:

"Nuestro Santísimo Señor Benedicto XV…. Ha concedido benignamente lo pedido y por consiguiente comisionó al Ilmo. y Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico en la República chilena para que, según su arbitrio y conciencia, confirme en el cargo a la referida Superiora General por otro período determinado en las Constituciones, pero con tal que primeramente dé cuenta exacta de su pasada administración". [419]

[418] En Archivo. Provincial - Santiago.
[419] Rescripto fechado en Roma 11 de abril 1920. Confirmación dada por la Nunciatura 9-IX- 1920, en Archivo . Provincial - Santiago.

Conjuntamente con esta respuesta favorable, la Santa Sede les hacía llegar algunas observaciones pequeñas, a las que debían ajustar las Constituciones de la Congregación, ya que eran disposiciones del nuevo Código de Derecho Canónico.

El nuevo Consejo General se entregó de inmediato a la tarea de revisar las Reglas para ajustarlas a este nuevo cuerpo jurídico, que la Iglesia había promulgado en 1917. Dicho trámite fue facilitado por su estrecha relación que la Congregación mantenía con el Nuncio Mons. Benedicto Aloysi Masella y la asesoría que le dispensan sus vecinos los profesores del Seminario Pontificio.

La Congregación crecía y su administración se hacía cada vez más compleja. Al ser confirmada en el cargo Madre Bernarda tenía ya 87 años de edad. Sin embargo, se le ve ágil, incluso viaja en tren para visitar las comunidades o algún enfermo. Tal es su viaje a Las Cruces donde va a visitar al Capellán de la Casa Matriz, Pbro. Manuel Antonio Román, enfermo de leucemia.

Es cierto que el gobierno de la Congregación requería una gran capacidad de gestión, pero lo interesante es que Madre Bernarda puede perfectamente seguir al frente por cuanto ella había trabajado siempre en equipo, con un estilo comunitario de resolver los problemas y conflictos. Había hecho de la práctica una escuela de aprendizaje y a través de esta pedagogía había creado en cada una de las Hermanas un gran sentido de responsabilidad y eficiencia. Todo este estilo se proyectaba en que la Congregación contaba con excelentes administradoras a todo nivel.

La política económica que usaba la Sociedad de Beneficencia que en gran parte era la que costeaba el alimento y la estadía de los huérfanos, estaba constituida por propiedades y fundos en arriendo. En las actas del Consejo General de la Providencia aparecen los trámites de arriendo que en diversas partes del país había que estipular. En cada uno de estos trámites se debía contar con la “licencia apostólica”, lo cual debía hacerse en la Nunciatura.

Diversas situaciones había que enfrentar para estar a tono del proceso que vivía todo el país. Uno de cuyos fenómenos era el proceso de crecimiento poblacional que se iba produciendo en el sector de Santiago donde estaba establecida la Casa de Huérfanos. La ciudad se les venía encima. Madre Bernarda y su Consejo entienden que no pueden oponerse al desarrollo local y con la sabiduría propia con que siempre se relacionó con las autoridades, llega a pactar con el Municipio de la Comuna de Providencia las nuevas calles, cuidando que la propiedad de la comunidad quedara defendida por murallas de ladrillos.

Las dificultades templan el espíritu de las Hermanas. El 10 de noviembre de 1922 un terremoto daña gravemente la Casa de La Serena. Ese mismo año, un fuerte ciclón afecta las Casas de Vicuña y Temuco. Ante todas estas calamidades, surge fuerte entre las Hermanas la mística aprendida de la Madre Bernarda: absoluta confianza en Dios, robustecer en la acción la unión y un cordial afecto entre las Hermanas, finalmente, total abnegación en el trabajo.

Al revisar los informes escritos con motivo de la defunción de alguna de las Hermanas, afloran de inmediato los valores que constituyen la identidad de ser religiosa de la Providencia: renuncia de los halagos del mundo por cuanto su felicidad la cifran en la consagración a Dios, sirviendo a los huérfanos y desvalidos. Esta espiritualidad de la alegría y de la esperanza se manifiesta en un trabajo arduo impregnado de amabilidad.

La realidad socio política del país evoluciona rápidamente en la década del 20. Un despertar político en los sectores asalariados hace emerger a los obreros como actores sociales, los cuales se articulan en organizaciones, tales como la Federación Obrera de Chile y partidos políticos. Existe a todo nivel, un descontento por el sistema parlamentario que rige al país, lo cual es capitalizado por un movimiento cívico militar, que plantea la necesidad urgente de dictar leyes sociales que respondan a las necesidades de los sectores populares.

En el año 1925, todas estas inquietudes convergen en la necesidad de cambiar la Constitución política que rige al país. Aprovechando esta coyuntura histórica, el Presidente de la República Don Arturo Alessandri intuye la oportunidad para promover la separación de la Iglesia del Estado. Era un paso difícil a dar, por lo mismo, cuidó el obtener primero la aprobación de la Santa Sede, lo cual aseguró en conversación personal con el Secretario de Estado Cardenal Gasparri.

De regreso a Chile constituyó una Comisión especial encargada de redactar el texto apropiado, que consagrara la separación. El Presidente Alessandri, gracias a la mediación que había obtenido del Vaticano, logró tener de su parte al Nuncio Mons. Benedicto Aloisi Masella, pero debió actuar con mucho tino, por cuanto la casi totalidad del Episcopado nacional era contrario a dicha separación. Por eso con gran habilidad política buscó que más que una separación se estableciera una “amigable convivencia”. A este fin cuidó que la nueva Constitución en nada fuera contrario a Dios y a la Iglesia. Incluso logró que se mantuviera la vigencia del artículo 547 del Código Civil, el cual reconoce la Iglesia Católica como una organización con personalidad jurídica de Derecho Público. Todo ello fue posible por cuanto, no sólo él, sino los líderes políticos de los diversos partidos tenían un gran aprecio del anciano y benemérito Arzobispo de Santiago Mons. Crescente Errázuriz.

Precisamente, en estas circunstancias, queriendo el Gobierno dar explícitas manifestaciones de aprecio a los católicos, escoge realizar un gesto público: otorgar a Madre Bernarda la condecoración al mérito de primera clase. Con este acto, el Gobierno elegía en Madre Bernarda a la persona de Iglesia, cuyas virtudes y testimonio de apostolado social fuera reconocido por todas las corrientes políticas, por todos los sectores sociales y confesiones religiosas. Madre Bernarda se constituye, en ese momento histórico, en la persona signo de la Iglesia Católica, que reivindicaba por toda su obra benéfica, el valor humanista de la acción de la Iglesia en el Estado chileno.

El decreto presidencial lleva fecha del 27 de junio de 1925, esto es, un día antes que se aceptara por ambas partes – Iglesia y Estado- la fórmula definitiva del nuevo artículo que declaraba la separación entre ambos. y dice:

"El Presidente de la República de Chile confiere la Condecoración al mérito de primera clase a la Reverenda Madre Bernarda Morin, fundadora de la Congregación de la Providencia en Chile. Por lo tanto, ha venido en expedirle el presente diploma, signado de su mano, timbrado con el sello de Gobierno y refrendado por el Ministro de Estado, en el Departamento de Relaciones Exteriores. Santiago de Chile a veintisiete días del mes de junio de 1925. Arturo Alessandri, Presidente de la República. Jorge Matte, Ministro de Relaciones Exteriores". [420]

Fundamentando la razón por la cual el Gobierno realizaba esta distinción, el Ministro de Relaciones Exteriores envió la siguiente carta a Madre Bernarda:

"Tengo el agrado de remitir a Ud., adjunto con mis parabienes, el diploma y la insignia de la condecoración "Al Mérito" de 1ª clase que se ha otorgado a Ud. por decreto reciente"

"El Gobierno ha querido exteriorizar en tal forma el alto aprecio que le merece la larga y ejemplar labor que Ud. ha desarrollado en Chile en servicio de la infancia abandonada y de diversas y meritorias obras benéficas. Dios guarde a Ud. Jorge Matte". [421]

El acto de entrega de dicha condecoración es narrado por la Crónica de la Casa en estos términos:

[420] En Archivo. Provincial.- Santiago
[421] Carta del 3 de julio de 1925, en "El Diario Ilustrado", 4-VII-1925.

"La entrega de esta honrosa distinción se hizo en forma muy sencilla. Llegó hasta la Casa Matriz el señor Ministro Don Jorge Matte Gormaz trayendo copia del decreto y la insignia, consistente en una Cruz de oro viejo, que con gran respeto

colocó sobre el pecho de la Rvda. Madre, la que con la humilde sencillez que la caracterizaba agradeció tal honor."[422]

La prensa se hizo eco de esta distinción que todos aplaudían, ya que tal como el diario "El Chileno" de La Serena, con un gran título opinaba: "Justa Distinción". Entre otras afirmaciones escribía: "Canadiense de origen, ha hecho de Chile su segunda patria a la que ha consagrado el rico tesoro de su talento, de su actividad y de su virtud." [423]

La recepción de esta condecoración "al mérito" nos entrega un detalle muy importante: al momento de recibirla Madre Bernarda estaba en la enfermería. Una de las testigos de este importante acontecimiento histórico nos informa sobre este particular:

"Cuando llegaron los representantes del Gobierno, se tocó la campana para que vinieran todas las Hermanas, incluso las novicias. Nos reunimos en la Comunidad grande, que ahora no existe. Allí, las Novicias nos sentamos en el suelo. Llamaron a la Madre avisándole que venía a condecorarla el Ministro. Ella bajó de la enfermería. Un señor habló refiriéndose a lo que la Madre había trabajado y hecho por Chile. Luego, le pusieron la medalla al mérito. Para toda la Comunidad fue una impresión muy grande." [424]

Importa señalar que había comenzado a declinar la salud de la Madre Bernarda. En enero, de ese año de 1925, había comenzado a padecer de una dolorosa enfermedad, la cual se manifestaba en un fuerte tic, agudos dolores a la cara. Los que la conocían constataron de inmediato la gran diferencia, entre la religiosa apóstol plena de dinamismo y la benemérita anciana recluida en la enfermería de la Casa Madre.

En la prensa queda consignado este cambio: "Era de verla cómo hasta ayer, a pesar de sus noventa y dos años de edad, todavía le quedaban fuerzas materiales para visitar y recorrer sus Casas, trasladándose de un punto al otro de la República, como si quisiera encontrarse en cada una de ellas hasta el último aliento de su vida. [425]

---

[422] En Archivo. Provincial - Santiago.
[423] "El Chileno", 5-VII-1925.
[424] Entrevista a Sor Margarita Rubio Piedra.
[425] "El Diario Ilustrado", 4-VII-1925.

Por lo mismo, al celebrarse el Octavo Capítulo General de la Congregación (2-II-1926) la Madre pudo asistir imponiéndose a sí misma grandes esfuerzos. Ya, en preparación a este Capítulo, las Hermanas entendieron que había llegado el momento de nombrar una sucesora en el cargo de Superiora General. No obstante

que todas la veneraban como santa y cuyas indicaciones acataban fascinadas por esa su manera tan sencilla y amable que la caracterizaba, se enfrentaron con realismo ante esta responsabilidad institucional, la que asumieron invocando las luces del Espíritu, a través de la oración y realizando un proceso de discernimiento.

En diciembre de 1925, el Sr. Arzobispo de Santiago, Mons., Crescente Errázuriz, nombra Vicario General de la Arquidiócesis Mons. Miguel Miller, [426] Así mismo, delegado episcopal para que presida dicho Capítulo en su nombre.

Oficialmente el Octavo Capítulo se inauguró el de febrero de 1926. La Congregación de la Providencia de Chile contaba con 20 Casas, 153 Hermanas profesas y cinco Novicias. Junto con el Consejo General fue elegida la nueva Superiora General Madre María Virginia Schmidt, quien logró el pleno consenso de las Capitulares por sus cualidades:

"Ejemplo de piedad, de orden y de pobreza. Todo en la Madre Virginia llevaba el sello de la austeridad… se olvidaba de sí misma para buscar siempre, con rectitud y generosidad, la gloria de Dios y el bien de las almas."[427] Ejercerá el cargo de Superiora General por dos períodos consecutivos 1926 al 1938.

Al asumir su cargo, acogiendo el sentimiento que embargaba a todas las Hermanas, escribió de inmediato a la Santa Sede solicitando se nombrara Superiora General Honoraria de la Congregación a la Madre Bernarda Morín. En dicha gestión contó con la mediación y el patrocinio del Sr. Nuncio Apostólico Mons. Benedicto Aloisi Masella, quien apenas recibe la respuesta de Roma el Sr. Nuncio les escribe:

"Mons. Benedicto Aloisi Masella, Nuncio Apostólico, bendice a la Rev. Madre Virginia Schmidt, Superiora General de las Religiosas de la Providencia y tiene el agrado de enviarle el telegrama adjunto que recibió ayer"
El telegrama decía escuetamente:
"Concedido título Superiora General Honoraria" Firma: Farelli."[428]

Esta distinción concedida por Roma a la Madre Bernarda motiva gran alegría y orgullo para todas las Hermanas.

---

[426] Bol. Eclesiástico., XXIII, 504.
[427] Necrologías, III, 88;90.Archivo Provincial - Santiago
[428] Cartas y Circulares, en Archivo . Provincial - Santiago.

De su parte, la delicadeza de Madre Bernarda queda estampada en la carta de agradecimiento con que respondió al Sr. Nuncio.

"Excelentísimo Sr. Nuncio Apostólico: Me dirijo a Ud., con sentimientos de cordiales agradecimientos por la amabilidad con que V. Excelencia ha sugerido y activamente se ha empeñado para obtenerme un título, excesivamente honorífico, que santifique y alegre mi triste, inútil y miserable vejez. Si una mirada del Soberano Pontífice hace feliz a cualquier cristiano, apostólico, romano, con más razón la humilde favorecida y la Congregación entera de las Hermanas de la Providencia, nos regocija, tanto por el favor obtenido, cuanto porque esta gracia nos ha llegado en el día onomástico de V. Excelencia, a quien veneramos con los más dulces y filiales afectos de respeto, amor y gratitud. Prosternabas a los pies de V. Excelencia imploramos vuestra santa bendición." [429]

En sus últimos años, que vivió en la Enfermería de la Casa Matriz se le recuerda en estos términos:

"Toda su preocupación era su Congregación: sus obras, las Hermanas, los niños: hasta del último pobre se preocupaba, y procuraba tener alguna cosita para darles…"[430]

Precisamente, es en este tiempo en que su corazón, que siempre mantuvo una vinculación afectuosa con la Casa Matriz de Montreal, ahora la hace retornar con el recuerdo afectuoso a todos los lugares y personas que la acompañaron en sus primeros años. Uno de estos hermosos contactos de afectuosa comunicación es el que realiza en la carta (8-V-1925) que con letra ya temblorosa y en francés, escribe a la Superiora del Instituto de Nuestra Señora de la Beauce, en donde había cursado sus estudios:

"Mi Rvda Madre Superiora, una de sus antiguas alumnas, desde muy lejos viene a saludarla y a ofrecerle el homenaje más afectuoso de gratitud".

"De pequeña me llamaba Veneranda Morín. Durante los años de 1843 a 1844, pasé 18 meses en el Pensionado de Santa María de la Beauce de la diócesis de Quebec. Mis buenas maestras fueron mi "Tía" Sor Francisca de Sales y mi "tía" Sor Rafaela, entonces la Superiora de la Congregación era la Rvda. Madre María Magdalena".

---

[429] Cartas y Circulares, en Archivo Provincial - Santiago
[430] Necrologías, II, 12. En Archivo Provincial - Santiago

“Guardo de todo el Instituto los más dulces recuerdos. Después de haber pasado seis años con mi familia, el 11 de mayo de 1850 fui admitida en el noviciado de las Hermanas de la Providencia de Montreal. Hice mi profesión religiosa el 22 de agosto de 1852 y el 18 de octubre siguiente tuve el privilegio de partir con las Hermanas que iban a fundar una Casa en Oregón. Después de haber experimentado grandes sufrimientos, la fundación no se pudo realizar en Oregón se hizo en Chile”.

“Al presente tengo 93 años de edad y antes de partir para la Eternidad, quiero agradecerle la buena semilla de fe y de piedad que esa santa Comunidad depositó en mi alma. Mi vida ha sido muy agitada. Dios no ha economizado los sacrificios para mí; pero en cambio la gracia ha sostenido mi fe y mi confianza en su Divina Providencia junto con un amor constante a mi santa vocación religiosa; de modo que puedo afirmar que mi vida ha sido dichosa".

“Mis buenas Madres, acepten mis expresiones de reconocimiento. Así como he guardado afectuosamente sus recuerdos, yo los llevaré conmigo al cielo a donde espero llegar pronto. Ruegue por mí.”

“Su antigua y muy cariñosa alumna, Sor Bernarda Morin [431]

Bajo estos sentimientos de añoranza que a su vez expresaban su permanente vinculación a la Congregación en general, mantiene un activo correo con la Hermana María Antonieta que en ese entonces acababa de escribir el primer tomo de la Historia del Instituto de la Providencia. A su vez Madre Bernarda le hace llegar un álbum de las Casas de la Providencia de Chile.

Por otra parte, se siente emocionada al ver que en el tomo publicado aparece la historia de la misión venida a Chile. En vista de lo cual escribe a la Superiora General de la Providencia canadiense Madre Amarina:

“Con gran satisfacción he visto que S.R. y toda la Comunidad se han informado de las obras de Chile que dan testimonio de que la Divina Providencia ha querido conservar la Congregación en Chile. Agradezcamos a Dios todos sus beneficios y adoremos los caminos y los humildes medios de que la Providencia se sirve para ejecutar sus designios”.

[431] Carta del 8 de mayo de 1925, en Archivo. Provincial - Santiago.

"Yo estoy en la enfermería desde el comienzo de mayo último. Aunque la enfermedad no sea muy grave, no deja ver nada alentador para el porvenir. Estoy pronta y dispuesta para todo lo que Dios quiera".

"…Todas las Hermanas de Chile son muy fieles a su santa vocación y no olvidan que la simiente que constituye hoy su felicidad les ha venido del Canadá con los vientos del Norte, y ruegan constantemente por la prosperidad de la Casa Madre y por cada Hermana en particular, las que viven y las difuntas. Adiós, mi buena Madre, la vista y las fuerzas no me ayudan para más. Su afectísima, Sor Bernarda Morín." [432]

La respuesta de la Superiora General de la Congregación de Nuestra Señora, desde Montreal, traduce el impacto profundo que les ha causado ese lindo gesto de reconocimiento que les ha tributado Madre Bernarda.[433]

La enfermería se convirtió en un santuario, centro de las preocupaciones y de la vida de la Casa Central. Las Hermanas y las novicias se turnaban para cuidarla, incluso de noche. Fue una verdadera escuela de espiritualidad y de formación religiosa. Todas las acompañantes de la Madre tuvieron la oportunidad de tener una experiencia que las marcó de por vida, ya que su trato y su presencia irradiaba simpatía y bondad. Era de admirar la lucidez de su inteligencia, que la llevaba a ser crítica consigo mismo frente a las limitaciones que le imponía la vejez. Sus gestos y su modo de ser imponían respeto y la tranquilidad de espíritu era una invitación a la conformidad con los designios de Dios.

Uno de los momentos en que este ritmo de oración, atender visitas y responder la correspondencia se vio alterado fue el día 22 de agosto de 1927, día en que se celebraban las **Bodas de Diamante de la Profesión religiosa de Madre Bernarda.** La Enfermería fue adornada de gala. En la Casa Matriz se realizó un solemne acto litúrgico y una hermosa Academia músico-literaria donde los niños y niñas tuvieron oportunidad de manifestar su homenaje de cariño y reconocimiento a la Madre.

Sentada en su silla de enferma acogía a todos. Su actitud era de oración y de implorar las bendiciones del Señor sobre todos los que se acercaban a saludarla, especialmente los niños huérfanos.

De improviso, el año 1928, teniendo ya 95 años se le provocó una hernia estrangulada. Los médicos Matus y Cruz se encontraban dudosos de operarla por la edad y la debilidad que manifestaba, pero de otra manera el desenlace era de

[432] Carta del 26 de octubre 1925, en Archives C.N.D. Montreal.
[433] Carta del 1 de junio 1925, en Archives C.N.D. Montreal

pocas horas. Al pedírsele el parecer con serenidad optó porque los médicos procedieran de acuerdo a su juicio. En la misma enfermería se improvisó una mesa operatoria con los instrumentos para la operación. La vitalidad de la enferma resistió perfectamente y la alegría, que ello generó se transformó en una serie de liturgias de acción de gracias.

En sus últimos meses tuvo la satisfacción de sentir en su derredor un clima de reconocimiento unánime. Si bien los dolores progresaban y lentamente perdía la vista su abandono en el Señor era total. La ciudad entera preguntaba por su salud y a lo largo de todo el país existía una preocupación por ella.

El 4 de octubre de 1929, la Comunidad de la Casa Central se encontraba celebrando el día de la Superiora General, Madre Virginia Schmidt, cuando a las 20 horas, una noticia que asemejaba un rayo fulminante silenció esos festejos y como un reguero se esparció a lo largo de todo el país: Madre Bernarda había fallecido.

"La noticia de su muerte llegó a todas partes como una espada. El Capellán cayó de rodillas junto a su lecho y se puso a llorar, de tal modo que los sollozos lo ahogaban. La Madre lo había tomado en brazos cuando guagua y había anunciado que sería Capellán de las Hermanas. Él la quería mucho y al constatar que había muerto se quebró por completo." [434]

La Madre Bernarda tenía 96 años de edad. Luego, de un síncope cardíaco, se había dormido serenamente en los brazos del Señor, rodeada del cariño de sus hijas. Por el espacio de 76 años había permanecido en Chile, desarrollando un apostolado extraordinario, a favor de los niños abandonados. Había ejercido el cargo de Superiora General, desde 1863 hasta 1890. Luego de un lapso, volvió a reasumir el gobierno de la Congregación, desde 1902 hasta 1926. Durante este largo y fecundo período, donde las dificultades fueron enormes, se había constituido en fundadora y plasmadora del carisma de la Congregación de la Providencia en Chile.

Su deceso produjo una reacción en cadena: desde el más pequeño de los huérfanos hasta las más altas autoridades de la Iglesia y del Estado lamentaron su muerte. Los diversos medios de comunicación de todo el país dedicaron sus páginas a dar a conocer la personalidad y apostolado de Madre Bernarda.

"La Revista Católica" le dedicó una separata especial, a través de la cual le rindió homenaje a nombre de la Iglesia. [435]

El Diario "El Mercurio" le rindió homenaje a través del siguiente artículo:

---

[434] Entrevista a Sor Raquel Alvarez Castro.
[435] "La Revista Católica" 1929., pp.668, 716.

"Cargada de merecimientos se fue inclinando hasta la tierra, como la rama agobiada por peso del fruto generoso. ¡ Setenta y siete años de labor infatigable! ; toda una larga vida consagrada a prodigar consuelo, a prestar ayuda; con el regazo siempre pronto a recibir al desgraciado! Nadie llevó con mayor propiedad el título

de Madre que ella, que fue el inmenso corazón que reemplazara la falta de miles de corazones de madres…¡ Bendito el día en que un frágil velero arribó a nuestras playas, trayéndonos el tesoro de este gran corazón, de esta inteligencia tan clarividente, tan hondamente comprensiva."[436]

El 5 de octubre, la Capilla ardiente de la Casa Matriz de las Hermanas de la Providencia se constituyó en el punto hacia donde la ciudad entera convergía en una impresionante romería de personas de todos los niveles sociales. Con emoción y respeto rendían su homenaje de veneración a los restos mortales de esa religiosa, que era definida por la prensa:

"Mujer extraordinaria, mujer-cumbre, llamada por Dios para cumplir una misión salvadora en la sociedad…"[437]

Telegramas y cartas de condolencias contenían un lenguaje común: agradecer a Dios el regalo que había hecho a Chile, en la persona de Madre Bernarda. En todos ellos se exaltaba sus extraordinarias virtudes.

El Arzobispo de Santiago, Mons. Crescente Errázuriz, ausente de su diócesis nombró a Mons. Agustín Morán como delegado suyo para los funerales y como expresión de esa larga amistad que lo había unido a los proyectos y a la persona de la Madre, escribía:

"Con profunda pena me he impuesto del fallecimiento de la Rvda. Madre Bernarda Morín, reliquia la más preciada de esa benemérita Congregación de la Providencia, y tanto más digna del cariño y gratitud de nosotros los chilenos, cuanto que, dejando su lejana patria en plena juventud, vino a consagrar su vida entera al bien de este país, fundando en él una Congregación que, con abnegación verdaderamente edificante y ejemplar, desarrolla tantas obras de bien social entre nosotros."[438]

La solemne Misa por su eterno descanso fue celebrada por Mons. Rafael Edwards, acompañado por el Pbro. Francisco Donoso, capellán de la Casa Central y Vice rector del Seminario.

---

[436] Artículo de Graciela Sotomayor de Concha, en "El Mercurio", Santiago, 8-X-1929.
[437] En "La Revista Católica", 1929, 698.
[438] o.c., 714.

Los emotivos funerales fueron a su vez presididos por el Nuncio de su Santidad Mons. Héctor Felice. En él se dieron cita las autoridades de Gobierno, de la Iglesia, los superiores de las Congregaciones religiosas y un gran número de hombres y mujeres, que habían gozado de la caridad de la Madre Bernarda siendo

niños, cuyas lágrimas testimoniaban un elocuente reconocimiento al amor que esa santa mujer les había demostrado.

La oración fúnebre fue pronunciada por Mons. Juan Subercaseaux, Rector del Seminario. En su sermón de estilo, el orador exaltó las virtudes de Madre Bernarda. Haciendo un recuento histórico de su vida, alabó su respeto y amor al Santo Padre. Definió la vida de Madre Bernarda como una lección de Dios. Haciéndose eco del parecer de todos los presentes la proclamó una religiosa santa, ya que el secreto de todas sus obras había sido el amor a Dios.

"El secreto está, ya lo sabéis (no es secreto para el cristiano familiarizado con la historia de los santos), en el fondo de amor de Dios, de celo por su gloria… y por el bien espiritual del prójimo, de absoluta conformidad con la voluntad divina, de fe ciega en la Providencia del Señor"

"…La vida y el espíritu de Sor Bernarda Morin permanecerán a través de los años y de las generaciones como un ejemplar acabado de las virtudes propias de las buenas religiosas. Nada podría haber realizado la incansable obrera del Señor si no hubiera sido ante todo y sobre todo, una perfecta religiosa."[439]

Efectuado el responso celebrado por el Sr. Nuncio de Su Santidad, se inició la procesión hacia el cementerio de la Comunidad. La urna mortuoria era conducida por los Sres: Luis Schmidt, Alejandro Urzúa, Luis Calvo Mackenna, Florencio Gutiérrez, Guillermo Pérez Valdivieso, J.M. Ugarte, Luis Ugarte de la Plaza, Carlos Llona y Luis Echavarri.

Los mil niños presentes en representación de los niños de los diversos Hogares de la Providencia formaron dos filas, mientras esparcían flores al paso de la urna. Antes de ser depositada en la fosa, el niño Leopoldo Pizarro, que con el tiempo sería un extraordinario sacerdote salesiano, pronunció conmovido el último adiós a la Madre:

"Vengo a nombre de mis compañeros de la Casa de la Providencia de Valparaíso, porque los niños también tenemos corazón que sabe comprender los grandes sacrificios… Ahora que ha partido para siempre de esta tierra de dolor, todos los

[439] En "La Revista Católica", 1929; 709, 711.

huérfanos de Chile gritamos angustiados desde el fondo de nuestros corazones: ¡ Madre, madre! ¿ Por qué nos abandonas? [440]

En aquella mañana cubierta de neblina, como si la tristeza hubiera embargado la naturaleza y el entorno, la voz de ese niño porteño, un tanto cortada por la emoción, conmovió profundamente a todos los presentes. Detrás de esa voz había

una realidad: miles de pequeños huérfanos, acogidos por las Hermanas de la Providencia, los cuales confiaban en el milagro de la Madre Bernarda, esto es, ella los seguiría cuidando desde el cielo, a través de sus hijas, las cuales se constituían en el gran legado que ella, la Madre de los Huérfanos, les dejaba.

Al concluir todo y ante el silencio de esa sepultura, en los presentes quedó el sentimiento de haber sido testigos del paso del Señor por este rincón del mundo. Lo cual, luego en la prensa, expresó muy bien, uno de los impactados:

"Ha muerto una religiosa santa. Ha entrado un alma más al cielo y se anuncia una santa más para los altares con la muerte de la venerable fundadora de la Congregación de la Providencia, Sor Bernarda Morin. Su vida fue un milagro de la Providencia divina y la monumental obra que dejara, su Instituto, un milagro de su corazón lleno de caridad evangélica." [441]

Todas las expresiones que se hicieron con motivo de su entierro fueron insuficientes para todos los que de una manera u otro, especialmente en provincias sentían la necesidad de expresarle de algún modo su gratitud. Su memoria fue creciendo, los testimonios se multiplicaron y todo un cúmulo de sentimientos exigió tres años después una celebración que fuera expresión de homenaje que pudiera realizarse en todas las Casas de la Providencia.

El año de 1932 se recuerda en la historia de Chile como un momento de inestabilidad política en el Gobierno y en la vida política de la República, ya que surgieron diversas Juntas de Gobierno socialistas. Al ser elegido nuevamente Don Arturo Alessandri Palma el país volvió a la tranquilidad y al orden constitucional. Era el momento para celebrar el Centenario del nacimiento de la Madre Bernarda Morin.

A diferencia de los funerales ahora reinaba un clima de alegría, tal como siempre había existido en derredor de la Madre. El Capellán de la Casa Matriz lo expresa muy bien:

"Aquella mañana del 6 de octubre de 1929 se velaba con nubes tenues y había un llanto de rocío en las mejillas de los huérfanos y en las flores de los árboles de

[440] La Revista Católica., 1929 -713.
[441] Diario "La Luz", La Serena, 8-X-1929.

aquel huerto de las Hermanas de la Providencia. Un sepulcro abierto esperaba los despojos bien amados de una mujer maravillosa, de Sor Bernarda Morin la que ha abierto surcos de caridad en nuestro suelo enriqueciéndolo con simiente fecunda".

"Han pasado tres años y esa misma Casa Madre se ha engalanado ahora con la alegría de los pobres de su barrio para celebrar el centenario del nacimiento de esa ilustre fundadora de las Hermanas de la Providencia de Chile."[442]

La celebración del Centenario estuvo diligentemente planificada. Se invitó de un modo especial a todas las personas y familias que habían conocido a Madre Bernarda y habían compartido con ella sus proyectos de caridad.

El martes 27 de diciembre celebró la Eucaristía el Sr. Arzobispo Mons. Horacio Campillo Infante. Además, ese día se efectuó la ceremonia de Toma de Hábito de las Novicias, ceremonia de gran resonancia por cuanto esas señoritas vestidas de novias que luego, junto con cambiar el nombre recibían el hábito de la Congregación eran hijas de la sociedad, que habían sido atraídas por el carisma de la Madre Bernarda. El sermón estuvo a cargo del Pbro. Don Anibal Carvajal.

El miércoles 28, celebró el Pontifical el Obispo de Talca Mons. Carlos Silva Cotapos. A mediodía, se ofreció un almuerzo a 700 pobres, los cuales habían sido inscritos entre los cesantes del barrio. La Banda de músicos de los Talleres de la Casa Nacional del Niño amenizó ese significativo almuerzo, que rendía un homenaje a la Madre Bernarda en los menesterosos.

La prensa se hizo eco de este acto solidario y lo tradujo en estos términos:

"Esas religiosas continúan la obra de amor iniciada por su fundadora. Por esta razón, estimaron que la mejor celebración de su memoria era reunir a los pobres y a los tristes para darles horas de alegría y de solaz en la Casa en que vivió largos años Sor Bernarda y donde descansan sus restos." [443]

La culminación de los festejos de este Centenario se llevó a cabo el jueves 29, en que se celebró el Solemne Pontifical presidido por el Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Héctor Felice. La presencia de los niños esta vez se hizo presente en el Coro de la Casa Nacional del Niño, quienes en un número de 150 cantaron la Misa de Perosi, a tres voces.

---

[442] Francisco Donoso, en "El Diario Ilustrado" 29-XII-1932
[443] Francisco Donoso eb «El Diario Ilustrado» 29-XII- 1932

En esa mañana se realizó, además, la solemne Exposición y bendición con el Santísimo Sacramento, el canto del Te Deum y la solemne visita al Cementerio. Los niños y las niñas formaron una hermosa avenida con ramos de flores en las manos, la cual conducía desde la Casa Central hasta la tumba de la Madre Bernarda. El Sr. Nuncio, acompañado por un gran número de autoridades, al rezar el responso, culminaba un homenaje que Chile entero rendía en ese instante en cada una de las Casas de la Providencia.

Así, en Valparaíso, Concepción, Antofagasta y otras ciudades las celebraciones fueron grandiosas, con participación de la ciudad entera. El diario "La Unión" de Valparaíso, anunciando los diversos actos del día, nos ofrece un botón de muestra de estos homenajes:

"Hoy, vibrarán los cánticos alabando su nombre; voces infantiles lo pronunciarán con amor. Aquellos para quienes fue corazón y regazo, la bendicen. Cantará la Iglesia; sus cenizas serán caldeadas por el afecto, por el amor que no olvida, "Dios ensalza a los humildes". Porque fue una insigne mujer, un gran corazón, la benefactora de un pueblo, la madre de los huérfanos, la bondad personificada, la caridad hecha mujer."[444]

A su vez, "El Mercurio" de Antofagasta le dedica este hermoso artículo, que nos ofrece un retrato de Madre Bernarda:

"Era Sor Bernarda de mediana estatura, de rostro blanco, ovalado, de mirada suave y encantadora, de contextura fuerte, de finos modales, de actitudes modestas; de trato dulce, prudente en grado sumo, ecuánime en todo, respetuosa con sus superiores eclesiásticos, tesonera y constante en su trabajo, de espíritu fervoroso, de heroica paciencia, resignada en sus sufrimientos, alma grande y generosa, de corazón agradecido, llevando en su mente el ideal de su vida: Siempre orar y trabajar siempre".

"Dios la había dotado de amplísima y aguda visión para penetrar los velos del porvenir e investigar los corazones de los hombres; había nacido para ser jefe de muchedumbres, formar almas, desafiar escollos humanamente insalvables y dirigir con mano segura e intrépida la marcha de la Institución de las Hermanas de la Providencia en Chile, que la contó como la genial e insustituible fundadora y como la maestra escogida por la Divina Providencia para enseñar a sus hijos el Evangelio de Jesucristo y amparar con su regazo a los huérfanos y menesterosos que llevan desde la cuna la cruz de la vida."[445]

---

[444] Diario "La Unión", Valparaíso, 27-XII-1932.
[445] "Centenario del Natalicio de la Rvda., Madre Bernarda Morin" en "El Mercurio", Antofagasta, 29-XII-1932.

Personalmente he realizado varias entrevistas entre personas que conocieron a Madre Bernarda. Algunas de ellas están publicadas [446] otras no. De toda esta investigación, he llegado a la conclusión que la fundadora de las Hermanas de la Providencia en Chile ha dejado una huella imperecedera de veneración y cariño en todos los que la conocieron. En realidad, me identifico plenamente con el juicio de ese periodista, quien después de entrevistar a la Madre y escuchar de sus labios la historia de su vida y su lucha, escribió emocionado:

"Me levanto para despedirme, embargado por un sentimiento de profundo respeto. Esa anciana venerable que tengo ante mis ojos, representa para mí la viva imagen de la Caridad; el más puro ideal de la moral cristiana… Yo, que en estos tiempos de crisis de valores, he deseado tanto conocer a un gran hombre, acabo de separarme de una gran mujer."[447]

==========

[446] Aliaga R., Fernando."Historia de la Congregación. Hermanas de la Providencia enChile".IV tomo, 110 ss.
[447] Entrevista de Juan Ossa, en "El Mercurio", 29-XII-1927.

Bibliografía.-

- Aliaga Rojas, Fernando. - “Historia de la Congregación Hermanas de la Providencia en Chile”. Tomo IV. Santiago.1993.
  -“La Iglesia en Chile. Contexto histórico. Santiago. 1989.
- Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Santiago de Chile. 16 vols. Santiago. 1830-1910.
- Cartas Circulares de la Rvda. Madre Bernarda Morín. Santiago.1937.
- Chevalier, Michel. Lettres sur l´Amèrique du Nord, 2 vols. 1835.
- Donoso G., Francisco. “Bernarda Morín. Su vida y su personalidad”. 2 vols. Santiago. 1953.
- González Cerda, Gonzalo. “Rasgos biográficos de la Rvda. Madre María Luisa Villalón”. Santiago. 1919.
- Lacasse, P.J., “Etat statistique de la Paroise Saint Henri de Lauzon. Compte de Dorchester” Nº 4, 1831.
- La Revista Católica. Santiago, 1843-1874; 1901 ss.
- Lemay, J.Armand y Mercier, Robert. “Esquisse de Saint-Henri de la seigneurie de Lauzon”. Ottawa. 1979.
- Les Soeurs de la Providence au Chili. 1853 – 1863. Montreal, 1921.
- Libro de Defunciones. Archives C.N.D. Montreal
- Marie Antoniette. L`Institut de la Providence. Montreal. 5 vols., 1925 – 1937.
- Memoria Administrador Casa de Huérfanos. Santiago. 1891- 1900
- Morín, Bernarda. “Historia de la Congregación de las Hermanas de la Providencia de Chile”. 3 vols. Santiago. 1899 – 1913.
- Ouellet, Fernand. “Elements d`histoire du Bas Canada”. Montreal, 1972.
- Provost, Honorius. “Le couvent de Sainte Maria de Beauce” 4. Quebec. 1957.
- Richer, Irene. “Un coeur que bat. Itineraire Spirituel da Mére Gamelin”. Montreal. 1978.
- Robillard Denise. “Emilie Tavernier Gamelin”. Santiago. 1991.
- Roy J. Edmond. “Histoire de la Seigneurie de Lauzon” 5 vols. Lévis, Qué, 1984.
- Roy Léon. “Les Premiers colons de la rive sud du Saint-Laurent de Berthier (en bas) a Saint-Nicolas. 1636-1738. Lévis Qué. 1984.
- Vial Gonzalo. “Historia de Chile”. 5 vols. Santiago. 1981.
- Villalobos, Sergio y otros. “Historia de Chile”. 4 vols. Santiago, 1974.

INDICE.-

I.-	San Enrique de Lauzon	2.
II.-	El amanecer	17.
III.-	El llamado del Señor.	40.
IV.-	Peregrina de Dios.	66.
V.-	Hacia una misión desconocida.	89.
VI.-	Chile la misión asignada.	108.
VII.-	La crisis de fidelidad	129.
VIII.-	Surgir desde las ruinas.	153.
IX.-	La Providencia de los Huachos	172.
X.-	Confianza heroica en el Padre Dios.	194.
XI.-	En defensa del carisma.	216.
XII.-	Reconocimiento a la Madre de los Huérfanos.	248.

Bibliografía. 277.

Indice. 278.

Portada

Uno de los motivos de un Tablero realizado por François Gaudreau , en el año1992 ,
En ocasión del 150 aniversario de las Hermanas de la Providencia
Original en el Museo de la Congregación Montreal –Canadá

Tapa posterior
Iglesia Congregación Hermanas de la Providencia ‘ Santiago ‘ Chile
Avda. Providencia 509
Construida en el año 1885